



**CENTRO DE INVESTIGACIONES Y
ESTUDIOS SUPERIORES EN
ANTROPOLOGÍA SOCIAL**

**MUJERES OTOMÍES EN LA METROPLEX
DE DALLAS-FORT WORTH, TEXAS:
MIGRACIÓN, IDENTIDAD Y TRABAJO
EN EL MARCO DE LA VIOLENCIA**

T E S I S

QUE PARA OPTAR AL GRADO DE
MAESTRA EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL
P R E S E N T A

AMBAR ITZEL PAZ ESCALANTE

DIRECTORA DE TESIS: DRA. PATRICIA TORRES MEJÍA

MEXICO, D. F. JULIO DE 2017

ÍNDICE

	Página
AGRADECIMIENTOS	5
INTRODUCCIÓN	
<i>I. Antecedentes</i>	7
<i>II. Pregunta de investigación</i>	8
<i>III Justificación</i>	9
<i>IV. Objetivo general y particulares</i>	10
<i>V. Hipótesis</i>	11
<i>VI. Estructura de la tesis</i>	11
CAPÍTULO 1	
MARCO TEÓRICO CONCEPTUAL Y METODOLOGÍA	
MARCO TEÓRICO CONCEPTUAL.....	13
1.1 MIGRACIÓN.....	14
1.1.1 <i>Migración indígena de México a Estados Unidos</i>	15
1.1.2 <i>Perspectiva transnacional de las migraciones</i>	16
1.1.3 <i>Criminalización de la migración</i>	22
1.2 IDENTIDAD.....	24
1.2.1 <i>Identidad étnica</i>	24
1.2.2 <i>Identidad compleja</i>	27
1.3 TRABAJO.....	28
1.3.1 <i>Trabajo de migrantes</i>	29
1.4 INVESTIGACIÓN FEMINISTA Y DE GÉNERO	30
1.4.1 <i>Metodología e investigación feminista</i>	31

1.4.2 Estudios de género	34
1.4.3 Perspectiva de género en el análisis de la migración.....	38
1.5 CAPITALES SOCIALES Y REDES SOCIALES.....	41
1.6 VIOLENCIAS.....	45
1.6.1 Violencia de género: el patriarcado como estructura social.....	47
METODOLOGÍA.....	50
1) Técnicas de investigación y recolección de datos.....	52
2) Mi experiencia en el trabajo de campo.....	54

CAPÍTULO 2

CONTEXTO DE LA MIGRACIÓN OTOMÍ A TEXAS

2.1 Migración de mexicanos a Estados Unidos.....	66
2.2 Migración de indígenas mexicanos a Estados Unidos.....	70
2.3 Migración de indígenas otomíes de Hidalgo a Estados Unidos.....	73
2.4 Mexicanos en la Metroplex de Dallas-Fort Worth, Texas.....	79
2.5 Otomíes en la Metroplex Dallas-Fort Worth, Texas.....	82
2.5.1 Inicio de la migración masculina otomí al Norte de Texas.....	83
2.5.2. Inicio de la migración femenina a Texas.....	88

CAPÍTULO 3

IDENTIDAD ÉTNICA Y DE GÉNERO DE MUJERES OTOMÍES EN LA METROPLEX DE DALLAS-FORT WORTH, TEXAS

3.1 Parentesco otomí, una marca patriarcal de ser y pertenecer.....	98
3.1.1 Género y parentesco: cambios y continuidades.....	103
3.2 Memoria colectiva y traumas colectivos.....	106
3.3 El complejo religioso-ritual de los otomíes	108

3.3.1 Fiestas otomíes y la elaboración de la barbacoa como ritual reparador del orden patriarcal.....	110
3.4 El uso de la lengua hñähñü	113
3.4.1 Mujeres otomíes y lengua hñähñü	115
3.5 Territorio y pertenencia: de la ciudadanía otomí a la membresía transnacional.....	119
3.5.1 La comunidad transnacional y la membresía: dos espacios negados para las mujeres otomíes.....	122
3.5.2 Otomíes habitando en la Metroplex de Dallas-Fort Worth.....	124

CAPÍTULO 4

MUJERES OTOMÍES, TRABAJO Y REDES

4.1 El trabajo de mujeres otomíes en México.....	137
4.2 Trabajo en la Metroplex de DFW: división sexual del trabajo y feminización del trabajador migrante.....	142
4.3 El caso de una familia de El Barrio de la otra banda: mujeres, empresas familiares y transformación en las identidades de género.....	150
4.4 Mujeres otomíes de Ixmiquilpan: redes laborales y salarios en Texas.....	158

CONCLUSIONES.....	168
--------------------------	------------

ANEXOS.....	182
--------------------	------------

BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES ELECTRÓNICAS.....	191
---	------------

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al CONACYT por la beca que me otorgó para mis estudios de maestría en el CIESAS-DF.

Al Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social por los dos años de postgrado, tiempo suficiente para valorar la calidad de esta institución y su compromiso con la Antropología.

A todas las profesoras y profesores que tuve en el programa de maestría. En especial a la línea de investigación Violencias, Géneros, Sexualidades y Migraciones. De esta línea destaco las ricas discusiones las cuales fueron centrales en la elaboración de la tesis, como por la retroalimentación y diálogo que se entabló de manera constructiva en las aulas durante los seminarios con la Dra. Patricia Ravelo, la Dra. Patricia Castañeda, la Dra. Hiroko Asakura, la Dra. Patricia Ponce, la Dra. Patricia Torres, la Dra. Magdalena Barros, el Dr. Sergio Sánchez y el Dr. Javier Melgoza. Agradezco también a todos los demás profesores de esta línea.

A mi directora de tesis, la Dra. Patricia Torres porque ha estado presente en todo el desarrollo de mi investigación de maestría; gracias por guiarme con sabiduría y por mostrarme el camino hacia la antropología feminista. Por todo tu apoyo, dedicación, compromiso y confianza, gracias.

Al comité de tesis por el interés en la presente investigación: la Dra. Magdalena Barros porque estuvo presente en todo el proceso de la tesis y me ha brindado una retroalimentación constante y sustanciosa en las aulas, la cual ha nutrido esta investigación. Al Dr. Christian Zolniski por apoyarme durante la estancia que realicé en Texas durante mi trabajo de campo, y por brindarme sus sugerencias durante la escritura de la tesis y por estar pendiente del desarrollo de la misma. A la Dra. Liliana Rivera por brindarme sus comentarios y sugerencias que han retroalimentado positivamente a esta investigación.

A la Coordinadora Académica la Dra. Georgina Rojas, por los comentarios sobre la metodología y los conceptos teóricos que amablemente me brindó. Gracias a sus observaciones logré presentar los datos de manera ordenada y pude

reflexionar y poner a prueba -desde la investigación feminista- algunos conceptos como el de “comunidad transnacional.

A los colegas de la maestría en Antropología Social del CIESAS generación 2015-2017 por todo lo vivido y aprendido, en especial a Anaid, Franco, Juliana y Sergio con los que compartí horas y horas de redacción en la biblioteca y con los que estaré siempre agradecida por su amistad sincera.

A todo el personal administrativo del CIESAS que me ha apoyado en este tiempo. Señalando muy especialmente al secretario técnico de la maestría Rogelio y al personal de biblioteca, Yadira, Betty y Graciela por su apoyo cordial y amistoso.

A todas las personas de Ixmiquilpan que participaron en la elaboración de esta tesis con sus entrevistas, fotografías y videos. Gracias, sin ustedes esta investigación no hubiera sido posible.

En especial quiero agradecer a la familia de San Juanico con la que viví en la ciudad de Garland durante mi trabajo de campo en la Metroplex. A Brígida T., Antolín M., Erica M., Reyna P. y Luis M. porque no sólo fueron mis amistades más cercanas durante los meses del trabajo de campo, sino que también fueron quienes me apoyaron, animaron y compartieron conmigo el sentido e importancia de realizar una investigación centrada en las experiencias de vida de las mujeres otomíes que habitan en el norte de Texas. Gracias por acompañarme y confiar en mi proyecto.

Por último, pero no por eso menos importantes, agradecer a mi familia. Menciono con amor a mi mamá Isabel y a mi papá Sergio porque son las personas que más quiero, gracias por darme alas, amor y apoyo para alcanzar mis metas. A mis tías Ana Lilia y Yaneth, a mis hermanas Nirvana e Itzia, a mis sobrinos Luna y Ollin, por su cariño, comprensión y compañía. A mis amigas y amigos de tantos años, espacios y aventuras, gracias por estar, comparto esta felicidad con ustedes, son alegría en el camino: Ana, Vanessa, Maricela, Montserrat, Rosa, Juan Pablo, Daniel, Diego, Iván, y a Sofía Reding, por todas las enseñanzas. En especial a Andrea por la cuidadosa y comprometida revisión de estilo que realizó en este documento.

Y muy especialmente a Juan porque ha sido mi más importante soporte emocional durante el postgrado, por el amor, compañía y consejos, te amo cariño.

INTRODUCCIÓN

I. Antecedentes de la investigación

La población indígena otomí habita en el centro de México. En específico, la población otomí que atañe a la presente investigación se ubica en el municipio de Ixmiquilpan, estado de Hidalgo, en la región conocida como El Valle del Mezquital. Cabe destacar que los otomíes de Ixmiquilpan tienen la migración más alta del estado de Hidalgo (Paz 2012: 76-80).

Investigaciones recientes indican que desde inicios del siglo pasado se presentó una migración hacia La Ciudad de México, la cual continuó hasta la década de 1980; para la década de 1990 este grupo migró hacia diversas ciudades de Estados Unidos; entre los estados de receptores se encuentran: Florida (en ciudades como Clearwater, Orlando e Immokalee); Nevada (en la ciudad de Las Vegas); Georgia (en la ciudad de Atlanta) y en Texas (no se especifica en qué ciudades). (Dow 2000; Serrano 2006; Quezada 2008; Solís y Fortuny 2010; Rivera y Quezada 2011; Lopes 2015).

La búsqueda de literatura sobre migración indígena a Estados Unidos efectuada en el contexto de esta tesis no apuntó a ningún trabajo antropológico realizado en Texas sobre migrantes otomíes del Valle del Mezquital. La región del norte de Texas ha recibido escasa atención en la literatura académica comparativamente con ciudades como Los Ángeles o Nueva York. El llenar este vacío de información constituye el motor de la presente investigación, la cual busca ahondar en el conocimiento de la migración internacional de indígenas mexicanos.

Se eligió la zona que abarca la Metroplex de Dallas-Fort Worth¹ para llevar a cabo este estudio por contar con referencias previas de la existencia de otomíes ubicados en esta región del noreste de Texas². En consecuencia, se decidió enfocar

¹ Abreviaré como: La Metroplex de DFW o simplemente como La Metroplex

² La presente investigación nace de un primer acercamiento a la migración transnacional de los otomíes del Valle del Mezquital que realicé durante la elaboración de mi tesis de licenciatura titulada: "Conflictos en la comunidad transnacional de El Espíritu, Ixmiquilpan, Hidalgo: emigrantes, identidad y toma de decisiones (2005-2010)" (Paz 2012).

la presente investigación en el norte de Texas y se contactó a los otomíes que ahí viven.

Hoy día es innegable la importancia y la magnitud de la migración internacional que realizan los grupos indígenas mexicanos hacia Estados Unidos. En este sentido, los otomíes de El Valle del Mezquital registran un número de migrantes elevado. Como grupo étnico mexicano, los otomíes ocupan la cuarta posición de expulsión migratoria después de los mixtecos, zapotecos y chinantecos de Oaxaca (Sedesol en Rodríguez 2003: 11).

Sumado a lo anterior, este estudio refleja el creciente interés de su autora en los estudios de género y en la perspectiva feminista dentro de la violencia estructural de México. La colaboración con la línea de investigación Violencias, Géneros, Sexualidades, Migraciones del CIESAS, Unidad DF, contribuyó a integrar este enfoque en la investigación antropológica de la migración. Por lo anterior, este proyecto se centra en las mujeres otomíes y en su migración internacional.

Por último, el tema de la violencia es entendido como el marco sociohistórico que se manifiesta en diversas prácticas discriminatorias que las personas otomíes viven al llegar a la Metroplex. Dichas prácticas serán analizadas desde la criminalización de los migrantes indocumentados en Estados Unidos, la explotación laboral y, en general, a partir de la condición precaria de la vida, así como desde las violencias de raza, clase, sexo, condición migratoria y etaria que afecten su experiencia migratoria.

II. Pregunta de investigación

La pregunta de investigación de esta tesis es: ¿Cómo se desarrolla una migración reciente de mujeres indígenas a los Estados Unidos? El caso de las otomíes de Ixmiquilpan, Hidalgo (Valle del Mezquital) que trabajan en la Metroplex de Dallas-Fort Worth, Texas, (1980-2016).

Con el fin de responder a esta interrogante, el presente trabajo de tesis se organizó en tres momentos centrales. La primera etapa de investigación (de mayo

a agosto de 2016) consistió en la elaboración del proyecto de maestría, en donde se plantearon tres preguntas complementarias de investigación relacionadas con la hipótesis de trabajo:

- 1) ¿Por qué migran las mujeres otomíes a Estados Unidos?
- 2) ¿Las mujeres otomíes en específico en Fort Worth, Texas, consideran que desempeñan actividades o funciones diferentes a las que desempeñaban en sus localidades de origen?
- 3) ¿Cuáles son los capitales sociales que despliegan las mujeres otomíes migrantes, para hacer frente a las violencias de las que son objeto tanto ellas como sus familias?

En la segunda etapa de investigación (de septiembre de 2016 a diciembre de 2016) se produjo un acercamiento a otomíes del municipio de Ixmiquilpan, Hidalgo que viven en la Metroplex de Dallas-Fort Worth, Texas. Las interrogantes anteriormente expuestas orientaron el trabajo con el grupo otomí, cuyos integrantes me explicaron cómo se valían de la identidad otomí, lugar de nacimiento y de parentesco para insertarse en los nichos de trabajo asalariado para inmigrantes mexicanos.

En la tercera etapa de investigación (de enero a junio de 2017) se redactó la presente tesis, en donde doy respuestas a las preguntas que guiaron el curso de la investigación.

III. Justificación

En la literatura sobre migración indígena a los Estados Unidos de América, los otomíes han sido poco estudiados. Concretamente, durante este estudio se localizaron alrededor de 14 trabajos³ que mencionan de alguna manera la migración internacional de este grupo indígena, aunque muy pocos con investigación de

³ En el Capítulo 1 se caracteriza el fenómeno de la migración indígena mexicana a EUA donde presento la literatura de carácter general hasta llegar a la particular de El Valle del Mezquital.

campo. La excepción son los trabajos antropológicos sobre la migración otomí a Florida que han realizado las investigadoras Ella Smith y María Crummett (2004) y Patricia Fortuny y Miriam Solís (2006 y 2010).

La búsqueda bibliográfica de investigaciones sociales que se centraran en la temática de la migración otomí en Estados Unidos y en específico en el estado de Texas, evidencio la escasa literatura escrita al respecto hasta 2015. Se localizaron trabajos de Olga Rodríguez (2003), David Díaz (2006), Tomás Serrano (2006), María Lopes (2015) y María Félix Quezada (2008). Los trabajos de Rodríguez, Serrano y Quezada refieren que la migración otomí de El Valle del Mezquital es principalmente de hombres jóvenes. En la presente investigación buscó probar la veracidad de dicha enunciación a partir del estudio del fenómeno migratorio de mujeres otomíes a Estados Unidos.

Señalo que esta literatura no presta atención a la migración desde una perspectiva de género, por ello, hacer hincapié en un estudio de género, no sólo permitió cuestionar el predominio masculino en la migración otomí hacia Texas, sino también visibilizar la experiencia de las mujeres otomíes migrantes en esa zona.

Por último, el hecho de realizar trabajo de campo en la región de la Metroplex de Dallas-Fort Worth en Texas brinda elementos novedosos sobre las nuevas ciudades de destino dentro de la migración internacional de indígenas mexicanos.

IV. Objetivos generales y particulares

El objetivo general de esta tesis es contribuir a los estudios sobre migración de indígenas mexicanos desde una perspectiva feminista.

Los tres objetivos particulares son:

- 1) Saber hasta qué punto los otomíes migrantes, en la Metroplex, se organizan de forma similar a las localidades de origen. Indagar si replican las estructuras patriarcales y las redes androcéntricas, en detrimento de las mujeres.

- 2) Conocer desde el punto de vista de las mujeres hasta qué punto la identidad étnica y de género permite generar estrategias contra las violencias cotidianas como la discriminación, exclusión, criminalización y deportación.
- 3) Visibilizar desde la perspectiva feminista cómo las mujeres generan redes sociales con otras mujeres y si estas transforman sus identidades étnicas y de género.

V. *Hipótesis*

En el proyecto se planteó la siguiente hipótesis: Las mujeres otomíes migrantes se valen de diversos capitales sociales para poder vivir en un contexto adverso que las criminaliza, excluye, invisibiliza y violenta de manera cotidiana. Esos capitales sociales –imbuidos por la identidad étnica y de género- pueden ser vistos en términos de redes sociales que se extienden por el espacio familiar y comunitario, y que fortalecen la comunidad transnacional otomí.

VI. *Estructura de la tesis*

La presente tesis cuenta con una introducción, cuatro capítulos, conclusiones, anexos y bibliografía. En la introducción se presenta el tema de la tesis sobre migración de mujeres otomíes en Estados Unidos con una perspectiva de género e investigación feminista. Se puntualizan las preguntas que guiaron la investigación en campo, así como los objetivos e hipótesis que guían esta tesis. Por último, en la justificación se subraya la importancia de estudiar a las otomíes en la Metroplex de Dallas-Fort Worth en el norte de Texas, tema no trabajado desde la academia antropológica.

El primer capítulo “Marco teórico conceptual y metodología” tiene dos apartados. En el primer apartado se especifican las perspectivas teóricas, conceptos y categorías que utilizo para el análisis de los datos. En tanto, en la segunda parte desarrollo la metodología y las técnicas que utilizo para realizar la

presente investigación; en ella se incluye el acercamiento a la zona de estudio a manera de un ejercicio reflexivo que se enmarca en una narrativa feminista. El apartado concluye con el primer acercamiento a la Metroplex de Dallas-Fort Worth, Texas.

En el segundo capítulo, “Contexto de la migración otomí a Texas”, se presentan los datos sobre la migración internacional de México a Estados Unidos para posteriormente aterrizar en una descripción de la Metroplex de DFW, sitio en el que se realizó la investigación. La sección finaliza con la etnografía del inicio de la migración otomí masculina -en la década de 1970- y de la migración otomí femenina -en la década de 1990-.

El tercer capítulo, “Identidad étnica y de género de mujeres otomíes de la Metroplex de DFW, Texas”, contiene un análisis sobre algunos rasgos identitarios de la cultura otomí como un puente para el análisis de la identidad de género. La sección se centra en el trabajo de Marcela Lagarde. Para finalizar, se aborda el tema de la identidad compleja que, según María Luisa Femenías, se genera en contextos migratorios.

Por último, en el capítulo cuarto, “Mujeres otomíes trabajo y nuevas redes”, se expone la vida laboral de las mujeres otomíes, la cual comenzó en México y actualmente continúa en la Metroplex de Dallas-Fort Worth. La intención de este capítulo es conocer las condiciones laborales y las tareas que estas mujeres realizan en su migración, ya que estas son de corte laboral. Se enfatiza el tema de redes, con base en el trabajo de Alejandro Portes y Marc Granovetter, para visibilizar la importancia que éstas tienen para acceder al trabajo.

Adicionalmente, la sección contiene un análisis de género sobre las diferentes redes de las que se valen tanto hombres como mujeres otomíes para encontrar nichos laborales, en donde el tema de los capitales sociales -atravesados por el género- es fundamental, ya que éste es el que propicia la creación de las mismas. En esta sección se destacan los espacios de empoderamiento femenino que se han logrado dentro de la migración internacional.

CAPÍTULO 1

MARCO TEÓRICO CONCEPTUAL Y METODOLOGÍA

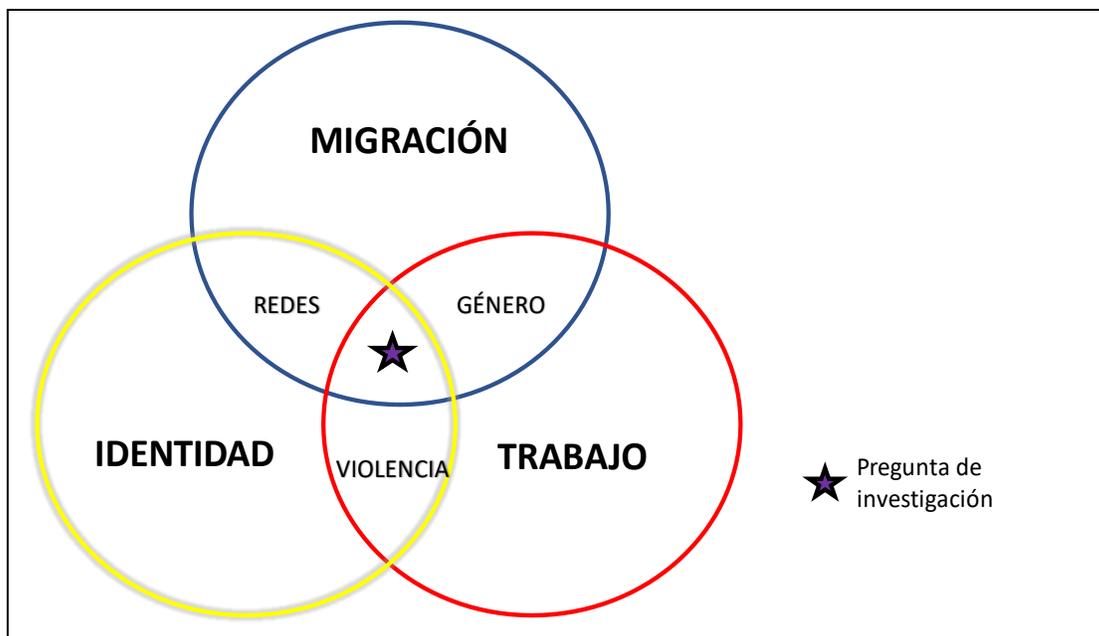
Este capítulo inicia con las perspectivas teóricas, conceptos y categorías empleadas para analizar los datos durante el estudio. En un segundo apartado se presentan la metodología y las técnicas utilizadas para realizar la presente investigación. El capítulo finaliza con un ejercicio reflexivo sobre la propia experiencia en el trabajo de campo. Dicho ejercicio se enmarca en una narrativa feminista interesada en delinear, como mujer, las emociones e impresiones experimentadas durante la investigación en la Metroplex de Dallas-Fort Worth.

MARCO TEÓRICO CONCEPTUAL

Los conceptos centrales de mi investigación son: migración, identidad y trabajo; mientras que las categorías que utilizo son: género, violencias y capitales sociales que devienen en redes. Estas tres categorías son los ejes del análisis que se entreteje a lo largo de los capítulos etnográficos que son el 3 y el 4.

En este apartado se exponen las propuestas teóricas y conceptuales que han elaborado algunas autoras y autores que se retoman a manera de referentes centrales. Para alcanzar un entendimiento integral sobre la importancia del marco teórico, se desarrolló el siguiente esquema (ver esquema 1). En este último se muestran los conceptos y las categorías en diálogo y conexión, y que, en la suma y en la confluencia, dan sentido y forma a la pregunta principal de investigación.⁴

⁴ La pregunta de investigación es: *¿Cómo se desarrolla una migración reciente de mujeres indígenas a los Estados Unidos de América? El caso de mujeres otomíes de El Valle del Mezquital que trabajan en la Metroplex de Dallas-Fort Worth, Texas (1980-2016)*



Esquema 1. Diagrama del marco teórico-conceptual. Elaboración personal

1.1 MIGRACIÓN

Para efectos de este estudio, se entiende por migración la movilización de personas de un lugar a otro, sea dentro del mismo país o a uno distinto (Malgesini y Giménez 2000). Roberto Herrera en 2006 (citado en Torres s/f) indica que al analizar las causas de la migración se pueden ver las de orden histórico estructural o las relacionadas con factores o rasgos individuales de quienes migran, el resultado puede ser un cambio de país o una migración interna.

Existen, al menos tres propuestas teóricas para analizar la migración: 1) la de la economía neoclásica que sostiene que la causa de la migración es la diferencia económica entre regiones; 2) la del mercado dual que sostiene que la migración se debe a la demanda de mano de obra barata por regiones industrializadas -demanda que propicia la migración de mujeres y niños en un afán de contar con una reserva de mano de obra-, y 3) la de redes sociales, que sostiene que los migrantes van creando lazos de amistad y parentesco en la localidad receptora que facilitan el flujo migratorio para quienes tienen acceso a ellas. Este trabajo hace uso de las dos últimas propuestas y enfatiza al aspecto étnico involucrado en el flujo migratorio.

1.1.1. Migración indígena de México a Estados Unidos

El proceso de la construcción de las grandes ciudades coincide con una gran intensidad migratoria entre el campo y la ciudad que tuvo lugar principalmente en los años sesenta y setenta del siglo pasado. Durante esta época de movilidad rural-urbana, y adicionalmente a la búsqueda de trabajo, se observaron otras motivaciones para la migración. Este fue el caso de la migración por razones de reunificación familiar, en la que paulatinamente comenzaron a integrarse las mujeres (Ariza y Portes 2007).

Laura Velasco (2007) explica que anteriormente los campos de estudio sobre migración se dividían entre los que trabajaban migraciones internas -de corte nacional- y los que trabajaban migraciones internacionales. Sin embargo, la complejidad del fenómeno migratorio en México ha ido exigiendo una diversidad de trabajos que den cuenta de las realidades múltiples y en constante cambio y convivencia para dar cuenta de sus particularidades. Si bien es cierto que para investigar el tema de los migrantes indígenas mexicanos tenemos que hablar de una multiplicidad de procesos, rutas y estrategias, dentro de la revisión de Velasco surgen algunas líneas fundamentales para su estudio. Este es el caso de la importante participación de las mujeres indígenas que han emigrado históricamente a las ciudades grandes de México, y que posteriormente lo han hecho hacia Estados Unidos.

Los vínculos que los migrantes indígenas tejen pueden ser analizados desde una perspectiva transnacional. Esta perspectiva ayuda a pensar la migración desde los distintos espacios en los que se encuentran las personas -tanto en el ámbito nacional como en el internacional- y a reflexionar cómo a la distancia se van tejiendo redes sociales y acumulando capitales sociales que favorecen el fortalecimiento de los circuitos migratorios en los que están inmersas⁵.

⁵ Para el caso de las mujeres otomíes, estos circuitos migratorios se han detenido desde la guerra antiinmigrante del 2001. A partir de entonces las mujeres se quedaron de manera definitiva en Estados Unidos, y dejaron de ir y venir a México como solían hacerlo en la década de los noventa las migrantes solteras.

En la mayoría de los casos, los indígenas tienen una conexión estrecha entre la migración nacional y la internacional. Estos grupos utilizan su experiencia migratoria previa en las ciudades del interior de México para después ponerla en juego –con las modificaciones pertinentes- en su migración internacional a Estados Unidos. Lo anterior implica que los circuitos migratorios que los indígenas tienen están vinculados de manera nacional e internacional.

Hoy en día es importante problematizar la idea del lugar de origen y del lugar de destino de los migrantes. Ello se debe a que actualmente existe una multiplicidad de orígenes de salida, así como varios lugares de destino migratorio. Asimismo, es importante pensar que las migraciones no son definitivas -pensemos en el contexto de criminalización y de “ilegalidad”, mismo que revisaremos en el apartado sobre criminalización de la migración-. Lo mismo pasa con la idea de retorno que se tenía anteriormente. En la actualidad, no todos los migrantes regresan al pueblo en el que nacieron. Muchos regresan a otros lugares que conocieron previamente, ya sea porque les ha gustado la experiencia de vida ahí o porque tienen familiares en ese sitio. En suma, la migración actual no implica una relación entre un lugar de origen y uno de destino.

1.1.2 Perspectiva transnacional de las migraciones

Los primeros trabajos que apuntaron la creación de la comunidad transnacional surgieron en la década de los noventa del siglo pasado con la investigación pionera de Nina Glick Schiller, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton de la Universidad de New Hampshire, Estados Unidos. En ella, las investigadoras el caso de los migrantes centroamericanos que vivían y trabajaban en Nueva York y quienes mantenían vínculos con sus lugares de origen. (Glick Schiller, Basch y Blanc 1992).

A raíz de su trabajo de campo, las autoras conocieron a profundidad las dinámicas migratorias de este grupo social, lo que las llevó a pensar en un nuevo concepto que les ayudara a definir estas acciones generadas por los migrantes; decidieron nombrar a la acción de comunicación de los migrantes con sus comunidades de origen: “vínculos transnacionales” los cuales se generan tanto de

un lado y como del otro de las fronteras nacionales.

El antropólogo Yerko Castro, quien ha trabajado más recientemente desde la perspectiva transnacional de las migraciones, refiere que el trabajo de estas sociólogas manifestó por primera vez en la academia la inquietud de indagar sobre los migrantes y sus vínculos con sus lugares de origen:

En su trabajo, las investigadoras pusieron el acento en los aspectos culturales, en la manera en que los migrantes, lejos de asimilarse invariablemente a la sociedad huésped, mantenían relaciones económicas, políticas y sociales con sus lugares de origen. En el centro de esta idea de nuevas relaciones que se establecen aquí y allá descansa la propuesta de que éstas llegan a constituir comunidades transnacionales. (Castro 2005: 181).

A raíz de este trabajo otros académicos de Estados Unidos y México continuaron indagando esa veta de investigación. Hasta la fecha, se ha ido generando un corpus de estudios desde una perspectiva transnacional de las migraciones. Esta perspectiva se ha sido nutrido del estudio de una diversidad de grupos migrantes, sean estos mexicanos, centroamericanos, latinoamericanos, grupos indígenas, jóvenes, mujeres, etcétera.

Los estudios sobre comunidades transnacional de grupos indígenas mexicanos comenzaron en la década de los noventa con los trabajos realizados con la comunidad de mixtecos de San Juan Mixtepec en California, escritos por los antropólogos Michael Kearney y Federico Besserer. Su investigación detonó un sinnúmero de estudios sobre los indígenas mixtecos en el resto de Estados Unidos (Besserer 1999; Besserer 2004; Rivera-Sánchez 2004; Besserer y Kearney 2006; Cornelius et al. 2011; Asakura 2011; Barros 2012; Rivera-Salgado 2014).

También se han generado estudios de migración transnacional sobre otros grupos de indígenas como son los nahuas, mayas, zapotecas, purépechas, otomíes, entre otros. (Adler 2004; Fox y Rivera-Salgado 2004; Aquino 2007; García 2008; Leco 2009; Solís y Fortuny 2010; Roldán y Sánchez-García 2015).

Federico Besserer ha propuesto que para realizar este tipo de estudios migratorios transnacionales es central ver a las poblaciones como “desterritorializadas”, lo cual constituye una categoría importante dentro de esta perspectiva analítica:

Los trabajos de Roger Rouse, Michael Kearney y Carol Nagengast, y el de Nina Glick Schiller et. al. estuvieron entre los primeros trabajos que trascendieron los estudios de migración y plantearon que las comunidades transnacionales tenían un carácter diferente. Estos estudios buscaron alternativas a las estrategias 'localizadas' de investigación para abrir el camino a estudios de comunidades 'desterritorializadas' y a sus problemáticas singulares. (Besserer 1999: 4).

Existe un debate académico sobre si el “transnacionalismo” puede ser una teoría o si es una perspectiva de análisis; para Miguel Moctezuma argumenta que no es una teoría ya que:

Los enfoques sobre migración internacional no son teorías en sí mismas, derivan de la economía clásica, microeconomía, economía política, sociología, etc. El Transnacionalismo no es la excepción, es apenas una perspectiva de análisis que recoge y cuestiona varios enfoques teóricos, contando con propuestas en direcciones diversas y a veces encontradas.” (Moctezuma 2008:1).

De acuerdo con esta postura, la migración transnacional es una perspectiva de análisis que se ha nutrido de diversas disciplinas sociales para profundizar en los estudios migratorios sin llegar a ser una teoría. Contrapunteando esta posición se encuentra la que asume la Escuela del antropólogo Federico Besserer, la cual sostiene que los estudios sobre migración transnacional pueden llegar a conformar una teoría. Yerko Castro, quien ha sido parte de la escuela de Besserer, habla de este “nuevo lente” para los estudios migratorios:

La coincidencia más clara parte de reconocer que si bien las prácticas transnacionales no son nuevas, esto es, que han existido desde siempre flujos e interconexiones a lo largo y ancho del planeta, lo novedoso sería esta capacidad de la teoría transnacional de proporcionar un nuevo lente para observar los fenómenos migratorios. [...] Hoy en día, luego de la aparición de una amplia bibliografía sobre teoría transnacional, puede observarse cómo ésta ha venido a ser una herramienta importante para la antropología y, cada vez más, para la sociología. Sin embargo, a pesar del acelerado desarrollo de estos debates, las reflexiones se hallan lejos de conformar una teoría unificada. (Castro, 2005: 182).

A la fecha este “lente” para el análisis migratorio ofrece conceptos de análisis útiles generados desde estudios empíricos con comunidades migrantes. A continuación se señalan los conceptos más relevantes: “comunidad transnacional”, “familia transnacional”, “identidad transnacional”, “multilocalidad”, “trasnmigrante”, etcétera. Es importante comentar que estos conceptos no llegan a asirse de manera uniforme dentro de un solo corpus teórico, ya que la misma producción de las investigaciones es heterogénea.

Antes de continuar con el ámbito metodológico de los estudios de migración transnacional, es importante aclarar lo que se entiende por “comunidad transnacional” en el presente trabajo. Para ello, se recupera el trabajo de Miguel Alberto Bartolomé:

Este término ha sido usado para exponer la existencia de un tipo de migración cuyo aspecto básico no radica en la temporalidad o la permanencia, sino que supone el desarrollo de complejas redes de articulación entre emigrados y sus localidades de origen, dando lugar una nueva configuración social, y eventualmente cultural e identitaria, protagonizada por personas que viven a ambos lados de una frontera estatal que atraviesan con alguna frecuencia. (Bartolomé 2008:60).

Los estudios sobre migración transnacional han conformado una perspectiva de análisis útil que ha propuesto alternativas metodológicas que vale la pena destacar. En este sentido, el antropólogo Federico Besserer refiere que:

Son varias las razones metodológicas por las cuales los resultados de las investigaciones son de índole muy diversa. Entre estas razones podemos referirnos primero a la disparidad en la definición de los sujetos. En segundo lugar, diferencias en la selección de los sujetos estudiados...

Si bien muchos de los investigadores sobre la vida transnacional coincidimos en que es pertinente iniciar un esfuerzo de síntesis, de comparación y de contraste entre comunidades transnacionales, es difícil iniciar este proceso precisamente por las diferencias en las definiciones sobre el sujeto, la terminología que se usa para describirlo, la escala en la que se hace el estudio y el método que se persigue en la investigación. (Besserer 2004:15–16).

Se entiende que no se puede hablar de una sola propuesta metodológica en este tipo de estudios debido a que los trabajos suelen variar en la disciplina, la escala, la temática, los conceptos analíticos y las herramientas metodológicas:

Con algo más de una década de antigüedad, los estudios sobre transnacionalismo constituyen ya una consolidada línea de reflexión en el campo de la migración. Su nacimiento marca el inicio de un proceso gradual de cambio de paradigma, actualmente en curso. Originalmente anclados en las aproximaciones antropológicas y socioculturales de las ciencias sociales, los estudios sobre transnacionalismo se han extendido al cuerpo central del saber académico dando lugar a una infinidad de investigaciones empíricas y reflexiones teóricas. Una de las premisas que guía sus esfuerzos es la de romper con la idea de espacios separados (origen/destino; sociedad expulsora/sociedad receptora), como una de las vías para acercarse a la experiencia real de los migrantes en el entorno global. Se trata, en pocas palabras, de desarrollar un marco analítico acorde con los rasgos que ha adquirido la migración en la fase globalizadora de finales del siglo XX. (Ariza y Portes 2007:27–28).

Existen trabajos sobre transnacionalismo que parten del análisis de datos cualitativos, de corte antropológico, en donde figura la observación participante, las

historias de vida, las etnografías multisituadas, las entrevistas a profundidad y la investigación topográfica que propone (Besserer 2004). Y por otro lado se han generado estudios desde la sociología o la demografía que han aportado herramientas de corte cuantitativo a investigación como son los mapas, las cartografías, las encuestas, y el análisis con programas cuantitativos:

El conocimiento de una realidad tan compleja y cambiante, en la que confluye una multiplicidad de factores difíciles de deslindar, requiere un proceso de reflexividad sobre los métodos de investigación y las estrategias de análisis usualmente empleados. En la actualidad existen individuos y grupos de académicos dedicados al estudio de los fenómenos migratorios desde diversas perspectivas disciplinarias y metodológicas. Podemos afirmar que se trata de un campo de conocimiento internacional con esfuerzos de investigación en los países de origen, de tránsito y de destino, y una enorme cantidad de estudios en el nivel local. (Ariza y Velasco 2012:14).

Por último, aunque los estudios sobre migración transnacional suponen una base conceptual sólida para los estudios sobre indígenas migrantes mexicanos en Estados Unidos, el presente trabajo requiere una revisión y un cuestionamiento de género de los mismos conceptos para poder aplicarlos correctamente.

La investigación sobre mujeres otomíes migrantes en la Metroplex de Dallas-Fort Worth, hizo evidente que los conceptos de “comunidad transnacional”, así como el de “transmigrante”, no son útiles para entender el panorama actual de estas mujeres. Esto se debe a que ambas nociones se generaron a partir de la experiencia migratoria masculina, sin llegar a ser explicativas para el caso de las mujeres.

Específicamente, el concepto de “comunidad transnacional” presenta dos incompatibilidades con la investigación sobre mujeres otomíes en Texas. La primera incompatibilidad es de corte histórico ya que, si bien algunas de ellas realizaron inicialmente una migración circular o de retorno, al igual que los hombres, las mujeres han dejado de regresar a México con relativa frecuencia y se han vuelto migrantes permanentes. Esto ha ocurrido al menos desde 2001 como consecuencia de la caída de las Torres Gemelas y del subsecuente recrudescimiento de los controles migratorios en la frontera. Dicho cambio en el flujo migratorio deja de dar ese cariz transnacional a su experiencia como migrantes.

La segunda incompatibilidad está relacionada con la manera diferenciada en que hombres y mujeres otomíes se encuentran asidos a la comunidad

transnacional. Se observa que los hombres otomíes responden al patrón de comunidad transnacional que hemos revisado anteriormente con Canales y Zolniski (2000) y Bartolomé (2008), con respecto a las complejas redes que ellos tienen con las autoridades de sus localidades en Ixmiquilpan para cumplir con su papel como parte del pueblo -es decir, asumir su membresía o "*membership*"- y cumplir con las cuotas que les sean requeridas. En cambio, las mujeres no generan redes con las autoridades locales puesto que ellas no tienen derecho a la membresía en la localidad del marido -que es de donde ellas migraron-. Es por esta razón que las redes que ellas tejen son en el lugar de destino con otras mujeres que también habitan en la Metroplex, lo que les brinda una mejor estancia en Estados Unidos a ellas, a sus parejas y a sus hijos.

De igual manera, el concepto de "transmigrante" probó ser inadecuado para ser aplicado a la presente investigación. Esta noción, tal como es entendida por Besserer (1999), se refiere al migrante que va en busca de trabajo a Estados Unidos para regresar a su pueblo de origen y generar esa dinámica de migración de retorno en la que se cruzan a un lado y al otro de la frontera diversos recursos culturales, económicos y sociopolíticos. Lamentablemente, el concepto de "transmigrante" retrata únicamente la experiencia de los migrantes otomíes hombres, mas no la de las mujeres. Ello es debido a que las mujeres, por su condición de indocumentadas, no han tenido la libertad de ir y venir a través de la frontera.

La mujer otomí que migra no puede ser considerada transmigrante en el estricto sentido del concepto por estar limitada por aspectos legales. En cambio, aquellos hombres otomíes que lograron regularizar su estatus migratorio en la Amnistía de 1986 sí pueden ir libremente de un lado al otro de la frontera, lo que los convierte en transmigrantes. Estos sujetos tienen un estatus migratorio privilegiado que los diferencia del resto de los otomíes. Es de subrayar que la mayoría de los indocumentados son mujeres y que, los hombres jóvenes que caen dentro de la categoría de indocumentados son feminizados al interior de la comunidad de migrantes otomíes, por el estatus legal que tienen y que los coloca en una clase inferior.

1.1.3 Criminalización de la migración

Nicholas P. De Genova (2002) hace un análisis actual sobre el fenómeno migratorio entre México y Estados Unidos dentro del periodo histórico que Massey, Durand y Prent (2009) llaman la era de “la guerra antiinmigrante”. De Genova pone énfasis en el fenómeno migratorio visto desde la “ilegalidad” y desde las consecuencias que ésta ha traído a los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos.

La implementación de la ilegalidad como medida política ha logrado deshumanizar a los inmigrantes mexicanos, los cuales están siendo marginalizados, explotados y criminalizados en Estados Unidos a partir de criterios racistas y xenófobos. Por lo anterior, es importante generar “una crítica hacia los Estados nacionales y sus políticas de inmigración y sus políticas de frontera así como del nacionalismo, el nativismo y la ciudadanía” (De Genova, 2002: 423).

El nacionalismo en Estados Unidos interpela a la inmigración histórica como una parte fundamental de su origen y fuerza. Sin embargo, no se ve con ese mismo lente a los inmigrantes mexicanos. Por esta razón nos encontramos con un problema conceptual al hablar de inmigración mexicana, ya que esta se encuentra atravesada necesariamente por configuraciones epistemológicas, intelectuales y políticas en constante cambio, lo que ha permitido darle un carácter diferenciado a la inmigración de mexicanos.

En los trabajos sobre migración México-Estados Unidos se utilizan términos como “*illegal aliens*” o “*illegal immigration*”. El punto por discutir es visibilizar que esas terminologías se convierten en categorías analíticas que penetran en la aproximación y en el conocimiento de los sujetos que quedan marcados por los prejuicios racistas. Existen otros trabajos que prefieren utilizar la categoría de indocumentado (*undocumented*) sobre la de ilegal (*illegal*) que parece ser menos ofensivas, aunque sería bueno preguntarnos si es menos problemático utilizar esa categoría, así como las de “extra legal”, “sin autorización”, “irregular” o “clandestino”.

El “ser ilegal” se convierte en una identidad política que sirve para etiquetar a las personas desde un estatus jurídico. Dicha conceptualización es parte de una epistemología violenta hacia el sector de los inmigrantes mexicanos, mismo que no se busca deportar sino hacer sentir “deportables”. Se trata de incidir en ellos a un

nivel psicológico y político para generar miedo e incertidumbre sobre su porvenir en Estados Unidos, y así poder explotarlos laboralmente.

Por último, se debe destacar que, aunque para De Genova la ley de migración se erige como efectiva, definitiva y coherente, en realidad es la encargada de producir y reproducir la “migración ilegal” y la “ilegalidad” de los inmigrantes mexicanos. Estos parámetros tácticos son efectivos para la cohesión social y para mantener subordinados y controlados a los inmigrantes.

La imposición del término “ilegal” debe leerse como una estigmatización hacia los mexicanos, chicanos y latinos a manera de una frontera social que denota un marcado racismo hacia este sector. Esta estigmatización termina transformándose en una política de “borramiento” de las personas indocumentadas. Ello acaba por demarcarlas en espacios concretos donde son atravesados por diversas violencias como son: la invisibilización, la exclusión, la subyugación, la represión y la generación de miedo.

Dentro de este contexto político de la criminalización de los migrantes indocumentados viven algunos otomíes en la Metroplex de Dallas-Fort Worth, Texas. Según los datos etnográficos recabados para este estudio, la mayoría de los indocumentados son mujeres. Esta diferencia en los estatus legales de hombres y mujeres se debe a que la mayoría de los hombres otomíes llegaron desde la década de los ochenta del siglo pasado, por lo que lograron beneficiarse con el programa IRCA (1986); por el contrario, las mujeres que formaron parte del estudio en la Metroplex comenzaron a migrar hasta la década de 1990.

Esta situación de indocumentación de las mujeres es un factor de riesgo y vulnerabilidad con el que viven en el norte de Texas, mismo que las mantiene expuestas a violencias diversas, como son los tratos racistas y la explotación laboral. Ellas, al sentirse “deportables”, buscan aprovechar el tiempo en Estados Unidos. Las mujeres migrantes otomíes trabajan tiempo completo, viven sin lujos y ahorran bajo el supuesto de que en cualquier momento van a regresar a México ya sea porque “las agarre la migra”, porque se presente alguna emergencia familiar - por ejemplo, el fallecimiento de un familiar-, o porque lleguen a padecer una enfermedad grave o tengan accidente que conlleve gastos médicos mayores.

1.2 IDENTIDAD

Miguel Alberto Bartolomé (2008) sugiere que para hablar de identidad se debe hacer una clara diferenciación entre lo que es una “identificación”, una “condición” y lo que es “identidad” -que es más fuerte que las anteriores-.

La diferenciación es importante para el caso de las mujeres migrantes otomíes en Texas. Como se mostrará en los siguientes capítulos, ellas se identifican en el contexto de la Metroplex, en donde son ubicadas con la población hispana o latina residente o indocumentada. Empero, estas condiciones se encuentran adscritas al territorio texano, por lo que son identificaciones que recaen sobre ellas al estar situadas en ese contexto migratorio, mientras que en sus localidades de origen en México son inexistentes.

La identidad supone la asunción de una lealtad fundamental que puede llegar a ser totalizadora, tanto del punto de vista objetivo como subjetivo; en tanto que la identificación o la condición se manifiestan como adscripciones coyunturales que pueden definir la filiación y orientar las conductas pero que tienden a desaparecer junto con la situación que se ha generado. Así, la identificación o la condición de “ilegal” desaparece automáticamente cuando se cruza la frontera en sentido inverso (Bartolomé 2008:59).

1.2.1 Identidad étnica

Gilberto Giménez (2009) ha trabajado a profundidad el tema de identidad, el cual examina a partir de cinco clasificaciones conceptuales desde las que se comprende la identidad:

- 1) Cuando se habla de identidad se está hablando de representación -reconocida y compartida- que tiene de sí mismos los actores sociales, y no de cualquier inventario de “rasgos distintivos” constituido desde el punto de vista del observador externo.
- 2) La relación de cultura e identidad es indisoluble. La identidad puede resultar de la interiorización distintiva y contrastiva de determinados repertorios culturales por parte de los actores sociales. La identidad es el lado subjetivo de la cultura.
- 3) Existe una distinción y, a la vez, una relación peculiar existente entre identidades individuales e identidades colectivas. Pues la identidad se predica en sentido propio de los actores individuales y sólo por analogía de los colectivos. Y las identidades colectivas constituyen una franja específica de la identidad de los individuos a través de su red de pertenencias sociales.
- 4) La identidad de un individuo se define primariamente, antes que cualquier referencia a atributos, por su red de pertenencias sociales.
- 5) La identidad no constituye una especie de esencia o atributo específico del sujeto, sino un sistema móvil de relaciones múltiples centradas en el sujeto en una determinada

situación social. Además, se requiere del reconocimiento exterior para que una identidad pueda existir socialmente. (Giménez 2009:11).

Este autor ha generado una definición de identidad que es central para entender sus propuestas:

El conjunto de repertorios culturales interiorizados (representaciones, valores, símbolos...) y relativamente estables, a través de los cuales los actores sociales (individuales o colectivos) se reconocen entre sí, demarcan simbólicamente sus fronteras y se distinguen de los demás actores en una situación determinada, todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados (Giménez 2009:280).

El interés por generar un puente entre esta definición y el problema de investigación de la presente tesis parte de la importancia que la identidad tiene para los otomíes migrantes que habitan en la Metroplex de Dallas-Fort Worth. Es precisamente gracias a esas coincidencias culturales que se identifican como otomíes, lo que les ha facilitado tejer redes sustanciales para llevar a cabo los desplazamientos migratorios.

Por otro lado, dado que esta investigación aborda el caso de las mujeres indígenas migrantes pertenecientes al grupo étnico otomí, de Ixmiquilpan, se torna indispensable esclarecer el concepto de identidad étnica empleado durante su migración. De acuerdo con Gilberto Giménez la identidad étnica recae en los componentes culturales básicos de la representación social que tienen los grupos étnicos (diferente a la cultura nacional), los cuales son:

- 1) La valorización del propio sistema de parentesco como fundamento primordial de su pertenencia étnica y puerta de acceso a los demás bienes y atributos conectados con la misma;
- 2) Una tradición archivada en la memoria colectiva, que remite a una línea de ancestros y que registra el trauma de la colonización;
- 3) Un complejo religioso-ritual que actualiza, reafirma y renueva la identidad del grupo, mediante la dramatización de su visión del mundo, de la vida y de la muerte;
- 4) La valorización del propio lenguaje, dialecto o sociolecto no sólo como medio de comunicación intragrupal, sino también como archivo vivo de su visión del mundo y símbolo distintivo de su identidad cultural;
- 5) La reivindicación permanente de sus territorios ancestrales como lugares de anclaje de su memoria colectiva, contenedores de su cultura y referente simbólico de su identidad social (Giménez 2009:141-142).

El concepto de “membresía étnica” al que se refiere Giménez tiene un problema de traducción del inglés al español porque en inglés existen dos términos que permiten diferenciar la “pertenencia nacional” de la “pertenencia étnica”. Por el

contrario, en español ambos términos se traducen como “ciudadanía”. Esta circunstancia acarrea confusiones al tratar de comprender estos dos niveles de adscripciones identitarias:

En inglés existe el término ‘nacional’ para designar a los individuos reconocidos como miembros de una nación en el sentido cultural del término, lo que no ocurre en español. De aquí la confusión generada por el uso del término ‘ciudadano’ para designar indistintamente tanto al súbdito de un Estado como al miembro de la nación tal como es definida por los grupos cultural y políticamente dominantes. Esta confusión deriva de la identificación errónea entre nación y Estado (Giménez 2009:130).

En lo que respecta a los estudios migratorios y a los que se adscriben a la perspectiva de la migración transnacional o del transnacionalismo, se ha discutido sobre lo que sucede con los migrantes indígenas que pertenecen a pueblos en los que se encuentran consolidadas las organizaciones sociales comunitarias -mismas que exigen a los sujetos cierta participación y cooperación, aunque estos se encuentren trabajando fuera de la localidad de origen-. Para Alejandro Canales y Christian Zolniski (2000) las comunidades transnacionales tienen una pertenencia que se define por los mismos migrantes, por sus redes sociales y por las prácticas transnacionales que mantienen. Dicha situación mantiene a los migrantes políticos en sus comunidades de origen:

En este sentido, esta pertenencia llega a ser substantiva, y no sólo declarativa, en la medida que permite trastocar el sentido de las presencias físicas y contiguas, por presencias imaginadas y simbólicas. En este marco, podemos señalar las prácticas, privilegios y beneficios que gozan los migrantes en sus comunidades, aún después de su asentamiento en Estados Unidos. Ejemplo de ello, es la capacidad de influencia y el poder que los migrantes pueden ejercer en el proceso de toma de decisiones sobre diversos aspectos en las comunidades de origen. La “ausencia” física, es contrarrestada por la “presencia” imaginada, que se vuelve real y concreta por medio de la información y poder que fluye a través de las redes construidas por los migrantes, y que se ve facilitada por el desarrollo de las telecomunicaciones (Canales y Zolniski 2000:7).

En los estudios sobre migración transnacional se ha definido esta pertenencia y participación activa que tienen los migrantes con su comunidad de origen como la “membresía” (*membership*). Esta es una situación diferente de la de ciudadanía que genera un sentido de pertenencia para la llamada comunidad transnacional, más fuerte y profundo que el de los estados nacionales:

Como señala Smith, la “pertenencia más allá de la ciudadanía” se refiere a la transnacionalización del sentido de comunidad más allá de las fronteras nacionales tanto del estado mexicano, pero también del estado norteamericano. De esta forma, los

migrantes mexicanos residentes en Estados Unidos, mantienen e incrementan su importancia y vínculos con sus comunidades de origen aún después de su asentamiento legal, estable y definitivo. Para ellos, la posible ciudadanía, esto es, la construcción de un sentido de pertenencia con el estado norteamericano, cuando se da, no implica, sin embargo, una ruptura ni mucho menos, con su sentido de pertenencia con sus comunidades de origen. La pertenencia a éstas es más profunda y vital que las pertenencias construidas políticamente. En no pocos casos, la ciudadanía no es sino una forma para defender y mantener los lazos comunitarios (Canales y Zlotniski 2000:7).

En el capítulo 3 hablaré de las comunidades transnacionales otomíes que se tejen entre Ixmiquilpan y Estados Unidos, y destacaré cómo estas son administradas y conformadas para y por los hombres. Las mujeres rara vez tienen membresía en éstas, lo cual veremos más adelante a partir de los datos etnográficos.

1.2.2 Identidad Compleja

María Luisa Femenías (2011) realiza un trabajo sobre la identidad cultural de las personas porque está en contra de las identidades esencializadas:

Muchas comprensiones de la identidad, que instan a los sujetos (varones y mujeres) a constituirse en “actores sociales”, la entienden de ese modo. Es decir, conformada a partir del lugar que ocupa cada quién en una cierta trama social, política, cultural o simbólica con otros sujetos, pero capaz de promover cambios y dinámicas de transformación (Femenías 2011:99).

Femenías propone que las identidades son complejas, es decir, que se encuentran en constantes cambios y transformaciones en un contexto global que las va flexibilizando. Esta autora ha desarrollado su concepto de la siguiente manera:

Entiendo por “identidad compleja” un constructo que no responde a un sólo rasgo fijo, determinante y esencial, anterior e independiente de la vida y la experiencia de los/as individuos y los grupos. Por el contrario, la considero conformada individual y colectivamente a partir de la organización de las propias experiencias de vida en interjuego con otros grupos de referencia y en base a identificaciones con ideales regulatorios; siempre en constante reestructuración y movimiento, donde persisten algunos núcleos más estables que otros, pero en continuo diálogo con el entorno y consigo misma/o. Así, la identidad implica un conjunto de rasgos, creencias, costumbres y estilos de vida no estáticos (Femenías 2011:99).

La “identidad compleja” se puede amoldar al trabajado realizado entre los grupos de migrantes, debido a que Femenías parte de que en la migración se

propician cambios en las identidades de hombres y mujeres, de frente a un mercado laboral que “feminiza” el trabajo de las personas migrantes y que propicia situaciones de violencia y precarización laboral tanto para hombres como para mujeres. Lo anterior se materializa en jornadas laborales extenuantes y salarios igualmente bajos para hombres y mujeres indocumentados.

Femenías (2011) plantea que estos cambios hacen que las identidades de los hombres y de las mujeres se transformen. De cara a un trabajo que es feminizado, las masculinidades de los hombres se fragilizan, en tanto que las mujeres logran sacar experiencias de empoderamiento de esta situación:

Los varones tienen más dificultades para renegociar sus identidades, mientras que las mujeres lo logran formando redes de supervivencia aún en las condiciones más adversas de los circuitos informales desregulados y altamente devaluados. Esas redes, en el fondo, les confieren colectivamente cierta autonomía que les devuelve una imagen de sí altamente valiosa (Femenías 2011: 102).

Por último, esta autora expone que este fenómeno de la feminización del trabajo genera un achatamiento de las jerarquías patriarcales en donde las mujeres sacan ventaja de esta situación:

En principio, porque las mujeres tienen algo que ganar en el achatamiento de las jerarquías patriarcales, le imprimen a la sociedad un impulso dinámico y democratizante en términos de incorporación de espacios de autoafirmación y expansión de sus libertades, aún a costa de mayores beneficios económicos (Femenías 2011:100).

En el capítulo 4, se hablará sobre el trabajo y las redes de mujeres otomías en la Metroplex, y se expondrán casos en los que ellas han logrado generar redes con otras mujeres para acceder a trabajos remunerados en Texas, situación que les ha brindado seguridad y autonomía en sus vidas cotidianas, a pesar de encontrarse en una condición de vulnerabilidad por ser indocumentadas.

1.3 TRABAJO

Para entender lo que es trabajo, se recupera la definición que da Carlos Marx en el Capital:

El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en que éste realiza, regula y controla mediante su propia acción su intercambio de materias con la naturaleza. En este proceso, el hombre se enfrenta como un poder

natural con la materia de la naturaleza. Pone en acción las fuerzas naturales que forman su corporeidad, los brazos y las piernas, la cabeza y la mano, para de ese modo asimilarse, bajo una forma útil para su propia vida, las materias que la naturaleza le brinda. Y a la par que de ese modo actúa sobre la naturaleza exterior a él y la transforma, transforma su propia naturaleza, desarrollando las potencias que dormitan en él y sometiendo el juego de sus fuerzas a su propia disciplina. (Marx 2010: 215-216).

El trabajo social queda mediado por las relaciones de producción concretas y de acuerdo con el modo de producción del que se trate. Eric Wolf (1999), siguiendo a Marx, sugiere que se conocen tres modos de producción: el basado en el parentesco, el basado en el tributo y el basado en el capital. El trabajo de los migrantes mexicanos en Estados Unidos se ubica en el modo de producción capitalista, que implica la expansión continua del ámbito del sistema, en el que la acumulación ampliada del capital asegura su existencia.

1.3.1 Trabajo de migrantes

El trabajo de migrantes –hombres y mujeres- se examina desde el punto de vista de los cambios que introduce en la posición social de las mujeres como productoras de plus trabajo y de nuevos trabajadores en una sociedad patriarcal.

Silvia Federici (2010) indica que desde una perspectiva feminista al hablar de trabajo en el modelo capitalista se debe tener en cuenta:

i) el desarrollo de una nueva división sexual del trabajo que somete el trabajo femenino y la función reproductiva de las mujeres a la reproducción de la fuerza de trabajo; ii) la construcción de un nuevo orden patriarcal, basado en la exclusión de las mujeres del trabajo asalariado y su subordinación a los hombres; iii) la mecanización del cuerpo proletario y su transformación, en el caso de las mujeres, en una máquina de producción de nuevos trabajadores. Y lo que es más importante, he situado en el centro de este análisis de la acumulación primitiva las cacerías de brujas de los siglos XVI y XVII; sostengo aquí que la persecución de brujas, tanto en Europa como en el Nuevo Mundo, fue tan importante para el desarrollo del capitalismo como la colonización y como la expropiación del campesinado europeo de sus tierras. (Federici 2010: 23).

El trabajo de Alejandro Canales y Christian Zlotniski (2000), al hablar de las condiciones laborales de los migrantes mexicanos en Estados Unidos, discute con claridad la condición de éstos dentro de lo global. Estos autores parten de la precariedad del trabajo: flexibilidad, desregulación contractual –característicos de los mercados laborales en esta era de globalización-. De acuerdo con ellos, se trata de una fuerza de trabajo transnacionalizada:

Con base en las redes sociales de las comunidades, [que] puede entenderse también, como la contraparte de la globalización del capital, aunque no necesariamente como una globalización del trabajador. En este sentido, la dicotomía comúnmente planteada en términos de que el capital se globaliza y el trabajo se localiza, a nuestro entender está mal planteada. Por un lado, hay que distinguir “trabajo” de “fuerza de trabajo”. El trabajo, como proceso y como acto, es tan globalizado como el mismo capital. La fuerza de trabajo, en cambio, no. La globalización de la fuerza de trabajo sería la globalización del trabajador, proceso que sin embargo, no parece asumir las formas y contenidos de la globalización del trabajo y del capital. (Canales y Zolniski 2000:6).

Cabe agregar a esta interesante propuesta, el concepto de identidad y de género, entendiendo que en un mundo dominado por hombres, independientemente de sus condiciones de precariedad, el trabajo de las mujeres -más aún de las que son indígenas- es el que tiene las peores condiciones.

1.4 INVESTIGACIÓN FEMINISTA Y DE GÉNERO

En este apartado presento la investigación feminista, así como su pertinencia para las ciencias sociales y las humanidades desde los conceptos que se han generado desde ella y las metodologías que se han propuesto para lograr incidir tanto en la investigación de la sociedad como en la transformación de la misma.

Eli Bartra (2012) quien es una socióloga feminista mexicana comenta que si bien los estudios feministas iniciaron en la década de los setenta del siglo pasado, fue hasta a década de los ochenta que surgió una proliferación de los mismos. Estos estudios han sido diversos como diversas son las mujeres que los han escrito; es así que la producción es variada en relación a: 1) impulsar el feminismo para lograr mayor objetividad en la ciencia, 2) trabajar sobre la consolidación de la epistemología feminista, 3) hablar sobre el punto de vista, 4) abonar en la metodología feminista, 5) lograr una incidencia política en la sociedad y 6) generar técnicas de investigación feminista.

El legado de las feministas es diverso pero subyace la necesidad de generar nuevos espacios de poder y discusión de las mujeres, tal como apunta la feminista mexicana Mariza Ruiz:

Las teorías críticas y las epistemologías feministas reflexionan interseccionalmente sobre la «realidad» social considerando la reproducción del poder en la sociedad no sólo a través del control del trabajo y de sus recursos y productos sino también a través del sistema sexo-género, de la subjetividad, la autoridad y también de la producción de conocimiento. (2016, p. 3).

Existen tres diferentes líneas a partir de las cuales los trabajos feministas son estructurados, a saber: 1) La teoría del punto de vista feminista; 2) Empirismo Feminista y 3) Postmodernismo Feminista. Aunque estas tres tendencias de los estudios feministas existen, esto no implica que las líneas sean totalmente paralelas, ya que llegan a darse cruces y diálogos entre las mismas.

Las tres líneas del feminismo convergen en la reflexión en torno a las mujeres, como un centro que concentra el debate y que dirige al feminismo hacia el mismo punto, que es preguntarse: ¿dónde están las mujeres?

1.4.1 Metodología e investigación feminista

Eli Bartra profundizar en la relación existente entre Metodología y Feminismo y asegura que: “El quehacer científico particular que se ha denominado como “feminista” por sus fines políticos de cambio social, se trata de un método que se llama ‘no sexista’ o ‘no androcéntrico’. La metodología feminista expresa, de manera explícita, la relación entre política y ciencia.” (Bartra 2012:68).

Aunque existen muchos feminismos Bartra se enfoca en los puntos de convergencia que tienen las feministas, destacando el Punto de vista feminista que requiere de “conceptos” y “categorías” para poder realizar una investigación feminista. Dichos conceptos y categorías centrales han sido fundamentales para el desarrollo de la investigación feminista y son: patriarcado, opresión, explotación de las mujeres, trabajo doméstico invisible, modo de producción patriarcal, discriminación sexual, sistema sexo/género, mujer, mujeres, género, relaciones entre los géneros y empoderamiento.

Bartra señala que la investigación feminista debe generar una “deconstrucción” que consiste en realizar un análisis sobre lo que se ha escrito en relación con el tema que se investiga, poniendo un especial énfasis en visualizar los sesgos sexistas que existen y corregirlos al incluir y visibilizar a las mujeres. Todo

este trabajo se enmarca en la necesidad del feminismo de hacer visibles las jerarquías de poder que existen en la sociedad y que priman desde la división social del género. De esta manera se lograrán visualizar las subalternidades del género en la sociedad, en donde existe una supremacía del género masculino.

Esta autora propone desde el feminismo “un único método general u orden de procedimiento lógico para obtener conocimientos nuevos: la fase investigadora, la de sistematización y la expositiva” (Bartra 2012:70), y que ella delinea de la siguiente manera:

- 1) *Fase de investigación:* Las técnicas son los instrumentos necesarios para llevar a cabo la fase de investigación, son los medios de locomoción que se utilizan para recorrer el camino-método y se escogen en función de éste. Observamos con ojos propios, desde nuestras emociones, gustos, talentos, ideologías, activismos. Algunas técnicas que utilizamos para la investigación feminista son: leer, escuchar, interrogar, observar, examinar vestigios históricos. “Quien emprende una investigación feminista no mira la realidad de la misma manera que una persona insensible a la problemática de las relaciones entre los géneros”. (Bartra 2012: 71).
- 2) *Fase de sistematización:* Incluye el proceso de ordenamiento de los resultados y su integración en el conjunto de conocimientos pre-existentes. La investigación no sexista cuestiona los resultados que han surgido a partir de las ciencias sociales que enarbolan un punto de vista androcéntrico.
- 3) *Fase expositiva:* Es cuando se comunica el resultado de la investigación feminista, misma que ha luchado por romper con las formas tradicionales del discurso masculino que utiliza el plural mayestático, es objetiva, seria, impersonal, fría, distante. Para la investigación feminista lo objetivo no está divorciado de lo subjetivo y lo personal, el discurso puede ser claro, sencillo, directo, personal y objetivo al mismo tiempo, se escribe en primera persona, se pueden utilizar metáforas, se puede usar la ironía, se puede escribir con fines estéticos.

Sandra Harding, filósofa norteamericana feminista, emplea los mismos métodos que utilizan las investigaciones androcéntricas como son: 1) Escuchar a los informantes; 2) Observar su comportamiento y 3) Examinar vestigios históricos. Lo novedoso en la investigación feminista, nos dice, es el escuchar atentamente a las mujeres, sobre lo que piensan y sobre sus propias experiencias de vida. Además, se busca visibilizar que en las “teorías tradicionales” es difícil comprender la participación activa de las mujeres en la sociedad, y que a la par no se cuestiona que las mismas actividades masculinas están dadas por el género.

En el plano epistemológico feminista se pueden plantear dos preguntas centrales: ¿quién es sujeto de conocimiento? Y ¿las mujeres pueden ser sujetos de conocimiento? Estas cuestiones visibilizan que en las epistemologías tradicionales se ha excluido sistemáticamente la posibilidad de que las mujeres sean sujetos o agentes del conocimiento, pues el conocimiento ha sido reservado para hombres de clase y raza dominantes.

Esta autora dice que: “la experiencia de las mujeres ofrece los nuevos recursos con los que cuenta la investigación” (Harding 1987:9) e invita a las investigadoras feministas a hacer un “ejercicio de conciencia” sobre nuestra raza, género, clase y rasgos culturales, para posicionarnos desde un espacio específico en el proceso de la investigación que está a cargo de nosotras mismas.

La Antropología Feminista ha trabajado en la elaboración de conceptos y categorías, para el estudio profundo, crítico y propositivo de las mujeres en la sociedad. Ya que la misma introducción de la perspectiva de género en la Antropología: “permitió, entre otras cosas, visibilizar a las mujeres como sujetas con vida propia y con una participación determinada en la producción de la cultura” (Castañeda 2006:38).

En la lucha contra el androcentrismo las antropólogas feministas se han abierto caminos metodológicos para incidir en la investigación en cuatro aspectos fundamentales y constitutivos del método antropológico:

- 1) El reemplazo del informante hombre por informantes mujeres.
- 2) La selección de temas específicos de la experiencia de las mujeres que no podrían ser rastreados más que a través de ellas mismas.

- 3) El reconocimiento de las interacciones entre mujeres en el campo de la investigación empírica.
- 4) El desmontaje de las posturas esencialistas en torno a las identidades de género.

Patricia Castañeda, antropóloga feminista mexicana, sugiere que la labor de las antropólogas feministas está en contar las historias invisibilizadas de las mujeres: “En ese ejercicio, el reconocimiento de los silenciosas, las omisiones, la invisibilización, son elementos clave en torno a los cuales construir herramientas metodológicas que los develen” (Castañeda 2006:44). Estos cambios sustanciales, propuestos desde el feminismo, han llevado al fortalecimiento de las capacidades y de la autoridad de las mujeres investigadas como de las mujeres que están investigando dentro de las Ciencias Sociales.

En el trabajo de campo, las feministas antropólogas, por el hecho de ser mujeres están conscientes que este ser mujer condiciona el proceso de investigación de inicio a fin. Es decir que cuando una mujer se acerca a un hombre para entrevistarle éste tiene una respuesta diferente a si lo hace otro hombre. Lo mismo pasa cuando se entrevista a otra mujer. El sexo de la investigadora condiciona tanto el desarrollo de la investigación como los resultados y es importante que metodológica y epistemológicamente que se tomen en consideración. (Bartra, 2012).

1.4.2 Estudios de género

Se comenzará ubicando el momento histórico en el que se empieza a hablar de género. Para la historiadora feminista estadounidense Joan Scott (1996), la primera vez que se habla de género es a finales del siglo XX. El término surge en un momento que ella considera de “confusión epistemológica”, ya que se rompe con los paradigmas científicos y se hacen más relevantes los literarios en ciencias sociales -pensemos en el postmodernismo y en el trabajo de Clifford Geertz-. En

ese contexto es cuando las feministas impulsan sus investigaciones en torno al género.

A continuación, diversas lecturas complementarias sobre lo que es el género serán revisadas. Se comenzará con la definición que brinda la feminista mexicana Marcela Lagarde (1996):

La perspectiva de género está basada en la teoría de género y se escribe en el paradigma teórico histórico-crítico y en el paradigma cultural del feminismo. El análisis de género es la síntesis entre la teoría de género y la llamada perspectiva de género derivada de la concepción feminista del mundo y de la vida. Esta perspectiva se estructura a partir de la ética y conduce a una filosofía post humanista, por su crítica de la concepción y androcéntrica de humanidad que dejó fuera a la mitad del género humano: a las mujeres (Lagarde 1996:13).

En palabras propias, se entiende que tanto la perspectiva de género, así como la teoría de género, tienen la finalidad de visibilizar las desigualdades que se han gestado en la historia de la humanidad al excluir e invisibilizar a las mujeres de la misma, a pesar de que ellas han estado presentes todo el tiempo. Sin embargo, la colaboración y aportes de las mujeres no son comúnmente reconocidos, como no sea en el ámbito de la reproducción familiar.

Pero los estudiosos del género, además, se postulan en contra de igualar el sexo con el género, que es algo que se ha naturalizado en todas las sociedades. Es decir, si bien existe un dimorfismo sexual que hace en apariencia diferentes a los hombres de las mujeres (unos tienen pene y las otras, vagina), las actitudes, actividades, simbolismos, espacios y valoraciones que se tienen hacia unos y hacia otras, están dados por una cultura que además naturaliza las diferencias de género como si fueran estáticas e inamovibles. De tal manera, el género es una norma de interacción social creada para regular los intercambios entre hombres y mujeres.

Hiroko Asakura (2004), antropóloga feminista japonesa, explica que el género es aún una categoría "multirreferencial", ya que depende del trabajo en el que se enuncia y de la definición utilizada lo que hace que difiera sustancialmente en el contenido. Existen trabajos en donde el término género es utilizado como sinónimo de "mujeres"; otros se refieren a género como a la relación entre hombres y mujeres -sin cuestionar las jerarquías que existen entre ambos-. En tanto, para las feministas, el género es esencialmente el análisis crítico de la relación social

jerarquizada entre hombres y mujeres que es construida a través de las diferencias sexuales.

Una investigadora que ha sido pionera en los estudios de género es la antropóloga estadounidense Gayle Rubin (1975), quien escribió sobre el “sistema sexo-género” o sistema sexogenérico. Ella explicó que el punto central está en que la sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana; es decir, que el sexo biológico de las personas es la base desde la que comienzan a ser naturalizadas las desigualdades sociales e históricas entre hombres y mujeres.

Patricia Ponce (2012), antropóloga mexicana feminista, reconoce en Gayle Rubin el aporte de su enfoque de género:

[...] permite reconocer a las mujeres en su diversidad histórica, de clase, étnica y generacional y como actoras de los procesos sociohistóricos. Otro de los aportes importantes fue la ‘desnaturalización’ de la sexualidad que ahora es vista como un sistema diferenciado del de género pero igualmente producto de la construcción social e inmerso en relaciones de poder (Ponce 2012:96).

En este punto es fundamental preguntarnos ¿qué es ser hombre o ser mujer en nuestra sociedad? Y, ¿es lo mismo ser mujeres y hombres en México que en otro país? O ¿Existen diferentes formas de ser hombres y mujeres al interior de un mismo país? Marcela Lagarde, etnóloga feminista mexicana, diría que sí porque:

Es importante identificar las diversas cosmovisiones de género que coexisten en cada sociedad, cada comunidad y cada persona. Es posible que una persona a lo largo de su vida modifique su cosmovisión de género simplemente al vivir, porque cambia la persona, porque cambia la sociedad y con ella pueden transformarse valores, normas y maneras de juzgar los hechos (Lagarde 1996:14).

La filósofa feminista norteamericana Sandra Harding (1987) subraya la importancia de entender la experiencia de las mujeres en plural, debido a que hay mujeres de diferentes clases, razas y culturas y por tanto no se puede pensar en una mujer universal:

Lo masculino y lo femenino son siempre categorías que se producen y aplican dentro de una clase, una raza y una cultura particulares, en el sentido de que las experiencias, deseos e intereses de mujeres y de hombres difieren en cada clase, raza y cultura. Pero, de la misma manera, clase, raza y cultura son siempre categorías dentro del género, puesto que las experiencias, deseos e intereses de mujeres y hombres difieren precisamente de acuerdo con su clase, raza y cultura. (Harding 1987:7).

De manera complementaria, y como parte de la investigación feminista, los estudios sobre masculinidades han marcado una pauta similar, donde se parte del supuesto de las diversas formas de ser hombre, tal como lo hace Óscar Guasch (2006). Este autor enuncia a la masculinidad como una forma de género. Ello quiere decir que la masculinidad surge en una estructura social específica que organiza a la sociedad de manera universal. Por tal motivo, Guasch (2006) sugiere que las masculinidades sean estudiadas de manera relacional e histórica.

Tanto la feminidad como la masculinidad están dadas al interior de cada sociedad como hechos naturales, y son normas que regulan el comportamiento de todos los cuerpos:

La feminidad y la masculinidad son elementos culturales. Contienen ciertas formas de pensamiento, valores, afectividad y realización de cierto tipo de acciones. Esta percepción de género culturalmente construido, la identidad asignada, opera como algo "natural" en el inconsciente. Su aprendizaje es tan temprano y repetitivo, que no cuestionamos por qué los hombres o las mujeres actúan de determinada manera. Su comportamiento es mecánico a lo femenino o lo masculino socialmente construido. Si alguien se comporta de manera diferente se siente extraño(a) y también los otros. (Asakura, 2004, p. 736).

Las interacciones sociales entre hombres y mujeres están filtradas desde las relaciones de género, y desde la óptica de las feministas se argumenta que en todas las sociedades el género femenino ha sido visto como inferior al masculino. Desde esa perspectiva que menosprecia a las mujeres es que surgen las diversas violencias hacia ellas:

La crítica de Serret puntualiza que lo femenino forma parte del complejo simbólico que designa a lo marginal por medio de múltiples asociaciones; así, lo que todas las sociedades desvalorizadas es lo femenino, y las mujeres son desvalorizadas como consecuencia de su adscripción de género (Serret en Asakura, 2004, p. 727).

En la presente investigación se destacar los roles de género que tiene mujeres y hombres otomíes y cómo estos se van transformando, en menor o mayor medida, en la migración hacia el norte de Texas. Aunado a esto el tema de las masculinidades de los otomíes será revisado en el capítulo 3, al revisar el tema de la Barbacoa, y entenderemos la importancia que tiene para ellos, reforzar en Estados Unidos su identidad de género masculina, para mantener sus privilegios de género frente a las mujeres.

1.4.3 Perspectiva de género en el análisis de la migración

En la actualidad, los estudios sobre migración se han diversificado por la cantidad de metodologías y por las temáticas estudiadas. El estudio del proceso migratorio se complejiza, modifica y diversifica con respecto a los circuitos migratorios trazados por los y las migrantes, que en sus trayectorias van haciendo de este fenómeno algo nuevo, cambiante y multifactorial.

Pierrete Hondegneu-Sotelo (2007) ubica tres fases en donde se van haciendo distinciones en la perspectiva de género aplicada a los estudios migratorios. En la primera fase, que va de los años setenta a los ochenta, se ve cómo el género es algo que no queda muy incluido, pues se hacen estudios sobre mujeres, pero no se ve la complejidad de las relaciones de género en las que están inmersas. En la segunda fase, comprendida entre los años ochenta y los noventa, se ve cómo el género se centra en el estudio del “género como relaciones de poder” que no se encuentran sólo dentro del hogar. En la tercera fase, instaurada desde los años noventa hasta la actualidad, se hace un estudio sobre la migración femenina dentro de sus complejidades y diversidades. Se estudia al género como transversalidad para comprender la complejidad de los movimientos migratorios. Se busca ver cómo las rutas migratorias están marcadas por el género, para lo cual se hace una diferencia de las vivencias de los inmigrantes dependiendo del género. A este respecto, la sexualidad es fundamental para estructurar la desigualdad de género.

El trabajo de Pierrete Hondegneu-Sotelo es relevante porque ayuda a visualizar cómo los estudios de género han ido impactando en diversas etapas y formas a los estudios sobre migración México-Estados Unidos. La tendencia de observar a las mujeres dentro de las migraciones y del transnacionalismo ha llevado a comprender, desde una forma integral, a la migración, al tiempo que se visibiliza la participación femenina y se entiende cómo el género es un eje articulador de todas las migraciones.

Este esfuerzo que han generado diversas investigadoras y migrantólogas feministas, se ha convertido en un amplio campo de estudio en el que me interesa

participar y contribuir a través de la presente investigación sobre mujeres otomíes en Texas.

Para Patricia Arias (2000) quien ha estudiado la migración desde las mujeres, ha notado que existe un cambio de la migración femenina desde 1940 a 1970, ya que antes esta migración se daba principalmente en calidad de acompañantes del marido o como seguimiento de la familia (reunificación familiar). Las mujeres comenzaron a laborar como comerciantes y trabajadoras domésticas, mientras que los hombres se empleaban, principalmente, en la albañilería.

Las mujeres entonces dedicaban su sueldo a los gastos corrientes, mientras que las remesas de los hombres eran destinadas a inversiones mayores que se planteaban a largo plazo. A partir de la década de los ochenta y hasta los noventa se diversificó la migración: los hombres se fueron a trabajar a Estados Unidos y las mujeres que se quedaron comenzaron a trabajar en las maquilas⁶. En ausencia de los varones en el pueblo, las mujeres comenzaron a adquirir papeles centrales en la toma de decisiones en sus comunidades.

En la migración más reciente, acontecida a partir de 1990, las mujeres comenzaron a ir a trabajar a Estados Unidos. Ellas prefirieron migrar a entornos urbanos, y buena parte de esta población femenina migrante se caracterizó por: tener un mayor grado académico, ser jóvenes y ser solteras.

Para las mujeres, el trabajo representa el desligue de las tareas domésticas. Este rompe en buena medida con el esquema de la mujer sumisa, que no debe salir de casa y debe trabajar exclusivamente en la crianza y la limpieza del hogar. Al mismo tiempo, el trabajo mina la dependencia económica hacia los hombres que las mantiene atadas a circunstancias de desigualdad, vulnerabilidad y precariedad.

Ya que las sociedades patriarcales controlan y oprimen a las mujeres, el trabajo femenino en Estados Unidos es una salida hacia la libertad y la autonomía de las mujeres, aunque muchas veces esta sea relativa. No obstante, el trabajo para ellas implica salir de un control y vigilancia excesivo dado en los contextos rurales de los que provienen.

⁶ La economía globalizada en conjunto con las dinámicas económicas locales, hicieron posible la implantación de maquilas que buscaban mano de obra dócil, barata, y poco organizada.

Alejandro Canales y Christian Zolniski (2000), que han trabajado las comunidades transnacionales, han expresado que las condiciones de género, raza y clase en la migración México-Estados Unidos, han generado diferenciaciones sociales que vulnerabilizan a ciertas “minorías sociales” (mujeres, niños, indígenas, etcétera). Esto sucede en diversos ámbitos de su vida cotidiana: “cuya vulnerabilidad construida socialmente se traslada al mercado laboral bajo la forma de una desvalorización de su fuerza de trabajo, y por ese medio, de una desvalorización de sus condiciones de vida y reproducción” (Canales y Zolniski 2000:6).

De lo anterior se desprende que, el hecho de que las mujeres tengan la opción de migrar a Estados Unidos no garantiza que ellas dejen de ser objetos de las violencias, entre ellas la violencia patriarcal. Por el contrario, a estas violencias se suman otras, mismas que encuentran en el destino migratorio, y que son de corte estructural (se encuentran fuera del estado nación norteamericano y son vistas como “ilegales”), de género (ganan menos que un hombre en los empleos) y racista (al ser de origen “latino” ganan menos que las personas con documentos es decir los norteamericanos de “raza blanca” o de “raza negra”).

En este marco social, el cual podría calificarse de hostil, las mujeres migran llevando consigo capitales sociales que se articulan a manera de redes sociales - con sus familiares y conocidos-, mismos que brindan apoyos económicos y sociales para aminorar los costos y riesgos en el desplazamiento migratorio, así como en la reproducción social en el lugar de destino:

En este marco estructural, las comunidades transnacionales y la “transmigración”, adquieren un significado especial. En efecto, en no pocos casos, las redes sociales de reciprocidad, confianza y solidaridad sobre las cuales se configuran las comunidades transnacionales, operan también, como una forma de enfrentar el problema de la vulnerabilidad social y política que surge por la condición étnica y migratoria de la población, y que la ubica en una situación de minoría social (Canales y Zolniski 2000:6).

Resulta fundamental entender la migración femenina desde las redes sociales y los capitales sociales que circulan atravesados por el género y por la identidad indígena otomí. Al mismo tiempo, es importante discutir con la migración transnacional los conceptos que se han acuñado, para posteriormente apuntar los

vacíos que ésta tiene desde una perspectiva de género. Dicha labor es primordial para el presente trabajo, el cual parte desde la investigación feminista y apuesta por la visibilización de las mujeres otomíes en la migración internacional.

1.5 CAPITALES SOCIALES Y REDES SOCIALES

Esta investigación parte de la hipótesis de que las mujeres otomíes poseen diversos capitales sociales que las llevan a configurar redes sociales en Texas para lograr el acceso al trabajo, así como para conseguir apoyo en el cuidado de sus hijos pequeños.

Los lazos que las personas generan en las interacciones sociales son relevantes para la migración ya pueden traducirse en redes sociales que permiten que esta sea exitosa. Según Marc Granovetter (1983) los lazos sociales pueden ser de dos tipos: 1) lazos fuertes y 2) lazos débiles.

Los lazos fuertes son los que se generan entre familiares y se caracterizan por proveer a los individuos de recursos conocidos o repetidos (dado que provienen de su mismo entorno y grupo social). En cambio, los lazos débiles son generados entre los sujetos y personas más alejadas al núcleo familiar; es decir con los conocidos. Dichos lazos se caracterizan por proveer a los individuos de recursos más valiosos, puesto que son diferentes a los que ya posee dentro de su entorno social cotidiano.

Por ejemplo, los lazos débiles tienden a ser útiles a las mujeres migrantes otomíes en la Metroplex de Dallas-Fort Worth porque a través de la comunicación y apoyo que encuentran con otras mujeres latinas (que no son otomíes) pueden acceder a los nichos laborales en esa zona. Además, los migrantes tienden a socializar con amigos y familiares conocimientos adquiridos como “capitales sociales” que diversifican su saber en torno a la región de la Metroplex. Estos conocimientos pueden estar relacionados con: tiendas, hospitales, “*billes*” (facturas), rentas, servicios, empleadores, rutas, leyes, peligros, etcétera. Ambos tipos de lazos son centrales para que los individuos migrantes y sus comunidades transnacionales logren exitosamente la reproducción económica, política y cultural.

Para Peggy Levitt y Nina Glick Schiller (2004), que han trabajado sobre la perspectiva del transnacionalismo, el tema de las redes supone un tema central. Estas autoras proponen cuatro objetivos dentro de esta mirada: 1) una aproximación al campo social para el estudio de la migración (las formas de ser y las formas de pertenecer); 2) la asimilación y los vínculos transnacionales no son del todo incompatibles; 3) resaltar instituciones y procesos que no se tomaban en cuenta en los otros estudios migratorios; y 4) hacer un esfuerzo intelectual más amplio para avivar la discusión migratoria y dejar de lado los paradigmas nacionales para explicar estos fenómenos.

Resulta interesante que estas investigadoras retoman el concepto de “Campo Social” de Bourdieu y lo utilizan para entender el entramado de redes que confluyen en los procesos migratorios:

A partir de Glick Schiller, Basch, y Blanc-Szanton (1994), definimos el campo social como un conjunto de múltiples redes entrelazadas de relaciones sociales, a través de las cuales se intercambian de manera desigual, se organizan y se transforman las ideas, las prácticas y los recursos. Los campos sociales son de múltiples dimensiones y engloban interactividades estructuradas de diferentes formas, profundidades y alcances que se diferencian, en la teoría social, por los términos organización, institución y movimiento social. Las fronteras de las naciones no son, necesariamente, contiguas con las fronteras de los campos sociales. Los campos sociales nacionales son aquellos que permanecen dentro de las fronteras de los países, mientras que los campos sociales transnacionales conectan a los actores a través de relaciones directas e indirectas, vía fronteras (Levitt y Glick 2004:67).

Ellas ven la importancia de las redes dentro del campo social:

Las redes dentro del campo social conectan a la gente que carece de conexiones directas, a través de la frontera, con aquellos que las tienen. Además, las redes pueden consistir en vínculos fuertes o débiles, que contactan a las personas que tienen relaciones transnacionales con aquellos que no las poseen, pero que reciben influencias indirectas de los flujos de ideas, objetos y remesas colectivas dentro de su campo de relaciones sociales (Levitt y Glick 2004:67).

La propuesta de estas autoras es indispensable para comprender cómo operan las redes sociales en la migración, y cómo dichas redes no están demarcadas por las fronteras nacionales, sino que tienen fines concretos, encaminados a la comunicación y a la reproducción sociocultural dentro de las migraciones.

Llegados a este punto, se retomará el concepto de capital social para vincularlo con el tema de redes sociales y de campo social. La categoría de análisis de capital social tiene diversas interpretaciones, pero para los fines de esta investigación, la atención se centrará en las propuestas brindadas por: 1) Pierre Bourdieu y 2) Alejandro Portes.

Pierre Bourdieu (2000) explica que las relaciones sociales que los individuos y las comunidades tejen les brindan ciertos beneficios, que, aunque no se traten de un patrimonio tangible, son necesarios para tener certezas al interior de las prácticas sociales y económicas:

El capital social está constituido por la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos. Expresado de otra forma, se trata aquí de la totalidad de recursos basados en la pertenencia a un grupo. El capital social que poseen los miembros individuales del grupo les sirve a todos, conjuntamente como respaldo. Amén de hacerlos -en el sentido más amplio del término- mercedores de crédito (Bourdieu 2000: 148).

En su análisis sobre capitales sociales, Portes (1999) sustrae tres funciones básicas del capital social: "(a) como fuente de control social; (b) como fuente de apoyo familiar; (c) como fuente de beneficios a través de las redes extrafamiliares" (Portes 1999: 250).

Para el caso de las otomíes en la Metroplex de Dallas-Fort Worth es importante destacar que los capitales sociales funcionan como fuente de apoyo familiar y extrafamiliar debido a que tanto mujeres como hombres poseen capitales sociales compartidos por pertenecer a una comunidad. Estos capitales sociales étnicos son fundamentales para la creación y existencia de las redes transnacionales, que no son necesariamente de movilidad, sino que se extienden en un plano simbólico y de comunicación entre familiares.

Para la presente investigación, es importante problematizar la definición de capitales sociales de Portes desde la perspectiva de género porque, en el caso de los otomíes, los capitales sociales están diferenciados según el sexo y el género. Las mujeres otomíes tienden a relacionarse con mujeres latinas en los suburbios en los que habitan en la Metroplex. Con ellas, las mujeres otomíes fortalecen sus capitales sociales femeninos, los cuales se traducirán en redes de apoyo con esas

mujeres no otomíes -de origen mexicano o centroamericano- que les ayudan a conseguir empleo, a encontrar opciones adecuadas para la educación de los hijos, a las compras, al cuidado de la salud, etcétera.

En cambio, los hombres otomíes tienden a relacionarse con otros hombres otomíes. Estos pueden ser familiares, conocidos del mismo pueblo, y otomíes que conocen estando en Texas y que son migrantes de otros pueblos de Ixmiquilpan con los que no habían tenido contacto hasta que los encontraron en el lugar de destino de la migración. Con estos hombres tienden a generar redes de relaciones que principalmente les sirven para encontrar trabajo y para encontrar lugar en donde rentar.

En contraparte a los beneficios que los capitales sociales proporcionan a las personas, Portes explica que los capitales pueden llegar a ser negativos para los mismos individuos. Dicho autor enumera cuatro casos: 1) Exclusión de los extraños; 2) Reclamos excesivos a los integrantes del grupo; 3) Restricciones a la libertad individual, y 4) Normas niveladoras hacia abajo. Así, los capitales sociales pueden dar rangos limitados de acción a los sujetos dentro de la sociedad, ya que estos tienen que cumplir con normas de convivencia, instituciones y pautas culturales que los limitan y obligan a seguir ciertos comportamientos con miras a la reproducción del orden social.

En el caso de la comunidad migrante otomí, sus miembros adquieren capitales sociales específicos para la convivencia en la Metroplex. Estos capitales sociales que poseen por ser migrantes llegan a generar grupos cerrados. Esto sucede en especial para el caso de los hombres otomíes, que se suscriben a trabajos en donde interactúan con otros otomíes. Lo anterior genera para ellos un espacio de confort en donde confían en sus compañeros de trabajo porque los conocen desde México -si es que no son parientes-, y porque la mayoría habla el *hñähñü* como lengua materna. Esta situación cierra a los otomíes a entablar con facilidad relaciones o redes con otros hombres ajenos a su grupo étnico, ya que de entrada el idioma genera fronteras de comunicación e interacción.

1.6 VIOLENCIAS

Para la presente investigación el enfoque de la antropología de las violencias a migrantes indocumentados permite, como dicen los colegas españoles Francisco Ferrandiz y Carlos Feixa, multiplicar los tipos y estilos de narrativas que se refieren a la violencia para incrementar su visibilidad matizada. En este sentido, la antropología puede contribuir a restaurar la riqueza de las subjetividades y el complejo campo de relaciones sociales, conflictos de valores y espacios emocionales que las narrativas más burocráticas de la violencia habitualmente excluyen.

La idea es generar ventanas de análisis de las violencias desde la antropología y, desde el diálogo interdisciplinar, conformar relatos o “verdades” diferentes a las que se imponen a través de los medios de comunicación. Estos últimos, tal como lo explica Salvador Maldonado (2013) no satisfacen a nuestra mirada antropológica, ya que los encontramos repletos de “pornografía de las violencias” que no problematizan los contextos de violencias y discriminación; muy al contrario, los exponen como verdades inalterables, condenadas a la repetición e imposibles de detener.

Siguiendo esta premisa, sea cual sea el compromiso epistemológico, ético y político de cada investigador, una antropología de las violencias tiene como objetivo fundamental la disminución del sufrimiento –buscando alternativas a las violencias que se han naturalizado sobre los cuerpos precarizados- y a la par es vista, de manera utópica, como un antecedente disciplinario de una antropología de la paz (Ferrandiz y Feixa 2004).

Para realizar la investigación sobre los indígenas otomíes en Texas parto del supuesto de que ellos se encuentran en condiciones de “precaridad” -precariedad diferenciada-. De acuerdo con Judith Butler (2010), la precariedad es la condición políticamente inducida en la que ciertas poblaciones carecen de diversos apoyos -sociales y económicos- y están diferencialmente más expuestas a daños diversos, a la violencia y a la muerte.

Las poblaciones en precaridad apelan al Estado en busca de protección, pero el Estado es, precisamente, aquello contra lo que necesitan protegerse, puesto que es esa estructura social la que propicia la existencia y reproducción de esa precaridad selectiva que sólo afecta algunos cuerpos sociales considerados “desechables”. Ahora bien, la dominación es ejercida desde el poder, que considera a los “cuerpos precarios” como una amenaza latente que debe ser controlada por medio del miedo y que los inmoviliza para evitar llegar a una confrontación directa.

Cabe entonces preguntar ¿qué se entiende por violencia? Para contestar a esta interrogante, se retoma a la propuesta de Ferrandiz y Feixa, quienes definen a la violencia en los siguientes términos -partiendo de una disparidad o de una desigualdad entre la hegemonía y la subalternidad, en términos de Gramsci-:

Al hablar de violencia nos referimos a relaciones de poder y relaciones políticas (necesariamente asimétricas), así como a la cultura y las diversas formas en las que ésta se vincula con diferentes estructuras de dominación en los ámbitos micro y macro social (Ferrandiz y Feixa 2004: 159).

Los estudios sobre mujeres migrantes mexicanas en Estados Unidos pueden ser abordados desde una perspectiva de la antropología de las violencias. Ello con la finalidad de acercarnos a los relatos de vida que tienen estas personas migrantes sobre las experiencias cotidianas de violencia que deben enfrentar desde que son expulsados de México como mano de obra barata hacia un contexto social que las criminaliza tanto por ser indocumentados como por ser mexicanos. Además, en el caso de las mujeres las violencias se complejizan porque su mano de obra se encuentra subvaluada frente a la mano de obra masculina, lo que se puede calificar como violencia de género.

En esta tesis se da cuenta de las mujeres otomíes que han migrado al norte de Texas y que son objeto de violencias de las siguientes índoles: violencia racista, violencia laboral y violencia de género. Estas circunstancias las colocan como una población vulnerable que además ha sido invisibilizada dentro de las agendas de las investigaciones migratorias.

Por último, es menester dejar en claro que el estudio de las violencias no debe ser visto como el análisis de lo negativo y traumático que puede llegar a ser la vida de estas mujeres como migrantes indocumentadas, indígenas y pobres. Más

allá de los sensacionalismos y de la “pornografía de las violencias”, el objetivo de este trabajo es analizar el capital social -consolidado como redes sociales- que las mujeres migrantes han tejido con otras mujeres y familiares con el afán de forjar espacios sociales que les brinden seguridad y fortalezas para enfrentar los retos de la vida cotidiana en Estados Unidos.

1.6.1 Violencia de género: el patriarcado como estructura social

Finalmente, es fundamental decir que en el feminismo y desde los estudios de género siempre se encuentra de manera la crítica al patriarcado. Después de todo, éste ha fomentado la violencia de los hombres hacia las mujeres en diversos planos -simbólico, físico, estructural-. Es necesario y urgente reflexionar sobre las luchas de poder entre géneros para transformar la realidad y crear sociedades diferentes, incluyentes y libres de opresión sexogenérica. Para ahondar sobre el último punto, se recuperan los trabajos de Celia Amorós y de Rosa Cobo, quienes han trabajado en relación con la violencia de género desde a figura del patriarcado.

Celia Amorós, filósofa feminista española, escribe en su libro *Mujeres e imaginarios de la globalización* (2008) sobre las figuras míticas que envuelven las cosmovisiones occidentales, desde relaciones jerárquicas entre los sexos, utilizando la figura femenina de Pandora como la portadora del mal. Amorós ha rastreado las ideas misóginas en grandes pensadores de la Grecia clásica, quienes recriminaban a las mujeres, la vanidad y la falta de inteligencia para ingresar a mundo de las ideas y de la ciencia, razones por las que era considerada ciudadanas de segunda. Este tipo de análisis de fuentes refleja las prácticas misóginas y machistas que se han reproducido desde los mitos y escritos clásicos y que se han ido enraizando y naturalizando como discursos de violencia de género en nuestras sociedades.

El patriarcado es una estructura social que existe desde hace mucho tiempo y que, por su trayectoria y fortaleza, es difícil de analizar y dismantelar. Lo anterior es debido a que el patriarcado es percibido socialmente como “funcional”, “organizado”, “estructurante” y “natural”. Dadas estas condiciones, los

cuestionamientos podrían parecer vanos. El trabajo de Celia Amorós demuestra que no está de más generar críticas al patriarcado debido a que propicia las violencias de género y la exclusión de las mujeres en ámbitos relacionados al poder, al conocimiento, la ciencia, etcétera.

Por su parte, Rosa Cobo (2011), socióloga española feminista, propone que desde el orden mundial actual se han propiciado nuevas violencias de género, por lo que se podría hacer un mapeo de las violencias a nivel mundial, así como de la misoginia se encuentra en todas las clases sociales. Ella entiende al patriarcado como un sistema de poder, que es de los varones y que oprime a las mujeres. Sin embargo, apunta que existen espacios determinados donde la pobreza, la exclusión y las violencias -generada por la globalización- se juntan y hacen que la dominación hacia las mujeres sea aún más fuerte y notoria. Por lo que apunta a la necesidad de generar políticas públicas que contribuyan a cambiar las realidades de violencia que viven las mujeres.

En esta búsqueda de leyes y políticas que protejan a los derechos de las mujeres, existen coincidencias con el trabajo de Marcela Lagarde (2011), etnóloga feminista mexicana, quien escribe sobre las formas más extremas de dominación dentro del patriarcado: el feminicidio y el terrorismo de género. Ambos son posibles en el marco de un Estado Patriarcal que desprotege los derechos a la vida de las mujeres, y que las deja vulnerables y expuestas ante diversas agresiones: “El feminicidio se fragua en la desigualdad estructural entre mujeres y hombres, así como en la dominación de los hombres sobre las mujeres, que tienen en la violencia de género, un mecanismo de reproducción de la opresión de las mujeres”. (Lagarde 2011: 19).

El patriarcado es uno de los espacios históricos del poder masculino que encuentra su asiento en las más diversas formaciones sociales y se conforma por varios ejes de relaciones sociales y contenidos culturales. El patriarcado se caracteriza por:

- i) El antagonismo genérico, aunado a la opresión de las mujeres y al dominio de los hombres y sus intereses, plasmados en relaciones y formas sociales, en concepciones del mundo, normas y lenguajes, en instituciones, y en determinadas opciones de vida para los protagonistas.

- ii) La escisión del género femenino como producto de la enemistad histórica entre las mujeres, basada en su competencia por los hombres y por ocupar los espacios de vida que les son destinados a partir de su condición y de su situación genérica.
- iii) El fenómeno cultural del machismo basado tanto en el poder masculino patriarcal, como en la inferiorización y en la discriminación de las mujeres producto de la opresión, y en la exaltación de la virilidad opresora y de la feminidad opresiva, constituidos en deberes e identidades compulsivos e ineludibles para hombres y mujeres. (Lagarde 2005: 91).

Como se puede observar, al igual que todas las autoras feministas que he citado en este capítulo, Lagarde hace una crítica sólida hacia el patriarcado:

El análisis de género feminista es detractor del orden patriarcal, contiene de manera explícita una crítica a los aspectos nocivos, destructivos, opresivos y enajenantes que se producen por la organización social basada en la desigualdad, la injusticia y la jerarquización política de las personas basadas en el género (Lagarde 1996:16).

Por lo anterior, se demuestra la importancia de entender el patriarcado otomí como una construcción social que ha mantenido a las mujeres excluidas de las decisiones políticas y sociales de las comunidades. Esta condición de inferioridad las ha vulnerabilizado y convertido en el objeto de las violencias machistas.

En el capítulo 3 veremos como el machismo que se ancla como una parte central de las masculinidades, se ha ido transformando a raíz de las leyes texanas que prohíben y penan la violencia de género.

Por último, antes de finalizar este primer capítulo, mencionar que a continuación se presenta el apartado de “metodología” donde se muestran los métodos y técnicas de investigación en el trabajo de campo, así como un apartado en el que relato mis primeras impresiones sobre el terreno de trabajo de campo en la Metroplex de Dallas-Fort Worth.

METODOLOGÍA

Para cumplir con el objetivo de la tesis y las preguntas de investigación se estudió a las mujeres otomíes en el norte de Texas, más específicamente en la región de la Metroplex de Dallas-Fort Worth, localizada en el noreste de Texas. Se dio énfasis en cómo despliegan sus capitales sociales y de qué manera crean estrategias para paliar las violencias, en el ámbito social y laboral, que viven como migrantes en la Metroplex.

Para dicho fin se realizó trabajo de campo durante 3 meses y medio en la Metroplex de Dallas-Fort Worth. Se realizaron previamente baterías de preguntas organizadas por tema de investigación (migración, identidad, trabajo, violencia y redes), así como guías de observación y guiones diseñados para la realización de entrevistas semi estructuradas y a profundidad.

Durante el trabajo de campo se buscó coincidir con mujeres y hombres otomíes de Ixmiquilpan de distintos pueblos de precedencia y con características diversas. Por tanto, se entrevistaron a personas con diferentes rangos de edad, estatus migratorio, con trayectorias migratorias distintas, que llegaron en décadas diferentes, que viven en ciudades diversas en la Metroplex y que trabajan en distintos lugares.

Dado que el presente es un trabajo antropológico de corte cualitativo, es relevante aclarar que la información que aquí se presenta proviene de una muestra relativamente pequeña de informantes, por esta razón los resultados que aquí se ofrecen deben ser interpretados bajo las dimensiones que corresponden a los testimonios vertidos por los informantes otomíes que colaboraron en la misma.

La siguiente tabla (ver tabla 1) expone el número de la muestra de informantes totales con los que se generó algún tipo de información en la Metroplex de Dallas-Fort Worth, los cuales están clasificados por lugar de nacimiento y sexo.

PUEBLO NATAL (en Ixmiquilpan)	NÚMERO DE MUJERES	NÚMERO DE HOMBRES
San Juanico	4	10
La Palma	2	2
El Olivo	1	0
Barrio de la Otra Banda	4	4
El Espíritu	0	2
El Bojay	0	2
Remedios	0	2
Orizabita	2	2
El Durazno	1	0
El Bondhó	0	2
TOTAL GENERAL	14	26

Tabla 1. Informantes por lugar de nacimiento y sexo

Esto da un total de 40 personas que se involucraron en la investigación, de las cuales 14 son mujeres y 26 son hombres. Se pudo registrar el lugar de nacimiento de estas personas dando un total de 10 diferentes pueblos otomíes pertenecientes al municipio de Ixmiquilpan en el estado de Hidalgo. Es importante destacar que de estos informantes sólo algunos brindaron entrevistas a profundidad -las cuales fueron grabadas y transcritas-.

Debido a que la investigación se ha enriquecido con los testimonios de las personas otomíes, se ha elaborado una tabla que contiene información complementaria sobre las personas que fueron entrevistadas; en ésta se muestran sus características principales que son: el lugar de nacimiento; estatus migratorio; año de llegada; lugar y las condiciones del cruce fronterizo; ciudad de residencia en la Metroplex de Dallas-Fort Worth y trabajo actual. Esta tabla puede consultarse en el apartado de Anexos (ver anexos 2a y 2b).

Las entrevistas a los informantes se realizaron en diferentes ciudades de la Metroplex. Algunas se realizaron vía telefónica, pero la gran mayoría fueron presenciales. Para conocer el día y el lugar en donde se realizaron las entrevistas

a los colaboradores se puede consultar la lista (ver anexo 1) que contiene la información sobre dónde fueron realizadas las entrevistas grabadas, mismas que se citan a lo largo del texto.

A continuación, se describen las actividades generales que realicé durante la estancia de trabajo de campo.

1. Técnicas de investigación y recolección de datos

Durante los tres meses y medio de mi trabajo de campo realicé diferentes actividades aplicando distintas técnicas de investigación como son: la observación del espacio público y privado, el acercamiento informal a los habitantes de la Metroplex, la fotografía, el video y las entrevistas grabadas a personas que aceptaron colaborar en la investigación, las historias de vida y las genealogías. Hice uso de un diario de campo para registrar lo observado. Enseguida detallo las técnicas utilizadas:

- a) *Recorridos*: Observé y recorrí diversos espacios de la Metroplex de Dallas-Fort Worth para conocer las dimensiones y ubicar a los posibles lugares de encuentro con las personas otomíes. En un inicio estuve en el Down Town de Fort Worth, principalmente en la Gran Plaza (*mall* mexicano) en donde cité a las primeras personas otomíes para hablarles de mi investigación. Cuando conocí a más otomíes, comencé a desplazarme hacia el *North Side* de Dallas, en donde visité familias otomíes en sus apartamentos; lo mismo hice en las ciudades de Garland, Richardson y Mesquite en donde las personas otomíes me recibieron para trabajar en las entrevistas. Algunos fines de semana acudí a las pulgas en donde algunos otomíes trabajaban. Estuve en la pulga de Mansfield en Fort Worth y en la de Grand Prairie en Irving.
- b) *Visitas a instituciones públicas y privadas*: Realicé una estancia de investigación -como parte de la Beca Mixta CONACYT- en el *Center of Mexican American Studies* donde tuve la oportunidad de colaborar con el Dr. Christian Zlolniski de la University of Texas at Arlington (UTA), quien me puso

al tanto de las investigaciones que se están realizando en la Metroplex en materia migratoria y quien me brindó asesorías durante el trabajo de campo.

- c) *Pláticas informales*: Una vez que contacté a las personas otomíes estando en la Metroplex las invité a platicar en La Gran Plaza. Ahí les propuse que colaboraran conmigo. En general, todos los que acudieron aceptaron ser parte de este estudio en mayor o en menor medida, ya fuera con pláticas informales, entrevistas grabadas, o permitiéndome visitarlos durante sus jornadas laborales y realizar observaciones de sus actividades cotidianas.
- d) *Entrevistas semi-estructuradas*: Se realizaron con las personas que tuvieron el tiempo de sentarse conmigo a grabar una entrevista con una duración de entre una hora y media y dos horas y media por sesión. Algunos sólo me dieron una entrevista y otros me dieron dos o tres grabadas. Para realizarlas me valí de un batería de preguntas, que llevaba realizada con anterioridad y que se elaboró durante el curso de Metodología, la cual utilicé como guía.
- e) *Trayectorias de migración y trabajo*: Al conocer a las mujeres otomíes, logré generar más confianza con algunas de ellas. Estas mujeres se prestaron para colaborar en la recopilación de trayectorias de migración, en las que me hablaron de cómo habían llegado, así como de sus trayectorias laborales en la Metroplex. Ello me ayudó a contextualizar desde sus experiencias los inicios de esta migración reciente.
- f) *Detectar redes sociales*: Logré detectar las redes que las mujeres y hombres utilizan para conseguir trabajo, lo cual es importante para saber hasta qué punto las redes étnicas de familiares y paisanos son o no suficientes para la inserción en la Metroplex.

2. *Mi experiencia en el trabajo de campo*⁷

En este apartado asumo que no existe una mirada neutral-objetiva en esta investigación pues poseo un ángulo de observación específico que surge desde mi experiencia y trabajo mismo. Estos últimos están encuadrados con mi condición de mujer, mexicana mestiza, de piel morena clara, de 29 años de edad, heterosexual, del sur de la Ciudad de México.

De igual forma, mi formación académica ha dejado huella en la forma de investigar y de observar en campo, ya que soy etnóloga por la ENAH y latinoamericanista por la UNAM. Además, he realizado estudios en el extranjero en un Máster en Derechos Humanos, Interculturalidad y Desarrollo por la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla y actualmente me he formado como antropóloga social con especialidad en violencias, géneros, sexualidades y migraciones dentro de la Maestría en Antropología Social en CIESAS-DF.

Realicé mi trabajo de campo con mujeres y hombres otomíes que viven en la Metroplex de Dallas-Fort Worth y que están, en la mayoría de los casos, en condición de indocumentados, por esta razón la investigación brinda anonimato a las personas que colaboraron en la misma. Para mí fue fácil ingresar a Estados Unidos pues tengo una Visa y ya conocía ese país, esto implica que no he tenido en mi experiencia un cruce fronterizo por medio de un coyote, es decir, no sé lo que es caminar por el desierto seis días y seis noches yendo desde Ciudad Acuña hasta los ranchos de Texas. Y como mujer nunca he vivido el miedo a ser violada o desaparecida en la frontera norte como lo han vivido casi todas las mujeres que he entrevistado para en este trabajo.

Mi persona en campo frente a los otomíes con los que conviví, poseía tres características de las que no me pude desprender: 1) el estar con documentos legales temporales en Estados Unidos me daba privilegios frente a las personas

⁷ Esta sección, a diferencia del resto del trabajo, se escribe en primera persona. La intención es enmarcar las características de la investigadora en campo, para visibilizar que dentro de las ciencias sociales existen diversos factores -relacionados a las condiciones en las que se realiza la investigación- que nos alejan de conocer de manera objetiva y única. Por esta razón se habla desde la subjetividad de la investigadora, con sus virtudes y limitantes, para develar las condiciones que se encuentran detrás de un trabajo antropológico de esta naturaleza.

que estaban indocumentadas -aunque estaba en posición inferior a los otomíes residentes o ciudadanos americanos-, 2) estar estudiando un postgrado en México y estar becada por el CONACYT hacía que no tuviera la necesidad de trabajar en Estados Unidos como lo hacen las personas otomíes, y 3) tengo una licenciatura concluida, lo que me daba un estatus superior a las personas migrantes que suelen poseer pocos estudios -algunos tienen sólo los primeros años de la primaria, otros la secundaria y en el mejor de los casos estudios de bachillerato o licenciatura trunca-.

Mi marcador de género, como investigadora mujer, joven, soltera y sola, tuvo sus pros y sus contras para acceder a las personas otomíes en general, por ejemplo, logré una fuerte empatía con la gente joven y también con Brígida que tiene más o menos la edad de mi mamá (54 años). Pero un reto personal fueron las entrevistas con los hombres otomíes que se encontraban solos o solteros en la Metroplex de DFW, pues, aunque la mayoría tuvo el tiempo y la disposición de entablar una conversación conmigo y colaboraron, sin esperar nada a cambio, hubo un par que me invitaron a salir y ante la negativa, se retiraron de la investigación.

Según Sandra Harding (1987) la investigación feminista reside en el ángulo desde que la investigadora se posiciona para centrar la atención en los testimonios de las mujeres, en sus comportamiento, acciones y estrategias de vida ya que se consideran sujetos centrales del conocimiento, desde las que podemos abrir una ventana a otras epistemologías, mismas que han sido subalternizadas por la disparidad de las relaciones de género en un contexto patriarcal.

Pero la misma ventana a la investigación feminista nos obliga a hacer consciente nuestro papel en la sociedad, ya que ésta ha sido colonizada por el punto de vista de los hombres, relegando y minimizando el potencial de las mujeres; en una relación dispar que se reproduce en todas las sociedades y en todas las instituciones que las conforman. Si deseamos realizar investigación feminista tendremos que mirar hacia nuestra realidad desde la perspectiva de nosotras como sujetas cognoscentes, comprometidas con una realidad que nos ha marginalizado en la historia y nos obliga a posicionarnos como seres valiosos y que luchan contra las violencias patriarcales.

En Antropología feminista, Patricia Castañeda (2006), sugiere que se realice investigación feminista desde la investigación social, poniendo en el centro a las mujeres y a sus experiencias sociales como sujetas de análisis; esto nos lleva a una lucha intelectual contra el androcentrismo en las disciplinas sociales, por lo que es importante hacer frente al mutismo, a la negación, al aislamiento y al borramiento de la participación femenina en los grandes fenómenos sociales que interesan a la Antropología Social contemporánea. Los estudios de género según Lagarde (1996:13) derivan del feminismo como una forma de posicionarse ante la vida y llevan a fuerte crítica a la concepción androcéntrica de la humanidad, que ha dejado a la mitad del mundo fuera del foco de atención de los estudios hegemónicos en investigación social.

Por esta razón, mi investigación antropológica ha sido diseñada con perspectiva de género y a la vez se enmarca en la investigación feminista toda vez que al hablar sobre violencia, capitales sociales y género en las mujeres otomíes que han migrado a Estados Unidos, específicamente a la Metroplex de Dallas-Fort Worth, busco hablar de los contextos marginales que estas mujeres ocupan en la actualidad tanto en México como en Estados Unidos y así hacer una crítica a los contextos patriarcales que las han mantenido inmersas en la violencia y la desigualdad y en la precaridad (Judith Butler 2010).

Según Patricia Torres (en mecanuscrito) el reto para la investigación feminista que se realiza en Antropología Social, es que en un contexto patriarcal es sumamente difícil tener acceso a la voz de las mujeres, pues los hombres toman la palabra por sobre ellas, y no están dispuestos a soltar tan fácilmente ese privilegio. Esas acciones son el efecto de una estructura patriarcal que ha dejado sin voz a las mujeres, pero que deja a la investigación feminista las vetas de investigación necesarias para descubrir lo que sucede en los universos femeninos.

Para esta investigación en concreto me pareció necesario prestar atención a la voz de las mujeres al igual que a la de los hombres. Al estudiar un grupo indígena patriarcal, como son los otomíes, tuve que acercarme primero a los hombres para ganarme su confianza (generar *rapport*), explicarles detenidamente el objetivo de mi investigación y posteriormente solicitarles permiso para acceder a los espacios

en los que se encontraban las mujeres de sus familias para poder platicar con ellas y entrevistarlas.

Debo admitir que no fue sencillo encontrar los espacios para conversar a solas con las mujeres porque pasan la mayor parte del tiempo en el trabajo, y cuando no están en el trabajo están haciendo las compras o trabajando en labores domésticos como lavar la ropa, limpiar la casa, cocinar, etcétera. Mi investigación asumía el reto de acompañar a las mujeres en sus vidas cotidianas, por lo que el hogar era un espacio que yo deseaba conocer, pero al que no tuve acceso en todas las ocasiones; algunas otras mujeres tuvieron miedo de colaborar conmigo -por su estatus de indocumentadas- y no me contestaban los mensajes y las llamadas hasta que dejé de insistir.

Los espacios en los que conviví con mujeres otomíes fueron diversos, por ejemplo, conocí las casas de Brígida (viví con ella en Garland), María, Erika y Lupita y en los casos de Isabel, Inés y Magos las visité en sus trabajos en la pulga y en las casas de envío. A Candela la veía en la casa de Brígida, porque ella vive en la ciudad de Plano que queda un poco retirada de Dallas.

En ocasiones fuimos a comer a restaurantes, a pasear al lago, a fiestas y hasta a un día de campo en Kingsland en donde los hombres prepararon barbacoa estilo Ixmiquilpan. las actividades fueron diversas y eso me permitió observar la vida de estas mujeres desde múltiples escenarios que habitan en el norte de Texas.

En todos los casos, las largas distancias, las cargas laborales que suelen tener y la carencia que tuve de un automóvil para desplazarme por la Metroplex, hizo del teléfono celular y de la mensajería vía WhatsApp, herramientas centrales de mi investigación, ya que algunas entrevistas o pláticas informales que realicé fueron vía telefónica.

Desde una investigación feminista es pertinente visibilizar a los grupos marginales que son los que reciben por lo general la mayor carga de violencia y estigmatización social; en este caso, los otomíes como indígenas son ya un grupo marginal en el contexto mexicano, que han vivido en la pobreza y que han cargado con el estigma racista de “inditos” por hablar su propia lengua misma que ha sido menospreciada y se le ha dado una categoría inferior al llamarla “dialecto”; de

hecho, los otomíes que conocí en Texas se refieren a su lengua -el *hñähñü*- como “el dialecto”.

En este sentido, si bien las mujeres otomíes están sujetas a muchas más violencias que los hombres, por el hecho de ser mujeres en un mundo patriarcal, no debemos dejar de observar que tanto hombres como mujeres han sido juzgados en sus particularidades étnico-culturales en claves de racismo y clasismo (Femenías 2008).

En el contexto migratorio actual, las familias otomíes están compuestas por estatus migratorios variados, es común que en una familia haya personas indocumentadas y otras con documentos. Esto implica una diversidad de formas de habitar la Metroplex, donde factores de etnia, clase, raza, género, condición migratoria y condición etaria; están presentes de manera particular en las historias de vida de cada migrante.

En todos los casos estas condiciones subalternas los llevan a vivir violencias como discriminación, racismo, marginación, pobreza e invisibilización, las cuales surgen en el contexto norteamericano donde la finalidad de los empleadores es explotar la fuerza laboral de los trabajadores mexicanos indocumentados, a la par que se precarizan sus condiciones laborales al negarles derechos laborales básicos como son jubilación, servicio de salud, etcétera. (De Génova 2002).

A pesar de estas violencias estructurales que se dibujan como relaciones de poder y de dominación en escala macro y micro social (Ferrandiz y Feixa 2004: 159) el pueblo otomí ha hecho frente a estas violencias en Estados Unidos al tejer redes de apoyo entre familiares y conocidos del Ixmiquilpan. Estas redes se han extendido más allá de las redes étnicas pues en el contexto estadounidense se han encontrado con otros igualmente marginados con los que han sabido entablar relaciones para hacer frente a las violencias de la vida cotidiana.

La metodología que he seguido para realizar el trabajo de campo, habría sido planteada en el proyecto de investigación para entrevistar únicamente a las mujeres otomíes que viven y trabajan en la Metroplex de DFW, pero al estar en campo me di cuenta de que si lograba recoger también testimonios de hombres otomíes podría entender, en clave feminista, cómo se había configurado la migración reciente de

los otomíes en Texas y también analizar las violencias que existen en las vidas cotidianas y laborales de un grupo marginal de hombres y mujeres.

Acercamiento a la Metroplex de Dallas-Fort Worth, Texas

El primer mes de mi trabajo de campo lo usé para conocer Fort Worth y entablar mis primeros contactos con los otomíes, para eso recurrí a mi amiga Ana María quien es oriunda del pueblo otomí El Espíritu en Ixmiquilpan, y a la que conocí en una práctica de campo que realicé en su pueblo cuando era estudiante de Etnología en la ENAH en el año de 2007.

Con el paso del tiempo Ana María se volvió más que una informante -que colaboró conmigo en lo que fue mi tesis de licenciatura- y hoy día estamos en comunicación y está pendiente de mi investigación actual de maestría. En abril de 2016 regresé a visitarla al El Espíritu y le comenté que necesitaba contactar algunos migrantes otomíes que vivieran en Texas, ella me proporcionó el teléfono de su vecino y amigo Fernando que lleva aproximadamente 10 años trabajando en Houston, Texas.

Contacté a Fernando vía WhatsApp en el mes de mayo de 2016 y le expliqué que estaría viviendo en Fort Worth por tres meses y medio para hacer trabajo de campo para mi proyecto de maestría y que necesitaba de su ayuda para localizar a personas que fueran de Ixmiquilpan, y que vivieran en Fort Worth o Dallas; él conoce a tres hombres originarios de Ixmiquilpan (de los pueblos de Remedios, El Espíritu y San Juanico) que viven dos en Dallas y uno en Garland, y me dio sus teléfonos.

Cuando estuve en Texas llamé a esos tres contactos y les expliqué brevemente mi proyecto, los tres accedieron a colaborar y los cité en *La Gran Plaza* de Fort Worth para conversar con ellos en persona. Con esos contactos más la familia que conocí en *La Gran Plaza* tuve suficientes personas para comenzar el trabajo de campo en la zona de la Metroplex. Con el tiempo estas familias me presentaron a más personas y fue como generé las relaciones para consolidar el trabajo de campo y las entrevistas.

Gracias a Fernando conocí a Antolín quien es oriundo del pueblo de San Juanico, él se convirtió en un amigo incondicional que se interesó en mi trabajo antropológico y me apoyó presentándome con su familia y teniendo largas pláticas conmigo las cuales fueron centrales para entender a cerca de su vida cotidiana y de la dinámica familiar y laboral que se tiene en la región de la Metroplex de DFW.

Visitamos a sus parientes en North Dallas, Garland, Richardson y Kingsland; fuimos a una fiesta -bautizo- en Mesquite y visitamos un fin de semana la pulga de Grand Praire en Irving (lugar en el que se va a comprar, a comer y también a pasear en familia). La confianza que se generó con él y su familia propició que me quedara como inquilina en casa de su tía Brígida, en Garland, durante el trabajo de campo.

Al salir de Fort Worth y entender la movilidad que practican los otomíes por toda la Metroplex, decidí ampliar el área de trabajo de campo hasta la ciudad de Dallas y de Garland, situación que me obligó a tomar las rutas de tren (con un costo de 5 dólares en el viaje sencillo de Fort Worth a Dallas) y de ahí transbordar a la línea del metro (con un costo de 2.50 dólares por dos horas de viaje) para llegar a visitar a Brígida y a Antolín en Garland.

La Gran Plaza de Fort Worth fue un espacio central para mi investigación. Se trata de un gran *mall* mexicano en el que había, además de bancos y supermercados mexicanos, una enorme oferta de locales que venden artículos diversos para un público mexicano. Las personas que te atendían en todas las tiendas eran mexicanos o de familia mexicana y hablaban en español.

Al interior (Ver ilustración 1) había todo tipo de tiendas de ropa (no sólo había grandes tiendas americanas de saldos como son la Burlington o la Ross -en donde atienden personas americanas- sino que había tiendas de ropa mexicana que tenían jeans, zapatos y camisetas para el gusto de los mexicanos y latinos); estéticas (en donde se mostraban los cortes más populares en Texas); artículos electrónicos (venta y reparación de celulares, *tablets*, computadoras, radios, relojes, etcétera); cines (con películas habladas en español o con subtítulos); servicios de fotografía profesional (sesiones privadas para bodas, quince años y otras fiestas); área de comida rápida (había mariscos, barbacoa, garnachas, birria, aguas de frutas y

licuados, fruta picada y postres) y en el área de comidas había unos juegos infantiles gratuitos (con escaleras, toboganes, resbaladillas y alberca de pelotas).

Los negocios están dispuestos al interior en dos niveles mismos que se conectan por unas escaleras eléctricas y elevadores, cuenta con servicio de seguridad, con circuito cerrado de cámaras de video, así como aire acondicionado y el horario es de 9am a 9pm, aunque el cine cierra más tarde los fines de semana. Los negocios están atendidos por mexicanos y el sitio está pensado para consumidores de esa nacionalidad o que gusten de la convivencia y del consumo de dichos productos, cabe mencionar que las personas que ahí trabajan y consumen hablan principalmente en español, aunque también se pueden observar algunas familias de norteamericanos blancos o negros. Las vías de acceso son por el *Freeway 35 West* o en transporte público se toma el *Bus 1* que va por toda la *Hemphill Street* desde el *Down Town* de Fort Worth hasta llegar a *La Gran Plaza*.

La Gran Plaza tiene otra sección aladaña de tres pisos que se llama “El Mercado” en él hay una extensa oferta de artículos importados de México como son: piñatas de cartón (con figuras clásicas como el payaso, la sirenita, El Chavo del Ocho, el barco y otras que son con la forma del número de años del cumpleaños: 1, 2, 3, 4, 5); figuras y carteles con imágenes de santos y vírgenes (los más comunes eran de la Virgen de Guadalupe y San Judas Tadeo e incluso había de otros que no son reconocidos por la Iglesia Católica como son la Santa Muerte y Malverde); dulces mexicanos (todo tipo de variedad con chile, chamoy, tamarindo y mango); Antojitos mexicanos (puestos de papas y palomitas caseros); paleterías y heladerías mexicanas (venden paletas y helados de frutas mexicanas y chamoyadas, café frappé y fresas con crema); tiendas de ropa típica mexicana (vestidos de quince años, trajes de china poblana y de vaqueros para chicos y grandes); tiendas de cosméticos, etcétera.



Ilustración 1. Composición de imágenes tomadas en “La Gran Plaza” y en la sección de “El Mercado”. De arriba abajo y de izquierda a derecha: Área de comida rápida y juegos infantiles; puesto de ropa típica mexicana; danzante “conchero” en el evento de las fiestas patrias en el mes de septiembre; tiendas de dulces mexicanos con la imagen de la Virgen de Guadalupe; venta de imágenes religiosas y de santos populares; boutique de vestidos de quinceañera.

Ese fue un lugar que visité con cierta frecuencia en el mes de septiembre y octubre; ahí cité a las primeras personas otomíes para hablarles de mi proyecto de maestría y también para hacerles entrevistas; me pareció un lugar apropiado ya que en la planta baja tiene un amplio y cómodo espacio con sillones y mesas en los que podíamos conversar el tiempo que quisiéramos, a veces pasábamos ahí sentados conversando hasta dos horas. Fue un espacio apropiado para conocer a las

personas otomíes: punto conocido⁸, neutro y cercano a la casa en la que me quedaba.

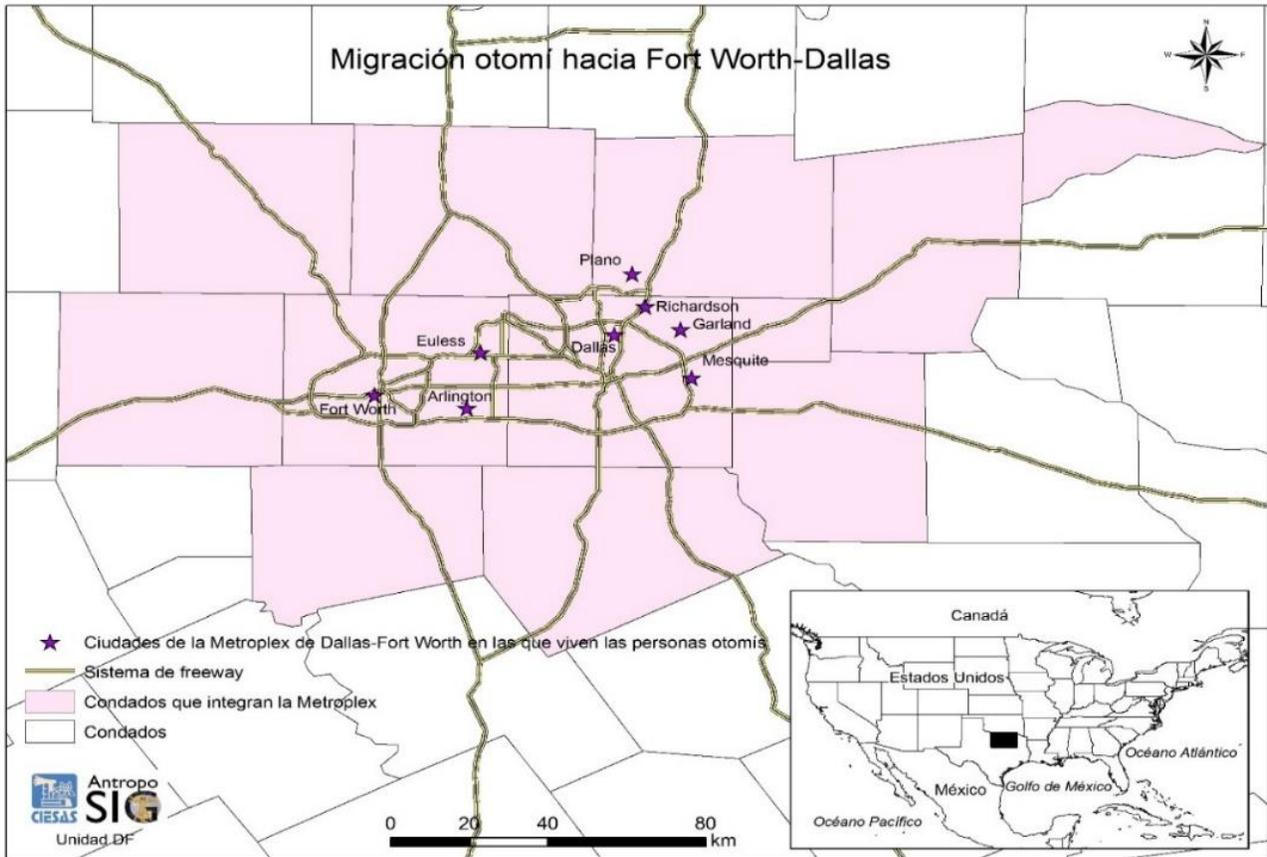
Además, en *La Gran Plaza* encontré a una familia otomí de Ixmiquilpan que tienen un negocio de barbacoa en el área de comidas que de llama *El Hidalguense*. Recuerdo que un día que daba una vuelta buscando algo de comer, vi el enorme letrero que enseguida llamó mi atención: “El Hidalguense. Comida mexicana”; me acerqué emocionada, vi el menú y pregunté a la persona que estaba atendiendo - Edén un hombre de 42 años- si hacían barbacoa estilo Ixmiquilpan, él me contestó que sí, que todos los fines de semana tenían y que ellos mismos la horneaban en su casa pues ellos eran del mero centro de Ixmiquilpan.

Fue sorprendente y relevante contactar migrantes de Ixmiquilpan de esa forma, y aunque no hablan la lengua *hñähñü* se consideran parte de la cultura otomí. En varias ocasiones regresé a saludar a Edén en su negocio y me presentó a su madre la señora Clotilde, una mujer oriunda de Tasquillo, Hidalgo, tímida y desconfiada, que entre varias pláticas informales me contó su historia de migración; mientras ella trabajaba tomando órdenes, cobrando a los clientes y preparando la comida (huaraches con “asada”, ensalada búfalo, ordenes de tacos, etcétera) y le ayudaba un poco a limpiar las mesas y a entregar las ordenes de comida.

No me sorprendió que me invitara a trabajar con ella los fines de semana, pero decidí que no, por dos razones, la primera es que la visa no me permitía trabajar en Estados Unidos, y la segunda fue porque los fines de semana era cuando salía de Fort Worth e iba a Dallas, Richardson y Garland a hacer entrevistas con las personas oriundas de los pueblos de San Juanico y de La Palma. En ese restaurante conocí al primo de Edén, Ulises, quien se volvió un amigo que me ayudó a contactar con sus primas Inés y Magos, así como con su tía Isabel, mujeres oriundas del Barrio de La Otra Banda quienes colaboraron en la investigación.

⁸ Resultó que la Gran Plaza es un punto que todos los otomíes habían visitado, o al menos sabían de su existencia por el gran festival de “fiestas patrias” que se realiza en el mes de septiembre; ese evento es organizado por la embajada de México en Dallas y Fort Worth con motivo de la conmemoración de la Independencia: se realiza “el grito de independencia”, y a manera de quermés se montan carpas con venta de bebidas y alimentos, y para amenizar hay un escenario en donde diversos grupos musicales tocan en vivo (música de banda, norteña, salsa, cumbia, etcétera).

La Metroplex de Dallas-Fort Worth tiene una superficie de 26,000 km² y según el censo de 2013 ahí habitan 6.6 millones de personas. Para finalizar este apartado muestro en el siguiente mapa (ver mapa 1) los doce condados que abarca la Metroplex de Dallas-Fort Worth.



Mapa 1. Condados que abarca la Metroplex de Dallas-Fort Worth. Y Ciudades en las que habitan las personas otomíes del estado de Hidalgo. Elaboró AntropoSIG-CIESAS

Con estrellas se ubican las ocho ciudades en las que, según mis datos etnográficos, viven personas otomíes del municipio de Ixmiquilpan: Fort-Worth, Arlington, Euless, Dallas, Plano, Richardson, Garland y Mesquite.

En este capítulo he expuesto las herramientas teóricas de las que me valgo para analizar el material de investigación para esta tesis. Los conceptos y categorías que he revisado se desprenden de diversas teorías que, al revisarse desde la perspectiva de género, nos brindan luces importantes para comprender el fenómeno migratorio de las mujeres otomíes a la Metroplex de Texas.

Los estudios sobre transnacionalismo han generado categorías de análisis que ponen el énfasis en las relaciones y redes sociales que surgen de las poblaciones migrantes. La categoría de “comunidad transnacional” se ha utilizado para los estudios sobre indígenas mexicanos en Estados Unidos. Es una categoría útil en estudios antropológicos, pero para un estudio centrado desde la investigación feminista esta categoría debe incluir la participación diferenciada que tiene hombres y mujeres dentro de la comunidad transnacional.

La descripción de las ciudades en que habitan las mujeres y hombres que me apoyaron en esta investigación, permitirá entender las distancias que deben recorrer para ir a sus trabajos, para visitar a sus parientes o para realizar sus compras e ir a celebraciones. Una ciudad dispersa si se le compara con el pueblo de donde provienen.

De la misma manera el concepto de identidad étnica propuesta por Giménez lo complemento con trabajos de investigadoras feministas que nos ayudan a comprender que las identidades son complejas y que se componen de diversos factores entre los que la identidad étnica forma una parte sustancial. Esto me lleva a poner en el centro de mi investigación la necesidad que encuentro de hablar sobre las identidades de hombres y mujeres como fenómenos complementarios que por ser diferentes deben ser estudiados en sus particularidades.

En el segundo apartado de metodología junto con la descripción de mi acercamiento al campo -desde un ejercicio reflexivo- sirve para entrar en el espacio en el que realicé el trabajo de campo, son las claves que nos ayudan a colocarnos dentro del lugar de investigación: la Metroplex de Dallas-Fort Worth en el Norte de Texas.

En el siguiente capítulo sobre Contexto se revisarán desde lo general a lo particular la experiencia de la migración de mexicanos en Texas, hasta conocer las historias de hombres y mujeres otomíes que migraron al norte de Texas desde la década de 1970 del siglo pasado. Conocer estas historias de migración desde los datos etnográficos será fundamental para reconstruir el contexto histórico mismo que se encuentra dado desde los estudios de la migración de los otomíes, pero que no habían sido estudiados hasta la fecha.

CAPÍTULO 2

CONTEXTO DE LA MIGRACIÓN OTOMÍ A TEXAS

En el presente capítulo se efectúan dos tipos de acercamientos al fenómeno migratorio entre México y Estados Unidos. El primero parte de una perspectiva histórica en la que se revisan los periodos de la migración entre México-Estados Unidos según Jorge Durand y Douglas Massey (2003), y posteriormente se exploran además investigaciones realizadas desde disciplinas afines a la Antropología que brindan elementos -estadísticos o demográficos- para comprender la magnitud de este fenómeno migratorio.

En la segunda parte se exponen los hallazgos etnográficos centrados en la memoria de las personas otomíes en el norte de Texas que hablaron sobre sus historias de migración y de las primeras migraciones que realizaron sus familiares en esa región desde la década de 1970. Ya que para este trabajo es fundamental visibilizar la migración femenina otomí, se decidió presentar las historias de migración de las primeras mujeres que llegaron a la Metroplex y que hoy día tienen alrededor de 25 años viviendo en esa región de Estados Unidos como indocumentadas.

2.1 Migración de mexicanos a Estados Unidos

Después de la India, México es el segundo país exportador de recursos humanos a nivel mundial y tiene el grupo de inmigrantes más numeroso en Estados Unidos, superando a China, Filipinas e India. Sólo para 2007 había 11.7 millones de mexicanos en ese país, lo que equivale al 10% de la población total de México. Para el año 2008, Estados Unidos tenía 11.9 millones de indocumentados en su territorio, de los cuales 7 millones eran mexicanos, equivalente a un 60% del total (Alarcón 2011).

Cifras más recientes indican que para 2016 el 97.7% de los migrantes mexicanos se encuentran en Estados Unidos. La política migratoria de Estados Unidos ha tenido diversas modificaciones a lo largo del tiempo en detrimento de los derechos de los inmigrantes, en especial de aquellos de origen mexicano. De acuerdo con datos de Comercio Exterior, en 2014 y 2015 se registró un repunte significativo en las remesas familiares mexicanas de un 6 y un 4.8% (Cervantes González y Sánchez Ricardo 2016). Con la crisis económica de 2008 la migración había ido a la baja, pero para 2015 los empleos de tiempo completo aumentaron en un 85% para los trabajadores mexicanos. Esto se tradujo en el aumento de la presencia femenina en el trabajo. Lo anterior implica un aumento de mujeres mexicanas dentro del sector laboral en Estados Unidos.

Dado que el presente trabajo versa sobre la migración México-Estados Unidos, es pertinente revisar su desarrollo histórico. Para ello, se presentan los periodos migratorios propuestos por Jorge Durand y Douglas Massey (2003) quienes describen cinco fases -posteriormente estos autores han agregado una sexta fase en el trabajo donde participa Karen Pren (2009)-.

- 1) La fase del enganche (1900-1920). Arrancó con el esplendor del régimen porfiriano y fue impulsado por tres fuerzas que fueron: a) el sistema de contratación de mano de obra privado y semiforzado, conocido como el enganche; b) la Revolución mexicana y la secuela de miles de refugiados; y c) el ingreso de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial, que limitó la llegada de nuevos inmigrantes europeos y demandó mano de obra barata y joven proveniente de México.
- 2) Fase de las deportaciones (1921-1939). Fueron tres ciclos de retorno masivo de mexicanos, así como de deportaciones cotidianas, que encabezó la recién creada Patrulla Fronteriza (1924) bajo el argumento de la crisis económica por la que atravesaba Estado Unidos. La primera deportación masiva fue en 1921, la segunda ocurrió en el periodo que abarca de 1929 a 1932, y la tercera se registró en 1939.

- 3) El periodo Bracero (1942-1964). Es marcado por la urgente necesidad que tuvo Estados Unidos de mano de obra barata mexicana por su ingreso en la Segunda Guerra Mundial. Los contratos que expidió Estados Unidos fueron temporales, y fueron otorgados a mexicanos provenientes del medio rural para que trabajaran exclusivamente en la agricultura. Durante este periodo, dejan el país unos 5 millones de braceros y, paralelamente, 5 millones de indocumentados.
- 4) La era de los Indocumentados (1965-1986). Terminada la época de los convenios braceros, Estados Unidos decidió tomar tres medidas complementarias para controlar las migraciones de mexicanos: a) la legalización de un sector de los trabajadores bajo el sistema de cuotas por país; b) la institucionalización de la frontera para hacer más restrictivo el paso de mexicanos; y c) la deportación masiva de trabajadores que no tuvieran sus papeles en regla.
- 5) Etapa de la legalización y la migración clandestina (1987-2001). Inicia con la *Immigration Reform and Control Act (IRCA)*. Si bien con el IRCA se legalizaron y establecieron más de 2.3 millones de mexicanos indocumentados, también se generó una migración clandestina que se tenía que ajustar a las nuevas exigencias legales en torno a la documentación del migrante. En medio de este contexto, comienza la falsificación de documentos para poder ingresar al mercado laboral de Estados Unidos.
- 6) La guerra antiinmigrante 2001. Comienza con el ataque a las Torres Gemelas el 11 de septiembre, tras lo cual se definen nuevas políticas represivas en contra de los inmigrantes. Ello conllevó a un aumento en el control fronterizo, en las deportaciones y en la persecución al interior del país. Sobre este periodo, Massey, Pren y Durand mencionan que:

La guerra contra el terrorismo rápidamente se convirtió en una guerra antiinmigrante, a pesar de que ninguno de los terroristas del 11 de septiembre había ingresado por la frontera mexicana, que en México no existían células de terroristas y que prácticamente no existe población musulmana (Massey, Pren y Durand 2009: s/p).

La migración de los otomíes a Estados Unidos se ha desarrollado en las tres últimas fases que enuncian estos autores. Estas son, a saber: a) la era de los indocumentados, b) la etapa de la legalización y la migración clandestina, y c) la guerra antiinmigrante. Los otomíes comenzaron a llegar a Estados Unidos en la

década de 1970. La suya fue inicialmente una migración masculina que fue en aumento en la década de 1980, y en 1990. En este último año las mujeres otomíes también comenzaron a migrar. El año de 1986 fue clave para los hombres migrantes otomíes que trabajaban en Estados Unidos, pues algunos de ellos lograron obtener papeles de ciudadanía norteamericana en el marco de la Amnistía de 1986 efectuada durante el mandato del presidente Ronald Regan. Gran parte de los otomíes que lograron regularizar su estatus migratorio en aquel año continúan viviendo en Estados Unidos. Algunos han logrado la reunificación de sus familias en Texas o se encuentran en el proceso legal para lograrlo.

Es importante mencionar que las mujeres migrantes otomíes no alcanzaron a gozar de los beneficios de la Amnistía de 1986 puesto que comenzaron a migrar hasta la década de 1990. Por ende, su migración ha sido indocumentada y se enmarcó en el periodo que Massey y Durand llaman la “migración clandestina”.

La migración clandestina de otomíes se configura no sólo por mujeres indocumentadas -que hoy día tienen entre 55 y 30 años-, sino también por hombres –con un rango de edades similares- que se quedaron sin documentos por varias razones. Entre estas razones se cuenta que: a) se encontraban en Estados Unidos en 1986 pero no supieron sobre la Amnistía, b) aunque trabajaban en Estados Unidos, en ese año no se interesaron por arreglar papeles porque se les hacía fácil atravesar la frontera caminando y no pensaron en los beneficios que traería para ellos y para sus familiares en un futuro, c) no se encontraban en México durante ese año y d) eran menores de edad y no pudieron beneficiarse del programa IRCA.

A partir de 2001 se desplegaron las políticas antiinmigrantes contra los mexicanos indocumentados, por lo que las mujeres y hombres otomíes tuvieron que modificar la agenda migratoria cíclica o de retorno que habían establecido desde los inicios de esa migración. En concreto, dicha agenda se estableció en la década de 1970, cuando llegaron los primeros hombres otomíes a trabajar en los ranchos de Texas. En ese entonces los migrantes tenían la costumbre de regresar a visitar a sus familiares a Ixmiquilpan cada seis meses o cada año. Los hombres paraban labores en Texas con el consentimiento de sus patrones y se iban a su pueblo en

Ixmiquilpan, Hidalgo. Después de permanecer en su pueblo por alrededor de 4 a 6 meses⁹, los migrantes regresaban a Texas, en donde los esperaban sus patrones.

Esta dinámica en el cruce fronterizo tuvo lugar durante las décadas de los setenta y hasta finales de la década de los noventa. El cruce se realizaba caminando por el desierto durante toda una semana. Cabe mencionar que el caminar por el desierto no excluía a los otomíes que tenían papeles, ya que el cruce se realizaba en equipos pequeños de conocidos y familiares en los que documentados e indocumentados se acompañaban en el trayecto. Los grupos eran heterogéneos, y se conformaban por personas de diferentes edades con o sin experiencia en el cruce fronterizo. Para la década de 1990, las mujeres se sumaron a estos grupos de migrantes.

Aunque las rutas que los migrantes usaron para el cruce son diversas, la mayoría atravesó por la ciudad de Piedras Negra en Coahuila. Sin embargo, a partir del recrudecimiento de las políticas antiinmigrantes y del aumento del costo en el cruce fronterizo, se dejó de lado aquella antigua ruta, así como la dinámica cíclica de migración circular. Por el contrario, a partir de 1990 se pasó a realizar una migración definitiva en la que los migrantes otomíes indocumentados optaron por quedarse a vivir de manera permanente en Texas.

2.2 *Migración de indígenas mexicanos a Estados Unidos*

Existe una gran diversidad de estudios sobre la migración de los grupos indígenas mexicanos en Estados Unidos. Los indígenas han adoptado rutas migratorias de carácter internacional para poder hacer frente a la pobreza y a la marginación que han vivido en México. Estudios recientes realizados por el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social confirman que los hogares indígenas reciben mayores transferencias de dinero -remesas-, respecto al conjunto de los hogares mexicanos mestizos. Los primeros representan 20 de cada 100 pesos y los

⁹ Incluso se quedaban un año si a su regreso les pedían que cubrieran algún “cargo” para la comunidad.

segundos sólo 13 de cada 100 pesos (Coneval 2014 citado en Roldán Dávila 2015). Mediante el tazado de las coincidencias entre el envío de remesas y los lugares o municipios con mayor población indígena, se ha constatado que, de los 2 456 municipios indígenas, 477 reciben remesas periódicamente, esto equivale al 20% del total (Roldán Dávila 2015: 20).

Las remesas se han vuelto centrales para la economía doméstica de las familias indígenas mexicanas. Genoveva Roldán (2015) apunta que los indígenas migrantes llevan consigo responsabilidades familiares y comunitarias, mismas que deben ser cubiertas bajo su presencia activa en el envío de remesas:

Estas transferencias salariales para la reproducción familiar y social particularmente indígena, adquieren un significado diferente al resto de las remesas ya que, tanto el envío como el uso tienen sus específicos referentes de territorialidad, de integración comunitaria, de ciudadanía, de autoridad, de sistemas de cargos, así como su idea de los contextos que garantizan la reproducción familiar (Roldán 2015: 36).

En el capítulo previo se revisaron trabajos sobre migración y grupos indígenas en los que se ha proyectado sobre la relación de migración y apoyo en la organización comunitaria a manera de “comunidades transnacionales”. Este concepto analítico demuestra la estrecha relación que tienen los migrantes -entre ellos los indígenas de diversos grupos étnicos- con sus comunidades, la cual va más allá del simple envío de remesas pues las relaciones son políticas, económicas y culturales (Adler 2004; Fox y Rivera-Salgado 2004; Castro 2005, Aquino 2007; García 2008; Leco 2009; Solís y Fortuny 2010; Roldán y Sánchez 2015).

Cuando se busca consultar la cantidad de indígenas mexicanos que viven en Estados Unidos, las cifras se contradicen y difícilmente logran reflejar datos reales. Para ejemplificar lo anterior se recuperan las cifras presentadas por el INEGI, que en 2010 registró un total 231 811 indígenas migrantes en todo México. De éstos, 174 770 realizaban migración interna, 37 117 realizaban migración internacional, y 19 924 no especificaron su condición migratoria. Estas cifras son apenas un esbozo, que deja ver la falta de información sobre el tema de los indígenas migrantes.

El INEGI reportó que los estados de la República Mexicana con mayor cantidad de migrantes indígenas son Oaxaca, Chiapas, Guerrero y Yucatán, con 26556, 4556, 6184 y 6481 migrantes respectivamente. Actualmente, las entidades

del Estado de México, Puebla e Hidalgo han presentado cifras relevantes con 25216, 13 328 y 12 505 migrantes respectivamente (Sánchez García 2015: 76). Estas cifras no son exactas, pero sirven para mostrar tendencias de los flujos migratorio de algunos grupos indígenas hacia Estado Unidos.

Carolina Sánchez García (2015) menciona a los principales grupos étnicos que han migrado a ciudades estadounidenses:

[...] los popolocas y mixtecos en Nueva York; los purépechas en Carolina del Sur e Illinois; los nahuas en Chicago, Texas y California; mixtecos en Nueva Jersey, Washington, Oregón, Florida y San Diego; zapotecos en Los Ángeles y San Diego; mayas en California y Texas; los otomíes (hñähñü) y nahuas en Texas; nahuas en Nueva York (Sánchez-García 2015: 85).

Por último, se debe resaltar la ausencia de cifras y de datos precisos sobre los indígenas migrantes. Esto es relevante porque, aunque se tiene una idea de en qué estados se localizan y, en algunos casos, también de las ciudades, hacen falta datos sobre el porcentaje de hombres y de mujeres migrantes, así como datos sobre los grupos de edad de los migrantes. Esto quedará pendiente para trabajos futuros que puedan ir llenando estos vacíos de información.

A continuación, se abordará tema de la migración internacional de indígenas del estado de Hidalgo en especial de la que realizan los indígenas otomíes.

El estado de Hidalgo tiene 2 858, 359 habitantes (INEGI 2015) y tiene índices elevados de marginalidad. En 2015 fue el quinto estado más pobre de México, situación que lleva a una migración anual de 27 000 personas con destino a Estados Unidos. Esto representa el 4% de la población migrante a nivel nacional. (Ortiz y Castro 2008).

En cuanto al número de remesas, Hidalgo ocupó en 2014 el doceavo lugar a nivel nacional de los estados con mayor recepción, cifra que alcanzó para ese año 721 millones de dólares. Ello equivale al 3.1% del total nacional de las remesas. (Gasca y Pérez 2015: 92).

Este incesante flujo migratorio es la explicación de que a la fecha la migración de hidalguenses hacia Estados Unidos haya ido en aumento. Para 1992 se registraron 26 624 migrantes; en 1995 eran 35 380; en 1997 eran 57 503; y ya en el 2000 la cifra ascendió a 62 160 (Fabre 2004). De manera contrastante, la Coordinación General de Apoyo al Hidalguense en el Estado y el Extranjero

(CAHIDEE) reportó que para el año 2000 vivan unos 250 000 hidalguenses en Estados Unidos, de los cuales 225 000 no contaban con documentos (CAHIDEE en Díaz 2006:10; Lopes 2015:231).

Hidalgo es un estado que presenta una población indígena extensa. De acuerdo con INEGI (2010), ahí habitan 243 153 hablantes de náhuatl, 115 869 hablantes de otomí, 1 818 hablantes de tepehua, y 677 hablantes de mixteco. Es importante examinar las cifras de los hogares indígenas con presencia de migración, saber qué etnia tiene los índices migratorios más elevados en dicha entidad federativa, y conocer el envío de remesas según cada grupo étnico. Desde el estudio realizado por María Félix Quezada (2008) se mostró que del 100% de los hogares de Hidalgo con migrantes, el 25.7% correspondía a hogares indígenas. El grupo indígena que presentó mayor migración fue el de los otomíes: “[...] de estos, 19.7% correspondían a los *hñähñü* del Valle del Mezquital, 2.6% a los nahuas, 2.6% a los otomíes de la sierra de Tenango y 0.8% a otros grupos indígenas” (Quezada en Lopes 2015).

Es posible saber qué cantidad de hogares receptores de remesas en Hidalgo eran de origen indígena -tomando el criterio lingüístico de la CONAPO en 2000-. Se tiene que del 100% de hogares indígenas que recibieron remesas, el 88.7% fueron de origen otomí y sólo el 11.3% eran nahuas. En cifras, se habla de unos 5 619 hogares otomíes frente a 718 hogares nahuas.

Según el censo del 2000 que realizaron conjuntamente el Colegio de la Frontera Norte, La Universidad del sur de Florida y la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, se estimó que para el caso de Hidalgo: “[...] el 82% [de los migrantes] son hombres y el 18% son mujeres, y que más de la mitad, tanto de hombres como de mujeres tienen entre 15 y 24 años...” (Censo del 2000 en Serrano 2006:41).

2.3 Migración de indígenas otomíes de Hidalgo a Estados Unidos

Los otomíes son un grupo indígena mexicano que se encuentra esparcido en diversas localidades o pueblos ubicados en siete entidades federativas de la

República Mexicana. Dichas entidades son: Hidalgo, Querétaro, Guanajuato, Tlaxcala, Estado de México, Puebla y Veracruz. Este grupo étnico tiene una tradición histórica de migración que data desde la época prehispánica ya que han sido siempre habitantes de frontera y de territorio relegados. Los otomíes han sido estudiados por diversos científicos sociales¹⁰ que se han centrado en la lengua, las fiestas, las tradiciones, la familia extensa y, más recientemente, en su migración internacional con destino a Estados Unidos¹¹.

La presente investigación está centrada en los otomíes que habitan en El Valle del Mezquital¹², situado en el Centro-Oeste del estado de Hidalgo. Geográficamente, el área se considera parte del altiplano central mexicano y de la cuenca de México. El valle está demarcado tanto por el entorno geográfico como por el componente cultural, que es la residencia misma de los otomíes:

[Colinda] al norte con Pacula, Tlahuiltepa, la Misión y el Estado de Querétaro; al sur, Tolcayuca y el Estado de México; al oriente, Metztlán, Atotonilco el Grande, Mineral del Chico y Pachuca de Soto; al occidente, colinda con el Estado de Querétaro. Su extensión territorial es de 1770.6 Kilómetros cuadrados, lo que equivale a 41.7% del territorio del Estado. [...] la cultura Hñahñü domina ampliamente y su distribución marca, para algunos investigadores, el límite de la región. Está comprendido entre los 20°11' y los 20°41' de latitud norte y los 98°50' y los 99°20' de longitud oeste. [...] el Valle de Ixmiquilpan, [está] situado entre los 1700/1800 metros de altitud (Fabre Platas 2004: 31-34).

De los 84 municipios que tiene el estado de Hidalgo, sólo 27 pertenecen a la región de El Valle del Mezquital. Dichos municipios son: Ixmiquilpan, Tasquillo, Zimapán, Nicolás Flores, Tecozautla, Cardonal, Huichapan, Alfajayucan, Santiago de Anaya, Nopala, Chapantongo, Chilcuahtla, Mixquiahuala, Francisco I. Madero, San Salvador, Actopan, Tepetitlán, Tezontepec, Tetepanco, Ajacuba, El Arenal,

¹⁰ Se hará mención de algunos trabajos que se han realizado sobre el temazcal otomí (Sandoval-Forero 2003), en relación con las variantes dialectales y los conflictos lingüísticos (Muñoz et al. 1980), en cuanto a la medicina tradicional (Fagetti 2012), etnografías sobre la unidad doméstica otomí (Sandoval-Forero 1994) o sobre el grupo doméstico y la reproducción social (Franco 1992; Soustelle 1993), así como etnografías clásicas (Galinier 2012).

¹¹ El interés por trabajar la migración de los *hñähñü* del Valle del Mezquital se debe a la intensidad y a la particularidad de su migración interna e internacional. El Valle del Mezquital es una región que se encuentra en el estado de Hidalgo, y tiene como centro a la cabecera municipal de Ixmiquilpan.

¹² El Mezquital fue estudiado desde la década de los cincuenta por los primeros indigenistas (Gamio 1952) que deseaban implementar las políticas indigenistas en esa región, pues pretendían que con ellas se generaría la aculturación de los otomíes en la economía y en la nación mexicana. Posteriormente, en la década de los setenta Roger Bartra realizó investigación antropológica.

Tula de Allende, Tlaxcoapan, Atitalaquia, San Agustín Tlaxiaca, Tepeji del Río y Atotonilco de Tula. (Moreno Alcántara, Garret Ríos, y Fierro Alonso 2006). En el mapa que propongo agrego dos municipios más que son Tlahuelpan y Progreso de Obregón. Para una delimitación geográfica más precisa consultar el mapa presentado a continuación (ver mapa 2).



Mapa 2. Región de El Valle del Mezquital. Elaboró AntropoSIG-CIESAS-DF

La migración contemporánea de los otomíes de El Valle del Mezquital, según María Felix Quezada Ramírez (2008) tiene dos períodos: el primero va de 1930 a 1960 y el segundo periodo de 1960 a 1980. En ambos periodos, los otomíes se dirigieron principalmente al Distrito Federal y estuvieron caracterizados por tener una presencia predominantemente femenina. Quezada indica que la migración a

Estados Unidos debe ser ubicada como un tercer período que continúa hasta el presente. Como ya se ha mencionado, esta migración internacional fue en un inicio predominantemente masculina. Tal como lo apunta en su investigación James Dow (2000), los otomíes tienen y han tenido una tradición de migración interna e internacional:

Los hombres pueden trabajar por jornadas diarias y las mujeres como empleadas domésticas en la Ciudad de México y municipios aledaños del Estado de México. También hay migración a los Estados Unidos. Muchos van a Florida a trabajar en la agricultura. Dado que la mayoría de los migrantes con mayor trayectoria son hombres, en estas comunidades ñähñü un alto porcentaje de hogares tienen jefatura femenina. Los migrantes suelen regresar a las fiestas de sus poblados de origen (Dow 2000, traducción de P. Torres)¹³

La migración laboral -nacional e internacional- parece ser la clave o la alternativa económica que han adoptado la mayoría de las familias otomíes en la actualidad y desde la década de los noventa del siglo pasado para el sustento familiar y comunitario (Rello y Saavedra 2013). Esta migración a Estados Unidos data posiblemente desde antes del Programa Bracero (1942-1964), pero en la década de los noventa se presentó una migración importante que llevó a muchos de ellos a la ciudad de Clearwater en Florida.

Mirian Solís y Patricia Fortuny (2010) han estudiado a la comunidad transnacional de Santa Teresa Daboxtha -del municipio de Ixmiquilpan, Hidalgo-, misma que se ha asentado recientemente en la ciudad de Immokalee en Florida. Este estudio -de corte antropológico- da cuenta de cómo los otomíes han creado una comunidad transnacional, la cual les ayuda a hacer frente a los rechazos y a la discriminación que reciben en el extranjero. Ello lo logran valiéndose de estrategias propias, como son la reproducción de sus prácticas culturales y el afianzamiento de su pertenencia étnica. Estas estrategias se ven reflejadas en el aumento de su capital social, mismo que les permite adaptarse a nuevos espacios y crear redes sociales de apoyo.

¹³ "Men may work as day laborers and women as domestic servants in Mexico City and surrounding municipalities in the State of Mexico. There is also migration to the United States. Many go to Florida to work in agriculture. Since most long-term migrants are men, a higher percentage of female-headed households are found in these latter ñähñü communities. Migrants tend to return to their home villages fiestas" (Dow 2000: s/p).

Para Mirian Solís y Patricia Fortuny (2010), El Valle del Mezquital es un referente clave para hablar de migración indígena de corte internacional. Esto es debido a la cantidad de migrantes otomíes viviendo en Estados Unidos. Se calcula que, desde 1980 comenzó la migración hacia la ciudad de Clearwater, Florida, misma que se intensificó en la década de 1990. Como resultado, en los últimos 10 años una quinta parte de la población otomí de Ixmiquilpan ha migrado a dicha ciudad.

La migración hacia Estados Unidos es una alternativa que se ha expandido en la mayor parte de las familias *hñähñü* para diversificar los ingresos. En consecuencia, se han consolidado fuertes redes migratorias desde la década de los noventa del siglo pasado: “Hidalgo ocupa el décimo lugar nacional como expulsor de migrantes. Se calcula que hay 250 000 hidalguenses en Estados Unidos [...] De acuerdo con la información obtenida hasta 2006, los otomíes del Valle del Mezquital se encuentran en Las Vegas, Nevada; Atlanta, Georgia; Clearwater e Immokalee, Florida [...]” (Solís y Fortuny 2010).

Existen diversos trabajos sobre los inmigrantes otomíes en Estados Unidos (Schmidt y Crummett 2004; Fortuny y Solís 2006; Quezada 2008; Solís y Fortuny 2010; Rivera-Garay y Quezada 2011; Vargas 2011, Lopes 2015). La migración que este grupo indígena realiza en la actualidad por diversos estados y ciudades de Estados Unidos debe ser estudiada desde sus particularidades, pero también desde las relaciones y conexiones que existen dentro de los circuitos migratorios otomíes al interior de ese país.

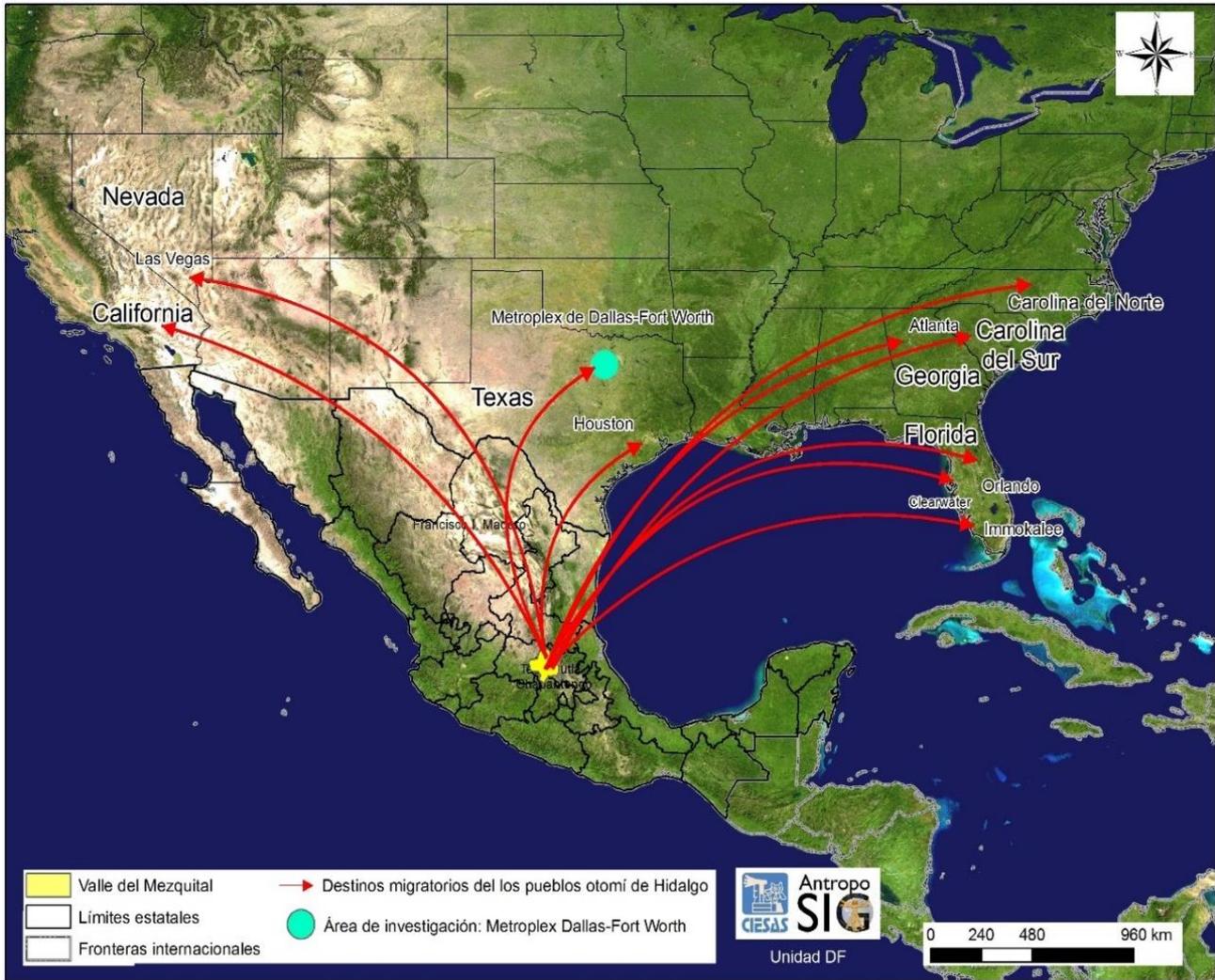
Tomás Serrano (2006) ha enfatizado la importancia del municipio de Ixmiquilpan en Hidalgo. En su libro *Y, se fue...* cita a algunos estudios pioneros sobre la migración de los otomíes. Tal es el caso del trabajo de Héctor Vázquez, quien en 1995 escribió sobre la migración de los habitantes de El Olivo hacia Florida. Otro estudio considerado por Serrano es el de Juana Álvarez Mundo, que fue escrito en 1995 y en el que se brindan porcentajes que nos permiten conocer el perfil que en aquel momento tenían los migrantes otomíes: hombres jóvenes, casados (49%) con pocos estudios ya que del 100%, el 50% tenía la primaria, 28% estudios de secundaria y 17% el bachillerato, 5% se desconoce.

Serrano dice que los principales destinos migratorios en Estados Unidos de los otomíes de Ixmiquilpan son: California, Texas, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia. En adición, de las estadísticas propuestas sobre migración para el caso del municipio de Ixmiquilpan generadas a través de la Encuesta de Migración Internacional en la Frontera Norte (EMIF 2000-2003), se destaca que:

- El 87% ocurren en la primera mitad del año, y sólo el 13% se realizan al final del periodo.
- El 69.3% son hombres y el 30.7% son mujeres.
- El 49.1% tiene de 15 a 24 años, mientras que el 50.9% es mayor de 25 años.
- El 45.6% tiene una escolaridad máxima de secundaria, y el 54.4% cuenta con estudios de preparatoria o carrera técnica.
- El 39.8% es soltero, respecto del 60.2% que es casado o unido.
- El 54.7% tenía trabajo, y el 45.3% no tenía empleo.
- Respecto a los migrantes con experiencia, en el último viaje ganaban 2,000 dólares mensuales, de los cuales enviaron en promedio 800 dólares a sus familiares al estado de Hidalgo (Serrano 2006:43).

Esta primera información de corte cuantitativo brinda datos que permiten ubicar, en un primer momento, a la población de migrantes otomíes. Los datos de corte cualitativo presentados en los apartados y capítulos subsecuentes nos ayudan a complementar la información que nos brinda Serrano (2006).

Por último, se presenta un mapa (ver mapa 3) elaborado a partir de la revisión bibliográfica en el que se identifican geográficamente las ciudades y estados hacia los que emigran los otomíes de Ixmiquilpan. Cabe señalar que las investigaciones que se han realizado *in situ* sólo han abarcado, por el momento, la región del estado de Florida. Por esta razón, se subraya la ausencia de trabajos en el área de la Metroplex de Dallas-Fort Worth, al norte de Texas, lugar en donde se efectuó el trabajo de campo de la presente investigación.

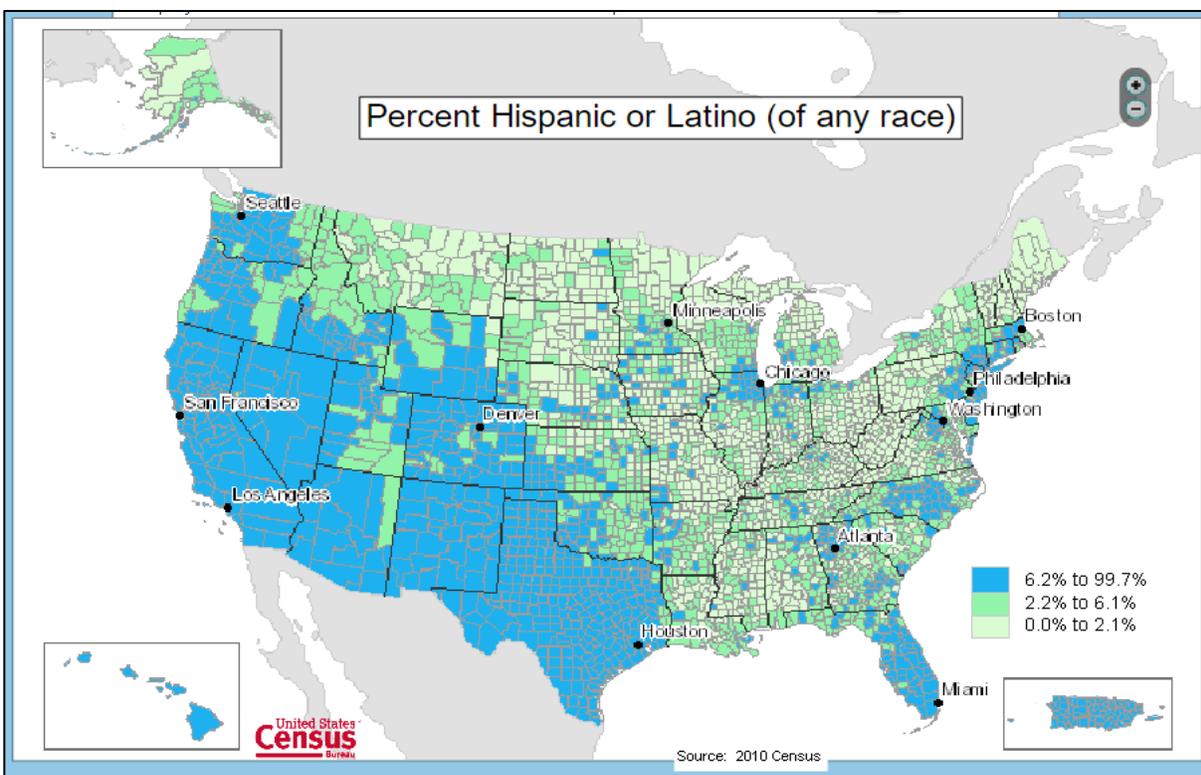


Mapa 3. Migración internacional de los otomíes de El Valle del Mezquital del estado de Hidalgo a Estados Unidos. Elaboró AntropoSIG-CIESAS-CDMX

2.4 Mexicanos en la Metroplex de Dallas-Fort Worth, Texas

Los datos de United States Census Bureau indican que para 2015 la población total en Texas era de 27 469 114 personas (U.S. Census Bureau 2015). Texas es un Estado en donde la población latina o hispana es predominante en relación con otros estados que la presentan en menor medida. El siguiente mapa da cuenta de la aseveración anterior (ver mapa 4).

La región de la Metroplex de Dallas-Fort Worth se encuentra en el noreste de Texas y ha sido estudiada desde la importancia que este lugar ha tenido para los mexicanos. Manuel García y Griego y Roberto Calderón (2013) brindan un importante antecedente sobre los mexicanos en el Norte de Texas al tocar temas centrales como lo son la inmigración, el movimiento de derechos civiles, el acceso a la justicia el crecimiento demográfico, entre otros. Esta investigación de carácter histórico nos brinda elementos fundamentales para entender el contexto en que viven los otomíes en la región de la Metroplex de Dallas-Fort Worth.



Mapa 4. Porcentaje de hispanos o latinos habitando en todo Estados Unidos. Fuente US Census Bureau

En este mismo rubro, encontramos el trabajo de Richard González (2016), quien en su libro *Raza Rising: Chicanos in North Texas* habla de los diversos espacios que los mexicanos-norteamericanos han abierto para hacer frente a las violencias que han experimentado debido al racismo y a la criminalización de sus familiares mexicanos. Este tipo de trabajos dibujan los espacios de convivencia,

lucha y reivindicación que los mexicanos trazan en su andar político en esa región de Texas.

La población de trabajadores mexicanos en la ciudad de Fort Worth se remonta al año de 1890, cuando se inaugura el primer rastro y empacadora de carne en la región ganadera. Se registra que los tablajeros en el manejo de reses y cerdos fueron principalmente de Guanajuato, Jalisco y Michoacán. Según Juan Andrade Torres (2004), para el año de 2001 había una población de unas 540 391 personas, de las cuales, 159 523 eran de origen mexicano -cifras que no cubren a la mayor parte de los indocumentados-. La población vivió de la actividad ganadera por más de cincuenta años -durante la primera mitad del siglo XX- y para inicios del siglo XXI se especializó en la fabricación de helicópteros *Bell AH-JW Supercobra*, así como en la de aviones de combate *F15*, *F16* y *B52*, y en la industria de alta tecnología.

Los trabajadores mexicanos se hicieron más presentes a partir de la década de 1990 y comenzaron a asentarse en el norte. Hoy en día se puede reconocer que:

En el norte de la ciudad de Fort Worth, entre la Main St., Jacksboro Hwy, Long St. y Northside Av., se localiza la concentración mayor de migrantes mexicanos. Atrás de la Biblioteca del Northside y al lado del Woman & Children Health Center, están, un centro de reunión de veteranos, un parque deportivo y la iglesia de Todos los Santos, sus lugares de mayor concurrencia (Andrade 2004: 67).

Según los datos de García y Griego y Calderón (2013), para el año de 2005 había registro un de organizaciones de inmigrantes mexicanos en el área de Dallas y Fort Worth, quienes estaban agrupados desde las entidades federativas de las que eran originarios. Se registraron grupos pertenecientes a 17 entidades federativas de México, entre la que figura el estado de Hidalgo. Este estado reportó tres organizaciones: Casa Hidalgo, Grupo Manantial de Pacula y Fundación San Rafael (García y Griego y Calderón, 2013:160).

Es importante aclarar que los otomíes de Ixmiquilpan -que fueron entrevistados en la Metroplex de Dallas-Fort Worth- no pertenecen a estas organizaciones; asimismo no existen registros de otomíes de Ixmiquilpan que hayan conformado clubes de oriundos en esa región del Norte de Texas.

2.5 Otomíes en la Metroplex de Dallas-Fort Worth

La migración de los otomíes de Ixmiquilpan a la Metroplex de Dallas-Fort Worth surgió a raíz de las condiciones históricas de pobreza y marginación en la que se encuentra el grupo étnico de la región de El Valle del Mezquital. Esta región cultural fue estudiada desde la década de los cincuenta por los primeros antropólogos, como Manuel Gamio (1952), quienes deseaban implementar políticas indigenistas con el propósito de generar una aculturación de los otomíes a la economía y a la nación mexicana.

Posteriormente, en la década de los setenta, el antropólogo Roger Bartra (1974) llegó a El Valle del Mezquital con la intención de “usarlo como laboratorio” para explicar cómo se explotaba al “indio” en el modelo nacional indigenista. En sus palabras: “Esta región de México, desde hace decenios, ha significado el ejemplo más notorio de miseria y explotación” (Bartra 1974:459).

En la actualidad, la antropóloga María Félix Quezada, junto con su equipo de la Universidad Autónoma de Hidalgo, han creado 5 volúmenes que se titulan *Las comunidades indígenas de Hidalgo. Ixmiquilpan* (2015). En ellos se habla de las principales características culturales y sociales de los pueblos otomíes de El Valle del Mezquital.

Aunque los estudios mencionados han tenido como eje la riqueza étnica y cultural de los otomíes que viven en esa región, el tema de la pobreza y de la migración han sido recurrentes. Esto llama la atención, pues se trata de procesos migratorios antiguos que se han ejercido primero en un perímetro cercano, en donde figuraron como destinos migratorios las ciudades de: México, Querétaro y Pachuca.

La razón por la que los otomíes han migrado a Estados Unidos es la misma que tienen los más de 9 millones de mexicanos que hoy día viven y trabajan en el vecino país del norte: la búsqueda de trabajos, con salarios mejor remunerados. Aunada a esta búsqueda de una mejor economía se encuentra la posibilidad de tener un estilo de vida superior al que tenían en México. Al respecto, Brígida, mujer otomí de Ixmiquilpan, comenta cómo ha sido la vida en la pobreza en la región de

El Valle del Mezquital y cómo la posibilidad de migrar a Estados Unidos representó para las familias otomíes la mejora de sus vidas en los pueblos.

Muchas personas que se han venido es por la necesidad de que allá en diferentes pueblos no tenemos oportunidades, falta de trabajo en los pueblos, entonces la gente se viene para acá [DFW] porque son pobres. En muchas comunidades no tienen ni luz ni agua, sus casitas son de techo de cartón, de lámina, sus bardas son de órgano (cactus), y en las sierras también la gente vive muy pobremente. En muchos lugares la gente no tiene cómo sobrevivir y por esa razón muchos de los jóvenes, tanto hombres como mujeres, emigran para acá, para este país y pues aquí uno tenga o no tenga papeles aquí le busca y gracias a Dios como buenos mexicanos trabajamos, nosotros los mexicanos, los hispanos sacamos el trabajo adelante (Entrevista a Brígida).

Desde mediados de la década de los setenta del siglo pasado, las familias otomíes de El Valle del Mezquital han buscado estrategias de sobrevivencia en la migración a Estados Unidos. No es casual que se seleccione a algunos de los miembros de la familia para realizar este desplazamiento. Los elegidos suelen ser los hijos mayores, varones y solteros, pues son los que están comprometidos a regresar a su pueblo con la idea de hacer una familia dentro del terreno o la casa - si se trata del hijo mayor- que sus padres le van a heredar.

2.5.1 Inicio de la migración masculina otomí al norte de Texas

La migración de los otomíes a Estados Unidos es reciente, pues ésta comenzó en la década de 1970. Sin embargo, este pueblo indígena ha tenido una larga historia de despojos, aislamiento y pobreza, circunstancias que los han llevado a desarrollarse en las periferias. Desde inicios del siglo XX, los otomíes han encontrado la salida a la pobreza en el trabajo migratorio. Los nichos laborales y las ciudades que han ocupado a lo largo de más de un siglo de movimientos migratorios son tan diversos que sería complicado generar un mapa concreto que detallase las distintas trayectorias migratorias que han tenido al interior de México y, más recientemente, en Estados Unidos.

Los otomíes de Ixmiquilpan viven en diversos pueblos, más o menos cercanos entre ellos, pero sin llegar a conformar una unidad étnica homogénea. Cada pueblo cuenta, de manera independiente, con su propia organización social

comunitaria la cual se constituye a través de sistemas de cargos (Korsbaek 1996; Sánchez 2007). La organización social comunitaria es rotativa, tiene duración de un año, y todos los oriundos del pueblo deben ser parte de ella. Como parte de la misma se fijan cooperaciones de dinero para el cuidado y mejoramiento de instituciones instalaciones que son: escuela, servicio de agua, clínica de salud, seguridad, templos religiosos, plazas y parques, fiestas, entre otras. La gran mayoría de los otomíes que salen a trabajar fuera de su pueblo mantienen el vínculo con su organización social comunitaria durante la migración. Estos vínculos comunitarios y familiares son exclusivos para los hombres.

Los otomíes llegaron a Texas desde la década de 1970 atravesando la frontera con México por el desierto. La mayoría cruzó por la frontera de Ciudad Acuña, Coahuila, aunque otros pasaron por diferentes puntos de la frontera. Los que pasaron caminando por este punto caminaban de entre seis y siete días por el desierto hasta avistar los primeros ranchos que se encontraban al sur de la ciudad de Dallas.

El señor Pepe, oriundo de Remedios, comenta que cuando cruzó por primera vez en 1982 caminó en compañía de su primo con rumbo al norte guiados por una brújula: “Nunca habíamos venido y traíamos la brújula y señalaba ¡a norte, al norte, al norte! Y total puro norte, nosotros dos, tardamos como 8 días caminando [risas] y llegamos en San Angelo, así se llama, pero nosotros no sabíamos”. (Entrevista a Pepe).

Ellos se emplearon en estos ranchos pues la contratación era inmediata y en el mismo lugar les proporcionaban hospedaje y alimentación además de una paga. En muchos casos, ésta les permitía pagar sus deudas y comenzar a enviar remesas a sus familiares que estaban en El Valle del Mezquital. Algunos se cambiaban de ranchos y al final decidieron adentrarse en las ciudades. Esto último sucedió hasta finales de la década de 1980, tal como lo dice Chemo, migrante oriundo de Orizabita: “Yo tenía 17 me cambié de rancho, estuve en varias partes. Yo no era de ciudad, puros ranchos. Me fui a la ciudad hasta los años ochenta. Me fui a Hillsboro y de ahí a Dallas. Ahí hay personas de varias partes de Ixmiquilpan. Después me vine para Dallas y me gustó el ambiente...” (Entrevista a Chemo).

El señor Raúl, oriundo de San Juanico, llegó en el año de 1983 también a trabajar en ranchos:

Llegamos en la frontera y pasamos el siguiente día. Llegamos a un basurero y encontramos un pastel, teníamos mucha hambre. Y primero comió mi amigo y dice 'lo voy a comer y si ya me muero pues ya...'. Fuimos a caer hasta San Angelo, Texas, en un rancho. Ahí vivíamos en un granero, y como si anduviéramos en México, no había luz, hacíamos ahí la lumbre para cocinar. Y trabajamos deshierbando y haciendo cercas. Y ahí trabajé todo el tiempo. Tenían ganado en ese rancho; mi patrón era americano (Entrevista a Raúl).

Para los otomíes no fue sencillo ir a Texas. El costo del trayecto y la distancia fueron factores que convirtieron en una aventura el cruce migratorio, sobre todo para los hombres jóvenes que deseaban probar suerte en Estados Unidos. Al salir del pueblo se iban en transporte público rumbo a la ciudad de Ixmiquilpan, tomaban el autobús de paso a Pachuca y de ahí subían a autobús que los llevaba hasta la frontera con Estados Unidos.

El cruce fronterizo se realizaba en grupos pequeños integrado por familiares, amigos y conocido. De esta manera se adentraban al desierto, siguiendo siempre la aguja de una brújula que apuntaba al Norte. Antolín relata cómo llegó a trabajar por primera vez a Estados Unidos en 1997. En ese entonces tenía 16 años e iba acompañado por un amigo de su misma edad, también del pueblo de San Juanico:

El cruce me vine caminando por la frontera de Acuña, caminé... son 6 días... El cruce duró 6 días y yo traía seis bolillos ¿cuánto nos podían durar esos bolillos? ¡A los dos días nos los acabamos! Para no sufrir hambre agarramos maíz de ese que le ponen a los venados. Nosotros lo echamos en una bolsa y ya íbamos comiendo maíz. Y tomamos agua de esa que está estancada, de la que toman los animales, y ahora si que para que no pasaran los gusanitos, teníamos que colarla con la playera. Fueron como 6 días, recuerdo que venía yo hasta llorando... (Entrevista a Antolín).

En el caso de la migración otomí a Texas, encontramos que muchos llegaron a temprana edad a trabajar en ranchos que se encontraban en el centro de este estado, principalmente en San Angelo. Estos hombres, al obtener la documentación que los avalaba como residentes en Estados Unidos por efectos de la amnistía que se llevó a cabo en el año de 1986, comenzaron a desplazarse hacia el interior de las grandes ciudades de Texas en busca de empleos mejor remunerados. Es así como llegaron a las ciudades de Austin, Dallas, San Antonio, Fort Worth y Houston.

En todos los casos, adentrarse en las ciudades implicó nuevos retos para los otomíes migrantes. Esto porque las condiciones eran diferentes a las que habían encontrado en los ranchos. Entre los retos que encontraron se cuenta que: a) se enfrentaron con largas distancias que debía recorrer diariamente para ir de la casa al trabajo, para lo que se requería adquirir y aprender a manejar coche en el que pudieran desplazarse diariamente a través de la red de *freeway*; b) el idioma inglés se convirtió en una necesidad para poder interactuar diariamente con empleadores, vendedores y compañeros de trabajo, por lo que fue necesario aprenderlo; c) tuvieron que rentar viviendas, por lo que fue necesario encontrar zonas económicas y para aminorar gastos, la práctica de compartir el departamento entre varios migrantes fue algo común; d) comenzaron a ocupar nichos laborales en los que no habían estado antes, por ejemplo como cocineros o lavaplatos. En esos trabajos recomendaron a otros familiares y conocidos del pueblo, lo que fue atrayendo a más otomíes hacia las ciudades.

La migración de lo otomíes en las ciudades de Texas devino en una red étnica consolidada que ha funcionado -principalmente para los hombres- y por la cual fluyen recomendaciones y ofertas laborales. La red sigue operando hasta la actualidad.

En la Metroplex se buscó a señores que hubieran migrado en la década de los setenta a esa zona, pero no se hallaron tantos migrantes de esa primera oleada migratoria pues muchos ya han regresado a vivir a El Valle del Mezquital. Los parientes de esa primera generación de migrantes en Texas hoy día siguen trabajando en diversas regiones de Estados Unidos. Esto quiere decir que el grupo no se ha quedado concentrado únicamente en la Metroplex de Dallas-Fort Worth, sino que ha generado una amplia red migratoria que se conecta a lo largo y ancho de Estados Unidos.

Por ejemplo, Antolín que vive en Garland, tiene un trabajo que le demanda cambiar de residencia temporalmente. A veces “lo llaman a trabajar” en la construcción y en la instalación de cubículos, a otros estados. Ha estado en Carolina del Norte, Carolina del Sur, Oklahoma y en muchas ciudades de Texas. En su

trabajo convive con otros otomíes, pero también con migrantes mexicanos de diversos estados, así como con personas norteamericanas y centroamericanas:

Tengo amigos de Ixmiquilpan... Muchos que pasan por aquí por Texas, y van a Florida. Siento que ir a otro estado no me voy a acostumbrar, yo ya estoy acostumbrado acá a Dallas. Y luego hay veces que voy para allá para Houston o para Oklahoma o para otras partes y ya nada más estoy esperando el día de regresar" (Entrevista a Antolín).

Los otomíes se han asentado por diversos estados en Estados Unidos lo que ha dado pie a familias que se encuentran dispersas en múltiples ciudades de Estados Unidos. La poca frecuencia con la que se ven o se comunican hace que algunos dejen de tener comunicación.

Muchos hombres otomíes que entrevisté en Texas se vieron beneficiados con la Amnistía de 1986, con la que lograron obtener papeles como residentes bajo el programa IRCA. Algunos de ellos han logrado regularizar el estatus migratorio de sus familiares por medio de abogados, lo que ha posibilitado la reunificación familiar en Estados Unidos. Otros más continúan en juicio para obtener los papeles para sus esposas e hijos menores de edad.

No todos los otomíes tuvieron acceso a la Amnistía, por lo que muchos continuaron cruzando la frontera de manera clandestina durante la década de 1990 y durante el 2000, aunque el riesgo fue en aumento en esta última década. Los hombres indocumentados que planearon la reunificación familiar en esas décadas, lo hicieron a sabiendas que tanto sus hijos como la esposa tendrían que pasar por el desierto o con coyote. Ello implicó un factor de riesgo elevado para esta población de mujeres y niños que realizaron el cruce migratorio después de los hombres.

Por lo expuesto con anterioridad, hoy día las familias otomíes que habitan en la Metroplex tienen estatus migratorios mixtos. Algunos tienen documentos de residencia -gracias al programa de IRCA-, otros tienen documentos de ciudadanía americana, unos pocos permisos DACA y una buena parte se encuentra como indocumentados -este es el caso de la mayoría de las mujeres-.

2.5.2 Inicio de la migración femenina: Las historias de migración de Isabel y Candela

Durante década de los setenta y ochenta el fortalecimiento y diversificación de las redes masculinas de migrantes otomíes de Ixmiquilpan en las ciudades de Texas, y en específico en la Metroplex de Dallas-Fort Worth (DFW), favoreció el panorama y las expectativas laborales de las mujeres otomíes. Las mujeres comenzaron a integrarse en la migración internacional a finales de la década de los ochenta, aunque fue en la década de los noventa que aumentó la migración femenina. Ellas tenían ya experiencia en la migración nacional hacia las grandes ciudades como Pachuca, Querétaro y la Ciudad de México, pero la posibilidad de ganar un sueldo en dólares fue un incentivo mayor para que las mujeres solteras realizaran un desplazamiento laboral hacia Estados Unidos, estas mujeres solteras eran menores de edad al realizar el cruce migratorio. Por su parte, las mujeres que estaban casadas y tenían un conyugue viviendo en Texas decidieron migrar por reunificación familiar para alcanzarlos, algunas de ellas llevaron consigo a sus hijos pequeños nacidos en México, y otras los dejaron encargados con sus madres en sus pueblos natales.

Ya fueran solteras o casadas, las migrantes no estuvieron solas para emprender el viaje a Estados Unidos. Todas tenían familiares cercanos que ya estaban asentados en Texas y que estuvieron dispuestos a apoyarlas de diversas formas. Entre estas destacan: 1) el envío de dinero para pagar el viaje de Ixmiquilpan a la frontera; 2) el acompañamiento durante el trayecto migratorio: desde Ixmiquilpan hasta Ciudad Acuña, Coahuila, mostrándoles el camino que duraría 6 días de caminata por el desierto; 3) el alojamiento en sus casas, brindándoles alimentos, e introduciéndolas en la vida cotidiana; 4) la búsqueda entre sus contactos laborales de ofertas de trabajo para que se integraran a laborar; 5) la compañía y el apoyo emocional.

Si bien las historias de migración de las mujeres otomíes son diversas, al menos existe un patrón similar en tanto al apoyo que encontraron con familiares varones -hermanos, esposos, padres, primos- que ya estaban asentados en Texas. Estos compartieron con ellas sus experiencias previas para vivir y trabajar en DFW.

Dichos estos saberes, socializados entre más otomíes Ixmiquilpan -de las cuales muchas fueron mujeres- dio pie a la conformación de una creciente y consolidada comunidad otomí transnacional.

Para entender en palabras de las mujeres este proceso migratorio se presentan los casos resumidos de dos otomíes con las que se tuvo la oportunidad de contactar y entrevistar en la Metroplex de DFW. Ambas llegaron a esta zona en la década de los ochenta del siglo pasado. Se trata de las primeras mujeres otomíes migrantes de las que se tiene registro en la ciudad, por lo cual es importante rescatar sus historias migratorias.

a) ISABEL

La madre de Isabel es originaria del centro de Ixmiquilpan -en donde se concentra una población otomí mestiza-, y su padre es de un pueblo otomí del municipio de Cardonal, llamado el Sauz. Su padre se dedicó a ser comerciante desde muy joven y así fue como conoció a la madre de Juana y después se casaron. La madre de Isabel es hablante de español y su padre es bilingüe, habla otomí y español. A Juana y a sus hermanos les enseñaron a hablar únicamente español porque crecieron en el centro de Ixmiquilpan, en la zona mestiza. Desde chica, Isabel le ayudaba a su madre a preparar y vender tamales y comida corrida, así como barbacoa los fines de semana. Su padre y sus hermanos se dedicaban a la ganadería; es decir, a la compra y venta de chivos, borregos y puercos en Ixmiquilpan.

Los padres de Isabel nunca migraron a Estados Unidos, aunque sí tuvieron la inquietud de hacerlo. Los que migraron fueron los cuatro hermanos varones de Isabel, que llegaron a Dallas a inicios de la década de los ochenta del siglo pasado. Ellos no conocían a nadie en Estados Unidos, ya que no tenían familiares que los recibieran, pero al llegar encontraron más paisanos que los apoyaron a encontrar trabajo en el barrio de Oak Cliff, Dallas. Ellos se asentaron y fueron empleados en un *car wash*. Después conocieron más personas de México que los recomendaron para entrar a trabajar a un restaurante de la cadena Fridays, y empezaron a trabajar como familia en esa empresa.

El esposo de Isabel, Julián, llegó a trabajar a Dallas en el año de 1986 en el *car wash* donde estaban trabajando sus cuñados. Julián regresó a Ixmiquilpan con Juana y tuvieron a sus dos hijos mayores. En 1988 Julián regresó a Dallas a trabajar, estuvieron dos años alejados y en 1989 Julián “mandó a traer a Juana”. Ella recuerda que las cosas no fueron tan fáciles como se esperaban:

Yo en 1989 ya vine a Dallas, estuve cerca de un año y nos la pasamos muy mal, yo no trabajaba porque antes no era tan fácil conseguir empleo, solamente él trabajaba y como te comentaba estaba en el *car wash* y pues no había mucho trabajo y no... a veces no teníamos para pagar la renta, no teníamos para la luz y por esos problemas nos tuvimos que regresar a México, me fui en 1990, nos regresamos todos y otra vez para México y mala decisión porque tenía yo 7 meses de embarazo de mi otra hija, por poquito nace aquí mi hija... (Entrevista a Isabel).

En 1990 Julián se regresó a Dallas, y a los tres meses “mandó otra vez por Isabel”. En esa ocasión Juana migró con su hija la más pequeña que estaba de 7 meses de nacida. Ella dice que no fue tan difícil cruzar con la niña porque sus hermanos se sabían “una pasada” no tan peligrosa por Piedras Negras. La persona que la “brincó” no la hizo caminar tanto, ella recuerda así el cruce:

Solamente cruzabas medio puente mexicano y medio puente americano en Piedras Negras y cuando pasó un tráiler nos hicieron la señal de que camináramos al ladito, y cuando iba avanzando nosotros teníamos que dar un paso y otro, y que los pasos de uno no se vieran del otro lado del tráiler para que no nos vieran. Y conforme iba caminando el tráiler nosotros íbamos dando pasos, y a la vez que nos dijeron “a la hora que digamos ¡aviéntense!, ¡se avientan!” y nos aventamos para abajo del puente y yo pienso ahora que habrán sido unos 15 metros o 20 metros de alto porque yo nomas me acuerdo que cerré los ojos y tardé en caer, pero fue la caída tan, tan brusca, que Dios nos dio mucha protección para que no nos pasara nada. Y como iba con la bebé, el muchacho me la quitó, me dijo “yo me llevo a la niña”, me la quitó y él fue el que brincó con ella. Él la abrazó, él ya sabía cómo caer y lo que le esperaba abajo... pero una que es la primera vez pues no sabía qué nos esperaba abajo ni como caer ni nada (Entrevista a Isabel).

Isabel dice que en esa segunda ocasión estuvo más centrada en el objetivo que tenía: trabajar para salir adelante y “tener lo que sus padres no le pudieron dar”. Primero ayudó a su esposo en el *car wash* y después hubo la oportunidad de trabajar junto con su esposo y sus hermanos en el restaurante Fridays que abrió dentro del Globe Life Park, en Arlington -mejor conocido como el estadio de los Texas Rangers e inaugurado en el año de 1994-. Isabel trabajó en ese estadio por 16 años, y desde entonces cambió su residencia de Dallas a Arlington. Hoy día Isabel trabaja con su esposo y su hija en la Pulga de Mansfield en Fort Worth, tienen

puestos de ropa, objetos usados y de adornos texanos de metal para adornar las fachadas de las casas.

Por último, Isabel mencionó que hace 9 años volvió a ir a México y, al ser indocumentada, tuvo que cruzar por la frontera con coyote. En esta ocasión vivió experiencias traumáticas que no relató con detalle, y entre el llanto recordó: “cuando pasé en el 2007 me fue muy, pero muy, pero muy mal... bien porque pasé, pero muy mal porque pasé muy malas experiencias en el camino... ahora sí sé lo que es sufrir, ¡lo que verdaderamente es sufrir!” (Entrevista a Isabel).

Isabel comentó antes de las elecciones del pasado 8 de noviembre de 2016 que ella “tenía fe” en que no llegara Donald Trump a la presidencia. Exclamó “¡ojalá que no nos toque!”. Ella estaba esperanzada en que Hillary Clinton llegara a la presidencia y comentó: “A Hillary no le creo todo lo que dice, pero espero que haga un poco de lo que ha prometido. Si llega va a cumplir uno de mis sueños que es regresar a México, arreglarme¹⁴ [sic] para que pueda yo salir y ver a mi madre” (Entrevista a Isabel).

b) CANDELA

Candela es originaria de Ixmiquilpan, de un pueblo otomí que se llama La Palma que se separó de San Juanico a finales de la década de los setenta del siglo pasado. Ella recuerda que recién llegó con su familia a La Palma -eran sólo unas 8 o 10 familias ahí- y todos sufrían de escases de agua potable, así como de luz y drenaje. Cuando era pequeña, sus papás la llevaban a la escuela de La Palma:

[...] estaba hecha de varitas espinositas y el techo era de tule, y ese fue nuestro primer salón, era un kínder y ya que salimos hicieron otro jacalito, que duró como 5 años así, y era hasta tercer grado. Y los otros tres grados de primaria los hice en San Juanico y después me fui a la secundaria técnica de Orizabita igual caminando también y eran entre media hora o 45 minutos (Entrevista a Candela).

Como Candela fue la mayor de siete hermanos, aunque quería continuar con sus estudios, su padre decidió que fuera a trabajar a la Ciudad de México -en donde

¹⁴ Se refiere a arreglar su estatus migratorio. Es decir que ella desea dejar de ser indocumentada.

vivía una de sus primas- como empleada doméstica en casas para así poder ayudar con los gastos de la casa. Estuvo trabajando ahí durante seis meses hasta que, en 1990, con tan solo 15 años, se fue a trabajar a Estados Unidos:

Yo tengo varios familiares aquí en Texas, pero me vine con uno de mis primos, él ha estado en México y estuve aquí como un año porque no...no me gustó porque para entonces aquí no había tortillas, no había ni chiles, no había nada, aquí había pizzas y hamburguesas y esa era la comida y dije ¡no puedo vivir aquí! (Entrevista a Candela).

Para poder llegar a Estados Unidos cruzó por Ciudad Acuña y duró una semana caminando en el desierto. Candela recuerda que fue una experiencia agotadora, pero con lo joven que era logró hacerlo sin problemas.

Candela regresó a México ya que Estados Unidos no era lo que ella esperaba y a los 17 años se juntó en La Palma con el padre de sus 4 hijos. El señor decidió migrar a Texas para trabajar y enviar dinero, y aunque Candela quería ir, él decidió que lo mejor era que ella se quedara cuidando a los niños. La pareja estuvo a distancia durante cuatro años y las cosas no fueron bien. El señor formó una segunda familia en Texas, abandonando a Candela y sus hijos:

Él ya nunca volvió... cuando yo me enteré en el 2002 que ya tenía a otra persona, él ya estaba con alguien más y a mí no me mandaba económicamente, sólo me mandaba 100 dólares al mes o 200 si era mucho... y pues ya no me alcanzaba ¡para 4 hijos! Ya no me alcanzaba... y pues ese fue el motivo, por eso me vine para acá y pues... sí fue difícil porque mis niños estaban aún pequeños todavía, ¡nombre! Yo le pensé casi un año para decirme... Sí me quería venir, pero ellos estaban pequeños, yo los dejé a los 6 añitos a mis niños, sí... a los 6 añitos... y fue muy duro... ¡muy duro!... una a veces no quisiera dejar ahí a la familia, pero ellos quieren comer y ¿qué hago? (Entrevista a Candela).

Al verse sin apoyo del marido para la manutención de los niños, Candela comenzó a trabajar en Ixmiquilpan en una tienda de abarrotes, pero sólo le pagaban 700 pesos a la semana, con lo que no le alcanzaba para mantenerlos. Aunque ella no quería alejarse de sus hijos, la necesidad la obligó en 2005 a migrar por segunda ocasión a Estados Unidos. Ella dejó a los hijos encargados con su madre y pidió a sus dos hermanos, que ya estaban en Texas, que le prestaran dinero para pagar el coyote y hacer el viaje, así como para instalarse en Plano para trabajar. Ella cruzó la frontera con el mismo señor que había pasado a sus hermanos, ya que con él “no batallaron”. Al respecto comenta:

Me vine desde el lunes a las 3 de la tarde que salí de mi casa y llegamos el día martes a la frontera en la madrugada a las 6am, y cruzamos el río a las 11 de la mañana, cruzamos en Laredo y ahí esperamos por la tarde para salir en un tráiler, éramos dos mujeres, la otra era de México y llegamos a San Antonio como a las 12 de la noche, nos quedamos en un hotel esa noche y llegué aquí a Plano el miércoles como a las 3pm (Entrevista a Candela).

Candela rememora que le costó trabajo acoplarse en un inicio pues no manejaba y tenía que pedir *rai* a sus hermanos para que la llevaran y la recogieran. A ella le daba pena tener que “causar tantas molestias” y con el tiempo ella y su hermana menor aprendieron a manejar con ayuda de la cuñada con la que vivían. El poder ir solas al trabajo les permitió tener dos trabajos para ganar más dinero:

Pero le digo que a los seis meses juntamos para nuestro carrito porque ya necesitaba yo. Aprendí a manejar y ya nos íbamos solitas al trabajo y ya. Yo nunca había manejado y la verdad sí me costó un poquito pero es más la necesidad la que obliga, y una tiene que salir adelante. Yo dije no me voy a esperar en un solo trabajo que no me va a dar para más, yo quería dos trabajos, y así fue. Y así pude sacar para mis gastos y para mis hijos porque ya ve que aquí una tiene que pagar renta y todo y pues ha sido duro, pero bendito sea Dios que nunca me ha dejado sola (Entrevista a Candela).

Candela trabajó siete años en cocina. En las mañanas trabajaba en restaurante *ihope* y en las tardes en una pizzería. Ella trabajaba para pagar los *billes* (es decir los gastos de la renta y los servicios), para mandar a México para sus 4 hijos que estaba en la escuela, y también para las cooperaciones que el pueblo le demandaba por ser ella la jefa de familia¹⁵ en Ixmiquilpan.

Hace año y medio mandó a traer a su hija la mayor, de 22 años y a uno de sus hijos gemelos de 16 años. Candela tenía miedo de que en el trayecto les fuera a pasar algo malo, pero se animó principalmente porque escuchó que el gemelo que ya estaba por terminar la secundaria se estaba enviciando con el alcohol y dijo: “¡cómo que va a empezar a tomar si está muy chico tiene 16 años! mejor me lo traigo”. Como él no quería seguir estudiando, optó por irse a Texas:

Y le digo “si te quieres venir, pues salen tal día, y si no pues como veas” y me dice “sí me voy”. Y mi plan era traerme a mis gemelos porque mi hija ya tenía novio y creo que

¹⁵ En los pueblos otomíes, se toma al varón de 18 años soltero o con familia como “jefe de familia”. Esta figura, dentro de la organización social comunitaria, tiene la obligación de cumplir con 30 años de servicios a la comunidad. Dichos servicios van desde realizar cooperaciones anuales hasta aportar horas de trabajo para realizar proyectos de mejora y mantenimiento en el pueblo cuando así lo decida la Asamblea Comunitaria -misma que se compone por los y las jefas de familia-. Las mujeres que son madres solteras, viudas o divorciadas, pasan a ser jefas de familia, por lo que deben cumplir con las mismas cooperaciones. (Paz 2012).

ya se iba a juntar pero al final dijo “me voy, dejo todo y me voy”. Y el otro gemelo dijo “no, mejor yo no me voy, mejor me quedo estudiando”, tiene novia, tenía poquito que habían empezado y me dijo que se quedaba y yo le dije “como quieras hijo, yo no te voy a obligar” y mi hija me dice “si mi hermano no se va, yo me voy” y le digo ¿estás segura? Y dice “sí”, y les digo “bueno pues, alístense” (Entrevista a Candela).

Los jóvenes pasaron con coyote por Ciudad Acuña, por lo que tuvieron que caminar una semana en el desierto, y llegaron hasta Plano. Candela estaba muy contenta de reencontrarse con sus hijos después de tantos años de distancia, pero como ellos ya estaba acostumbrados a vivir solos, fue difícil acoplarse como familia. Al final optaron por irse a vivir con la hermana menor de Candela, y se ven los fines de semana o en los días festivos. Candela hoy día trabaja en un club de golf, tiene pareja, y espera poder continuar muchos años más en Texas con sus hijos y familiares.

A manera de conclusiones del capítulo, se reitera la importancia de rescatar que los datos cuantitativos ayudan a ubicar a la población de estudio, pero no son suficientes. Para este estudio no se contó con datos numéricos para otomíes y menos para quienes llegaron desde Ixmiquilpan. A partir de la metodología antropológica empleada en este estudio, se estima que son entre 500 y 1000 personas provenientes de Ixmiquilpan

A falta de datos duros y desde la Antropología, se ha propuesto llenar estos vacíos de información con datos cualitativos, como son los testimonios de los otomíes que viven en Texas. La memoria de los informantes son fuente primaria de datos que nos llevan a tener algunos registros sobre el inicio del proceso migratorio de este grupo indígena en la región de norte de Texas.

En este capítulo se rescató la voz de las primeras mujeres migrantes, las cuales a través de sus testimonios dejan ver las violencias que han atravesado durante su trayecto migratorio y durante su estancia como indocumentadas en Estados Unidos. Las historias de Isabel y Candela permiten conocer las primeras migraciones femeninas de otomíes en esta región de Texas. Esto es importante porque su memoria da luces sobre esta nueva migración en las ciudades de la Metroplex, la cual no había sido estudiada hasta el momento.

Se destacan las experiencias de empoderamiento femenino y de los cambios de roles que ellas han tenido durante los años que llevan viviendo en la Metroplex de Dallas-Fort Worth, espacio en el que han trabajado, emprendido proyectos y aprendido nuevas cosas (como manejar por los *freeway* sin licencia). Sus historias relatan múltiples violencias vividas en el marco de la migración, estas violencias estructurales de tipo racista, sexista y clasista las han acompañado en esta etapa de sus vidas como migrantes indocumentadas.

La resiliencia que ellas han tenido en su vida como migrantes para hacer frente a todas esas violencias dadas; un apoyo central que tuvieron estas primeras mujeres fueron las redes con familiares -en México y Estados Unidos- las cuales las impulsaron a emprender un proyecto migratorio femenino, nunca antes visto en El Valle del Mezquital, el cual ha sido de largo aliento.

En el siguiente capítulo sobre identidad étnica se comprenderá porqué migraron las mujeres, cuáles eran sus motivos, y qué rasgos culturales las han acompañado durante su migración. Se resaltan elementos centrales de la cultura otomí y se reflexiona sobre los cambios y continuidades que tiene este grupo indígena al encontrarse inmerso en un proceso migratorio con estas características.

La identidad de género es central para pensar en las experiencias diferenciadas que viven tanto mujeres como hombres indígenas en la migración. Esto implica reflexionar sobre los roles de género y su flexibilización dentro de la migración, lo que va dando espacios de autonomía a las mujeres, quienes logran obtener espacios de empoderamiento y de sororidad -apoyo entre mujeres-.

CAPÍTULO 3

IDENTIDAD ÉTNICA Y DE GÉNERO DE MUJERES OTOMÍES EN LA METROPLEX DE DALLAS-FORT WORTH, TEXAS

Este capítulo tiene dos objetivos: el primero es identificar los rasgos de la identidad étnica que poseen los migrantes otomíes al llegar a la Metroplex de Dallas-Fort Worth en Texas; el segundo es ver cómo se despliegan estos en la ciudad de destino.

La perspectiva de género -para mirar la identidad étnica otomí- será central en el capítulo. De especial interés son los cambios -si los hay- de identidad que han tenido las mujeres otomíes al migrar a la Metroplex de Dallas-Fort Worth, Texas. Para su examen se hace uso de diversas fuentes como son: la información que brindaron mujeres y hombres otomíes en pláticas informales y entrevistas realizadas en la Metroplex; etnografías sobre otomíes de El Valle del Mezquital y de datos que indican cómo la identidad de mujeres, hombres y niños está dada desde el pueblo de nacimiento de los varones -padres o esposos-.

Dado que la situación del patriarcado otomí es difícil de sostener en la sociedad de destino en Texas, por el cambio de leyes, y de condiciones laborales, cabe preguntar ¿hasta qué punto estamos frente a un achatamiento del patriarcado? Por ello al hablar de elementos culturales -como lo es la elaboración de la barbacoa en Estados Unidos- cabe el análisis de género, donde se ve cómo elementos culturales masculinos -como la barbacoa- al desarrollarse en el contexto migratorio se convierten en “ritos reparadores de la masculinidad”, los cuales, según María Luisa Femenías (2011), surgen como expresiones sociales anacrónicas que sirven para demostrar en ciertos momentos la superioridad de la masculino sobre lo femenino.

Estos ritos reparadores de la masculinidad surgen en espacios donde las masculinidades se han fragilizado y donde los privilegios de género de los hombres se han visto mermados en un contexto donde se presentan condiciones precarias

que son igualmente duras para hombres y para mujeres; tal es el caso de los mercados laborales en la migración donde el trabajo de migrantes -hombres y mujeres- está “feminizado” es decir, precarizado.

Se comienza por repensar al concepto de identidad étnica en general para dar paso a la mirada feminista sobre la identidad cultural. Es importante subrayar que, tal como revisamos en el primer capítulo sobre marco teórico y conceptual, esta mirada está ausente de los estudios más reconocidos sobre el tema de identidad.

El capítulo se organiza en torno al parentesco, la memoria colectiva, el complejo ritual, la lengua indígena y el territorio. Estos son cinco componentes culturales que según Gilberto Gimenez (2009) forman parte de la identidad étnica. En este estudio se agrega a la discusión la identidad de género, por considerar que sin ella no se entiende la identidad en su complejidad.

Según la antropología feminista, las mujeres tienen identidades que han sido asignadas desde el patriarcado (Lagarde 2005; Amorós 2008; Femenías 2011), las cuales se convierten en “los cautiverios de las mujeres” según Marcela Lagarde (2005). El punto es llegar a conocer estas identidades dadas desde el patriarcado para, más adelante, entender cómo éstas se han complejizado en el contexto migratorio en la Metroplex.

Al final de este capítulo se discute el concepto de *membership* de Alejandro Canales y Christian Zlolniski en relación con la “membresía” dentro de la comunidad transnacional. La finalidad es entender cómo los otomíes de Ixmiquilpan en la Metroplex de Dallas-Fort Worth aseguran su membresía como ciudadanos en sus localidades de origen. La membresía es una categoría relacionada con la de “comunidad transnacional” que se encuentra vinculada al tema de pertenencia y territorio. (Besserer 1999; Canales y Zlolniski 2000; Besserer y Kearney 2006; Castro Neira 2005; Smith 2006).

3.1 Parentesco otomí, una marca patriarcal de ser y pertenecer

Gilberto Giménez (2009), en su trabajo sobre identidades étnicas, destaca cinco aspectos culturales centrales que las componen:

- A) La valorización del propio sistema de parentesco como fundamento primordial de su pertenencia étnica y puerta de acceso a los demás bienes y atributos conectados con la misma;
- B) Una tradición archivada en la memoria colectiva, que remite a una línea de ancestros y que registra el trauma de la colonización;
- C) Un complejo religioso-ritual que actualiza, reafirma y renueva la identidad del grupo, mediante la dramatización de su visión del mundo, de la vida y de la muerte;
- D) La valorización del propio lenguaje, dialecto o sociolecto no sólo como medio de comunicación intragrupal, sino también como archivo vivo de su visión del mundo y símbolo distintivo de su identidad cultural;
- E) La reivindicación permanente de sus territorios ancestrales como lugares de anclaje de su memoria colectiva, contenedores de su cultura y referente simbólico de su identidad social. (Giménez 2009:141-142).

En éste, así como en los siguientes cinco apartados del presente capítulo, se realiza una conexión con estos cinco rasgos culturales que propone Giménez, para analizar el caso de los otomíes migrantes -de Ixmiquilpan, Hidalgo- que viven en la Metroplex de Dallas-Fort Worth en Texas.

Comenzaremos por tocar el primer rasgo que se refiere a la valorización que dan al sistema de parentesco; éste se encuentra en la primera red de relaciones con la que todo individuo cuenta y que se caracteriza por un intercambio de afectos, apoyos y compañía que se desarrollan desde el interior de la familia extensa otomí.

El parentesco otomí genera una pertenencia étnica, lo que es fundamental para tener acceso a los diversos recursos con los que se cuenta en la región de El Valle del Mezquital. Más específicamente, esta pertenencia al grupo otomí brinda a los varones el acceso al usufructo de la tierra, pues las tierras son heredadas de padres a hijos por la línea patrilínea.

El dimensionar que esa valorización que los otomíes tienen sobre su parentesco desde México no se adscribe sólo a la familia nuclear y a la familia extensa sino a una red de parentesco más amplia, que llega hasta los ancestros que llegaron a configurar los barrios -que se encuentran al interior de los pueblos- con los que se comparte el mismo apellido.

Estas redes de relaciones familiares, que surgen desde la valorización de su sistema de parentesco otomí, han sido fundamentales para los individuos, tanto en México como en Estados Unidos; la migración no se ha hecho de manera individual sino a partir de las redes y apoyos familiares que han comenzado desde apoyos entre varones que han ido expandiéndose generacionalmente y donde el apoyo se brinda entre hermanos; padres e hijos; tíos y sobrinos, etcétera.

Estos apoyos entre familiares se han materializado como préstamos de dinero para costear el cruce fronterizo y también como información que se brinda por parte de los familiares que ya contaban con una experiencia previa como migrantes en Estados Unidos; la información puede ser sobre trabajos, rentas, servicios, las indicaciones para llegar a diferentes puntos de la ciudad, etcétera.

El tema de los roles de género se vuelve central dentro del parentesco otomí debido a hombres y mujeres tienen incorporados culturalmente, desde México, lo que se espera de ellos como “mujeres otomíes” y como “hombres otomíes”; ya veremos más adelante cómo éstos se han ido transformando dentro de la migración.

Los roles de género los definió Gaile Rubin (1986) a través del “sistema sexo/género” y propone que en las sociedades se tiende a traducir el sexo biológico de los hombres y de las mujeres en moldes de comportamiento que son los roles de género, los cuales son naturalizados en la sociedad, y de los cuales se desprenden las desigualdades sociales e históricas entre hombres y mujeres. Esta naturalización de los roles de género puede ser cuestionada por las mujeres y pueden ser transgredidos y desnaturalizados.

En este apartado se presentan los roles de género asignados a hombres y mujeres otomíes originarios de El Valle del Mezquital; se parte de que en los pueblos otomíes ellos realizaban prácticas machistas, patriarcales y excluyentes hacia las mujeres en los espacios públicos, así como en las tomas de decisiones comunitarias.

El municipio de Ixmiquilpan es parte de El Valle del Mezquital en Hidalgo y cuenta con 84¹⁶ pueblos otomíes. La literatura etnográfica y el trabajo de campo (Paz 2012) indican que se da el intercambio de mujeres entre dichos pueblos como

¹⁶ Según el Catálogo de Pueblos y Comunidades Indígenas Del Estado de Hidalgo 2013: 55.

una forma de generar alianzas de parentesco y compadrazgo entre pueblos otomíes vecinos. La residencia es patrilocal por lo que las mujeres cambian de localidad al unirse a su nueva pareja¹⁷; se van a vivir al pueblo y a la casa de su cónyuge compartiendo un cuarto dentro del solar de su padre, integrándose a una nueva familia extensa. (Franco Pellotier 1992; Moreno Alcántara, Garret Ríos, y Fierro Alonso 2006).

Aunque las mujeres pasan a ser parte del pueblo del esposo, van constantemente de visita a su pueblo natal a ver a sus padres y familiares cercanos y a las fiestas de su pueblo natal, lo que genera una red de relaciones y apoyos que van más allá de la familia de origen.

En el pueblo del marido, las mujeres no son parte de la organización social comunitaria, a ellas se les niega el acceso en la participación política -aunque esto no implica que no trabajen y apoyen al esposo cuando se necesita realizar algún trabajo comunitario o fiesta-. Las mujeres son excluidas de la Asamblea Comunitaria que es el espacio donde se toman decisiones de toda índole (administración, servicios, proyectos, etcétera) para la comunidad.

Hombres y mujeres tienen determinados roles de género que están presentes a lo largo de sus vidas. A los hombres se les inculca el rol de proveedores, son los herederos de los terrenos de sus padres y de las propiedades y los responsables de mantener a su familia una vez que se hayan casado con alguna mujer.

Se espera que todos los hombres pasen a convertirse en “ciudadanos otomíes” cuando sean mayores de edad o se casen, cuando esto sucede adquieren responsabilidades con la organización social comunitaria de su pueblo y siguiendo

¹⁷El matrimonio entre los otomíes puede llegar a concretarse con el pedimento de la novia y la fiesta de bodas, aunque no siempre ocurre así, pues muchas parejas jóvenes se “juntan” es decir, la mujer se va a vivir con su novio, sin pasar por el ritual del pedimento de la novia, pero ya que cohabitan en la misma casa se entiende que son pareja o matrimonio.

las normas que dicta “el costumbre”¹⁸ se incorporan activamente a la misma, por lo que debe cubrir ciertas actividades, como son:

- a) Participar en la Asamblea Comunitaria junto con los demás varones para llegar a acuerdos y así generar mejoras y mantenimiento a los espacios comunes que tienen en su pueblo;
- b) Asumir periódicamente algún cargo (con duración de un año), lo que implica ser dirigente de alguna área del pueblo (delegación, tesorería, mayordomía, escuela, clínica, pozo de agua, etcétera);
- c) Contribuir con cooperaciones monetarias para llevar a cabo compras de materiales para los proyectos de mantenimientos en sus pueblos, así como para costear la fiesta patronal.

En el caso de las hijas, no existen estas expectativas, ya que se piensa que pasarán a ser, tarde o temprano, parte de otro pueblo cuando se casen y vayan a vivir a casa del marido, en donde su principal función -que se espera desempeñen de la mejor manera-, se encuentra en el plano reproductivo, como madres y esposas. Por esta razón no son requeridas en la organización social comunitaria de sus pueblos de origen y tampoco en el pueblo del marido cuando están casadas.

Cuando se casan, su apellido se pierde, porque la identidad de género de las mujeres otomíes se da a partir del hombre. Cuando son solteras son “hijas de” y al casarse pasan a ser “esposas de”. Las reglas patriarcales del ser y pertenecer de los otomí son de carácter patrilineal, lo que implican que los hijos varones pasarán a ser parte del núcleo familiar paterno y darán continuidad a esa estructura de parentesco que fomenta la permanencia del apellido de su padre, esto sucederá cuando se casen y lleven a vivir a su casa a su esposa y más tarde, sus hijos llevarán el apellido paterno.

Los hombres otomíes, por tanto, son los que ostentan el título de “ciudadano otomí”, ésta es una categoría *emic* que del reconocimiento de una comunidad

¹⁸ “El costumbre” es una categoría *emic* que utilizan los otomíes para remitirse a las normas estipuladas en sus comunidades, y que dan sustento a las creencias y acciones que realizan y que estipulan, en buena medida, cómo deben ser las relaciones entre hombres y mujeres.

androcéntrica. Los hombres son los patriarcas que poseen las tierras, los bienes y a las mujeres. Ser ciudadano significa ser propietario en un pueblo determinado; la tenencia de la tierra -que es patrilineal- los lleva a colocarse en los espacios públicos, es decir en la toma de decisiones comunitarias para la gestión y administración de proyectos del pueblo (cívicos y religiosos). Tener el estatus de “ciudadano otomí” conlleva privilegios de género mismos que se comparten con los otros varones otomíes del pueblo y de los pueblos vecinos -quienes están igualmente activos en la participación del sistema de cargos y de las mayordomías-. (Paz 2012).

Para esta investigación es relevante conocer los roles de género masculinos que tienen los otomíes que conllevan derechos, responsabilidades y diferentes apropiaciones y pertenencias al territorio para entender cómo estas identidades de género, escritas en clave patriarcal, ser trasladadas en la migración al contexto de Texas.

Por su parte, las mujeres asumen roles de género que se consideran complementarios a los que realizan los hombres y se desarrollan principalmente dentro del espacio doméstico. Ellas se dedican en México al trabajo en el hogar, al cuidado y a la reproducción familiar, haciendo tareas como: cocinar, limpiar el hogar, lavar la ropa, lavar los trastes, hacer las compras, cuidar a los hijos, dar de comer a los animales, llevar a los niños a la escuela o a la clínica, etcétera.

Existen casos especiales que rompen con este esquema que polariza las prácticas femeninas y masculinas, ocurren cuando las mujeres son consideradas “ciudadanas otomíes” en sus pueblos natales. Esto ocurre en casos especiales y que son cuando las mujeres, y su descendencia, habitan en sus pueblos de origen a causa de ser madres solteras, viudas o divorciadas.

Estas mujeres carecen de una figura masculina que las respalde y represente a su descendencia por lo que deben responder por sí mismas y por sus hijos, situación que las lleva a ser consideradas como ciudadanas otomíes. El adoptar ese rol masculino en sus pueblos las obligan a cumplir con las mismas responsabilidades que los varones, es decir ser parte de la organización social comunitaria y del sistema de cargos y fiestas.

Estas mujeres que son “ciudadanas” -en los pueblos de Ixmiquilpan- deben desempeñar roles mixtos de género -tanto masculinos como femeninos- pues se convierten en proveedoras a la par que continúan con su rol de madres cuidadoras. Recae sobre ellas un trabajo doble que las lleva a apoyarse en las redes familiares para poder cumplir con todas las obligaciones y expectativas que comunidad y familia pone sobre ellas.

Además de las expectativas y el trabajo doble que tiene que realizar estas mujeres se encuentran estigmatizadas socialmente y viven más violencias por parte de los hombres otomíes que las ven como mujeres vulnerables. Esta situación hace que se encuentren expuestas a la violencia de género porque dentro del imaginario del patriarcado otomí: no hay un hombre que responda por ellas, que esté a cargo de su familia y por lo tanto no han quien las cuide.

3.1.1 Género y parentesco: cambios y continuidades

Los hombres se han visto beneficiados con la presencia de las mujeres en la Metroplex debido a que en Estados Unidos se recrean los roles de género otomíes en donde son las encargadas del ámbito doméstico. Sumado a esto, el rol subordinado de las mujeres frente al de los hombres confiere una serie de privilegios a los últimos, los cuales se pueden ver claramente en los siguientes dos ejemplos:

- 1) A los hombres al tener una mujer otomí cerca (ya sea la esposa, la hija, la hermana o la sobrina) que los “atienda”, es decir, que les prepare los alimentos, limpie la casa y que se encargue de realizar las labores domésticas en general, les confiere un estatus diferenciado frente a los otros hombres migrantes que están solos y que tienen que arreglárselas solos para limpiar y cocinar, situación que los feminiza y por tanto les confiere un estatus inferior.
- 2) Los hombres que logran reunificar a su familia en la Metroplex, suman fuerza de trabajo en su unidad doméstica y los beneficia pues la vida se abarata al compartir gastos entre un mayor número de miembros de la familia que colaboran con dinero para el sustento cotidiano. Además, pueden llegar a

concretar de manera exitosa proyectos transnacionales como son: a) la construcción y mantenimiento de una vivienda en el pueblo (en Ixmiquilpan); b) envíos cuantiosos de remesas a familiares y a la comunidad y c) la posibilidad de tener ahorros para emprender un negocio familiar en México.

Las mujeres otomíes que llegaron casadas a la Metroplex tomaron en un inicio el rol de madres, cuidadoras y amas de casa, mismos que han aprendido en sus pueblos natales. Fueron las circunstancias que encontraron en Estados Unidos -por ejemplo, los altos costos de la renta y de los servicios- las que obligaron a estas mujeres a salir del ámbito doméstico para buscar formas de trabajo remunerado en la Metroplex, situación que las colocó a la par que sus esposos como proveedoras de la familia.

Las mujeres al lograr tener acceso a la administración y al control de los recursos económicos para la reproducción familiar pudieron comenzar una negociación con sus parejas para tener una participación activa, como jefas de familia, situación que en México hubiera sido imposible.

Al entablarse nuevas relaciones de género, lograron liberarse tensiones resultado de la violencia machista que vivían en México, por ejemplo, Isabel dice:

Hay cosas que se modifica aquí, empezando por el trabajo del hombre y la mujer, la mujer allá [Ixmiquilpan] está en casa atendiendo la familia, bueno no se ahora porque ya tengo más años aquí, pero allá es de que el hombre sale a proveer y por la misma razón el hombre cree que no tenemos derechos en México. Y aquí porque la mujer aporta sí le dan derecho, porque los que ven que las mujeres no aportan creen que ellas no tienen ni voz ni voto y aquí es diferente” (Entrevista a Isabel).

El machismo lo ven como un factor negativo que afecta a las parejas porque de ahí comienza la violencia intrafamiliar; Lupita me explicó que en los pueblos otomíes se cree en “el costumbre” que es la tradición que ha sido heredada desde los abuelos. Dentro de esas prácticas está permitido que los hombres golpeen a sus esposas; este tipo de acciones machistas son toleradas y están dentro del imaginario colectivo a manera de usos y costumbres otomíes, por lo que no existen normas que eviten la violencia intrafamiliar.

Este tipo de prácticas machistas que llevan en sus usos y costumbres los hombres otomíes migrantes, son transformadas por el contexto de Texas que cuenta con legislaciones que están en contra de la violencia de género; los otomíes al saber que la violencia hacia cualquier mujer está penada con cárcel actúan de manera apropiada para el contexto texano, moderando su violencia machista por miedo a ser detenidos, multados, encarcelados y deportados.

Lupita cree que los hombres otomíes cambian con sus esposas en Texas pues conocen dichas leyes, pero dice que no todas las mujeres conocen sus derechos en Estados Unidos por lo que continúan viviendo violencia por parte de sus parejas:

Tengo aquí una conocida que el esposo le pega, pero se aguanta y no dice nada, es de por allá de San Juanico, y le digo: “eso ya no es de ahorita ya pasó ese tiempo, tú te tienes que defender” y ella dice “es que así me educaron”. Y sí, es el costumbre pero le digo “¡te tienes que defender!”.

Le digo “cuando tu esposo te está golpeando ¿qué haces o qué dices?” Y me dice “me quedo callada nada más dejo que él me pegue” y yo le digo “¡no! te tienes que defender, si en ese momento no puedes pues con lo que encuentres te defiendes”. Pero ella dice que no, y hay muchas mujeres de allá que no se defienden, que están acostumbradas a aguantar muchos golpes y groserías.

Y acá no. Porque hay leyes y cualquier cosa le hablas a la policía y se lo llevan y aquí hay una ley que si denuncias a tu esposo que te está pegando y puedes buscar un abogado que te ayuda y te arregla los papeles y te dan tu residencia porque fuiste maltratada. Pero hay muchas que no hacen nada... (Entrevista a Lupita).

El cambio de contexto de las mujeres otomíes hace que se den cuenta de que la violencia machista es algo que se puede detener y penar con cárcel y que no supone algo natural o inamovible al interior de sus costumbres. La mayoría saben que al estar en Texas están protegidas contra la violencia física misma que, algunas de ellas, han sufrido de manera impune en México.

María recuerda que hace 8 años, cuando vivía en Garland en casa de su tío, él se la pasaba discutiendo con su esposa, hasta que un día se agarraron a golpes, y la mujer agredida -quien es otomí oriunda de la Palma- llamó inmediatamente al 911 para denunciar la agresión de su marido. María vio cuando llegó la policía al domicilio de su tío y se lo llevaron a la cárcel. Como su tío tiene la residencia norteamericana sólo obtuvo una multa, pero si hubiera estado como indocumentado, probablemente lo hubieran deportado a México.

El contexto social y político que estas mujeres otomíes indocumentadas encuentran en Texas ha relajado las tensiones de género en el tema de violencia intrafamiliar misma que ha tendido a disminuir porque tanto hombres como mujeres conocen las leyes texanas que velan por la integridad de las mujeres sin importar la condición migratoria que tengan.

Los imaginarios de género otomíes con los que llegan hombres y mujeres van a irse transformando en este contexto migratorio, por lo que en Texas los roles de género otomíes se matizan y se van modificando. Esto hace que las mujeres se sienten libres de la opresión machista y muchas de ellas comienzan a vivir sus vidas sin temor a los hombres: “Allá en el pueblo te educan para que hagas sólo lo que el esposo te diga. Allá la mujer se casa y hace lo que el marido le dice y aquí en Texas no” (Entrevista a Lupita).

Por último, mencionar que como la migración es laboral, se espera que sean los hombres los que envíen mensualmente remesas a sus pueblos en Ixmiquilpan, para sus esposas, quienes se encargan de administrar ese dinero, mismo que utilizan para los gastos corrientes de ellas y los hijos, así como para las cooperaciones que fijan los delegados y autoridades de la comunidad.

Aunque el rol tradicional de los hombres es el de enviar remesas, hoy día algunas mujeres también envían remesas a sus familiares o como sustento familiar o para que les guarden su dinero en una cuenta mexicana -ya que si están indocumentadas no pueden acceder a una cuenta bancaria-.

3.2 Memoria colectiva y traumas colectivos

Este apartado sobre memoria colectiva y traumas colectivos, retomado de Gilberto Giménez, se aborda de manera somera, pues la investigación se centró primordialmente en los otros cuatro puntos sobre identidad étnica. Según Giménez la memoria colectiva es parte de la identidad étnica: “Una tradición archivada en la memoria colectiva, que remite a una línea de ancestros y que registra el trauma de la colonización” (Giménez 2009:141).

Para el tema del trauma de la colonización se puede entender la forma en la que los indígenas mexicanos han sido violentados y discriminados por sus

condiciones de raza y clase. Este tipo de violencia racista se han expresado en contextos cotidianos en México, en donde la población mestiza los ha discriminado por su lengua originaria.

Para el caso de los otomíes de Ixmiquilpan, Hidalgo, la discriminación es algo que han vivido cotidianamente, por ejemplo, por hablar su lengua materna, el *hñähñü*, lo que los ha llevado a recibir insultos racistas al ser llamados “inditos”, entre otros. En La Metroplex de Dallas-Fort Worth, los otomíes se han encontrado con otro tipo de prejuicios racistas, que no atraviesan por su condición étnica como indígenas, sino que están relacionados con la estructura social basada en las clasificaciones de raza que hay en Estados Unidos. Los otomíes en ese país no son vistos como indígenas, sino como mexicanos, los cuales corresponden a la clasificación de “hispanos” o “latinos”.

La discriminación racista, tanto en México como en Estados Unidos, se traduce en otras violencias. Entre ellas: la violencia laboral -desarrollada en el siguiente capítulo- y las violencias estructurales. Estas últimas restringen el acceso de las personas provenientes de grupos indígenas a diversos espacios. como son la educación, los servicios, etcétera.

Los otomíes, como parte de la población de hispanos o latinos en Estados Unidos, están atravesando por un momento complicado en relación con las políticas migratorias de ese país. Tras la llegada de Donald Trump a la presidencia, se ha acrecentado el discurso racista que ha derivado en la criminalización de esta minoría social.

Estando en la Metroplex, han jugado con las diferentes identidades que poseen para tejer redes sociales con otros actores externos a su grupo étnico. Algunas de las diversas identidades que poseen son las siguientes: hombres, mujeres, jóvenes, trabajadores, mexicanos, pobres, obreros, madres, amas de casa, hidalguenses, otomíes, de Ixmiquilpan, etcétera.

Además de las identidades antes expuestas, los otomíes tienen adscripciones o identificaciones que les son dadas por el contexto en el que se encuentran (Bartolomé 2008), y que son las que los marcan como ilegales (criminales), migrantes, indocumentados, hispanos y latinos. Los hombres y las

mujeres otomíes juegan constantemente tanto con las adscripciones como con las identidades que poseen para lograr generar redes sociales en la Metroplex de Dallas-Fort Worth. Mediante estas redes sociales hacen un contrapeso ante las diferentes violencias mencionadas con anterioridad.

Las mujeres, a diferencia de los hombres, han entablado redes sociales con personas que están fuera de la comunidad étnica. Esto lo han logrado a raíz del uso de su adscripción como hispanas. Este tipo de identificaciones externas como latinas les permite entablar diálogos con otras mujeres que, sin importar el lugar del que provengan, también son consideradas latinas. Estas son mujeres con las que las migrantes otomíes se han encontrado en los barrios en donde viven y también en el trabajo. Las mujeres con las que se relacionan en la Metroplex suelen ser mexicanas (de diversos estados de la República Mexicana) y Centroamericanas.

Por su parte, los hombres han optado por fortalecer sus redes sociales a través de los identificadores de identidad étnica otomí. Como consecuencia, pueden verse como un grupo cerrado en donde se privilegia la identidad étnica sobre cualquier otra que pueden tener -mexicanos, latinos, hidalguenses, etcétera-. Esta forma de auto nombrarse como otomíes se materializa cuando ellos dicen que son de San Juanico, La Palma, El Espíritu, etcétera, porque los hombres son otomíes en la medida en que tiene raíces y pertenencia en su pueblo de Ixmiquilpan.

3.3. El complejo religioso-ritual de los otomíes

Según Giménez otro elemento de la identidad étnica se da a partir de: “Un complejo religioso-ritual que actualiza, reafirma y renueva la identidad del grupo, mediante la dramatización de su visión del mundo, de la vida y de la muerte” (2009:141).

Los otomíes, en el Valle del Mezquital tienen un complejo religioso-ritual que se materializa en diversas fiestas, mayordomías y ritos de paso. Estos rituales se realizan de forma colectiva, y es común que todas las personas de los pueblos otomíes sean parte de ella. Incluso muchas de éstas se generan en colaboración con otros pueblos vecinos, como es el caso de algunas procesiones en donde los

santos de un pueblo visitan el templo de los santos de los pueblos vecinos, situación que genera vínculos entre las autoridades y los pueblos.

Estas celebraciones son organizadas por los hombres pues son ellos los que pagan por el evento y son los que deciden cómo se deben realizar. Por esta razón las mujeres quedan subordinadas en las fiestas y les corresponde la elaboración de los alimentos que se brindan a los comensales y que son en grandes cantidades (por ejemplo, en una boda o XV años se esperan entre 100 y 200 invitados), asimismo las mujeres están encargadas de atender y servir a la familia y a los invitados.

Quizás las festividades más importantes son las que se dedican al santo patrón de cada una de las comunidades otomíes de Ixmiquilpan. Estos santos tienen una fecha al año en la que se realiza una fiesta en su honor, la cual es costeada por todos los miembros de la comunidad, quienes invitan a sus familiares, amigos y conocidos de los pueblos vecinos para que vayan ese día a disfrutar de todo el ritual.

Estas fiestas suelen ser organizadas con mucho tiempo de anticipación, por parte de las autoridades religiosas y cívicas de las comunidades otomíes, quienes son las encargadas de comunicarse con las diferentes familias del pueblo, para pedir su colaboración (tanto en dinero como en trabajo), en las diferentes actividades que son necesarias para organizar una fiesta patronal, y que pueden ir desde colocar los adornos en el templo, hasta la compra de cohetes y fuegos artificiales, o en la elaboración de los alimentos, la búsqueda de los grupos musicales y del sonido para amenizarán el baile que se hace por la noche, entre muchos otros elementos que son centrales para la fiesta.

Además de la fiesta patronal, también realizan ritos de paso, que son importantes para las familias otomíes católicas; estos ritos son los bautizos, XV años y bodas. Se acostumbra que estas festividades se celebran en el templo del pueblo con una misa, y posteriormente se ofrece un banquete en la casa de la familia que está festejando.

Es usual que en este tipo de fiestas se sirva la barbacoa de Borrego -que se elabora en la casa de la persona festejada-, es un elemento importante en estos

rituales que forma parte de la identidad étnica, ya que se encuentra arraigada a su cultura y a su memoria colectiva.

Por último, me parece importante introducir un elemento cultural de los otomíes de Ixmiquilpan y que es la elaboración de la barbacoa de borrego la cual es preparada por los otomíes en México, pero también por los que han migrado a Estados Unidos. Esta receta a diferencia del resto de recetas otomíes, tiene la peculiaridad de ser un platillo que elaboran únicamente los hombres; ellos son quienes poseen las habilidades requeridas para su elaboración.

La barbacoa se cocina en medio del patio, lugar en el que se cavar un hoyo en la tierra que será en donde se coloque la carne del animal para hornearla bajo tierra. El hoyo mide, aproximadamente, un metro cuadrado y tiene otro metro de profundidad y al fondo se le ponen piedras, o tabique rojo, mismos que encenderán junto con la leña y arderán al rojo vivo para hacer la lumbre.

Después colocan una olla de metal entre las piedras y ponen una reja de metal encima en donde colocan una cama de pencas de maguey y encima le ponen la carne del borrego o chivo -ya sin piel y sin vísceras-, las pencas sirven para envolver la carne y para protegerla de que no le caiga tierra, además de que le da sabor al ser horneadas junto con la carne.

Al envolver la carne tienen cuidado de dejar un hoyo en el centro de la cama de pencas para que el jugo de la carne escurra hacia el interior de la cazuela, que se colocó al fondo, y así se junta el consomé. Después, las pencas y la carne son cubiertas con tierra y de esa manera se conserva el calor bajo la tierra y es así que al pasar entre 4 y 6 horas¹⁹ la carne está completamente bien cocida y el consomé está listo y dentro de la cazuela.

3.3.1 Fiestas otomíes: la elaboración de la barbacoa como un ritual reparador del orden patriarcal otomí

Reunirse con la familia y los amigos es algo que se realiza con frecuencia, sobre todo en los cumpleaños y cuando es la final del fútbol soccer mexicano, o hay peleas

¹⁹ El tiempo de la cocción de la carne varía dependiendo de la cantidad de animales que se ponen en el interior del horno.

de box en la que participe algún mexicano como El Canelo. Las reuniones se hacen en casa de alguna persona otomí, preferiblemente el fin de semana para que se puedan reunir a comer y convivir. (ver imagen 1).

En estas reuniones los hombres son los encargados de preparar los alimentos, utilizan un asador de carne, mismo que han adoptado de la tradición norteamericana en donde son también los varones los que encargan de la parrilla. Ellos preparan el asador, después pone las piezas de pollo (muslo y pierna o alitas), las “tablitas” o tiras de res con hueso y las costillitas BBQ. Al cabo de un rato, tras voltear las piezas, queda la comida lista para servirse.

Los espacios que se eligen para la convivencia varían dependiendo de la importancia del evento y de cuántos invitados son, por ejemplo, si se trata de un cumpleaños, o de una celebración nacional en la que dan el día de asueto, como en *Thanks Giving*, Navidad, Año Nuevo, 4 de julio o 5 de mayo, la reunión se realiza en la casa o en el apartamento de alguien. Pero si se trata de un evento más grande como es una Boda, uno XV años o un Bautizo, se alquila un salón de fiestas en donde haya mesas para los invitados (100 invitados o más) y una pista para bailar con un show de luz y sonido para amenizar. (ver imagen 2).

La tradición de que los hombres hagan la barbacoa (ver imagen 3) sigue existiendo en la Metroplex, este es uno de los símbolos de masculinidad que los hombres ostentan y de la cual se sienten orgullosos, por lo que se esfuerzan en mantener su vigencia en la migración transnacional. Es así que cuando van a celebrar alguna fiesta grande, se organizan para prepararla. Cabe destacar que el contexto texano les imprime una serie de dificultades que no tenían en sus pueblos y que identifico a continuación:

- 1) Para preparar una barbacoa al estilo Ixmiquilpan se requiere comprar un animal (borrego o chivo) mismo que ha de ser sacrificado en el momento en el que se tiene preparado el horno, esto para que la carne esté fresca. Conseguir el animal suele ser sencillo pues venden animales vivos en la Pulga, el problema es con las leyes texanas de sanidad que prohíben a los habitantes sacrificar animales en las casas, pues se le da prioridad a la carne que sale de los rastros y que ha pasado por controles de calidad y que venden empaquetada en las tiendas de

autoservicio, situación que no convence a los otomíes, así es que han optado por sacrificar a los animales de manera discrecional, aunque dicen que lo más complicado es deshacerse de las vísceras del animal, pues todos los botes de basura pasan por un proceso de control e inspección.

- 2) Cuando el horno está encendiéndose con leña, sale mucho humo, que puede ser interpretado por las autoridades texanas como un incendio o una emergencia que podría llevarlos a una revisión y a una probable multa, así es que en ocasiones prefieren hornear la carne en la madrugada para evitar ser vistos.
- 3) Para preparar la barbacoa es necesario tener una buena cantidad de pencas del maguey (unas 10 pencas por animal y sólo para una ocasión); éstas le dan a la carne un sabor especial. Como en Texas no hay magueyes, importan las pencas desde México, y los encargados de llevar las pencas suelen ser los otomíes con documentos que se dedican al envío de paquetería entre Ixmiquilpan y la Metroplex.

Las mujeres se encargan de servir la barbacoa y de recoger los platos sucios, pero la elaboración de la barbacoa es un asunto que compete solamente a los hombres otomíes que son los que se consideran aptos para elaborar una receta de esta naturaleza.

Según el trabajo de María Luisa Femenías (2011), en la migración se generan cambios en las identidades de las personas -incluyendo la identidad de género-, esto a raíz de la feminización de los trabajos que hombres y mujeres encuentran en su destino migratorio. Recordemos que ella entiende la feminización como la devaluación de las condiciones y de los salarios de los migrantes.

Esta autora afirma que a raíz de la feminización la identidad de género de los hombres se iguala a la identidad de género femenina, situación conflictiva que puede ser resuelta de diferentes maneras; una es el uso de la violencia y otra es el uso de rituales reparadores del orden patriarcal²⁰.

²⁰ En trabajo de campo en la Metroplex encontré, además de la elaboración de la barbacoa, otros rituales reparadores del orden patriarcal otomí, que se remiten a las fiestas, en donde las mujeres son las encargadas de elaborar los alimentos, y de servir a los comensales. Nuevamente en estos

Durante el trabajo de campo en la Metroplex se observó que la barbacoa tiene un lugar especial para los otomíes. Esta receta se elabora con el trabajo en equipo de los hombres quienes pueden demostrar su masculinidad materializada en aspectos como: fuerza, valentía, coraje, energía, trabajo, decisión, osadía, etcétera. Estos rasgos de la masculinidad otomí quedan plasmados al momento en que ellos sacrifican al animal, lo desollan, le quitan las vísceras, cavan en la tierra el horno, ponen leña y piedras, encienden el fuego, ponen y cubren la carne con pencas de maguey y lo hornean por horas.

En todas estas fases de la elaboración de la barbacoa los hombres demuestran que, como otomíes, mantienen rasgos de su identidad masculina en la migración, y por tal razón subrayan su superioridad y demarcan una frontera con las mujeres a quienes se les demuestra que no son tan fuertes y valientes como ellos, porque jamás podrán hacer un trabajo así de pesado.

3.4 El uso de la lengua hñähñü

Para Giménez, la lengua materna de los indígenas es un factor de identidad étnica: “La valorización del propio lenguaje, dialecto o sociolecto no sólo como medio de comunicación intragrupal, sino también como archivo vivo de su visión del mundo y símbolo distintivo de su identidad cultural” (Giménez 2009:141-142). veremos cuáles son las transformaciones de la lengua *hñähñü* en la Metroplex, y el uso diferenciado que le dan tanto hombres como mujeres.

Las personas otomíes que viven en la Metroplex de Dallas-Fort Worth utilizan su lengua materna, el *hñähñü*, como una herramienta de comunicación transnacional, que les sirve para comunicarse con familiares y amigos que están tanto en México como en Estados Unidos. La forma en la que ellos se refieren o nombran a la lengua *hñähñü* varía; hay quienes la llaman “el otomí”, otros le dicen “el dialecto” y los menos le dicen “el *hñähñü*”.

espacios se genera -de manera anacrónica- un orden organizado desde la superioridad del género masculino sobre el femenino.

Si bien la lengua *hñähñü* está perdiéndose en las generaciones más jóvenes de otomíes, ésta brinda la posibilidad de una comunicación inter generacional ya que los familiares otomíes de la tercera edad -que viven en los pueblos en El Valle del Mezquital- cuentan con poco dominio del español y del inglés. Para la mayoría de las personas el *hñähñü* es una parte central del ser y sentirse otomí, por lo que tratan de hablarlo, sobre todo cuando hay reuniones familiares:

Yo hablo con mis hermanos y con mis papás en *hñähñü*, o sea, no porque uno está aquí uno se olvida ¡no!, yo creo que nosotros siempre hemos tratado de conservarlo todavía. Igual cuando nos juntamos en convivencia familiar, nos acordamos de cómo era antes allá... de qué es lo que hacíamos... y platicamos en *hñähñü*, y hablamos, con los que no entienden, pues en español, pero a los que sí entienden les hablamos en *hñähñü*, para nosotros es una parte muy importante, yo creo que nunca hemos de olvidarnos de dónde venimos, quiénes somos. (Entrevista a Candela).

Los hombres y las mujeres otomíes que conocí están en un rango de edad de entre 29 y 57 años son mayoritariamente bilingües pues hablan *hñähñü* y español. Algunas personas tienen como lengua materna el español y no el *hñähñü*. Y de los otomíes que llevan más de 20 años como migrantes en Estados Unidos son trilingües ya que además del *hñähñü* y el español hablan inglés.

No conocí a ningún otomí que fuera analfabeta, todos sabían escribir, y aprendieron -en su niñez o juventud- en la escuela primaria cuando vivían en El Valle del Mezquital. Debido a que la lengua *hñähñü* tiene un sistema de escritura complejo que no se enseña en las escuelas de esa región, los otomíes aprendieron a escribir en lengua española.

Los que habitan en la Metroplex requieren de un *smartphone* para poder comunicarse con familiares, empleadores y amigos, quienes suelen estar a grandes distancias y por lo que esta es esta una herramienta que se ha vuelto indispensable para ellos hoy día. Han optado recientemente por contratar planes con alguna empresa de telefonía norteamericana que les ofrezca llamadas (a México y Estados Unido), mensajería e internet. El uso de internet en el *smartphone* les ha facilitan el acceso y tránsito por la Metroplex ya que con la *app* de *Google Maps*, pueden buscar direcciones y utilizar el navegador para llegar con mayor facilidad a todo tipo de lugares (trabajo, tiendas, oficinas, etcétera).

El uso de redes sociales como Facebook e Instagram se ha ido popularizando entre ellos y varios tienen cuentas que utilizan sobre todo por la mensajería del Chat que contienen dichas redes sociales. También la aplicación de WhatsApp tiene una presencia fuerte pues la utilizan para la mensajería instantánea, para envío de imágenes y videos, ésta la emplean en idioma español.

En la Metroplex existe una apropiación diferenciada del *hñähñü* según el género de las personas; para las mujeres esta lengua es prácticamente irrelevante para su vida laboral. Por el contrario, los hombres -quienes suelen trabajar en empresas con otros otomíes- encuentran relevante y útil el uso de esta lengua, la cual les ayuda a comunicarse con sus iguales. La importancia que los varones dan a “lazos fuertes” -es decir a las redes étnicas y familiares para la inserción laboral- es lo que permite que su lengua continúe en uso en la Metroplex de Dallas-Fort Worth.

3.4.1 Mujeres otomíes y lengua hñähñü

En cambio, las mujeres otomíes que se han insertado más recientemente en el trabajo han tenido que valerse de redes no étnicas para conseguir trabajo. La necesidad de encontrarlo a partir de los lazos débiles creados desde la interacción con mujeres ajenas a su unidad doméstica ha puesto a las otomíes en relaciones de amistad y trabajo con mujeres procedentes de diversas partes de la República Mexicana, así como con mujeres Centroamericanas. Es así que las mujeres otomíes van creando redes con otras mujeres “hispanas” o “latinas”²¹ que conocen en el barrio en el que viven, en la escuela de sus hijos, en el trabajo o a través de amigas de amigas.

²¹ La composición de la Metroplex se encuentra sectorizada racialmente, esto implica que al interior de las ciudades y los suburbios se encuentran zonas residenciales separadas unas de las otras que albergan a poblaciones concretas que son: hispanos, morenos (negros), blancos, y otras minorías raciales. Estas divisiones que son más o menos claras propician que en cada zona se encuentran tiendas y servicios enfocados para el consumo de cada grupo racial específico; en ese sentido, los otomíes, que son parte de la población hispana o latina de Texas, saben perfectamente a qué tiendas acudir para encontrar productos mexicanos así como una atención en el idioma español, lo mismo para el caso de las escuelas, los servicios públicos, etcétera.

Es por esta razón que las mujeres otomíes requieren del español como lengua principal para comunicarse en sus entornos de vida y de trabajo; por lo que la lengua *hñähñü* queda reservada para el espacio doméstico o sólo para hablar con sus familiares que se encuentran en el pueblo en México. En cambio, los hombres utilizan el *hñähñü* para comunicarse en prácticamente todos los espacios en los que se encuentran (en el trabajo, en el trayecto al trabajo y en sus casas) ya que ellos suelen tener redes sólidas para el acompañamiento en el trabajo, en el trayecto e incluso en la vivienda, que se revisó en el apartado anterior, se encuentra compartida y habitada por varios hombres que comparten gastos.

Aunque las mujeres otomíes entienden a la perfección el *hñähñü* y en el ámbito doméstico es usual escuchar conversaciones en esa lengua, las mujeres optan por darle prioridad al español en general, ya que han comprobado que es una herramienta básica de socialización e inserción en los barrios latinos, así como en el contexto laboral de Texas.

Esta situación ha llevado a que las mujeres otomíes que han tenido descendencia en Estados Unidos enseñen a sus hijos únicamente el español, dejando completamente de lado el *hñähñü*, el cual desconocen los jóvenes otomíes de origen texano. Incluso, algunas mujeres prefieren que sus hijos hablen desde pequeños en inglés como una estrategia de adaptación temprana de sus hijos al contexto texano, por esta razón los inscriben desde la primaria en escuelas en donde sólo les enseñen en inglés.

Erika que tiene dos hijos pequeños de 2 y 4 años, se da cuenta que a la niña de 4 se le complica la comunicación y ella lo atribuye a que escucha diferentes idiomas y está un poco confundida y por eso no se anima a hablar: “los niños escuchan las pláticas... o ven la tele. Mi hija se la pasa viendo tele y luego ya no sabe si está hablando español, o está hablando en inglés o el *hñähñü*” (Entrevista a Erika).

Lupita es una mujer otomí que se casó con un hombre no otomíes oriundo de Tlaxcala; desde que ella se fue a vivir con él en Arlington hace 15 años, dejó de hablar su lengua materna que es el *hñähñü*. Ella habla en español con su esposo y con sus dos hijos -que son nacidos en Estados Unidos-, y los que hablan sólo en

inglés, aunque entienden español. Le pregunté que si ella había enseñado el *hñähñü* a sus hijos y contestó: “No, a ellos nos les he enseñado, pero con mi familia de San Juanico si hablo en *hñähñü*. Luego a ellos les digo y dicen que está muy difícil y no quieren aprender. No quieren...” (Entrevista a Lupita).

Elena que vive en Fort Worth desde hace más de 15 años y que es originaria de El Olivo, Ixmiquilpan, se casó con un hombre de la ciudad de Ixmiquilpan, de padres otomíes, que no sabe hablar *hñähñü*. Ella tiene a su madre en el pueblo y cuando la llama por teléfono platican en esa lengua:

Conocí a mi esposo y con más razón fui dejando el dialecto, más, más y más... y pues entre hermanos ya hablábamos español, pero con mis papás sí dialecto, y entonces mis hijos cuando me escucharon bien, bien, fue cuando llegué aquí [a Fort Worth] y se espantaban y decían: ‘¿qué clase de inglés hablas?’ y no me entendían... Y ahora me escuchan mis nietecitas, cuando estoy hablando a México, y me dicen ‘Mami ¿qué estás hablando? que no te entiendo tu inglés’” (Entrevista a Elena).

Isabel, Inés y Magos, no saben hablar *hñähñü*, pero están familiarizadas con dicha lengua, ya que les trae recuerdos de cuando vivían en Ixmiquilpan y compartían con otras personas otomíes, sobre todo en la escuela y en la Plaza de Ixmiquilpan los días lunes, cuando hay mercado. Inés comenta:

No. Pero sí me gustaría aprender un dialecto, porque se está perdiendo el *hñähñü*, además tal vez sería más fácil aprender un dialecto que aprender el inglés porque como sabes español pues ya va a ser parecido... tal vez, o no se...”. Inés me dijo que ella pensaba que el *hñähñü* y el otomí eran dos diferentes “dialectos”, le expliqué que eran la misma lengua y ella recordó que su abuelo sabía el otomí: “Mi abuelito sabía esas palabras y cuando iba a El Espíritu y a esos pueblos, porque allá todos le compraban los chivos. Y él tenía que comunicarse con las personas que no sabía español. (Entrevista a Inés).

Isabel tiene más de 20 años en la Metroplex y en su trabajo de comerciante en la pulga de Mansfield ha conocido a personas que son de Ixmiquilpan:

En la plática les digo ¿de dónde es usted? Y me dicen que de Ixmiquilpan, y me dicen que si hablo otomí. Pero la verdad no los he escuchado hablar a ellos... Conozco a unas personas que hablan, es un grupo de tres hombres que van a buscar a mi hermano los fines de semana porque les vende cerveza mexicana, les trae Mega Corona, aquí también hay pero no sabe supuestamente como la de México. Y ellos hablan y dicen que son de El Maye” (Entrevista a Isabel).

Por su parte Magos quien es nacida en Texas, pero que estudió en Ixmiquilpan los primeros años de la secundaria, recuerda que cuando vivió ahí tenía bastante presente esa lengua: “Yo fui a la secundaria de San Nicolás y venían

muchos que eran de El Cardonal y de por allá y yo creo que lo saben hablar. Y además yo tenía un maestro que nos enseñaba palabras, ¡ya no me acuerdo muy bien!, pero sí nos enseñaba palabras y cuando iba a mi casa tenía que pasar por el centro y a veces escuchaba a las señoras mayores hablar en otomí” (Entrevista a Magos).

Por último, comentar que la mayor parte de las mujeres otomíes no saben hablar inglés y aunque son capaces de entenderlo no tienen el nivel necesario para entablar una conversación fluida con un angloparlante. El uso del inglés es necesario para hacer las compras y para solicitar trabajo a empleadores norteamericanos que suelen contar con traductores que facilitan la contratación de mexicanos. Erika que trabaja como recamarera en un hotel de Dallas dice que en ese lugar ha podido aprender un poco de inglés y sabe qué es lo que las personas le solicitan cuando está en el trabajo y tiene que interactuar con norteamericanos: “Pescamos una que otra palabra en el trabajo o de donde sea, pero así, así, hablarlo no” (Entrevista a Erika).

Para María el cambio de idioma ha sido un reto, porque, aunque en la escuela le habían enseñado algo de inglés esa experiencia previa es diferente a lo que le esperaba en Estados Unidos: “Una aprende en la escuela en México, en la secundaria, de cómo saludar a las personas, pero ya estar escuchando una conversación es difícil porque no le vas a entender y hay unas veces que no sabes si una persona que te está traduciendo te está diciendo todo, no sé si me dicen todas las palabras” (Entrevista a María)

Para ella el uso de traductores no es confiable al 100, y sobre todo se avergüenza cuando tiene que solicitar uno para hacer algún trámite por ejemplo para los servicios de sus hijas: “Nunca nadie me ha hecho mala cara pero cuando yo voy a la clínicas, más que nada a las grandes, porque ahí puro inglés hablan, y si necesito traductor pues tenía que pedirlo y eso me hacía sentir como que no se... uno se siente mal por no entender, bueno por mí, yo sí me siento mal de no entender lo que me dicen las personas” (Entrevista a María).

Sobre el racismo que se vive en Estados Unidos hacia los hispanos que no saben comunicarse en inglés, dice que sí tiene miedo a ser humillada o discriminada por esa razón:

Hay mucha gente que es amable pero si uno no sabe hablar, contestar, simplemente se queda así callado y no sabe ni qué decirle o a veces le puede una entender tantito, pero no le puede contestar entonces eso es lo que a mí me hace sentirme mal, no le entiendo y me quedo así nada más y me da pena y como que impotencia igual y más en los hospitales y las tiendas grandes, he visto mucha gente que a veces los humillan dicen, y ese es el miedo que yo tengo también de que alguien me haga eso por no saber hablar inglés, entonces he querido aprender también, pero como te digo he estado más con las niñas, con el trabajo y dan clases, dan cursos en la escuela donde las niñas, pero ahorita no puedo porque estoy cuidando a los niños, necesito ya cuando estén todas las niñas en la escuela para que yo pueda ir. (Entrevista a María).

A pesar de las dificultades que tienen para hablar inglés, ellas mantienen la esperanza en que sus hijos pequeños, nacidos en Estados Unidos, dominen el inglés y con eso logren integrarse a la sociedad norteamericana. Por tanto, ellas dejan de usar el idioma *hñähñü* en la Metroplex, hablan español con sus hijos y los alientan para que “agarren el inglés”. Es motivo de orgullo para ellas cuando escuchan que sus pequeños pueden comunicarse en dos idiomas, inglés y español.

Por último, se subraya que la adaptación al contexto de Texas -que las madres otomíes procuran para sus hijos nacidos en Estados Unido- conlleva la desaparición de la lengua *hñähñü* en las nuevas generaciones de otomíes nacidos en la Metroplex de Dallas-Fort Worth, Texas.

3.5 Territorio y pertenencia: de la ciudadanía otomí a la membresía transnacional

Por último Gilberto Giménez apunta que el territorio es central para los pueblos indígenas pues en ese espacio se contienen sus prácticas culturales y es el lugar que le da sentido a su identidad: “La reivindicación permanente de sus territorios ancestrales como lugares de anclaje de su memoria colectiva, contenedores de su cultura y referente simbólico de su identidad social”. (Giménez 2009:141-142).

En cuanto al territorio, los otomíes al estar en El Valle del Mezquital, saben que tienen derechos sobre esas tierras la cuales han habitado desde los siete siglos

de conquista, por lo que saben que ese territorio les pertenece a ellos como etnia otomí, lo que confiere el derecho al usufructo de esas tierras.

Cuando los otomíes migran a Estados Unidos, las cosas son diferentes al carecer de todo tipo de derechos sobre esas tierras extranjeras a las que llegan en el sentido de las pocas posibilidades que tienen para poder comprar una casa por sus condiciones migratorias, de raza y de clase, situación que los ha llevado a consolidar una comunidad transnacional otomí, masculina, que tiene como principal objetivo proteger sus intereses en tanto a sus tierras y sus privilegios de género -en tanto “ciudadanos otomíes”- en sus pueblos natales, en El Valle del Mezquital.

Para Canales y Zolniski (2000) las comunidades transnacionales tienen una pertenencia que se define por los mismos migrantes, por sus redes sociales y por las prácticas transnacionales. Las comunidades transnacionales extienden membresías a sus integrantes, lo que es una vía de adscripción que tienen con sus pueblos en México y que se consolida a través de redes sólidas (gracias a las telecomunicaciones) por las que fluye tanto información como poder; esta membresía es la que afianza las bases para la creación de una comunidad transnacional.

La “membresía” (*membership*) es diferente a la “ciudadanía” porque la primera da pertenencia a una comunidad transnacional, y la segunda a una nación (Smith 2006); los otomíes, cuentan con nacionalidad mexicana -y algunos que llegaron para la Amnistía de 1986²² tienen residencia norteamericana-, pero a la par mantienen su membresía con su pueblo natal, en Ixmiquilpan, Hidalgo, al que probablemente regresen a vivir algún día. En este sentido: “Como señala Smith, la ‘pertenencia más allá de la ciudadanía’ se refiere a la transnacionalización del sentido de comunidad más allá de las fronteras nacionales tanto del estado mexicano, pero también del estado norteamericano” (Canales y Zolniski 2000: 7).

Para el caso de los otomíes la membresía es un atributo masculino que atraviesa por dos elementos centrales para su posible consolidación, los cuales se dan en el territorio de Ixmiquilpan, Hidalgo: 1) la tierra, así como el derecho a heredarla, y 2) el derecho a participar en la organización social comunitaria.

²² Ver el capítulo 2. Contexto de la migración otomí en el Norte de Texas.

Estos dos elementos son centrales para la generación de la membresía que entiendo como una red social de hombres que se teje entre pares, es decir entre varones nacidos en un mismo pueblo y que poseen en esa localidad: tierras, bienes, familia y derecho a participar en la organización social comunitaria. Esta red de hombres se consolida para conservar dichos bienes y privilegios en sus pueblos, y aunque ellos migren, el hecho de pertenecer a ese grupo les brinda certezas y seguridad en su migración.

Dentro de los estudios migratorios, sin perspectiva de género, se habla de la composición de la comunidad transnacional en general, sin dar cuenta que las experiencias y la participación de hombres y mujeres en ésta son distintas. En este apartado quedó claro que sólo los hombres otomíes tienen acceso a la “ciudadanía otomí” y por lo tanto también a la “membresía” situación que excluye a las mujeres de los roles de proveedoras y de organizadoras en los pueblos de Ixmiquilpan.

El cambio de contexto que las mujeres realizan en su migración a Texas, hace que logren espacios de emancipación y empoderamiento: dejar de vivir como dependientes económicas de sus maridos, lograr un desprendimiento del control patriarcal y alcanzan condiciones laborales parecidas a las de los hombres.

Recordemos que ellas al estar casadas en Ixmiquilpan tenían que vivir en las casas de sus esposos, situación que las ponía en un lugar de dependencia hacia ellos a la par de que su trabajo doméstico servía para el desarrollo de la unidad doméstica del marido, así como para la familia extensa del mismo. Ellas al no poseer la tierra, ni los bienes, se encontraban en una situación extrema de dependencia patriarcal, al punto en que su trabajo era aprovechado por la organización social comunitaria, la cual es androcéntrica.

En Texas vieron oportunidades diferentes ya que ahí no existían asimetrías - en relación con el marido- por la tenencia de la tierra o por el acceso al trabajo. Para ellas la migración ha sido una forma de empoderamiento porque lo pueden invertir en sus familias (madres, hermanas, hijas, sobrinas) y en ellas mismas. Esta movilidad hacia el rol de proveedoras las ha llevado a revalorarse y a vivir empoderadas a la par que se mantienen alejadas de las obligaciones comunitarias.

Por el contrario, los hombres tienen que trabajar doble jornada en Texas,

para poder pagar los gastos corrientes que tienen (rentas, pago de seguros, alimentación, etcétera), y para enviar las cooperaciones a las autoridades en sus pueblos, situación que es central para ellos para mantener la membresía como ciudadanos otomíes en sus pueblos.

3.5.1 La comunidad otomí transnacional y la membresía: dos espacios negados para las mujeres otomíes

Los hombres otomíes saben que su herencia étnica e histórica les brinda privilegios de protección, adscripción y pertenencia a El Valle del Mezquital, y que éstos no se pierden al estar trabajando en Estados Unidos. Además, tienen claro que su migración es temporal por lo que tarde o temprano van a requerir volver a sus pueblos. Y para ser bien recibidos tienen que mantener comunicación con las autoridades comunitarias mientras se encuentran como migrantes, porque el envío de cooperaciones -para proyectos comunitarios- es un requisito para continuar siendo considerados en su pueblo como “ciudadanos otomíes”.

Si un otomí dejara de enviar las cooperaciones que les requieren sus autoridades en el pueblo, sería penalizado por las mismas, quienes le harían una cuenta del adeudo y le obligarían a pagarlo con intereses para que éste pudiera tener libre acceso una vez terminado su periodo laboral en Estados Unidos.

Ya que el territorio otomí se rige por el sistema de cargos y la organización social comunitaria, para que los hombres con sus familias puedan habitar sus casas y terrenos en El Valle del Mezquital es importante que no tengan adeudos en las cooperaciones para los servicios y fiestas, mismas que se fijan como pagos obligatorios por parte de la misma organización social comunitaria.

Esta obligación de los migrantes de cooperar y comunicarse con su gobierno local se mantiene con fuerza entre los otomíes a partir del panorama hostil de exclusión y violencia que viven en Estados Unidos, que se ve más claramente con el endurecimiento de las leyes migratorias, lo que presenta una amenaza latente de ser deportados a México en cualquier momento. El consuelo que les queda es que si fueran deportados, de manera repentina, tienen casa, tierras y -en el mejor de los

casos- ahorros de los que pueden echar mano para vivir más o menos bien en sus pueblos en Ixmiquilpan.

Ésta forma en la que los otomíes migrantes se encuentra presentes en la organización social comunitaria en El Valle del Mezquital es la base para la construcción de la membresía étnica, la cual afianza el vínculo del migrante con el pueblo, y la que puede durar un número indefinido de años, hasta que el migrante decida regresar a habitar en su casa al interior de un pueblo otomí.

La pertenencia a El Valle del Mezquital se difumina para las mujeres otomíes que han decidido migrar a Estados Unidos porque ellas no tienen el derecho a la tierra ni a la ciudadanía otomí que se traduce en la membresía étnica con los otomíes migrantes. Por esta razón están viviendo desde otros horizontes, los cuales no conllevan necesariamente el arraigo a la tierra que sí caracteriza a la migración masculina.

Las mujeres otomíes que tienen hijos nacidos en Estados Unidos están pensando en trabajar para que ellos continúen su vida a futuro allí; ellas no están pensando en que su descendencia regrese a México a vivir en el pueblo en Ixmiquilpan, porque recuerdan su país como un lugar repleto de carencias y pocas oportunidades laborales. Además, saben que sus hijos al conocer la vida en Estados Unidos y tener derechos como ciudadanos norteamericanos sería poco probable que un día decidieran ir a vivir por voluntad propia a México.

Ellas tienen la esperanza de poder obtener papeles cuando sus hijos sean grandes y tengan el dinero y las posibilidades de arreglar el estatus migratorio, aunque están conscientes de que su futuro es incierto, porque perciben las dificultades que tienen por estar indocumentadas, aun así depositan en sus hijos esa esperanza, de un mejor futuro para ambos.

A la par saben que, si fueran deportadas en esta nueva administración de Donald Trump, ellas cuentan con una red de familiares otomíes que habitan en El Valle del Mezquital (madre, hermanas, tías, hijas) con las que pueden tejer redes sororales de apoyo entre mujeres para poder regresar a vivir al pueblo si así fuera la necesidad.

También hay mujeres que no tienen hijos nacidos en ese país y están pensando en trabajar y en ahorrar dinero para cuando sea necesario regresar a México ya sea solas o con sus familias. Brígida por ejemplo está pensando en regresar a México en unos años, cuando se canse de trabajar en Dallas, y para ese momento está ahorrando dinero para emprender su propio negocio en Ixmiquilpan.

3.5.2 Otomíes habitando en la Metroplex de DFW

Los otomíes que llegaron desde la década de los ochenta del siglo pasado y que lograron tener la amnistía de 1986, hoy día cuentan con una estabilidad económica diferente de los que llegaron después de esa fecha, aunque siguen como indocumentados.

En algunos casos los otomíes, han podido contar con una vivienda en la Metroplex ha sido algo indispensable para todos los migrantes otomíes, pues han requerido siempre de un lugar estable y seguro en el que puedan desarrollar sus actividades básicas de descanso, limpieza y alimentación.

Cuando los otomíes llegaron a Texas (en diferentes momentos del siglo pasado) tuvieron que apelar a sus contactos y redes familiares, para asentarse por primera vez en casas o departamentos de personas conocidas. Estas redes de apoyo fueron útiles para generar las cadenas migratorias mismas que se fueron forjando por la reciprocidad y los contactos con familiares y amigos que ya tenían experiencia laboral y de vida en Texas.

Estos contactos con personas otomíes que poseían capitales sociales relacionados al conocimiento de la Metroplex, fueron los primeros que brindaron hospedaje -al menos por un tiempo inicial- a los recién llegados, y también fueron los facilitadores para el acceso, establecimiento y conocimiento de las dinámicas cotidianas que se generan en la Metroplex.

La mayoría de los migrantes solían ir a rentar primero con sus familiares o conocidos a un departamento o casa compartida, y al tener una estabilidad económica, buscaron independizarse. Esto fue común para los hombres que lograron una reunificación familiar o que consolidaron una relación amorosa en la

Metroplex, razones por lo que buscaron un espacio aparte para llevar a cabo su vida en pareja.

Lograr independizarse puede llevar un tiempo, porque en un primer momento los migrantes se enfocan en trabajar y ahorrar lo que es indispensable para: 1) saldar las deudas generadas por el desplazamiento migratorio -incluido el cruce fronterizo-; 2) pagar la renta, servicios y alimentos a las personas que les brindaron hospedaje y 3) la necesidad de empezar a enviar dinero a sus pueblos en forma de remesas para ayudar a familiares y para saldar las cooperaciones que se tienen que enviar a las autoridades comunitarias en el pueblo.

Para una pareja que recientemente llegó a Texas, se vuelve de alta importancia que la mujer trabaje, es decir que busquen algún empleo remunerado, pues sin un salario para saldar las deudas es difícil que el hombre -en condición de indocumentado al igual que su pareja- pueda sostener los gastos de la renta de un departamento por sí solo, aún cuando renten en una zona periférica de la Metroplex.

María, que hoy día se encuentra sin empleo, ha buscado la manera de apoyar en los gastos de la renta del departamento en el que vive con su ex pareja: “Dejé de trabajar y el papá de mi hija mayor vino y paga la renta y yo pago la luz, el gas y el agua. Como yo cuido niños de ahí voy sacando poco a poquito. Y a mi hija Selena le depositan también [su papá], y ha estado medio batalloso [sic], pero gracias a Dios aquí estamos y no hemos necesitado de nada” (Entrevista a María).

Las rentas de los apartamentos ubicados en los suburbios de la Metroplex de DFW pueden ascender a 900 dólares mensuales más servicios de gas, agua, luz e internet, esto en un barrio de hispanos como en el que habita María y sus hijas en North Dallas. Estos departamentos cuentan con una cocina integral, sala-comedor, una habitación y un baño, en total tienen una extensión de unos 70 a 80 m².

Los hombres otomíes que llegaron sin su pareja o están solteros, prefieren rentar con otros hombres que estén en una situación similar, así saldan los gastos apoyándose los unos a los otros y les sale más económico porque se dividen la renta entre varios y hay veces que viven en el mismo departamento de entre 6 hasta 12 compañeros de piso.

En estos apartamentos de hombres se tienen que acondicionar los espacios de sala y comedor con camas, catres y sillones en los que cada uno de ellos tiene su espacio para dormir. Aunque las condiciones no son las óptimas para descansar y tener privacidad, es una alternativa viable para gastar lo mínimo en rentas y ahorrar dinero.

La pareja actual de María, Mariano -un hombre nahua de la región de la Huasteca de Hidalgo- comparte su departamento con cinco hombres otomíes de diferentes pueblos de Hidalgo que conoció cuando éstos llegaron a trabajar a Dallas.

María piensa que ese tipo de espacios que están abiertos para paisanos son alternativas importantes para los hombres otomíes que se encuentran solos porque así se ayudan a partir de identificarse como hidalguenses. Estas identificaciones, en tanto a la identidad étnica, hace que las personas se ayuden a conseguir vivienda, transporte (*rai*) y trabajo, tal como lo expresa María, lo cual es imprescindible para acoplarse a la Metroplex.

Aunque Mariano no comparte la misma identidad étnica que María, él ha tejido redes con los otomíes desde que llegó a la Metroplex y eso hace que continúe brindando apoyo a esos hombres otomíes que se encuentran escasos de los mismos:

He conocido a los muchachos que llegan sin apoyo de familiares. El papá de mi hija vive solo en un apartamento aquí cerca en North Dallas y llegó una temporada en la que llegaron unas personas que son igual de Ixmiquilpan por allá cercas, creo que son de Tasquillo, y no sé quién de los muchachos le dijo a Mariano que si les podía dar posada a los muchachos, y eran como 5, uno sí ya había vivido con él. Y los otros muchachos no sabían dónde iban a vivir ni nada y Mariano les dio asilo en el apartamento, no sabían ni quiénes eran y les ayudó.

Y así, entre todos los muchachos les hablan a las personas con las que han trabajado y les dicen: “¿Tienes trabajo? porque tengo aquí unos muchachos que necesitan trabajar” y los conectan.

Eso he visto en que son amables para brindarles el techo y en darles apoyo para que consigan el trabajo y a veces hasta el *rai* y los que necesitan porque a veces sí está difícil conseguir trabajo, y más para ellos como hombres, es difícil, y también conseguir dónde vivir porque uno tiene que tener quien sabe cuántos papeles para que les den el apartamento en dónde vivir. Y así se van ayudando. (Entrevista a María).

María piensa que es el precio de la renta, el trabajo y también la familia lo que va a configurar el asentamiento de los otomíes en la Metroplex. Ella se encuentra cerca de su tía, pero en la ciudad contigua tiene más familia a la cual visita con frecuencia:

La gente va buscando sus lugares, sus espacios para trabajar y van buscando un lugar dependiendo de cómo estén las rentas, más que nada, porque hay lugares bien caros y unos más baratitos, y entonces la gente va preguntando y va buscando y dependiendo de eso se van moviendo para donde más les conviene. Y es de todos lados hay de diferentes lugares, aquí en North Dallas hay de San Juanico, de Puerto Dexthi, otros de Remedios, están así, pero por diferentes lados, y se acoplan a sus trabajos y las rentas. (Entrevista a María).

Como las personas otomíes viven dispersas en las diferentes ciudades de la Metroplex se valen de las tecnologías como el *smartphone* y el internet para mantenerse en comunicación con familiares y conocidos que habitan en ciudades contiguas o que se encuentran en otros estados como son Georgia, Carolina del Norte, Oklahoma, etcétera. La identidad étnica que los hace identificarse como otomíes de Ixmiquilpan les ha permitido fortalecer vínculos entre familiares cercanos y lejanos, de compadrazgo, entre vecinos del mismo pueblo, o simplemente con las personas otomíes de otros pueblos que llegan a encontrarse en Estados Unidos.

Los otomíes de El Valle del Mezquital -que se auto reconocen como tal- se encuentran con otros otomíes en la Metroplex y al reconocerse como paisanos manifiestan su pertenencia al grupo étnico a través de tres marcadores culturales que son: 1) el apellido y la familia de la que provienen; 2) el pueblo en el que nacieron y 3) lengua *hñähñü*²³.

La pertenencia a una familia también es importante para los otomíes debido a que los apellidos de los hombres demarcan barrios al interior de los pueblos, y puede pasar que existan malas relaciones entre los que se apellidan “Jiménez” y los que se apellidan “Ramírez”. Esto imposibilita entablar lazos de amistad, parentesco o alianza entre sujetos pertenecientes a barrios en confrontación.

Es común que a raíz de estas divisiones ellos tiendan a agruparse en primer lugar, con sus familiares, y en segundo lugar con personas de su pueblo natal, ya sea: San Juanico, La Palma, El Espíritu, El Durazno, El Olivo, Orizabita, Remedios, El Dexthi, El Espíritu, etcétera. Saber de qué pueblo es cada persona resulta relevante en la medida en que las pugnas por el territorio que existen en México

²³ En último marcador que es la lengua, no es un marcador decisivo ya que no todos los otomíes saben hablar el *hñähñü*.

suelen traspasar las fronteras y generar segregación de los otomíes migrantes en Estados Unidos.

La lengua *hñähñü* es importante para los otomíes que viven en la Metroplex porque a través de ésta pueden comunicarse en sus trabajos, en los que hay hispanos, sin que sepan de lo que están hablando. Es una forma de comunicación íntima, y que excluye a todos los no otomíes de sus conversaciones.

Los otomíes echan mano de estos referentes al entablar comunicación con otros y éstos son indicadores que guían las interacciones sociales que pueden ser amistosas, de enemistad o de indiferencia. También son importantes para diferenciarse de los no otomíes o de los mestizos²⁴ de Ixmiquilpan con los que comparten algunos rasgos culturales -porque habitan en la misma región de Hidalgo-, pero con los que no comparten la identidad étnica otomí.

La Metroplex de Dallas-Fort Worth tiene dimensiones grandes ya que se conforma por 12 condados y contiene 11 ciudades que tienen, según el censo de 2013, entre 100,000 habitantes -la ciudad más pequeña que es McKinney- y 2,000,000 de habitantes -en la ciudad más grande que es Dallas-.

Los otomíes llevan habitando la Metroplex al menos desde finales de la década de 1980 y en ese tiempo han tenido la oportunidad de explorar y descubrir diversos espacios de la misma; conocen la dispersión de los asentamientos y la lejanía entre una ciudad, así como los *freeway* que tienen que utilizar para ir de una ciudad a otra, etcétera.

El señor Quirino que es del pueblo de San Juanico opina que no pueden vivir todos juntos los del mismo pueblo porque: “Aquí no puedes vivir en una misma colonia porque hay diferentes trabajos. No podemos estar todos juntos del pueblo porque no hay trabajo. Son diferentes trabajos los que nos tocan. Por ejemplo, si no te gusta un tipo de trabajo te vas a otro lugar. Si te gusta ese trabajo ahí te quedas, pero si no te vas a otro Estado”. (Entrevista a Quirino)

²⁴ Me refiero a los mestizos de Ixmiquilpan como al grupo de personas que son habitantes del centro de Ixmiquilpan y que pueden tener algún vínculo con familiares otomíes, pero que no vivieron en un pueblo otomí y no saben hablar el *hñähñü*. Estas personas comparten costumbres y tradiciones de la región otomí del Valle del Mezquital, pero no se autodenominan como otomíes.

La movilidad de los otomíes por Estados Unidos es algo común, donde lo principal es encontrar un trabajo que se ajuste a las necesidades, ya sea en el campo o en la ciudad, y también son importantes los salarios y las personas conocidas que viven en los diferentes estados. En la Metroplex los trabajos son en servicios como en la construcción o en el cuidado y limpieza para las mujeres, aunque como lo explica Quirino, existen diferentes trabajos por los que pueden optar en los diversos estados:

Aquí no hay rancho para trabajar en el campo pero si te vas a Florida, Alabama, Tennessee ahí sí hay ranchos con trabajos para recoger jitomates. Ahí están muchos mexicanos, ahí los pobres mexicanos están con sus cubetas bien prietas, negros. Pero les gusta esos trabajos por eso ahí están ellos. En este lado hay puros trabajos de construcción de casas. Aquí si no ganas bien te tienes que mover a otro lugar de dónde se gana otro poquito más. Por esta situación no podemos estar unidos todos. Uno se mueve si no gana bien y se mueve a otro Estado si no le gusta ese trabajo en la ciudad y se va hasta esos estados de Nueva York, Chicago. Norte de Carolina hay trabajos en el campo, y en Wauchula ahí hay puras naranjas, y en Norte de Carolina puras papas y construcción de casas igual que aquí en Dallas, que es pura construcción de casas. (Entrevista a Quirino).

Debido a que la Metroplex de Dallas-Fort Worth mide unos 26,000 km², y cuanta con una extensa red de carreteras o *freeway* -que conecta las más de diez ciudades que concentra la Metroplex-, los otomíes han optado por instalarse en diversos puntos de esta región²⁵. Esto ha creado un asentamiento disperso de los otomíes por lo que hasta la fecha no han creado un barrio otomí en la Metroplex similar al que sí han conformado en la ciudad de Clearwater en Florida (Schmidt y Crummett 2004; Fortuny y Juárez 2007).

En el siguiente cuadro (ver tabla 2) se presentan datos sobre el asentamiento de familias provenientes de tres pueblos otomíes, que son: San Juanico, La Palma y el Barrio de la Otra Banda, todos localizados en Ixmiquilpan, Hidalgo. La intención de este cuadro es visualizar con estos ejemplos los patrones de asentamiento de los otomíes, en relación con el parentesco y a la oferta laboral que tienen en la Metroplex de Dallas-Fort Worth.

²⁵ Los otomíes de Ixmiquilpan habitan en al menos ocho de las ciudades más importantes de la Metroplex, que son: Fort Worth, Arlington, Dallas, Garland, Mesquite, Richardson, Plano y Euless.

PUEBLO NATAL ²⁶	PERSONAS	LUGAR DE RESIDENCIA
San Juanico	Raúl y Brígida (La Palma)	Garland
	Erika y Erik (El Bohai)	North Dallas
	María y Mariano (Huasteca hidalguense)	North Dallas
	Antolín	Garland
La Palma	Candela y su pareja	Plano
	Rube	Plano
	Alfe	Fort Worth
La Otra Banda	Isabel y Julián	Arlington
	Humberto y Elena (El Olivo)	Fort Worth
	Adalberto y Adela (Guanajuato) y Ulises	Fort Worth
	Magos	Fort Worth
	Clotilde	Fort Worth
	Edén y su esposa	Fort Worth
	Inés y Ana	Fort Worth

Tabla 2. Relación de entrevistadas y sus familiares en relación con el lugar en donde habitan en la Metroplex de Dallas-Fort Worth, Texas. Elaboración personal

San Juanico

Para el caso de San Juanico, tenemos al señor Raúl y a su esposa Brígida -quien es oriunda de La Palma- quienes mantienen un asentamiento patrilocal tal como se realiza en El Valle del Mezquital. Y en los casos de María y Erika que son sobrinas de Raúl, y tienen 29 y 30 años respectivamente, ellas tienen formas diferentes de asentamiento y han generado cambios en relación con la generación de sus padres en tanto vivir su etapa de mujeres jóvenes, casadas, sin tanta vigilancia.

María vive con su ex pareja en un departamento en North Dallas, y su actual pareja es su vecino. Ahora María no trabaja, pero su pareja Mariano está en la pintura de casas y se desplaza a su trabajo en su coche.

Antolín vive en la casa de su tío Raúl en Garland, y él renta con ellos, como Antolín sale a trabajar seguido a los estados de Oklahoma, Virginia y diferentes ciudades de Texas, reside por temporadas cortas en Garland, se va a trabajar y regresa.

²⁶ La familia la entiendo como personas que no necesariamente viven bajo el mismo techo, pero que mantienen fuertes relaciones entre sí. En el caso de la familia de La Otra Banda, existe una fractura en las relaciones familiares a raíz de la separación de Adalberto y Clotilde.

La Palma

Candela quien es de La Palma vive en Plano, que es la ciudad en la que ha vivido siempre desde que llegó a vivir en la Metroplex a poyada por sus hermanos, desde que ella llegó a trabajar a Plano, tuvo que aprender a manejar un coche para poder cubrir dos jornadas laborales al día, ya que tenía que mantener a sus 4 hijos sola y además por ser considerada ciudadana otomí en su pueblo, ha tenido que enviar mensualmente cooperaciones a su comunidad, para que le permitan tener a sus hijos en el pueblo.

Rube es hermano de Candela y vive Plano en un departamento que renta con su hermano. Él ha trabajado siempre doble jornada laboral al día, y además es mecánico y trabaja los fines de semana reparando los coches de sus conocidos, por ejemplo, ha ido los fines de semana a reparar la camioneta de Raúl en Garland. Para él es importante andar en su coche por la Metroplex, ya que es su medio de transporte para llegar a sus diversos trabajos.

Alfe vive en Fort Worth con unos primos, y trabaja en una compañía de electricidad que está en Mesquite, como la distancia es bastante larga y por la que necesita de su coche para moverse. También como otra buena parte de sus familiares viven en Plano, es importante para él tener un coche para moverse.

La Otra Banda

Las personas de La Otra Banda viven en su mayoría en la ciudad de Fort Worth, pero Isabel, su esposo y sus hijos viven en Arlington, aunque trabajan en la pulga de Mansfield que está en Fort Worth.

Humberto y su esposa Elena viven y trabajan en Fort Worth y dado que dos de sus negocios se encuentran en su casa no tienen necesidad de desplazarse mucho, salvo cuando van a sus negocios en la pulga de Mansfield.

Adalberto vive con su pareja Adela, quien es de Guanajuato, y con él vive también su sobrino Ulises quien es hijo de su hermano Gerardo. Ellos viven en Fort Worth, y trabajan en la Gran Plaza, por lo que el recorrido es cercano de su casa al trabajo y para desplazarse utilizan el coche. Adela trabaja atendiendo el puesto de Humberto en la pulga tres veces a la semana y su pareja la lleva y la trae del trabajo.

Magos vive con su hermana mayor en Fort Worth, ellas dos rentan un departamento para las dos, decidieron salirse de la casa de su papá que está en Arlington, porque en Fort Worth trabajan en una casa de envío de dinero que es de su tío Adalberto.

Clotilde vive en Fort Worth, con su hijo Adán, su nuera y sus nietas, ella trabaja en la Gran Plaza y su trabajo le queda cerca, así que cuando va al trabajo la lleva su hijo. Y cuando se queda en su casa se encarga del cuidado de sus dos pequeños nietos.

Inés y Ana viven juntas en un departamento en el *northside* de Fort Worth, el departamento les queda cerca del trabajo así que pueden ir y venir tranquilamente en el coche, ambas saben manejar así que tienen libertad de movimiento.

A manera de conclusiones, las identidades étnicas aquí discutidas con enfoque de género en un contexto migratorio se transforman y dan paso a lo que Femenías denomina “identidades complejas”.

Este proceso de transformación de las identidades implica en buena medida la negación de su origen indígena. Los hombres se valen de la lengua materna para comunicarse y así fortalecer las relaciones interétnicas con otros otomíes de Ixmiquilpan que habitan en la Metroplex. Aunque no todos hablan la lengua *hñähñü*, este elemento de identidad no es un requisito para identificarse con la cultura otomí de El Valle del Mezquital.

A partir de los datos etnográficos y de las entrevistas que recuperadas con mujeres otomíes en la Metroplex de Dallas-Fort Worth se logró una interpretación de los datos desde un marco conceptual feminista que ayuda a develar la primacía del hombre sobre la mujer dentro de los procesos migratorios.

En el siguiente capítulo se explorarán las redes sociales que las mujeres otomíes generan en el contexto de la Metroplex las cuales reflejan la importancia de la creación de “lazos débiles” con mujeres no otomíes. Según Granovetter, estos se conforman por las interacciones que las personas generan con gente que se encuentra lejos de su círculo familiar. A través de estudio de las familias, se conocerán los diversos espacios laborales que las mujeres ocupan en la Metroplex de Dallas-Fort Worth.



Imagen 1. Composición fotográfica en donde se muestra una reunión familiar de fin de semana en Garland, Texas. El motivo fue para mirar por televisión la pelea de box que tendría el "Canelo" contra "Smith" en el AT&T Stadium de Dallas en septiembre de 2016.



Imagen 2. En la composición fotográfica se muestra una fiesta infantil en la ciudad de Mesquite en septiembre de 2016. La fiesta fue por motivo del bautizo de una niña cuyo padre es originario del pueblo de El Bondhó, Ixmiquilpan, Hidalgo. A la fiesta asistieron personas otomíes originarios de diversos pueblos de Ixmiquilpan, que residen en la Metroplex de Dallas-Fort Worth en Texas.



Imagen 3. Composición fotográfica donde se muestra un día de campo en Kingsland, Texas, en noviembre de 2016. Se muestra la elaboración de la Barbacoa de Borrego, estilo Ixmiquilpan. La convivencia familiar se realizó con motivo de la celebración del Día de acción de gracias.

CAPÍTULO 4

MUJERES OTOMÍES, TRABAJO Y REDES

El presente capítulo se centra en el trabajo de las mujeres otomíes que han realizado una migración laboral, proveniente del municipio de Ixmiquilpan con destino a la Metroplex de Dallas-Fort Worth en el norte de Texas. Los apartados que se presentan en este capítulo han sido generados a partir de al menos tres diferentes fuentes que son: las investigaciones sociales realizadas en la región otomí de El Valle del Mezquital, estado de Hidalgo; de la propia observación en diferentes sitios de trabajos -formales e informales- en la Metroplex, y de las citas provenientes de 10 entrevistas a profundidad realizadas a mujeres otomíes que han tenido trabajo remunerado en Texas.

El objetivo de este capítulo es conocer los casos de las familias otomíes que conocí en la Metroplex y entender cómo los roles de género están relacionados con los trabajos que ahí desempeñan. Así mismo, se conocerán las transformaciones en las relaciones de género entre otomíes cuando se presenta un espacio de oportunidades económicas para las mujeres, mismas que logran empoderarse favorablemente de esta situación.

A partir de las diversas trayectorias laborales de mujeres se propone analizar cuatro aspectos. El primero es ubicar los primeros años de trabajo dentro de la lógica de las unidades domésticas campesinas otomíes y mostrar a qué edades las mujeres ingresan a trabajos asalariados fuera y dentro de sus localidades en Ixmiquilpan, así como los tipos de trabajos en que se empleaban en México, como solteras o como casadas.

El segundo aspecto se discurre sobre los trabajos que las mujeres y los hombres otomíes realizan en el Norte de Texas a partir de una división sexual del trabajo que se establece en Estados Unidos. Adicionalmente, se aborda el tema de la feminización del trabajo en la migración desde la postura de María Luisa Femenías (2011), quien teoriza sobre los cambios en las identidades de género de hombres y mujeres migrantes a raíz de la precarización del trabajo asalariado.

El tercer aspecto es mencionar los casos de mujeres provenientes de Ixmiquilpan que trabajan actualmente en empresas familiares o personales. En este apartado se busca comprender los cambios que se han generado en las identidades étnicas y de género a raíz de la migración laboral femenina, misma que ha propiciado el empoderamiento de algunas de estas mujeres trabajadoras.

Por último, el cuarto aspecto se centra en las mujeres nacidas en Ixmiquilpan se han valido de redes para encontrar trabajo en la Metroplex de Dallas-Fort Worth. Para conocer cómo han obtenido esos trabajos, se realiza una breve revisión de sus trayectorias laborales en la Metroplex de DFW, enfatizando las relaciones que las migrantes tenían con las personas que las recomendaron en los trabajos. De esta forma se trata de visibilizar los capitales sociales que estas mujeres han generado a manera de redes sociales, mismas que han utilizado para lograr la inserción laboral como obreras o trabajadoras del servicio doméstico en la Metroplex de DFW.

4.1 El trabajo de mujeres otomíes en México

Todas las mujeres otomíes son parte de unidades domésticas: “la unidad doméstica se integra por todos los miembros del grupo que tengan afinidad o consanguinidad sin que necesariamente coman, duerman o vivan en la misma casa, pero que sí se relacionan con los procesos reproductivos y de consumo de manera general, sin importar el lugar o el tiempo en donde se realice” (Sandoval-Forero 1994:52). Esto implica que cada una de ellas se encuentra inmersa en redes familiares en las que cumplen, al igual que cada integrante de la unidad doméstica, papeles colaborativos para la reproducción de la misma. La mayoría de las familias²⁷ campesinas otomíes se encuentran en condiciones de pobreza lo que es un factor decisivo para que se emprenda el éxodo migratorio -de corte nacional e internacional- en la cual las mujeres han formado parte.

²⁷ La familia campesina e indígena otomí, es sólo una parte de las unidades domésticas: “La familia es un subconjunto del grupo doméstico, es decir que se encuentra organizada y vive bajo el mismo techo” (Sandoval-Forero 1994:52).

En la década de 1980, década en la que inició la migración otomí con destino a la Metroplex de Dallas-Fort Worth, el antropólogo Roger Bartra en la década de 1970 comentó sobre las condiciones económicas de este grupo étnico perteneciente a El Valle del Mezquital en Hidalgo: “Esta región de México, desde hace decenios, ha significado el ejemplo más notorio de miseria y explotación” (Bartra, 1974:459).

Los indígenas otomíes trabajan la tierra de forma colectiva para reproducir una vida campesina la cual se enfoca en el autoconsumo. El número de integrantes de la unidad doméstica es el que determina la cantidad de insumos que se requieren para la misma; al haber un número grande de personas, la necesidad de suministros promueve la movilidad de algunos miembros de la misma, para que éstos se empleen fuera y contribuyan con dinero para completar los gastos necesarios para la reproducción de la unidad doméstica a la que pertenecen (Sandoval-Forero 1994).

Las personas que salen a trabajar fuera de la región de El Valle del Mezquital se incorporan en el sector industrial o de servicios en las grandes ciudades de México y de Estados Unidos. Las mujeres otomíes han trabajado como empleadas domésticas en la Ciudad de México y en el Estado de México (Dow 2000). La migración, de corte internacional, se ha convertido en una práctica para la mayor parte de las familias otomíes de esa región, desde la década de los noventa del siglo pasado (Rello y Saavedra 2013).

Estas mujeres se han relacionadas laboralmente con el “servicio doméstico” concepto que resulta útil para analizar temas de trabajo desde una perspectiva de género: “[El servicio doméstico] nos permite ver más allá de las relaciones laborales que se tejen entre trabajadores y empleadores, y analizar la asimetría de sus relaciones desde otras dimensiones: la edad, el género, la etnicidad y la ciudadanía”. (Durin, De la O, y Bastos 2014:27).

Los estudios centrados en el servicio doméstico han hecho un especial énfasis en hablar de las violencias laborales que recaen sobre las mujeres de este sector porque existe el prejuicio de que en “los trabajos del hogar” no es necesario tener habilidades ni un entrenamiento particular. Esto marginaliza a las

trabajadoras, por lo que esos trabajos son tomados por las mujeres más pobres, de sectores rurales y con una escasa educación. (Durin, De la O, y Bastos 2014:28).

Según María Félix Quezada (2008) las mujeres otomíes tienen una tradición como trabajadoras en el servicio doméstico, pues ellas migraron entre 1930 y 1980, principalmente hacia la Ciudad de México, y destaca que a partir de la década de 1990 comenzaron una migración internacional con destino a Estados Unidos.

Es en esta primera etapa de migración laboral femenina con destino a la Ciudad de México, donde se encuentra el caso de Brígida quien trabajó en el año de 1977 para una familia de la colonia Condesa, como trabajadora doméstica de planta:

Me llevaron a la Ciudad de México y mi hermana la mayor ya había ido, ella fue la que se empezó a ir. Y yo llegué y dije “¡oh! ¡La Ciudad de México!”. Me fui creo a los 13 años, o sea, muy chiquita, jovencita... ¡niña! [risas]

Mi hermana tenía como 15 años y por necesidad se salió y fue a buscar trabajo, para ayudar lo poquito que se podía. Mi hermana trabajó en la Narvarte y yo en la Colonia Condesa. En la Condesa estuve poco más de un año. Me trataron bien porque me empezaron a comprar mis zapatos, ¡mi uniforme! Yo estaba feliz [risas], estaba feliz porque lo que me estaban pagando no lo estaba yo usando, tenía yo mi guardadito, pero ahí duramos como 4 meses de cuando me llevó mi hermana.

De ahí agarré mi dinerito. Yo le llevaba a mi mamá dinero, la primera vez al pasar 4 meses y les llevamos a ella y a mi papá, y así empezó la vida... (Entrevista a Brígida).

Candela también migró a trabajar en la Ciudad de México -trece años después que Brígida- como trabajadora doméstica de planta en el año de 1989 cuando tenía 14 años: “Yo tenía ganas de seguir estudiando, pero yo fui la mayor de 7 hermanos y mi papá vio que no teníamos la posibilidad, y tenía ganas de seguir, pero ya no se podía y entonces fui con otras primas que estaban trabajando en la Ciudad de México”. (Entrevista a Candela).

Las redes laborales, de los dos ejemplos citados anteriormente, demuestra cómo estas mujeres en su migración nacional se apoyaron en redes femeninas, en este caso con familiares, para conseguir trabajo. Estas dos mujeres migrantes solteras tuvieron la obligación de enviar dinero a su padre, tal como lo narró Brígida.

Existen otras actividades -que no son la migración- en las mujeres otomíes participaron para ayudaron a sus unidades domésticas, por ejemplo, con trabajo doméstico, apoyo en la agricultura y/o en negocios familiares. Las mujeres solteras, de no emplearse en el trabajo doméstico en la Ciudad de México, ayudaron a sus

mamás en actividades comerciales, típicas de la región de El Valle del Mezquital, por ejemplo, en la fabricación y venta de productos realizados a base de lechuguilla (agave del que se extraen fibras naturales), en la elaboración y venta de alimentos o pulque y en negocios de fines de semana -como es la producción y venta de barbacoa de borrego-.

Isabel recuerda sus actividades cuando estaba soltera en Ixmiquilpan, a mediados de la década de 1890, a ella por ser la única mujer de sus hermanos le tocaba ayudar a su madre:

Mis padres eran comerciantes, mi mamá vendía tamales, vendía comida corrida, a veces sólo vendía consomé, y yo le ayudaba a mi mamá a hacer los tamales y a venderlos al otro día. Y mi padre se dedicaba a la compra y venta de ganado y como el trabajo de él era un trabajo más rudo, que es la ganadería, pues casi no tenía participación ahí. De vez en cuando traía chivos y puercos pues sí, darle de comer a los puercos, que sacar a los borreguitos a pastorear y así. (Entrevista a Isabel).

Mujeres más jóvenes como María y Erika -de 29 y 30 años-, quienes están casadas y viven en North Dallas, recuerdan que antes al estar solteras trabajaron atendiendo negocios mismos que se ubicaban en el municipio de Ixmiquilpan. Erika atendía una tiendita familiar que era de su papá y que estaba dentro del pueblo de San Juanico, en cambio María era empleada en una tienda de abarrotes que estaban en el centro de Ixmiquilpan:

Yo me metí a la prepa y la terminé y me entró la idea de trabajar y le dije a mi mamá me voy a meter a trabajar un año y ya luego me voy a poder meter a estudiar otra vez... y fui a aplicar a una tienda de abarrotes y estuve acomodando las cosas y después me pasaron de cajero. Primero estuve en el área de menudeo, luego en el área de mayoreo y era bonito porque tenía contacto con toda la gente, platicaba, los clientes llegaban, te platicaban y aparte te hacían su pedido. (Entrevista a María).

Por último, narro el caso extremo de Brígida cuando niña y quien tuvo que trabajar en el empleo doméstico desde que tenía 9 años, momento en el que fue enviada a trabajar como empleada doméstica de planta a la casa de una familia en Ixmiquilpan:

Yo estaba en la escuela en ese entonces, estaba en primero de primaria, apenas estaba yo comenzando... y no teníamos para los útiles ni para vestirnos... y mi papá dice: "hija te vamos a mandar a trabajar con una familia en San Nicolás en un pueblito cerca de Ixmiquilpan y te van a mandar a la escuela, vas a estar mejor allá, te van a comprar

ropa, te van a comprar calzado, vas a comer mejor”, y yo dije: “pues, si me van a comprar ropa y me van a mandar a estudiar a una escuela mejor pues ¡yo voy!”

Yo estaba muy inocente para entonces, nunca, pero nunca le pregunté a esas personas si me tenían que pagar a mí, sólo sé que trabajé tres años ahí sin recibir un sueldo...

Me mandaban los lunes a traer el mandado, la señora ya estaba allá. Y en las mañanas me levantaban temprano para estar en el molino y ya en las tardes me mandaban pero a traer el pulque y yo en el resto del día lavaba los trastes, le daba de comer al ganado y todo tipo de quehacer de la casa y yo estaba esperando a que me mandaran a la escuela y nunca me mandaron, nunca fui a la escuela. Solamente me la pintaron bonito [risas] y... yo tan inocente nunca le pregunté a mis papás qué fue del pago. (Entrevista a Brígida).

Estas mujeres otomíes, cuando se encontraban solteras y estaban en México tuvieron trabajos de diferentes índoles, todos encaminados a la ayuda del sustento de sus unidades domésticas; algunas fueron migrantes a la ciudad de México, otras trabajaron en negocios familiares, y todas ayudaron con trabajo doméstico en sus hogares. En todos los casos estas jóvenes mujeres se encontraron dentro de redes familiares que fueron las que les permitieron acceder a esos trabajos.

La pobreza fue un factor que hizo que ellas sobre todo las de mayor edad, como Brígida, Candela e Isabel, no pudieran continuar con sus estudios -aunque tenían la inquietud de seguir en la escuela-, teniendo que interrumpir sus estudios, algunas desde la primaria como Brígida y otras en la secundaria como Candela e Isabel.

El caso que presenta mayor violencia es el de Brígida -la mayor de las entrevistadas y que hoy día tiene 54 años- quien recuerda una gran pobreza, que fue la principal razón por la que sus padres la enviaron a trabajar desde tan corta edad, situación que la orilló a dejar sus estudios desde los primeros años de la primaria, por lo que ella expresa: “no tuve infancia”.

Erika y María que son las más jóvenes de las entrevistadas pudieron terminar sus estudios de la preparatoria; incluso, María expresa que sus papás la apoyaron para que continuara con sus estudios: “Yo iba a la escuela y me quedaba con mi abuelita y mis hermanas y cuando terminé la secundaria entré a la preparatoria y mi mamá me estuvo apoyando junto con mi papá, aunque mi papá no estaba [porque él vivía y trabajaba en Texas desde la década de 1980], pero él quería que nosotras estudiáramos. Yo me metí a la prepa y la terminé”.

Es importante ver que la migración laboral de los hombres, que empezó desde la década de 1970, fue una alternativa de cambio en sus unidades domésticas, lo cual favoreció a las mujeres y es claro al ver los casos de María y Erika, ya que ambas tenían a sus papás trabajando en Texas, situación que fue importante para que pudieran continuar sus estudios de secundaria y preparatoria, ya que ambas recibían remesas para continuar sus estudios.

Estas mujeres jóvenes que pertenecen a una generación que contó con papás que habían migrado a Texas, fueron apoyadas con remesas enviadas por sus papás, desde Estado Unidos, para que ellas continuaran estudiando y aplazaran el momento de su ingreso al mercado laboral.

Esta es una situación completamente diferente a la que vivieron mujeres de generaciones más grandes como son Brígida, Isabel y Candela, quienes, por el contrario, tuvieron que migrar o trabajar en negocios familiares, desde edades tempranas, para apoyar con dinero a sus unidades doméstica las cuales estaban en una pobreza extrema, tal como lo narró Roger Bartra cuando visitó la región de El Valle del Mezquital a mediados de la década de 1970.

4.2 Trabajo en la Metroplex de DFW: división sexual del trabajo y feminización del trabajador migrante

Los trabajos que realizan los hombres y las mujeres otomíes en la Metroplex de DFW son diferentes, incluso hacen las solicitudes de empleo pensando en su género. La división sexual del trabajo es construida en todas las sociedades; Danièle Kergoat, lo explica de la siguiente manera: “las situaciones de los hombres y de las mujeres no son producto de un destino biológico, sino que son antes que todo, construcciones sociales”, que -en las sociedades conocidas- genera una “designación prioritaria de los hombres a la esfera productiva y de las mujeres a la esfera reproductiva” (Kergoat, 2000 en Mazzei 2013:120).

Mujeres y hombres otomíes que trabajan en la Metroplex tienen incorporados ciertos roles de género que han sido aprendido desde sus localidades en Ixmiquilpan, tal como lo discutimos en el capítulo anterior. Recordemos que a las

mujeres casadas y a sus hijas mayores de 9 años se les ubica principalmente en el trabajo doméstico -cocinar, asear, venta de alimentos elaborados en el hogar y elaboración de textiles- y en el cuidado de menores, ancianos y animales domésticos. Son trabajos que les han sido impuestos desde pequeñas y que son considerados “propios” para las mujeres.

Los hombres viven con la experiencia de realizar trabajos que requieren mayor esfuerzo físico: “Cuando vivía en Ixmiquilpan, mis hermanos ayudaban a mi papá, él hacía un trabajo más rudo que es la ganadería” (Entrevista a Isabel).

Aunque no todas las mujeres otomíes tenían la experiencia previa de haber trabajado de forma remunerada en México, también habían desempeñado trabajo doméstico en sus unidades domésticas sin percibir sueldo por éste. El trabajo remunerado fuera del hogar es un complemento para cubrir las necesidades de la reproducción de la unidad doméstico.

Por su parte, los hombres en Ixmiquilpan, en su rol de proveedores, trabajan en el campo, en actividades pecuarias, elaboración de barbacoa, elaboración de pulque y en la construcción:

Yo trabajé desde chico, desde los 10 años en la milpa a desyerbar, desde la primaria empecé a trabajar, no fui a la secundaria. Yo me iba a pastorear, mi abuelito tenía un chingo de vacas y me gustaba andar en el cerro, se sentía uno contento de andar por ahí jugando, no había nada, no hay en el pueblo nada de droga ni nada. Lo que nos dedicábamos nada más era pastorear, pastorear y a la casa, nada de salir a la calle ahí no había nadie. (Entrevista a Erik).

Sergio, quien tiene documentos de ciudadanía norteamericana y ha tenido la facilidad de ir y venir de México a Estados Unidos, piensa en las transformaciones de las actividades laborales de hombres y mujeres otomíes en los pueblos de Ixmiquilpan, en especial del pueblo en el que él nació y que se llama El Espíritu:

Recuerdo que en El Espíritu la gente tenía sus nopales, tenía sus lechuguillas, tenían sus magueyes, la producción de maíz y frijoles, entonces los ingresos que tenía la gente del eran de eso y también de la extracción el carbón, esos eran los medios para generar ingresos y para tener la subsistencia de las familias ese era lo más primordial. La gente se encargaba de sembrar, de cultivar, ahora sí ya empezaban a ver, a tener sus animales, porque la señora terminando de echar las tortillas, lavaba el metate, tenía un puerquito amarrado. Una vez creciendo ese animal, lo vendían. Mientras ¿qué hacía el señor? Pues vendía su cultivo o tallaba la lechuguilla. La señora se buscaba su tiempo para ayudarle al marido, era así haciendo ayates. Las cosas cambian y hoy en día el señor es profesor o licenciado entonces la señora a fuerzas va a ser profesora. (Entrevista a Sergio).

En Estados Unidos las personas trabajadoras pasan por una división sexual del trabajo lo que implica que los cuerpos sexuados de las y los trabajadores sean clasificados y estandarizados como aptos o no aptos para algunas actividades, algunos que nunca harían en su lugar de origen: “Pues trabajo es trabajo. Uno trabaja porque lo necesita. Pues sí he estado trabajando en la cocina un poquito. Cuando llegué a trabajar en la cocina en un restaurante de pizza que se llama Picasso Pizza. En ese entonces era un restaurante pequeño, ahora es un restaurante grande. Hace como hace 4 ó 3 años dejé de trabajar ahí, estuve 10 años ahí” (Entrevista a Rube).

Las mujeres otomíes al tener incorporado, por su rol de género, las labores del trabajo doméstico, al llegar a la Metroplex se han insertado principalmente en trabajos en donde se requirieran este tipo de servicios, es decir de limpieza cuidado de niños, elaboración de alimento, etcétera.

Los hombres prefieren emplearse en la construcción y dejan como segunda opción los trabajos que también desempeñan las mujeres como son de lavar platos, en limpieza o como ayudante en cocina:

Ya no trabajo en el restaurante italiano, porque el restaurante es de estar todo el día encerrado y como que se aburre uno y además el estrés... ya cuando uno tiene una responsabilidad en el restaurante es difícil la vida hay que tener todo listo..., y ahora estoy con los pintores, tengo dos meses, apenas estoy aprendiendo y me gusta más. (Entrevista a Leo).

La división sexual del trabajo sugiere que los cuerpos sexuados de hombres y mujeres poseen características disímiles de rudeza y fragilidad, los varones otomíes han ocupado los trabajos que son considerados “pesados”, “rudos” o “de tiempo completo”, mientras que las mujeres ocupan los que son vistos como “fáciles”, “poco demandantes” y “de medio tiempo”.

Al igual que en Ixmiquilpan, las mujeres indocumentadas trabajan en espacios techados o cerrados y del mismo tipo de los que desarrollaban en México. En Texas se dedican a trabajos remunerados de cuidado de los niños (mexicanos o norteamericanos), en limpieza de casas, hoteles, asilos, restaurantes, en cocina, de lavaplatos y muy pocas veces se emplean en fábricas. Como veremos más adelante algunas mujeres han logrado establecer un negocio propio, y en ningún caso encontré que residieran en su lugar de trabajo.

Por su parte, los hombres otomíes están más expuestos al sol y al frío de Texas porque los trabajos se realizan principalmente en el exterior, por ejemplo, en pintura de casas; colocación del *roofing* (las tejas de las casas), podando la “yarda” (cortar el pasto); en mecánica automotriz, lavado de coches, como obreros en la construcción. Pero también desarrollan trabajos al interior de edificios y negocios, como en: la instalación de cubículos para oficinas; de cocineros en restaurantes o lavando platos. Algunos que han logrado adquirir la residencia tienen un negocio propio que da servicio a otros mexicanos.

Las mujeres suelen desplazarse a sus trabajos en transporte público, pero en la época de frío o de lluvia y no hay este servicio, pueden llegar a perder su empleo. Muy pocas de ellas saben manejar, y dependen del apoyo de un hombre de su familia que las lleve y las traiga del trabajo en esa época:

Una aquí sufre, se sufre bastante cuando es el tiempo del hielo a veces si tienes carro, y no está bien el camino, las llantas se empiezan como a patinar y se resbalan y chocan los carros, y en el tiempo de las lluvias pues igual, la gente no puede estar encerrada, uno tiene que trabajar. (Entrevista a Brígida).

En general los trabajos -que desempeñan tanto hombres y mujeres en la Metroplex- demanda resultados continuos y eficientes lo que les deja poco tiempo para el reposo y la recreación. Aunque las mujeres estén bajo techo, tienen que desempeñar trabajos que les demandan productividad y alta eficiencia por parte de sus supervisores.

Brígida comenta que estuvo trabajando en un hotel en donde la ponían a hacer la limpieza de cincuenta cuartos en tan solo ocho horas, lo cual le comenzó a traer problemas de salud:

Salía toda presionada, con dolor de cabeza porque es mucha presión al decirte 'lo tienes que hacer si no, no te pago' y a mí me obligaban a hacer eso y pues sí me tenía que apurar para hacer mi trabajo y así de esa forma yo duré 3 años y 8 meses y estaba lejos y estaba cansada. Y creo que de ese tiempo hasta me empezó a dar migraña, había días que se me nublaba la vista y no podía detenerme porque tenía que seguir... (Entrevista a Brígida).

Ya que la mayor parte de los migrantes otomíes están como indocumentados en Estados Unidos, los trabajos que han realizado en la Metroplex, los han conseguido con “papeles chuecos” es decir con documentos de seguridad social

que pertenecen a otra persona. Dada esta condición, ellos no tienen los derechos laborales que sí tiene una persona con nacionalidad o residencia norteamericana:

Nosotros al estar aquí lo que caiga de trabajo, lo que sea: limpiando casas, haciendo limpieza en las oficinas, trabajando en restaurantes, lavando trastes, haciendo la comida o trabajando en hoteles como recamareras... en los hoteles muchos trabajan con papeles buenos y otros no... hay lugares que te pueden dar trabajo sin papeles y ahí gracias a Dios no nos han abierto las puertas. (Entrevista a Brígida).

Al estar sin documentos legales para trabajar se ven vulnerables frente a los bajos salarios, los horarios laborales más extensos y a los trayectos más largos. Además, es común que sean echados de sus trabajos cuando “checan los papeles”, que es una forma común de echar a los indocumentados de los trabajos.

Esto le sucedió también a Lupita, quien estaba trabajando en una fábrica de Submarinos en Arlington, junto con su esposo, su hermana y su cuñado: “Empezaron a chequear [sic] los papeles y ya fueron saliéndose todos los mexicanos de ahí. Fue cuando pasó todo eso del 9-11. Primero había mucho trabajo y luego ya empezaron chequear [sic] los papeles, y en sí ese trabajo en los sí era pesado”. (Entrevista a Lupita).

La vulnerabilidad de los migrantes otomíes en el mercado laboral estadounidense tiene un tipo de afectaciones en relación con las identidades de género de los hombres, según el trabajo de María Luisa Femenías (2011), en la migración internacional, los grupos de migrantes que ocupan espacios laborales con carencias diversas como la falta de prestaciones, los salarios bajos, o los trabajos más demandantes, son sectores sociales que están feminizados. Esto quiere decir que los trabajos que realizan están subvaluados frente a otros sectores laborales que presentan mejores condiciones:

Los procesos actuales de globalización redefinen no sólo el lugar de las mujeres, sino de todo aquel que por definición estructural quede feminizado. Se trata de un proceso complejo de inferiorización naturalizada donde los “otros” (mujeres, negros, pueblos originarios, migrantes, desplazados, pobres, marginales) deben ocupar sus lugares inferiores naturales y actuar en consecuencia como sostén de la jerarquía patriarcal, ahora en crisis, en vías de redefinición. (Femenías 2011: 97).

Las mujeres y los hombres otomíes viven una feminización de sus vidas laborales, es decir, son subvalorados frente a otros grupos sociales, por sus condiciones de género, de estatus migratorio y de raza; esto impacta directamente

en sus vidas laborales en Estados Unidos, situación que no les permiten acceder a trabajos mejor remunerados o con prestaciones laborales.

Erika narra su experiencia sobre cómo percibe tratos diferenciados en el trabajo por ser indocumentada; ella lo ve al convivir con otras mujeres que viven igualmente racializadas y marginadas -al ser negras y pobres-, pero Erika percibe que esas mujeres negras sólo por tener documentos legales para trabajar pueden negarse a recibir tratos denigrantes y de explotación laboral en el trabajo, cosa que Erika y las mujeres mexicanas no pueden hacer por tener los “pareles chuecos”:

Ahora estoy trabajando en un hotel limpiando cuartos y pues sí ahí con casi todo los que trabajo son gente sin papeles porque son los que más trabajan y a los que les pagan menos [risas], y son los que ahí quieren porque son a los que les sacan más el trabajo.

Ahí había una morena [mujer negra] y no trabajaba porque ella decía que quería todos sus derechos y a nosotros nos dan nada de beneficios, los días festivos ahí tenemos que trabajar, los días festivos es cuando hay más trabajo y por eso nos quieren ahí, y pues sí hay trabajo limpiando cuartos, haciendo camas, y es cansado y aquí con los niños, pues sí es cansado. (Entrevista a Erika).

Este tipo de circunstancias se pueden leer como feminización sobre el cuerpo de algunos sectores de la sociedad, y se ve claramente en como las condiciones laborales son diferentes para cada grupo social según la clase, la raza, el género y la condición etaria: “Tan sencillo te lo voy a poner, ¿quién corta el pasto? Un mexicano, ¿quién es el que anda en los restaurantes? Mexicano ¿quién es el que anda en la construcción? Mexicano ¿quién es el que anda haciendo el *roofing*? Mexicano”. (Entrevista a Sergio).

La feminización hacia los migrantes mexicanos indocumentados en Estados Unidos impacta igualmente a hombres y a mujeres; los hombres se encuentran “a la par” que las mujeres en tanto a los salarios, la explotación y la ausencia de prestaciones laborales, situación que pone en riesgo la identidad masculina frente a la femenina pues en el imaginario patriarcal los hombres deben ser valuados por encima de las mujeres. (Femenías, 2011).

Es importante revisar los salarios que reciben los otomíes sin documentos en la Metroplex, para pensar cómo se viven estos raseros salariales para hombres y mujeres migrantes sin documentos. En el trabajo masculino el mínimo que pueden

ganar por hora son 6 dólares, por ejemplo, como repartidores de pizza, donde deben poner su coche y la gasolina para poder ejercer dicho trabajo.

Otros hombres ganan 11 dólares la hora cortando la yarda -pero ese trabajo es de temporal porque cuando cae nieve en diciembre deja de haber trabajo-; otros ganan 12 dólares poniendo teja (*roofing*) o pintando casas, y los que ganan un mejor sueldo son los de la construcción que perciben 15 dólares por hora. Y el hombre otomí que más gana por hora es el que trabaja para una compañía de electricidad que le paga a 16.50 la hora, pero éste tiene papeles y además cuenta con estudios universitarios por el Instituto Politécnico Nacional de México.

En el caso de las mujeres ellas han encontrado trabajos que van desde el mínimo que es 6 dólares en un restaurante haciendo tortillas. Las mujeres que trabajan en la maquila ganan entre 7 dólares a 8 dólares por hora, y el *over time* que les suele convenir es de 11.50 dólares por hora. Las mujeres que están como recamareras en hoteles ganan alrededor de 8.50 dólares por hora. Y en limpieza ganan entre 8.50 dólares a 9 dólares por hora.

Los horarios que cubren mujeres y hombres pueden variar, el tiempo completo son 8 horas, el medio tiempo 4 horas, el *overtime* son las horas extras que se trabajan pasando las 8 horas reglamentarias de la jornada laboral diaria. Hay personas que trabajan en dos trabajos diferentes uno por la mañana y otro por la noche, por lo que en un día laboral están trabajando alrededor de 12 horas.

Los hombres son los que optan por tener dos trabajos, mientras que las mujeres están en un solo trabajo de tiempo completo, ya que al regresar a sus casas se encargan del trabajo doméstico como es limpiar, lavar la ropa y preparar la comida, actividades que siguen siendo consideradas en Estados Unidos como sus responsabilidades.

Las mujeres con hijos pequeños suelen dejar de trabajar para encargarse del cuidado de éstos, y en ese tiempo en el que se tienen que quedar en sus casas aprovechan para realizar actividades laborales complementarias para subsidiar algunos de sus gastos. Estas actividades complementarias son el cuidado de otros niños pequeños en sus departamentos, la elaboración de comida para hombres que

no tienen quien les prepare el “lonche”²⁸, la venta de productos por catálogo, entre otras.

Según Femenías, en la migración las identidades tienden a complejizarse por lo que las mujeres alcanzan a desarrollar espacios que les ayudan a tener agencia sobre sus vidas. Mientras que los hombres tienen que esforzarse y a trabajar más horas para que el rasero, que los mantiene a la par de las mujeres, vuelva a estimarlos por encima de las mujeres; es por esto que los hombres buscan trabajar más horas que las mujeres para percibir el doble de ingresos que ellas.

A la par, el trabajo doméstico que las mujeres desempeñan en sus hogares no es remunerado, lo que las vuelve a colocar por debajo de la productividad y de la supuesta “valía” de los hombres, pensando en los parámetros patriarcales que se utilizan para estimar el valor de los hombres sobre el de las mujeres.

Las mujeres otomíes que trabajan han logrado espacios de agencia porque pueden tener ingresos que las lleven a concretar sus proyectos de vida de una forma más o menos independiente en relación con los mandatos del patriarcado otomí. Y aunque las condiciones laborales que tienen en Estados Unidos no son del todo satisfactorias, han logrado buscar las maneras de poder paliar las violencias con las que les ha tocado lidiar en su migración -ya sea en el trabajo o dentro de su familia- y que tienen que ver con violencias estructurales como son el racismo, el clasismo y la violencia de género (machismo).

En el siguiente apartado comento el caso de una familia otomí en donde se encuentran diversas experiencias femeninas en el trabajo. Algunas trabajan al interior de negocios familiares que lideran los hombres y otras son dueñas de negocios que ellas mismas han emprendido y que administran por su propia cuenta. Las diferencias en cómo ellas se insertan en el trabajo en la Metroplex, así como qué tan dentro de las redes de los hombres se encuentran, es lo que brinda matices

²⁸ El “lonche” es la comida que llevan los hombres a sus trabajos, este es importante sobre todo para los que están en trabajos que demandan la movilidad de los trabajadores para la realización del mismo. Los trabajadores suelen llevarse una lonchera en donde llevan desde sus casas comida, agua y refrescos, mismos que consumen en la hora que les dan para tomar el lunch, momento en el que comen con sus compañeros del trabajo con la ventaja de no tener que gastar en comida preparada en restaurantes.

en los espacios de empoderamiento femenino que logran tener algunas de ellas con base en sus experiencias laborales.

4.3. El caso de una familia de El Barrio de la Otra Banda: mujeres, empresas familiares y transformaciones en las identidades de género

Ahora analizaré el caso de una familia migrante otomí perteneciente a El Barrio de la Otra Banda, que vive en el Norte de Texas desde la década de 1980. Éste lo narro desde una mujer, perteneciente a esta familia, llamada Isabel (Ego), quien migró a la ciudad de Dallas en el año de 1989 y compartió su historia migratoria.

Para reconstruir la siguiente historia familiar de migrantes, así como la genealogía que presento más adelante, realicé entrevistar a las cuñadas, sobrinas y hermanos de Isabel, personas con las que tuve la oportunidad de convivir en sus negocios en las ciudades de Fort Worth y Arlington.

La finalidad de este apartado está en poner el énfasis en los trabajos que han realizado las mujeres otomíes que conforma a este grupo doméstico -de El Barrio de la Otra Banda- en el Norte de Texas, y visualizar las redes de relaciones que se establecen entre familia consanguínea y familia afín para el auto empleo que han logrado generar a raíz de la implementación de diversos negocios familiares en la región del Norte de Texas.

Isabel tiene cuatro hermanos y una hermana, de los cuales tres viven en el Norte de Texas al igual que ella, y dos de ellos -el menor de los hombres y su hermana- viven en El Barrio de la Otra Banda en Ixmiquilpan, Hidalgo. Isabel recuerda que en la década de 1980 sus hermanos comenzaron a llegar a Estados Unidos:

Mis hermanos fueron los primeros en venir, hubo crisis en la familia, se acabó el capital de mi padre porque bajó mucho la venta de animales, no había dinero y los hermanos fueron los que decidieron venirse para acá. El primero que vino fue mi hermano mayor que es Adalberto es el papá de Inés y Adán, también vino Humberto y Javier, ellos fueron los primeritos en llegar. Corrieron con suerte y sí lograron pasar y aquí en Texas no los esperaba nadie, pero en el área de Dallas llegaron a encontrar paisanos de Ixmiquilpan y ellos les echaron la mano. (Entrevista a Isabel).

Los hermanos de Isabel se asentaron en el barrio de Oak Cliff en Dallas, y ahí trabajaron en un *car wash* varios años. En el año de 1986 sus tres hermanos mayores lograron arreglar sus papeles en la Amnistía, situación que fue importante para esa red migratoria familiar. Después, sus hermanos ayudaron a su esposo Julián -quien es originario de San Miguel, Ixmiquilpan- a migrar a finales del año de 1986: “Fue primero mi esposo con mis hermanos y ya después mis hermanos regresaron con papeles ya arreglados y mi hermano regresó a Hidalgo, y nosotros ya estábamos casados y como vio que teníamos necesidad, él nos propuso que nos ayudaba a que mi esposo se viniera para acá y así fue, tuvieron una cita para salir para acá y mi esposo se vino y estuvo en Dallas”.

Isabel fue la primera mujer de su familia que migró, con la intención de lograr la reunificación familiar con su esposo Julián, así que ella llegó con ayuda de un coyote a Dallas en el año de 1989.

Los tres hermanos mayores que ya vivían en Dallas estaban casados con mujeres otomíes que eran de Tasquillo, del Olivo y de San Nicolás; y ellos también decidieron llevarse a sus esposas a vivir con ellos a Dallas, por lo que “mandaron por ellas”, en diferentes momentos de la década de 1990, y las pasaron también con coyotes por la frontera. Las cuñadas de Isabel corrieron diferentes suertes estando en Dallas, a continuación, veremos qué fue de estas mujeres y cómo ha sido sus trayectorias laborales desde que llegaron a vivir en la Metroplex de Dallas-Texas.

Clotilde llegó en el año de 1992, ella es oriunda del municipio de Tasquillo -el cual se encuentra en la región de El Valle del Mezquital- y llegó a Dallas para alcanzar a su marido Adalberto. Ella tuvo con su marido tres hijas (Inés, Ana y Matilda) y un hijo (Adán), todos nacidos en México, y de los cuales Adán, Inés y Ana se encuentran viviendo en Fort Worth y su hija Matilda -quien estudio leyes en México- vive en Ixmiquilpan, Hidalgo.

Clotilde llegó a vivir, con su ahora ex marido en Fort Worth donde tuvo diferentes trabajos; ella le ayudó en los negocios -de envío de dinero y en el restaurante- que éste abrió en *La Gran Plaza*, un centro comercial en el que se

venden productos y alimentos mexicanos dirigido hacia los consumidores hispanos -el cual ya he mencionado en el capítulo 1-.

La relación de Clotilde y Adalberto terminó unos años después de que ella llegase al Norte de Texas debido a que él comenzó una segunda relación amorosa en Estados Unidos con una mujer más joven, originaria de Guanajuato, por lo que él se fue a vivir con la otra mujer. Cuando ellos se separaron, Clotilde también rompió relaciones con la familia del marido, por lo que generó un fuerte equipo de trabajo con su único hijo varón, el cual heredó -con la ruptura de sus padres- el negocio de comida en *La Gran Plaza*.

En el año de 2009 Clotilde y su hijo Adán se encargaron del negocio de pizzas en *La Gran Plaza* que comenzaron a diseñar y a administrar entres los dos. En un inicio decidieron probar suerte haciendo pizzas; pero el negocio no fue tan exitoso como se imaginaron por la gran competencia que tuvieron frente a las grandes marcas, como Pizzas Patrón que estaban también en el área de comida rápida de la plaza.

Hace cuatro años decidieron cambiar el giro del negocio y lo convirtieron en un restaurante de comida mexicana, que sigue abierto hasta la fecha. En éste sirven de especialidad de fines de semana la barbacoa de borrego estilo Ixmiquilpan, Hidalgo. En ese negocio familiar, trabaja el primo de Adán, Ulises el cual es hijo de Gerardo, el hermano de Isabel que se quedó en México. Ulises llegó hace 10 años a la Metroplex de Dallas, y desde que Clotilde comenzó a trabajar con su hijo Adán, él ha trabajado con ellos, alternando los días laborales, para atender el negocio. (ver imagen 4).

Su negocio está abierto de lunes a domingo de 10am a 8pm y Clotilde ha contratado a una mujer -de unos 50 años- de Michoacán y a un muchacho -de unos 29 años- de Ixmiquilpan quienes la ayudan en la elaboración de los alimentos y en la limpieza del local.

Elena, la esposa de Humberto, quien es oriunda de El Olivo, llegó al Norte de Texas en el año de 1999. Ella tuvo cinco hijos varones con Humberto, todos nacidos en México. La situación migratoria de esta familia se resolvió a su favor porque después

de varios años de que Humberto estuviese en juicio pidiendo la ciudadanía americana para sus hijos y para su esposa, finalmente lo logró hace menos de 10 años.

Hoy día viven todos juntos en una casa que Humberto pudo comprar en Fort Worth y en donde además ellos tienen un negocio familiar de barbacoa de borrego estilo Ixmiquilpan. Ese negocio lo administra Humberto y su brazo derecho es su esposa Elena, además cuenta con la ayuda de 4 de sus 5 hijos.

Para la elaboración de la Barbacoa el señor Humberto compra un borrego cada semana en la pulga de Mansfield, él lo sacrifica en la yarda que tiene atrás de su casa y ahí mismo hornea la carne siguiendo la receta original de Ixmiquilpan - que ya he descrito en el capítulo anterior-. Para el horneado ha excavado un horno en su terreno y ahí coloca la leña y las pencas de maguey para cocinar la carne. Pone a cocinar la carne en el horno durante toda la madrugada del viernes para que el día sábado esté cocinada y lista para la venta desde la mañana.

El horno se destapa a las 7 am y desde esa hora recibe a personas que van a comprarle por kilo la barbacoa. La venta se realiza sábados y domingos en un horario de 7am hasta las 3pm o hasta que se acaba el borrego y el consomé.

Para la venta de la barbacoa tienen dos modalidades, una es que los clientes compren la comida para llevar o la otra es que pasen a comer a su casa. Para el servicio de restaurante, que tiene montado al interior de su casa, requiere la ayuda de cuatro de sus hijos, cuatro de sus nueras, su cuñada (hermana de Elena) y su pequeña sobrina de 11 años (hija de Isabel). (ver imagen 5).

Los hijos y las nueras son los meseros, su sobrina es la que lava los trastes, su esposa y su cuñada echan tortillas a mano en un comal y el señor Horacio es el encargado de cortar los trozos de carne del borrego, y de pesarlo en una báscula, para poder despachar las raciones que le solicitan.

Además del negocio de la barbacoa de los fines de semana, el señor Humberto tiene dos puestos en la pulga de Mansfield (vende objetos religiosos, y grandes piezas de cerámica) que abre únicamente los fines de semana y los atiende la señora de Guanajuato pareja de su hermano Adalberto.

Humberto tiene también otro negocio familiar, que se puede considerar transnacional; es un negocio de envío de paquetería de Texas a Ixmiquilpan; este negocio familiar lo tiene con su hermano Gerardo (papá de Ulises) -el menor de los hermanos de Isabel- que vive en La Otra Banda en Ixmiquilpan. Con él se coordina cada mes, y se encuentran en Nuevo Laredo (México); ahí Humberto y Gerardo intercambian paquetes de las personas del lado de Texas que envían para México y viceversa.

Humberto le encarga a su hermano Gerardo que le traiga de Ixmiquilpan las pencas de maguey que utiliza para hornear la barbacoa de borrego; también le encarga bebidas mexicanas como son cervezas “caguama” y refrescos de Coca Cola de vidrio²⁹ que son productos que consumen los comensales en su restaurante los fines de semana.

Elena también trabaja en el negocio familiar de Humberto, ya que ella recibe durante toda la semana previa al viaje, los paquetes que las personas desean enviar. Ella los pesa, los anota en una libreta y cobra el envío, el cual depende del peso y de las dimensiones del paquete.

Rosa es la esposa del tercer hermano que se encuentra en el Norte de Texas, quien es originaria de San Nicolás. Vive actualmente en su pueblo en Ixmiquilpan debido a que fue deportada hace 10 años. Su marido, que es Javier, le estaba haciendo los papeles para la residencia, pero en la entrevista que les realizaron en Ciudad Juárez ella dijo que había estado residiendo varios años como indocumentada en Texas y por esa razón le negaron la ciudadanía no pudiendo regresar a su casa en Arlington. Esto me lo comentó su hija Magos quien es ciudadana Mexicoamericana y hoy día trabaja en el negocio de envíos de dinero que tiene su tío Adalberto en el *northside* de Fort Worth.

Isabel a la usanza otomí se fue a vivir con su marido en un departamento que rentaron, primero en Dallas y posteriormente en la ciudad de Arlington que es en

²⁹ Aunque en las tiendas de auto servicio se encuentran cervezas mexicanas y coca cola en diferentes presentaciones, muchos mexicanos prefieren consumir esas bebidas importadas desde México porque dicen que el sabor del producto varía en Estados Unidos y prefieren el producto mexicano.

donde residen actualmente. La familia de Isabel es numerosa, tiene 6 hijos -la mitad nacidos en México y la otra mitad nacidos en Texas-. De parte de su hija mayor tiene 5 nietos lo que hace que los tíos y los sobrinos tengan las mismas edades. Ella y sus hijas son testigos de Jehová, al igual que su esposo.

Siempre ha trabajado, desde que llegó a Estados Unidos en el año de 1989, aunque recuerda que en aquel entonces “en ese año nos la pasamos muy mal porque yo no trabajaba, antes no era tan fácil conseguir empleo... a veces no teníamos ni para pagar la renta, no teníamos ni para luz” (Entrevista a Isabel).

Recuerda cuál era objetivo en la migración: “tener lo que sus padres no le pudieron dar”. Es por eso que primero ayudó a su esposo en el *car wash* y después tuvo la oportunidad de trabajar -junto con su esposo y sus hermanos- en el restaurante Fridays que abrió dentro del Globe Life Park, en Arlington, mejor conocido como el estadio de los Texas Rangers, que se inauguró en el año de 1994, y donde trabajó desde su inauguración hasta el año 2010.

Desde un inicio fue difícil para ella como mujer poder acceder a un espacio laboral masculino: “en ese tiempo no me querían contratar porque no contrataban a las mujeres”, pero Isabel hizo el intento y puso su aplicación, en la cual sus hermanos la ayudaron, porque abogaron por ella en el momento de la contratación, situación que piensa que influyó positivamente en su contratación:

Fíjese que llegué a aplicar bien contenta con mi esposo y mis hermanos y cuando empecé a oír que dijo el mánager “¿y ella qué rama quiere aplicar? ¿Limpiando mesas o qué quiere?” y dice mi hermano “no, de *dish washer*” y el mánager dijo “no, no la voy a poner de *dish washer*, es más, ahorita no tengo cupo para mujeres, sólo cupo para hombres”, ¡ay! Me desilusioné tanto... y pues mi hermano le dijo “no, no, no, ella es muy buena como lavadora, ella no te va a quedar mal ni yo te voy a quedar mal”.

Y la razón por la que me empleó fue porque mi hermano le dijo “cálala una semana si no te desempeña el trabajo no le pagas”. Pero yo me aprendí las recetas de cocina y en menos de dos semanas ya estaba yo de *dish washer* a cocinera preparadora. (Entrevista a Isabel)

Es importante destacar que durante los años que laboró para esa empresa percibió un sueldo privilegiado para esa época, y también para su sexo: “Fue tan increíble, que yo todavía me lo pregunto y le digo a mis hijas ¿cómo fue que me lo aprendí? Lo que es tener fe en uno, pensar ¡yo puedo! Cuando una se lo propone lo hace. Y en dos semanas estaba ya trabajando, y ese trabajo que hacía... no me

lo vas a creer, pero lo hacían 4 personas... ¡4 personas ocupaban para preparación de comida y eso lo hacía yo sola!" (Entrevista a Isabel)

La capacidad de trabajo que demostró Isabel en el restaurante hizo que la consideraran como una trabajadora indispensable, y el mánager comenzó a realizarle aumentos de sueldo, lo cual para ella era increíble debido a sus condiciones de género, clase, raza y condición migratoria: "Cuando yo entré a trabajar me pagaron 6 dólares la hora con la condición de que me iban a calar y de que, si no me iban a despedir, y en menos de un mes estaba ganando 8 dólares, ¡ocho dólares en ese tiempo!, ¡8 dólares la hora! Nadie ganaba eso en ese tiempo, bueno nadie de mi condición: sin papeles, sin experiencia, siendo mujer." (Entrevista a Isabel).

Isabel a partir del año 2010 se ha dedicado a ser comerciante en la pulga de Mansfield, (ver imagen 6) trabaja ahí los miércoles, sábados y domingos, que es cuando hay más gente. Tiene tres puestos, uno que es de ropa semi usada, otro es de cosas usadas (de todo tipo menos ropa) y el tercero es un puesto de figuras de metal que se utilizan en Texas para decorar las fachadas de las casas, para darle un estilo del lejano oeste (figuras de estrellas por la bandera de Texas, de herraduras, caballos, vaqueros, etcétera).

Se encarga de atender los tres puestos, pero tiene la ayuda de su esposo, y de sus hijas; además sus puestos se encuentran contiguos a los de su hermano Humberto (que tiene dos puestos de objetos católicos como vírgenes, santos, medallas y cuadros con imágenes de la Virgen de Guadalupe, San Judas Tadeo, etcétera) y de los de su hermano Javier el cual atiende Brayan el hijo de Javier (ese puesto es de cosas usadas para el jardín como mesas, sillas, adornos, vasijas, etcétera). Los puestos de la pulga son atendidos de forma familiar y entre ellos se apoyan lo cual se les facilita ya que los puestos están colocados de manera contigua.

En esta familia de El Barrio de la Otra Banda llama la atención cómo es que, a raíz de la ruptura del matrimonio entre Clotilde y Adalberto, las relaciones familiares se tensaron y terminaron por excluir a esta mujer de la unidad doméstica, situación que

llevó a Clotilde a hacer equipo de trabajo con su hijo Adán, en el que antes era el negocio de Adalberto, el mismo que su hijo terminó heredando.

En este caso vemos una agencia mayor de Clotilde sobre su vida, sus gastos y su proyecto se centra principalmente en el trabajo en su propio negocio, sin tener que vivir rindiendo cuentas al marido porque trabaja para sí misma y además se encuentra feliz porque sabe que todos sus hijos tienen trabajo y les va bien en lo que hacen. Los días que no va a trabajar a negocio de comida está en su casa y se encarga de cuidar a sus nietos (hijos de Adán) que están estudiando la primaria.

También es interesante ver lo que sucedió con las hijas de Clotilde y Adalberto que viven en Fort Worth; Inés tiene 32 años, llegó a los 15 años al Norte de Texas, estudió en Estados Unidos la *highschool*, y tramitó el permiso DACA, como *dreamer*. Aprendió el negocio de envío de dinero, mismo que le enseñó su padre. Desde hace 3 años ha montado su propia casa de envíos de dinero, en el *northside* de Fort Worth donde su hermana Ana que tiene 27 años es quien le ayuda obteniendo juntas lo que necesitan para sus gastos, sobre todo para la renta del departamento que tienen entre las dos y para los *billes* de los servicios. (ver imagen 6). Las dos están solteras y sin hijos, en su tiempo libre van al gimnasio o salen con las amigas a de *shopping* o de paseo.

Parece que cuando el patriarcado se aleja de estas mujeres pueden generar alianzas familiares para poder mantener negocios propios, en donde ellas son las jefas y las administradoras del mismo. Por ejemplo, Clotilde dice que su hijo es el dueño del local de comida en el que ella trabaja, porque la participación de él es central pero en realidad es ella la administradora de las ganancias, y quien se encarga de pagar la renta del local que está en 1800 dólares mensuales más los *billes* de la luz, entonces hace un total de 2500 dólares al mes.

El caso opuesto lo vemos con Elena y Humberto en donde existe una relación dominante y patriarcal de Humberto sobre Elena quien reproduce un esquema de familia otomí tradicional que resulta anacrónica para el contexto en el que viven en Fort Worth. Ella se dedica al trabajo del hogar la mayor parte del tiempo y ayuda a su esposo en sus negocios de envío de paquetería y en la barbacoa, pero su papel

sigue siendo subordinado a los mandatos del hombre. No es dueña, ni administradora como sí lo son su cuñada Clotilde y su sobrina Inés.

Elena es una mujer que se encuentra limitada y restringida por las decisiones de su marido, hasta la fecha no sabe conducir, ni tiene un teléfono celular propio, además para hacer llamadas o para conectarse a internet necesita pedirle prestado el teléfono a su marido. Ella no recibe un salario por el trabajo que realiza porque éste se considera ayuda, y esta situación de dependencia económica es bastante violenta, más si la comparamos con los otros casos de las mujeres empresarias de su familia.

Es interesante ver como reproducen en Estados Unidos el modelo de familia extensa, en donde los padres conviven en la misma casa con todos sus hijos y sus nueras -aunque estas no sean otomíes ni del estado de Hidalgo-, y sólo su hijo de en medio, que tiene dos pequeños hijos, ha buscado un departamento para rentar con su pareja.

El caso de Isabel también es un caso exitoso y de empoderamiento femenino, toda vez que ella logró por sí misma su primer empleo en el restaurante. Fue una buena trabajadora y mereció ganar un sueldo digno al menos por 10 años. Y cuando salió de ese empleo y comenzó su negocio de ventas en la pulga de Mansfield, pudo salir adelante, valiéndose de los lazos fuertes generados con su esposo e hijos, pero colocándose ella a la cabeza de la administración.

En el siguiente apartado se verán con más énfasis algunos casos de mujeres otomíes que han logran escapar de los mandatos de género impuestos por la familia otomí y se separan de las redes masculinas impuestas por el modelo familiar otomí.

4.4. Mujeres otomíes de Ixmiquilpan: redes laborales y salarios en Texas

La migración laboral internacional de las mujeres otomíes comenzó a inicios de la década de 1990 (Dow 2002; Quezada Ramírez 2008; Fernando Rello y Saavedra 2013). El estado de Texas fue un lugar al que llegaron; algunas estaban solteras y todavía no cumplían la mayoría de edad cuando comenzaron a trabajar,

principalmente como empleadas domésticas de planta en casas de norteamericanos.

A continuación, se resumen las historias laborales -en Texas- de tres de estas mujeres las cuales se han empleado como obreras, niñeras y en el servicio doméstico o de limpieza. El énfasis se pondrá en las redes laborales que ellas han tejido en Estados Unidos, y que han sido decisivas para la elección de los lugares en los que han trabajado a lo largo de su vida en la Metroplex.

Lupita es oriunda de San Juanico llegó en 1996, con 15 años a trabajar como empleada doméstica en Brownsville, Texas en donde vivía una de sus hermanas y una de sus primas que también se dedicaban a ese trabajo.

Lupita estaba a gusto con su patrón en Brownsville, pero en junio de 1997 decidió ir a probar suerte a Dallas porque le habían dicho que allí los salarios eran mejores: “Llegamos a Houston y fue mi primo por mí y por mis otras primas, y llegué y mi hermano pagó. Yo había pensado en quedarme con mi prima en donde ella iba a llegar y mi hermano me dice: ‘tú no te vas a quedar ahí, ¡son muchos los que viven ahí y ya no vas a caber!’, y me mandaron con mi prima que vive en Fort Worth. Sí, allá fui a dar sin saber dónde [risas], eso fue en 1997”. (Entrevista a Lupita).

Al llegar a Fort Worth, comenzó a trabajar como empleada doméstica de planta en casa de una señora americana; su trabajo consistía en la limpieza de la casa y en cuidar a un niño de 10 años, al que le daba de comer y le tenía la ropa lista para la escuela. Ahí estuvo seis meses, y decidió dejar el trabajo porque la señora tenía problemas de drogadicción: “Empezó a usar drogas y empezó a actuar mal, se alteraba, tiraba todas las cosas y yo sí me asusté. Yo me salí, no quise trabajar con ella”. (Entrevista a Lupita).

Después de esa experiencia, decidió mudarse a Arlington en donde vivía una de sus hermanas con su esposo y el hermano de su esposo quienes son de Tlaxcala. De la convivencia tan cercana que tenía Lupita con Juan -hermano de su cuñado- surgió una relación amorosa desde finales de 1997, con el que hoy es su marido.

Lupita trabajó en Arlington como recamarera en un hotel con los papeles de su hermana, en donde duró sólo tres meses, y después se cambió a trabajar en un restaurante Denny's, ahí duró dos años hasta que nació su primer hijo a finales de 1998. En ese momento Lupita y Juan se fueron a rentar un departamento por su cuenta en Arlington, en el que vivieron hasta el año 2010; durante los primeros tres años de maternidad, Lupita se dedicó de lleno al cuidado de su hijo y de su casa.

Años más tarde ella entró a trabajar en una fábrica de submarinos en la que trabajaba su esposo, su hermana y su cuñado: "Ahí donde yo estaba sí estaba pesado porque estábamos en donde hacía mucho calor, estábamos casi hasta el último y luego cocinábamos las partes de los submarinos y las que no quedaban bien nosotros las rellenábamos y las cocinábamos entonces estábamos todo el tiempo caliente porque había vapor caliente todo el tiempo. Las piezas son de hule, material como el de las llantas es lo que trabajábamos nosotros" (Entrevista a Lupita).

En sí, Lupita trabajó en esa fábrica hasta 2002, ya que se embarazó de su segundo hijo, y como en ese trabajo usaban químicos, se salió a los 6 meses del embarazo, y se quedó nuevamente en su casa. Recuerda también que ese trabajo no les duró mucho ya que a raíz de los atentados de las Torres Gemelas comenzaron a checar los papeles de los trabajadores y toda su familia salió de ahí por estar con "papeles chuecos". Después de que nació su segundo hijo ella volvió a entrar a trabajar en un restaurante de malteadas y hamburguesas, en donde sólo estuvo cinco meses, teniendo que dejarlo porque no tenía quién le cuidara al niño.

En 2010 Lupita y Juan se cambiaron a vivir a Richardson, donde residen actualmente. Hoy día Lupita se dedica al trabajo en su hogar y al cuidado de sus hijos: "les dedico tiempo a mis hijos y no los dejo que anden para aquí y para allá, mientras mi esposo pueda con los gastos pues... digo vivimos... no le voy a decir que vivimos muy bien pero tampoco vivimos muy mal". (Entrevista a Lupita).

La historia laboral de Lupita comenzó en Estados Unidos y fue a través de una red familiar que logró insertarse en el trabajo en Texas. Ella estuvo comprometida en enviar la mayor parte de su sueldo a San Juanico, al pueblo de sus padres. Se juntó con su marido, el cual no es otomí, y dejó de tener la obligación

de enviar todo su salario a sus padres, y comenzó a enviar remesas significativas a su madre, situación que continúa hasta la fecha.

Erika es originaria de San Juanico; su padre migró a Dallas en la década de 1980. Y sus hermanos siguieron los pasos de su padre y migraron en la década de 1990. Ella tenía 19 años cuando se juntó con su actual esposo, Erik, que es originario de pueblo de El Bojai, Ixmiquilpan, con el que tiene dos hijos México americanos, una de 4 años y el otro de 2 años.

Antes de tener a sus hijos Erika y Erik pensaron que sería buena idea migrar a Dallas, en donde estaban los hermanos y el papá de Erika. Tenían puesta la esperanza en tener un mejor sueldo para hacer su vida en pareja, así que le pidieron ayuda para poder irse al norte. Ella llegó a Dallas en el año de 2005 cruzando por el desierto de Arizona con papeles falsos que les dio un coyote de Zimapán.

Primero vivieron en Richardson y ella comenzó a trabajar cuidando a los niños del vecindario, cobraba 10 dólares por cada uno:

Antes de que tuviera yo niños cuidaba yo niños. Eran del barrio en el que vivía aquí cerca en North Dallas. Eran los niños que vivían cerca del apartamento. Llegaban de lunes a viernes entre 8 y 9 niños. Unos eran hijos de personas de Ixmiquilpan, pero había de otras partes de México también. Y así me iban llegando los niños nada más por recomendaciones. Así algunos preguntaban porque no tienen quién les cuide y ya llegaban. Y les cobraba a 10 dólares cada uno; estaban todo el día como desde las 7:30 am y hasta las 4pm. (Entrevista a Erika).

Cuando se embarazó de su hija en 2010 dejó de trabajar y se dedicó al hogar, por lo que los gastos de la casa quedaron a cargo de Erik quien se dedicó al trabajo de pintor de casas. En 2014 nació su segundo hijo por lo que no pudo trabajar en 2015 porque estaba atendiendo al recién nacido y a su hija que en aquel entonces tenía 3 años.

A inicios de 2016 volvió a buscar un empleo, ahora de recamarera en un hotel el cual se encuentra en la ciudad de Plano y en donde le pagan a 9 dólares la hora. En ese trabajo no tiene un horario fijo de salida, pero cuenta con el apoyo de su sobrina María, quien le cuida a sus hijos mientras se encuentra en el trabajo.

En su trabajo Erika ha hecho amigas con las que se ha organizado para ir y venir del trabajo a la casa ya que esas compañeras viven cerca de su departamento. Una de sus compañeras es de Guatemala y la otra de Coahuila y con ellas se coordina para el *rai*. En ocasiones el esposo de la amiga guatemalteca las lleva a casa, cooperando todas para el gasto de la gasolina.

María llegó al Norte de Texas en el año de 2006, es decir 10 años después que Lupita; María llegó en otras condiciones, su padre también era migrante, él llegó a Texas en el año de 1984 y obtuvo su residencia en la amnistía de 1986.

Cuando María se juntó con Mariano en 2005, el padre de ella decidió prestarles dinero a ambos para que cruzaran la frontera de México-Estados Unidos por el desierto. Primero llegó Mariano -quien es originario de un pueblo nahua de la sierra de Huejutla, Hidalgo-, y a los quince días María salió de Ixmiquilpan junto con su tío Antolín, para cruzar el desierto por la ruta de Ciudad Acuña, Coahuila:

Me vine a Texas con mi tío, fue el que me ayudó todo el camino porque él sí caminaba... Pero yo jamás pensaba que el camino iba a estar tan pesado. Nunca imaginé que eso fuera caminar en el desierto... yo me imaginaba pasar un río como pasan en la tele ¡así grandotote! dicen que según se pasa el Río Bravo pero pues me imagino que los señores conocían bien los lugares, porque pasamos dos ríos [sic], pero el agua nunca llegó hasta la cintura. Y no sé si fue a medio camino, pero ¡yo ya me quería regresar! [risa nerviosa]. Ya no aguantaba la caminadera [sic], las espinas, las piedras... me caí y hasta me lastimé la rodilla... (Entrevista a María).

Pasaron dos o tres meses en lo que pudo conseguir su primer trabajo en la Metroplex, el cual fue en una fábrica de teléfonos -que era de dueños coreanos-. Para entrara a trabajar la recomendó una amiga de su tía Erika la cual era del estado de Guerrero. Como la amiga de su tía trabajaba ahí y además eran vecinas se organizaron para ir y venir al trabajo juntas ya que compartían el horario que era de 6am a 7pm. Ganaba 7.25 dólares por hora.

En el trabajo se encontró con personas de diversos orígenes, lo que en un inicio la hizo sentirse extraña: “Al principio si me daban nervios, decía yo... no conozco a la gente... mucha gente de donde fuera porque había hondureños,

salvadoreños, coreanos, y decía yo, ¿cómo voy a hacer el trabajo?, pero gracias a Dios me acoplé” (Entrevista a María).

Nació su primera hija y ya no regresó a la fábrica de teléfonos porque el horario era muy demandante y tenía que pasar tiempo con su bebé. Una amiga la recomendó en un trabajo que era menos demandante: “ahí, una amiga que conocí en los teléfonos, y que era de la Ciudad de México, me dice ¿quieres trabajar?, dice, pagan poquito pero no es mucho trabajo lo que hace uno. Me decidí y fui a aplicar y sí quedé en la fábrica de cosméticos” (Entrevista a María).

En ese segundo trabajo en la fábrica de cosméticos, tenía jefes libaneses y tenía una jornada laboral de 8 horas que iba de 9am a 5pm ganando 11.50 dólares la hora. Mientras estaba en el trabajo dejaba a su hija con su tía Erika. No duró mucho tiempo en el trabajo pues, a pesar de que el salario era bueno, decidió pasar más tiempo con su hija.

En ese entonces estaba viviendo con una amiga otomí del Puerto Dexthí, Ixmiquilpan. Ella trabajaba en la limpieza en una Iglesia, en donde recomendó a María para que trabajara, ahí le pagaban a 9 dólares la hora y el horario era en la noche de 6pm a la media noche. Ahí se le facilitó trabajar porque podía asistir los días de la semana que ella quisiera.

Hoy día María trabaja en el departamento en el que vive con su ex pareja, padre de dos de sus tres hijas. Ella se dedica al cuidado de sus hijas menores y de los hijos menores de su tía, por los que 10 dólares al día por cada uno.

En los estudios sobre migración, el tema de las redes sociales es importante (Levitt y Glick Schiller 2004), ya que es a través de estas que se facilita el flujo de información y de relaciones sociales. Con los tres casos de mujeres migrantes otomíes expuestos anteriormente, quedan ejemplificadas cuáles fueron las redes que ellas generaron con otras mujeres para poder conseguir sus empleos en el Norte de Texas.

El punto que se busca problematizar, y que está relacionado con el tema de redes, es la discusión sobre el capital social. Este es un concepto de corte sociológico que nos ayuda a comprender cómo, a partir del mismo, se pueden

generar las redes sociales. El trabajo de Alejandro Portes (1999) señala tres funciones básicas de los capitales sociales: "(a) como fuente de control social; (b) como fuente de apoyo familiar; (c) como fuente de beneficios a través de las redes extrafamiliares" (1999: 250). Está claro que, para este autor, el capital social se consolida a manera de redes con personas que no se encuentran al interior de la familia de los sujetos.

Al reflexionar sobre este punto, se torna fundamental pensar en los capitales sociales de las mujeres otomíes, los cuales se consolidan en redes con otras mujeres que han proporcionado a éstas diversas oportunidades para la inserción en el mercado laboral de la Metroplex. Estas mujeres interactúan con otras mujeres - dentro y fuera del núcleo familiar- con las que han generado redes de apoyo sororal que las ha llevado a tener espacios propios que se encuentran fuera del control del patriarcado otomí.

En términos de Granovetter (1983), se entiende que las mujeres otomíes han logrado insertarse en el mercado laboral de la Metroplex gracias a lazos débiles generados a través del encuentro con otras mujeres mexicanas que pertenecen, cuando menos, a tres grupos sociales distintos: 1) mujeres otomíes de pueblos diversos de Ixmiquilpan; 2) mujeres mexicanas de diversas partes de la República mexicana y 3) mujeres centroamericanas. Los lazos débiles que ellas han establecido durante su estancia en la Metroplex con otras mujeres les han brindado oportunidades de trabajo, las cuales han ido aprovechando en diferentes etapas de sus vidas en Texas. Aunque no ha sido fácil, las migrantes otomíes han logrado cierta independencia a partir del ensayo y del error que implica tomar las riendas de sus propias vidas como mujeres. Ciertamente es que han trabajado duro en busca de un mejor futuro para ellas y para sus hijos en Estados Unidos.

A manera de conclusión, se reconoce que las migrantes otomíes han experimentado un gran cambio de sus vidas. Este, visto a través del género, significa un rompimiento con las redes patriarcales. Es interesante ver que ellas, a diferencia de los hombres, buscan ahorrar para el futuro, pues se saben indocumentadas que pueden ser deportadas a México. Pero al mismo tiempo, las migrantes envían remesas para ayudar a sus madres, hermanas, hijas o sobrinas

que viven en México, generando redes de sororidad con mujeres de su familia. Esto brinda un soporte económico y emocional a esas mujeres que tienen trabajos todavía más precarizados por estar en El Valle del Mezquital en el estado de Hidalgo.



Imagen 4. En la composición fotográfica se muestra el restaurante mexicano “El Hidalguense” que se localiza en la ciudad de Fort Worth en Texas. Los fines de semana venden la especialidad de barbacoa de borrego estilo Ixmiquilpan, Hidalgo.



Imagen 5. En la composición fotográfica se muestra un negocio familiar que se dedica a venta de barbacoa estilo Ixmiquilpan en la ciudad de Fort Worth en Texas



Imagen 6. En la composición fotográfica se muestran diversos puestos de venta en la pulga de Mansfield en Fort Worth, Texas

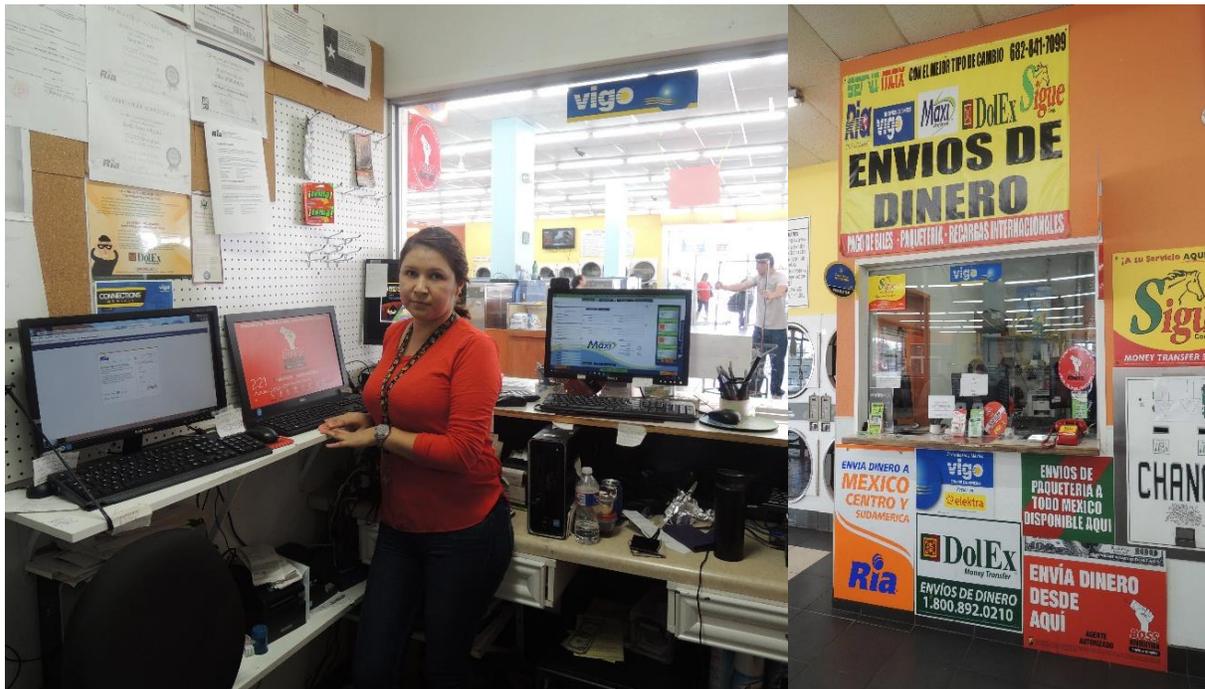


Imagen 7. Se muestra un negocio de envío de dinero en la ciudad de Fort Worth, Texas

CONCLUSIONES

Esta tesis responde a la falta de trabajos antropológicos sobre población indígena de México en el estado de Texas. En específico, el presente trabajo proporciona información sobre un grupo étnico que no había sido estudiado: el otomí. Es de destacar que las investigaciones realizadas hasta el momento por las universidades norteamericanas sobre migrantes mexicanos -mestizos e indígenas- en el estado antes mencionado tampoco han examinado el caso del grupo indígena otomí.

Este trabajo se centra en los otomíes provenientes del municipio de Ixmiquilpan, localizado en la región de El Valle del Mezquital del estado de Hidalgo, en el centro de México. Este grupo indígena es de los últimos en llegar a Estados Unidos (Solís y Fortuny 2010), por lo que esta tesis también contribuye a la literatura sobre migración reciente de mexicanos a dicho país.

La investigación de campo se condujo en la Metroplex de Dallas-Fort Worth, Texas, enfrentando la posibilidad de que no existiera en dicho sitio un número significativo de otomíes. A pesar de haber asumido con antelación que habría poca presencia otomí en esta región, fue posible constatar que este grupo se halla asentado a lo largo de este complejo urbano. Además, se encontró que, contrario a lo señalado en las pocas investigaciones sobre migración de otomíes a Estados Unidos³⁰, hay una fuerte presencia de mujeres migrantes, lo que me permitió realizar esta investigación a través de los datos de las migrantes indígenas otomíes.

La migración de los otomíes a Texas -como muchas otras que cubre la literatura académica- comenzó como una “migración circular” (Canales 1999). En ella, hombres casados o solteros llegaron de forma indocumentada a trabajar con empleadores por temporadas.

En particular, se encontró que los otomíes de Ixmiquilpan llegaban a ranchos ganaderos al sur de Dallas, en donde empleadores norteamericanos los contrataban para realizar diversas tareas: elaborar cercas, alimentar a los animales, encargarse del mantenimiento, entre otras actividades. Los otomíes trabajaban

³⁰ Serrano apunta en su trabajo que el 69% de los otomíes de Ixmiquilpan que migran a Estados Unidos son hombres, frente a un 30.7% de mujeres.

generalmente de abril a noviembre, regresando durante la temporada de invierno a sus hogares, en Ixmiquilpan. El grupo realizó este tipo de migración circular al menos por dos décadas, entre 1970 y hasta principios de 1990. Durante ese periodo de tiempo los otomíes generaron amistad con los empleadores, situación que les facilitó el ir y venir entre México y Estados Unidos. Esto en el sentido de que, al regresar a Texas, el grupo encontraba las puertas abiertas para trabajar en los ranchos.

La migración otomí desde sus inicios en 1970 y hasta el año de 1986 fue indocumentada. Los empleadores en los ranchos no les proporcionaban permisos de trabajo o contratos laborales. Fue en el año de 1986, durante la Amnistía, cuando algunos otomíes que trabajaban en los ranchos consiguieron sus documentos de residencia norteamericana.

Según los datos de esta investigación, buena parte de los hombres que para el año de 1986 eran mayores de edad y tenían trabajo en ranchos, se beneficiaron de dicho indulto para indocumentados. Tal como sucedió a Raúl y su hermano Dono, Sergio, Chemo, Pepe, y Humberto y hermanos. Estos hombres pertenecen a los pueblos de San Juanico, Orizabita, El Espíritu, Remedios y al Barrio de la Otra Banda -todos localizados en el municipio de Ixmiquilpan en el estado de Hidalgo- y hoy en día tienen alrededor de 50 años.

Tras el cierre de la recepción de documentos de la Amnistía de 1986, no volvió a presentarse una oportunidad similar para que los familiares de los migrantes otomíes -quienes continuaron llegando a Texas durante la década de 1990- pudieran arreglar sus papeles. Esta situación generó que las familias de migrantes otomíes se conformaran por estatus legales mixtos. Los hombres más jóvenes y las mujeres migraron en la década de 1990 o en periodos posteriores, razón por la que hoy día viven como indocumentados. Dado que las mujeres no lograron beneficiarse con IRCA, todas ellas, exceptuando las que han arreglado su estatus migratorio (como el caso de Elena), han vivido de manera indocumentada.

A finales de la década de 1980 los otomíes decidieron buscar trabajos mejor remunerados, razón por la cual salieron de los ranchos y se adentraron en las ciudades para probar suerte. Así fue como llegaron a la Metroplex de Dallas-Fort

Worth, en donde se asentaron y comenzaron a trabajar en construcción y en el sector de servicios -cocina, lavado de coches y como repartidores-.

Al momento de efectuar este estudio se encontró la presencia de otomíes de Ixmiquilpan en ocho de las diez ciudades que integran la Metroplex. Estas son: Fort Worth, Arlington, Dallas, Plano, Mesquite, Garland, Euless y Richardson. Se tuvo la oportunidad de visitar algunas de las casas y departamentos en los que habitan los migrantes, así como de conocer algunos de los espacios en los que trabajan -ya fuera en vivo o por fotografías-. Esto permitió constatar el arraigo y la adaptación que los otomíes tienen en la Metroplex. En el mejor de los casos, los migrantes tienen casa propia y hasta han logrado consolidar negocios familiares.

Se observó que, al igual que describen los estudiosos de la migración de México a Estados Unidos, los otomíes empezaron a llevar a sus esposas a Texas una vez que estuvieron establecidos. A este proceso se le conoce como reunificación familiar (Ariza y Portes, 2007). Precisamente, Isabel, quien fuera la primera mujer que llegó a Dallas, emigró por reunificación familiar en el año de 1989. A ella la siguieron, ya en la década de 1990, sus cuñadas, hijas, sobrinas y vecinas de Ixmiquilpan.

A diferencia de los hombres, sólo una de estas mujeres -quien era soltera- se vio en la necesidad de pedir dinero prestado para llegar a la Metroplex. El resto de las migrantes llegó sin deudas, ya que sus maridos cubrieron el costo de su viaje. El trabajo constituye otra diferencia de la migración otomí femenina con respecto de la de los hombres. Las mujeres que llegaron a la Metroplex por reunificación familiar no lo hicieron para ingresar exclusivamente al mercado laboral de indocumentados. Su primer compromiso era atender el hogar y, en lo posible, complementar el ingreso familiar, siempre y cuando no tuvieran hijos pequeños.

Como lo señala Laura Velasco (2007) los circuitos migratorios de las mujeres indígenas otomíes están vinculados de manera nacional e internacional (como se ha demostrado en el capítulo 4). Las experiencias migratorias de estas mujeres trabajadoras comenzaron desde México, y durante la década de 1990 se trasladaron a Estados Unidos -para reunificarse con sus parejas- y paulatinamente se insertaron en el mercado laboral de indocumentados en Texas. Ellas llevaban

consigo experiencias previas de trabajo asalariado en México -principalmente en servicio doméstico y cuidado de los niños-, situación que les facilitó la inserción laboral en algunos trabajos en la Metroplex como son: limpieza, cocina y cuidando niños.

Durante el trabajo de tesis se encontró que los otomíes en la Metroplex de Dallas-Fort Worth mantienen en el imaginario colectivo los “roles de género” (Rubin 1986, Lagarde 2005, Amorós 2008), pero que la adaptación al contexto de Texas hace que las relaciones entre géneros se modifiquen y se flexibilicen. Así, los migrantes paulatinamente van copiando o integrando prácticas culturales, sociales y de género que conocen al llegar a Estados Unidos (Femenías 2011).

Según María Luisa Femenías (2011), las identidades de las personas migrantes se complejizan en un contexto globalizado, en el que las identidades de hombres y mujeres terminan por presentar cambios. Las mujeres y hombres otomíes en la Metroplex se incorporan a un mercado laboral precarizado, lo que crea un rasero que pone en similares situaciones de desventaja a todos los trabajadores migrantes sin importar su sexo.

Buena parte de los hombres -los que trabajan en cocina o como repartidores- ganan el mismo sueldo por hora que las mujeres. Esta situación conlleva un cambio en las identidades y en los roles género de los migrantes. Por un lado, las mujeres que trabajan se convierten en proveedoras de la unidad doméstica, aunque continúan desempeñando trabajo en el hogar. Por el otro lado, los hombres optan por emplearse simultáneamente en dos trabajos para poder sostener el estatus de patriarcas proveedores.

Judith Butler (2010) habla sobre las poblaciones en la “precaridad” la cual es una condición políticamente inducida en la que ciertas poblaciones adolecen de la falta de apoyos sociales y económicos por lo que están vulnerables a padecer violencias debido a que sus cuerpos son considerados “desechables”. Este marco de violencia está dado en Estados Unidos desde las políticas antinmigrantes dirigidos hacia la población latina indocumentada.

De acuerdo con los planteamientos de esta autora, las mujeres otomíes que viven en la Metroplex de Dallas-Fort Worth están dentro de estas condiciones de

precariedad, debido a que están atravesadas por un proceso de criminalización -el cual surge desde las leyes antiinmigrantes-, donde por no tener papeles legales residencia y trabajo son consideradas personas “desechables”, las cuales sufren una estigmatización y violencia que es principalmente racista.

A pesar de las condiciones de adversidad, dadas desde las violencias estructurales, las mujeres otomíes han logrado generar espacios de empoderamiento al tejer redes de apoyo con otras mujeres en la Metroplex de Dallas-Fort Worth. Estas alianzas de sororidad (de apoyo femenino) se generan con otras mujeres -que pueden ser internas o externas a su grupo étnico-, pero que viven también en la “precariedad”; juntas como familia, compañeras y amigas buscan ayudarse para paliar las violencias estructurales -dadas dentro de esos marcos de la violencia racista- que existen en Estados Unidos.

Las migrantes contactan con mujeres Centroamericanas y con mujeres mexicanas de diversos Estados de la República, con las que forjan “lazos débiles” (Granovetter 1983) que les proporcionan nuevos capitales sociales que han de traducirse en nuevas redes sociales. Esas redes de mujeres son espacios femeninos que se encuentran fuera del control patriarcal otomí. En su interior se generan relaciones de cuidado y protección, ideales para fortalecer aspectos de la vida cotidiana en la Metroplex, como son la crianza de los hijos, la búsqueda de trabajo, y el establecimiento de espacios de convivencia, reflexión y esparcimiento.

El presente estudio parte del reconocimiento de que la sociedad otomí es patriarcal y de que dentro de ella las mujeres tienen identidades de género que son dadas a partir de las relaciones de subordinación a los hombres como: “hijas de tal hombre”; “esposas de un hombre” o “madres de los hijos de tal hombre”.

En la hipótesis de investigación se planteó que las mujeres otomíes migrantes se valen de diversos capitales sociales para poder vivir en un contexto adverso que las criminaliza, excluye, invisibiliza y violenta de manera cotidiana. El contexto de las mujeres con las que se trabajó es parecido en ambos lados de la frontera. Las migrantes recuerdan que al estar en México eran violentadas por el hecho de ser mujeres e indígenas, marcadores identitarios que las hicieron vivir racismo y abusos laborales. En estados Unidos ellas prefieren ocultar su identidad

indígena para no ser discriminadas nuevamente al interior de las nuevas redes sociales que han tejido con mujeres no otomíes.

Por la razón antes expuesta, las mujeres migrantes han abandonado el uso de la lengua *hñähñü*. Aquellas migrantes con hijos nacidos en Estados Unidos les educan en español y mantienen altas expectativas de que también lleguen a dominar el inglés -el cual les enseñan en las escuelas- para que se puedan adaptar mejor al contexto de Texas.

A pesar de que en Estados Unidos se encuentran como indocumentadas y no pueden acceder a ciertos servicios, tienen problemas de comunicación, trabajan sin contrato, y tienen salarios más bajos que la población norteamericana, las mujeres otomíes prefieren vivir en ese país que en el pueblo del marido en Ixmiquilpan. Esto se debe a cuatro razones principales: 1) los salarios que se pagan en dólares les brindan una solvencia económica que les da cierta independencia; 2) las leyes las protegen contra la violencia doméstica, la cual es común en las relaciones entre hombres y mujeres otomíes; 3) ven oportunidades para el futuro de sus hijos nacidos en Texas, y 4) son más independientes y se encuentran menos vigiladas que en Ixmiquilpan.

Las identidades de las mujeres, dadas desde el patriarcado otomí, tienen mayor fuerza al interior de los pueblos que se localizan en Hidalgo, en los que ellas perciben mayor control. El control y la vigilancia se relacionan con el “capital social negativo” (Portes 1999), mismo que se presenta en las relaciones de vigilancia dadas al interior de grupos más o menos cerrados. Dichas condiciones cambian en Texas, en donde, aunque otros miembros de la familia del marido vivan en la Metroplex, difícilmente llegan a ser vecinos. El asentamiento disperso hace que los demás migrantes del grupo no estén pendientes de lo que hacen las mujeres las 24 horas del día.

Uno de los hallazgos que contradicen la hipótesis inicial de esta investigación en relación con la identidad étnica, es que se observó un fuerte rechazo tanto de las mujeres como de los hombres de autodenominarse como “indígenas” o como “otomíes” en la Metroplex de Dallas-Fort Worth. Los migrantes prefieren utilizar otras identidades para autodenominarse, como son las de “mexicanos”, “hidalguenses” o

“de Ixmiquilpan”; o bien, suelen identificarse como personas oriundas del pueblo de su padre, ya que la identidad de adscripción es patrilocal.

Cabe apuntar que para estas personas la identidad “indígena” es peyorativa y no la utilizan porque saben, desde su experiencia de violencia en México, que ésta conlleva una carga de discriminación en relación con la población mestiza. Además, se encontró que la identidad otomí en el grupo estudiado no está marcada por la pertenecía a un grupo lingüístico. No todos sus integrantes saben hablar la lengua *hñähñü* y a pesar de ello son parte de la cultura otomí de Ixmiquilpan, Hidalgo.

Sobre la violencia física que las mujeres habrían vivido en México como una expresión del machismo, se encontró que en Estados Unidos este tipo de violencia desaparece casi por completo. Esto es debido a que hombres y mujeres conocen bien las leyes de Texas y saben que los hombres que se atreven a maltratar a las mujeres son llevados a la cárcel. Adicionalmente, en caso de ser indocumentados, los migrantes corren el riesgo de ser deportados a México.

Femenías comenta que las identidades genéricas masculinas se convierten en anacrónicas en un contexto migratorio, toda vez que éstas atraviesan por procesos de cambio. Es por esta razón que existen “rituales reparadores del orden patriarcal” que los hombres otomíes realizan en Texas. Los rituales son importantes para demostrar que, ante tantos cambios vividos que conllevan las limitaciones a su masculinidad, ellos siguen portando el rol de género dominante frente a las mujeres. Un ejemplo de ritual reparador es la elaboración de la Barbacoa estilo Ixmiquilpan, en el que los hombres demuestran sus habilidades y atributos de género que fortalecen sus masculinidades. Estas se distinguen por rasgos como ser “fuertes”, “valientes”, “poderosos” y “trabajadores”.

Un concepto que estuvo al centro de la presente investigación fue el de capitales sociales femeninos, los cuales se pensaron como estrategias que las mujeres tenían en Texas para fortalecer las redes con la comunidad transnacional de otomíes en Ixmiquilpan. Sin embargo, se observó que esto no opera así. El estudio dio cuenta de que las mujeres otomíes migrantes, al contrario de lo que pensaba, se encuentran excluidas de las comunidades transnacionales porque éstas son gestionadas desde y para los hombres otomíes.

Sólo unas pocas de las mujeres pertenecen de manera activa a una comunidad transnacional, y esto sucede solamente cuando carecen de un hombre que las represente en el pueblo en el que tienen a su descendencia. Esta exclusión sistemática de las mujeres en la organización social comunitaria hace que ellas desplieguen sus capitales sociales para otros fines que no son necesariamente el fortalecimiento de la comunidad transnacional, tal como se había planteado en un inicio.

En futuras investigaciones se podrán conocer a profundidad los proyectos femeninos que ellas impulsan desde Estados Unidos apoyadas con otras mujeres. Dichos proyectos están encaminados a fines diferentes de aquellos gestados por los hombres otomíes migrantes.

Los proyectos que tienen hombres y mujeres otomíes se encuentran asidos a los mandatos de género, los cuales dictan lo que debe hacer un hombre y una mujer. Es por esta razón que los hombres migrantes trabajan para contribuir puntualmente con la comunidad transnacional. Esta, al ser androcéntrica, reditúa a los hombres con una serie de beneficios, como son la membresía, la pertenencia y la garantía del cuidado de sus bienes en Ixmiquilpan mientras se encuentran ausentes.

Para los hombres, la migración laboral, aunque dure varias décadas, es algo temporal. Ellos conciben establecer el término de dicha migración cuando ya no tengan las fuerzas suficientes para trabajar. La inversión que han hecho al cooperar con sus comunidades durante tantos años “sin recibir nada a cambio” se materializa en su proyecto a futuro, en donde se ven, tarde o temprano, de regreso en su pueblo natal, junto con su esposa.

En cambio, las mujeres otomíes no están pensando en regresar a vivir al pueblo del marido en un futuro. Ellas piensan en proyectos que se puedan consolidar en Estados Unidos, pues mediante su estadía en ese país, ayudan a mejorar sus condiciones familiares -mismas que se extienden e impactan positivamente a otras mujeres de su familia que radican en México-.

Pierrete Hondegneou-Sotelo propone que estudiar el género como transversalidad de las investigaciones sobre migración sirve para entender la

migración femenina dentro de sus complejidades y diversidades. Esta autora propone que se haga una diferencia de las vivencias de los migrantes dependiendo del género, ya que en cierto punto los proyectos de hombres y mujeres llegan a ser distintos. De acuerdo con esta propuesta, los datos del trabajo de campo de esta investigación revelan que mujeres y hombres otomíes migrantes poseen experiencias diversas y proyectos migratorios que se encuentran socialmente contruidos desde los roles de género.

Como se demuestra en el capítulo tres, sólo los hombres otomíes poseen un apellido que les da derecho a la tierra, lo que les confiere el control y usufructo de la misma. Fomentada desde el patriarcado, esta situación de desigualdad entre hombres y mujeres provee a los primeros de privilegios políticos -en la organización social comunitaria- y civiles -tenencia de la tierra-. Dichos privilegios están a su vez anclados a privilegios de género. Ello genera una exclusión sistemática de las mujeres en el campo político, misma que les impide ser ciudadanas o tener derechos de membresía.

En esta tesis se propone que la identidad étnica como otomíes ayudó a las mujeres a salir de Ixmiquilpan para llegar y asentarse en Estados Unidos. Esto fue posible gracias a las redes familiares masculinas que se han ido expandiendo por diferentes zonas de la Metroplex de Dallas-Fort Worth desde la década de 1990. Estas redes familiares les brindaron apoyos económicos y de información, mismos que requirieron para poder realizar su desplazamiento migratorio.

Para los hombres, la identidad étnica arraigada a una localidad de origen funciona porque ésta fortalece su autoridad como ciudadanos en sus localidades. Lo anterior les permite participar en la toma de decisiones comunitarias. Esta adscripción de “ciudadanos otomíes” en sus pueblos les confiere ciertos derechos y obligaciones, y cuando éstos migran, se les faculta con una “membresía” (Canales y Zolniski 2000) que les da la licencia de continuar como parte de la comunidad sin tener que estar como residentes.

Esta membresía es un atributo preponderantemente para hombres migrantes, aunque también la tienen las mujeres migrantes que son madres solteras, divorciadas o viudas y que tienen hijos solteros viviendo en sus localidades

de origen en Ixmiquilpan. La membresía otorgada a las mujeres sugiere un cambio de rol de género, debido a que las que ostentan esta responsabilidad, deben cumplir con “las funciones de un hombre”, situación que las masculiniza y obliga a portar roles de género mixtos, como proveedoras de la familia, pero también como madres cuidadoras.

En el aspecto laboral, las mujeres y hombres indocumentados están en las mismas condiciones de subordinación y precariedad, ganan más o menos los mismos salarios por hora. Los hombres indocumentados para poder ostentar su rol de proveedores optan por trabajar en dos trabajos -para cubrir dos jornadas laborales al día- y así tener dinero suficiente para: 1) vivir en Estados Unidos y 2) enviar remesas a sus pueblos para lograr mantener su membresía en el mismo. Tener una membresía, implica portar un rol masculino, situación que se vuelve necesaria en un espacio donde su trabajo está feminizado.

En cambio, las mujeres que son consideradas en sus pueblos como “ciudadanas otomíes”, como es el caso de Candela -quien tiene membresía en el pueblo de La Palma- no ven este atributo como algo positivo, que les reditúa en prestigio social. Ella está esperando a que su hijo sea haga mayor de edad, se case y asuma el rol del hombre jefe de familia, quien en calidad de “ciudadano” pase a formar parte activa en la comunidad en donde nació su madre.

En este estudio se propuso, como antes lo han hecho Alejandro Portes y sus seguidores, que dichos capitales sociales estaban “imbuidos por la identidad étnica y de género” y que podrían convertirse en redes sociales que se extienden por el espacio familiar y comunitario para fortalecer la comunidad transnacional otomí. Se encontró que las mujeres logran rechazar las redes otomíes en Estados Unidos al crear nuevas redes que tejen con mujeres que conocen en la Metroplex. A través de ellas consiguen escapar, en mayor o en menor medida, del control patriarcal.

En este sentido, vemos que los capitales sociales que se crean a través de la identidad de género femenino son importantes para las mujeres otomíes en su migración a Texas. Es a través de estas redes que encuentran espacios de apoyo, colaboración, reciprocidad, diversión y trabajo, los cuales constituyen dominios de “sororidad” o de apoyo entre mujeres.

En el capítulo cuatro se expone cómo diversas mujeres otomías, para acceder al trabajo, utilizaron “lazos fuertes” -apoyo con familiares- o “lazos débiles” -apoyo con conocidas- (Granovetter 1982) y se describieron dos tendencias claras al respecto. La primera es que las mujeres que se quedaron dentro de la tradición de cooperación y trabajo entre miembros de un mismo grupo -familia extensa- sólo pudieron acceder a trabajos dentro de los grupos familiares de su marido o del padre. En estos, los hombres fungen como los administradores por representar la cabeza de la familia otomí.

La descripción anterior corresponde al caso de Elena, quien ayuda a su marido en los negocios que él administra en Fort Worth. Elena participa de la elaboración de barbacoa, del envío de paquetería a México y también del trabajo en los puestos que tienen en “La Pulga” de Mansfield. Esta situación no le permite tener un horario y un sueldo fijo, ya que su paga es discrecional y las horas de trabajo son variables.

La segunda tendencia es la de aquellas mujeres que, por diferentes razones, se alejan del entorno de redes creadas por los hombres. Estas mujeres tienen la posibilidad de trabajar por convenios de salario y en horarios establecidos por las empresas, lugares en donde ellas viven las mismas condiciones de precariedad que viven los hombres que trabajan en los restaurantes, en la limpieza, entre otros. Esta tendencia se corresponde con los casos de Erika, María y Lupita.

Una ventaja que tienen las mujeres al migrar a la Metroplex de Dallas-Fort Worth es que al no tener el mandato de proveedoras ni de “ciudadanas otomías” en su pueblo de origen, pueden trabajar una sola jornada laboral en alguna empresa para ganar suficiente dinero para vivir y enviar remesas a sus madres, hijas o hermanas que están en México. Este es el caso de María, Erika y Lupita. Además, las mujeres otomías pueden trabajar en la limpieza de sus casas y ayudando a sus esposos como lo hacía Elena, o pueden trabajar tres o cuatro días a la semana como lo hacían Clotilde e Inés en sus negocios de venta.

Aquellas mujeres que perciben salario o ganancias en sus empresas son libres de elegir cómo emplear sus dividendos. El poder optar por comprarse cosas para ellas y para sus hijos, las coloca en un estatus de independencia económica

que rompe con la violencia económica de subyugación con respecto del hombre en el que viven inmersas, a causa de la pobreza, la mayor parte de las mujeres otomíes en El Valle del Mezquital.

Los lazos débiles, según la teoría de Granovetter, son los que proporcionan nuevos espacios de trabajo a las mujeres, mismos que encuentran a través de relacionarse con mujeres en la Metroplex. En cambio, los hombres utilizan los lazos fuertes, con familiares y amigos otomíes provenientes de Ixmiquilpan, para la búsqueda laboral, así como para tener sus espacios de descanso y esparcimiento.

Los hombres hacen uso de lazos fuertes para poder reforzar su identidad masculina como miembros del patriarcado otomí. Para ellos, es posible mantener su rol masculino tal como lo vivían en Ixmiquilpan en la medida que sostengan los lazos fuertes con otros hombres otomíes en México y Texas. Esta situación los lleva a practicar una identidad masculina otomí en un contexto que, en términos de María Luisa Femenías, la vuelve anacrónica.

Las mujeres otomíes indocumentadas con las que se trabajó no tienen la intención de volver a México. Ellas se sienten fuertes y capaces para continuar trabajando en Estados Unidos. Al estar conscientes de la independencia económica y de realización personal que han ganado con la migración, volver a su país significaría para ellas un retroceso o un paso hacia atrás que no están dispuestas a dar. Ellas saben que por su condición de indocumentadas pueden ser deportadas a México, lo cual temen especialmente con la llegada del nuevo presidente republicano al frente del gobierno de Estados Unidos.

En cuanto a los motivos que tuvieron las mujeres otomíes para migrar a Estados Unidos, se concluye que éstos fueron diversos. Algunas migrantes, como Lupita, lo hicieron cuando estaban solteras y se animaron porque tenían una red de migración de mujeres parientes que las apoyaron en encontrar un trabajo como empleadas domésticas de planta en pequeñas ciudades al sur de Texas. Con el paso del tiempo, Lupita y sus parientas decidieron mudarse a la Metroplex de Dallas-Fort Worth porque eso representaba para ellas mejores oportunidades de trabajo y un considerable aumento en su salario. Al conseguir trabajo en un restaurante en la

Metroplex, lograron ganar el triple de lo que percibían como empleadas en el servicio doméstico.

Otras mujeres, desde el inicio de su migración, tuvieron el rol masculino de proveedoras. Este es el caso de Candela, quien fuera abandonada por su marido, teniendo que apoyarse de su familia paterna para migrar a Estados Unidos. Primero le pidió ayuda a su madre para que le cuidara a sus cuatro hijos, quienes se quedaron con ella en Ixmiquilpan. A la par, se tuvo que apoyar en redes con hombres migrantes de su familia -hermanos- para realizar el cruce de la frontera y asentarse en la Metroplex. Cuando Candela llegó a Estados Unidos se dedicó a trabajar de lleno, ingresó a dos trabajos para tener doble jornada y así poder juntar el dinero suficiente para pagar los *billes* -facturas- en Estados Unidos, enviar remesas a su mamá en Ixmiquilpan para cubrir los gastos de los niños, y pagar los servicios en la comunidad -pago a la organización social comunitaria-.

El mayor número de mujeres otomíes que migraron a la Metroplex lo hicieron por reunificación familiar. Esto significa que siguieron a sus maridos en la migración para vivir en pareja. Algunas llegaron con sus hijos nacidos en México y luego tuvieron más hijos en Estados Unidos. Tal es el caso de Isabel y Elena. En cambio, otras llegaron sin hijos y los tuvieron en el lugar de destino, como sucedió con Erika, María y Lupita. En los casos de Brígida y Clotilde, ellas llegaron con hijos nacidos en México y no tuvieron más descendencia en Estados Unidos.

Todas estas mujeres que llegaron por reunificación familiar tenían la expectativa de vivir en compañía de su esposo cuidando del hogar y de los hijos. Sin embargo, con el paso del tiempo, todas comenzaron a trabajar en actividades diversas en menor o en mayor medida.

Sobre la pregunta relativa a si las mujeres otomíes consideran que desempeñan actividades o funciones diferentes en la Metroplex a las que realizaban en sus localidades de origen, la investigación apunta a que, cuando ellas llegaron a Estados Unidos continuaron con el rol de cuidadoras de la familia y del hogar, pero al transcurrir del tiempo el contexto las llevó a conseguir diversos trabajos.

Hoy en día, ellas también trabajan de manera asalariada -aunque estén casadas y tengan hijos- y sus identidades se han complejizado porque ahora

poseen roles de género mixtos. Ellas, a la par de colaborar con los ingresos de la unidad doméstica, se encargan del cuidado del espacio doméstico y de los hijos. Esta última continúa siendo una actividad femenina en la cual los hombres no se involucran, tal como sucedía en Ixmiquilpan.

Respecto a la pregunta: ¿Cuáles son los capitales sociales que despliegan las mujeres otomíes migrantes para hacer frente a las violencias de las que son objeto tanto ellas como sus familias? Se observó que ellas han logrado consolidar redes con otras mujeres en la Metroplex de origen otomí y no otomí. La diversificación de sus relaciones sociales es una muestra de cómo han desplegado sus capitales sociales, los que han consolidado en los lazos débiles. Estos lazos les brindan información novedosa sobre el entorno en la Metroplex a la par que les ayudan a tener aliadas en Estados Unidos con las cuales se ayudan para encontrar empleo, llevar a los hijos pequeños a la escuela, o encargar a los más pequeños durante sus jornadas laborales.

Por último, vale la pena traer a la memoria a Sandra Harding, quien manifiesta que “la experiencia de las mujeres ofrece los nuevos recursos con los que cuenta la investigación” (Harding 1987:9). Con este trabajo he logrado comprender cómo un fenómeno migratorio particular impacta de manera diferenciada a hombres y a mujeres. En un contexto de globalización y migración, como lo describe María Luisa Femenías, las identidades de hombres y mujeres se transforman, y se crean espacios de emancipación femenina a raíz de los cambios que conlleva la precarización de la mano de obra de los migrantes.

ANEXOS

Anexo 1. Información de las entrevistas grabadas

MUJERES

- Erika (Entrevista realizada el 10 de septiembre de 2016, en North Dallas)
- Brígida (Entrevistas realizadas el 10 y 17 de septiembre de 2016, en Garland)
- María (Entrevista realizada el 16 de septiembre de 2016, en North Dallas)
- Lupita (Entrevista realizada el 29 de octubre de 2016, en Richardson)
- Isabel (Entrevista realizada el 25 de octubre de 2016, en Arlington)
- Candela (Entrevista realizada el 11 de noviembre de 2016, en Plano)
- Inés (Entrevista realizada el 13 de octubre de 2016, en Fort Worth)
- Elena (Entrevista realizada el 13 de octubre de 2016, en Fort Worth)
- Magos (Entrevista realizada el 13 de octubre de 2016, en Fort Worth)

HOMBRES

- Chemo (Entrevista realizada el 29 de octubre de 2016, en North Dallas)
- Pepe (Entrevista realizada el 30 de agosto de 2016, en Mesquite)
- Dono (Entrevista realizada el 05 de noviembre de 2016, en Garland)
- Sergio (Entrevista realizada el 21 de septiembre de 2016, en Fort Worth)
- Rube (Entrevista realizada el 27 de septiembre de 2016, en Plano)
- Antolín (Entrevistas realizadas el 05 y 10 de septiembre de 2016, en Fort Worth)
- Quirino (Entrevista realizada el 18 de septiembre de 2016, en Garland)
- Leo (Entrevista realizada el 10 de octubre de 2016, en Dallas)
- Erik (Entrevista realizada el 10 de octubre de 2016, en Dallas)
- Raúl (Entrevista realizada el 10 de septiembre de 2016, en Garland)
- Alfe (Entrevista realizada el 13 de octubre de 2016, en Fort Worth)

Anexo 2a. Tabla con información de las mujeres otomíes que colaboraron en la presente investigación

Nombre/lugar de nacimiento/estado civil/número de hijos	Estatus	Año de llegada	Año de nacimiento	Lugar de cruce en la frontera México-EU	Trabajo actual	Lugar de residencia
<p>1 Isabel originaria del barrio de La Otra banda en la ciudad de Ixmiquilpan Centro</p> <p>Casada con Julián de la ciudad de Ixmiquilpan</p> <p>Tiene 3 hijos mexicanos: una mujer de 29, un hombre de 28, otra mujer de 26 años; y una hija texana de 11 años.</p>	Indocumentada	<p>1989</p> <p>Tenía 17 años</p>	<p>1972</p> <p>Tiene 45 años</p>	Piedras Negras	Es dueña de tres locales en el mercado de “la pulga de Mansfield”	Arlington, Texas
<p>2 Candela originaria de La Palma, Ixmiquilpan</p> <p>Divorciada, 3 hijos y nueva pareja en Dallas</p> <p>Tiene 4 hijos mexicanos: dos hijos de 17, una hija de 22 y otra de 24</p>	Indocumentada	<p>1990</p> <p>Tenía 24 años</p>	<p>1975</p> <p>Tiene 42 años</p>	Ciudad Acuña, Coahuila	Cocinera en un Restaurante	Plano, Texas
<p>3 Lupita originaria de San Juanico, Ixmiquilpan</p> <p>Casada con Alonso de Tlaxcala</p>	Indocumentada	<p>1997</p> <p>Tenía 15 años</p>	<p>1982</p> <p>Tiene 30 años</p>	Ciudad Acuña, Coahuila	Ama de casa, también cuida niños en su casa	Richardson, Dallas, Texas

Nombre/lugar de nacimiento/estado civil/número de hijos		Estatus	Año de llegada	Año de nacimiento	Lugar de cruce en la frontera México-EU	Trabajo actual	Lugar de residencia
4	<p>Elena oriunda de El Olivo, Ixmiquilpan</p> <p>Casada con Juan de El barrio de la otra banda, Ixmiquilpan</p> <p>Tiene 5 hijos varones nacidos en México, pero con papeles de residentes. El más grande de sus hijos tiene 33 años y el menor tiene 26 años.</p>	Residente	1999 Tenía 32 años	1967 Tiene 50 años	No especificado	Hace tortillas en el negocio de barbacoa de su marido. También lo ayuda en el negocio de envío de paquetería	Fort Worth, Texas
5	<p>Clotilde oriunda de Tasquillo, Hidalgo.</p> <p>Tiene un hijo y 3 hijas.</p> <p>Divorciada de Adalberto (de La Otra Banda).</p>	Indocumentada	1992 Tenía 28 años (aprox.)	1964 Tiene 52 años (aprox.)	No especificado	Tiene un negocio de comida mexicana en la Gran Plaza	Fort Worth, Texas
6	<p>Inés oriunda del Barrio de a Otra Banda, Ixmiquilpan Centro</p> <p>Es soltera y sin hijos</p>	DACA, "Dreamer"	2000 Tenía 16 años	1984 Tiene 32 años	No especificado	Tiene su propio negocio de envío de dinero en el Northside de Fort Worth	Fort Worth, Texas

Nombre/lugar de nacimiento/estado civil/número de hijos	Estatus	Año de llegada	Año de nacimiento	Lugar de cruce en la frontera México-EU	Trabajo actual	Lugar de residencia
<p>7 Erika oriunda de San Juanico, Ixmiquilpan</p> <p>Su pareja es Eric oriundo de El Bojay, Ixmiquilpan</p> <p>Tiene 2 hijos texanos: un niño de un año y medio y una niña de 5 años</p>	Indocumentada	<p>2005</p> <p>Tenía 19 años</p>	<p>1986</p> <p>Tiene 30 años</p>	Desierto de Arizona con un coyote de Zimapán que traía personas de Ixmiquilpan	Recamarera en un hotel en Plano, Texas	North Dallas, Texas
<p>8 María oriunda de San Juanico, Ixmiquilpan</p> <p>Tiene 3 hijas texanas: La pequeña y la mayor son hijas de Alberto y la de en medio es hija de Daniel.</p>	Indocumentada	<p>2006</p> <p>Tenía 19 años</p>	<p>1987</p> <p>Tiene 29 años</p>	Ciudad Acuña, Coahuila	Cuidadora de niños, principalmente de sus hijas y de los hijos de su tía Erika	North Dallas, Texas
<p>9 Brígida oriunda de La Palma, Ixmiquilpan</p> <p>Esposa de Raúl oriundo de San Juanico, Ixmiquilpan</p> <p>Tiene 2 hijos mexicanos: una mujer en el Distrito Federal de 24 años y un hombre de 32 años que vive en Texas</p>	Indocumentada	<p>2007</p> <p>Tenía 44 años</p>	<p>1963</p> <p>Tiene 54 años</p>	Ciudad Acuña, Coahuila	<i>Housekeeping</i> (arreglo y limpieza del hogar) en un asilo	Garland, Dallas, Texas

	Nombre/lugar de nacimiento/estado civil/número de hijos	Estatus	Año de llegada	Año de nacimiento	Lugar de cruce en la frontera México-EU	Trabajo actual	Lugar de residencia
10	Magos oriunda de Fort Worth, Texas. Es de padres de Ixmiquilpan Soltera y sin hijos	Ciudadana Americana	No aplica porque nació en Texas	1995 Tiene 22 años	No aplica	Ayuda a su tío en su negocio de envío de dinero y recargas telefónicas en Fort Worth	Fort Worth, Texas

Anexo 2b. Tabla con información de los hombres otomíes que colaboraron en la presente investigación

	Nombre/lugar de nacimiento/estado civil/número de hijos	Estatus	Año de llegada	Año de nacimiento	Lugar de cruce en la frontera México-EUA	Trabajo actual	Lugar de residencia
1	Chemo oriundo de Orizabita, Ixmiquilpan Su esposa vive en Ixmiquilpan Tiene 2 hijos en Ixmiquilpan	Residente	1975 Tenía 14 años	1961 Tiene 55 años	Ciudad Acuña, Coahuila	Pintura de casas	North Dallas, Texas
2	Sergio originario de El Espíritu, Ixmiquilpan Casado en Ixmiquilpan, su esposa es indocumentada y vive en México 4 hijos en México	Residente	1980 Tenía 18 años	1962 Tiene 54 años	Ciudad Acuña, Coahuila	Trabaja como mecánico automotriz	Fort Worth, Texas
3	Pepe oriundo de Remedios, Ixmiquilpan Casado con una mujer de Orizabita Tiene 2 hijos y 2 hijas mexicanos con documentos de residentes en Texas	Residente	1982 Tenía 18 años	1964 Tiene 52 años	Ciudad Acuña, Coahuila	Coyote	Mesquite, Texas
4	Dono oriundo de San Juanico, Ixmiquilpan Tiene dos hijos menores de edad en México (está en juicio para arreglarles sus papeles)	Residente	1982 Tenía 18 años	1967 Tiene 49 años	Ciudad Acuña, Coahuila	Limpieza de baños portátiles	Kingsland, Texas

	Nombre/lugar de nacimiento/estado civil/número de hijos	Estatus	Año de llegada	Año de nacimiento	Lugar de cruce en la frontera México-EU	Trabajo actual	Lugar de residencia
5	<p>Humberto oriundo de La Otra Banda, Ixmiquilpan</p> <p>Está casado con una mujer de El Olivo, Ixmiquilpan. Ella tiene documentos porque él los arregló con un abogado</p> <p>Tiene 5 hijos, todos con documentos los cuales arregló con un abogado</p>	Residente	<p>1985</p> <p>Tenía 20 años</p>	<p>1966</p> <p>Tiene 52 años</p>	No especificado	Tiene un negocio de barbacoa; puestos en la pulga de Mansfield y un negocio de envío de paquetería de Texas a Ixmiquilpan	Fort Worth, Texas
6	<p>Rube oriundo de La Palma</p> <p>Divorciado</p> <p>Tiene un hijo texano que es menor de edad</p>	Residente	<p>1992</p> <p>Tenía 16 años</p>	<p>1976</p> <p>Tiene 40 años</p>	Ciudad Acuña, Coahuila	Trabaja en una tienda departamental y es mecánico.	Plano, Texas
7	<p>Antolín oriundo de San Juanico, Ixmiquilpan</p> <p>Divorciado</p> <p>1 hija en San Juanico</p>	Indocumentado	<p>1999</p> <p>Tenía 18 años</p>	<p>1981</p> <p>Tiene 35 años</p>	Ciudad Acuña, Coahuila	Trabaja en construcción de cubículos	Garland, Texas

	Nombre/lugar de nacimiento/estado civil/número de hijos	Estatus	Año de llegada	Año de nacimiento	Lugar de cruce en la frontera México-EU	Trabajo actual	Lugar de residencia
8	Leo oriundo de San Juanico, Ixmiquilpan Divorciado Un hijo texano, menor de edad	Indocumentado. Llegó con una visa de trabajo temporal y se quedó	2000 Tenía 19 años	1981 Tiene 35 años	Ciudad Acuña, Coahuila	Pinta casas	North Dallas, Texas
9	Erik oriundo de El Bohai, Ixmiquilpan Casado con Erika Tiene dos hijos texanos de 4 y 2 años	Indocumentado	2000 Tenía 15 años	1983 Tiene 33 años	Ciudad Acuña, Coahuila	Pinta casas	North Dallas, Texas
10	Quirino oriundo de San Juanico, Ixmiquilpan Casado con mujer en Ixmiquilpan Tiene 2 hijos en México	Indocumentado	Aprox. Año 2000	1985 Tiene 31 años	Ciudad Acuña, Coahuila	Corta la Yarda	Arlington, Texas

	Nombre/lugar de nacimiento/estado civil/número de hijos	Estatus	Año de llegada	Año de nacimiento	Lugar de cruce en la frontera México-EU	Trabajo actual	Lugar de residencia
11	<p>Alfe oriundo de La Palma, Ixmiquilpan</p> <p>Tiene un hijo mexicano, está haciéndole documentos a su esposo y a su hijo para llevarlos a vivir con él en Texas</p>	Residente	2011	1982	Llegó en un vuelo internacional desde la Ciudad de México a Fort Worth, Texas	Técnico electricista en una compañía norteamericana	Fort Worth, Texas
12	<p>Edén oriundo de La Otra Banda, Ixmiquilpan.</p> <p>Tiene dos hijos nacidos en Texas de 7 y 8 años. Está casado con una mujer de la que no se su lugar de nacimiento</p>	Indocumentado	2000	1980	Cruzó con un coyote	Tiene un restaurante de comida mexicana en La Gran Plaza de Fort Worth	Fort Worth, Texas

Bibliografía y fuentes electrónicas

ADLER, Rachel H.

2004 *Yucatecans in Dallas, Texas: breaching the border, bridging the distance*, Pearson, Estados Unidos de América.

ALARCÓN, Rafael

2011 “La política de inmigración de Estados Unidos y la movilidad de los mexicanos (1882-2005)”, en *Migraciones internacionales*, 6(1), enero-junio, Pp. 185-218.

AMORÓS, Celia

2008 *Mujeres e imaginarios de la globalización*. Argentina: Homo Sapiens.

ANDRADE TORRES, Honorio Juan

2004 *Construcción de una identidad: Los trabajadores de Santa Bárbara, Guanajuato y su barrio en Fort Worth, Texas*. Tesis de doctorado, Universidad Iberoamericana, México.

AQUINO MORESCHI, Alejandra

2007 *Actoras en la globalización. Mujeres zapotecas en Los Ángeles California*, en *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, (14), Pp 1-47.
Consultado en línea el 07 de mayo de 2017 en: <https://alhim.revues.org/2713>

ARIAS, Patricia

2000 “Las migrantes de ayer y de hoy”, en *Migración y relaciones de género en México*. Dalia Barrera Bassols y Cristina Oehmichen Bazán, (coords.), GIMTRAP-UNAM-IIA, México, Pp. 185-20.

ARIZA, Marina, y Alejandro Portes, eds.

2007 *El país transnacional: migración mexicana y cambio social a través de la frontera*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México.

ARIZA, Marina, y Laura Velasco Ortiz, eds.

2012 *Métodos cualitativos y su aplicación empírica. Por los caminos de la investigación sobre migración internacional*, IIS-UNAM-DEGAPA-COLEF, México.

ASAKURA, Hiroko

2004 “¿Ya superamos el ‘género’? Orden simbólico e identidad femenina”, en *Estudios Sociológicos*, 22(66), Pp. 719-743.

2011 “Reorganización y reacomodos afectivos en familias transnacionales: Estudio de caso con migrantes de Santa Cecilia (Oaxaca) En Seattle (Washington)”, en *Espacialidades* 1(1), Pp. 45–71.

BARROS, Magdalena

2012 “La vida cotidiana de jóvenes mixtecos en Santa María California. Vivir a través de la Discriminación”, en *Desafiando fronteras. Control de la movilidad y experiencias migratorias en el contexto capitalista*, Alejandra Aquino, Pablo Rojas y Amarela Valera (coords.), Frontera Press-Sur+Ediciones, México, Pp. 201-214.

BARTOLOMÉ, Miguel Alberto

2008 “Fronteras estatales y fronteras étnicas en América Latina. Notas sobre el espacio, la temporalidad y el pensamiento de la diferencia”, en *Migración, fronteras e identidades étnicas transnacionales*, Laura Velasco coord., COLEF-Miguel Ángel Porrúa, México, Pp. 35–77.

BARTRA, Eli

2012 “Acerca de la investigación y la metodología feminista”, en *Investigación Feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales*, Norma Blazquez, Fátima Flores, y Maribel Ríos, (coords.), CEIICH-CRIM-Facultad de Psicología-UNAM, México, Pp. 67–77.

BARTRA, Roger

1974 “El problema indígena y la ideología indigenista”, en *Revista Mexicana de Sociología* 36(3), Pp. 459–482.

BESSERER, Federico

1999 *Moisés Cruz. Historia de un transmigrante*, UAM-UAS, México.

2004 *Topografías transnacionales. Hacia una geografía de la vida transnacional*, Plaza y Valdés Editores, México.

BESSERER, Federico, y Michael Kearney

2006 *San Juan Mixtepec. Una comunidad transnacional ante el poder clasificador y filtrador de las fronteras*, Juan Pablos-UCR-UAM-Fundación Rockefeller, México.

BOURDIEU, Pierre

2000 “Las formas del capital: capital económico, capital cultural y capital social”, en *Poder, Derecho Y Clases Sociales*, Desclee de Brouwer, Bilbao, Pp. 131-165.

BUTLER, Judith

2010 *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Paidós, España.

CANALES, Alejandro

1999 “Periodicidad, estacionalidad, duración y retorno. Los distintos tiempos en la migración México-Estados Unidos”, en *Papeles de Población* (22), Pp. 11–41.

CANALES, Alejandro, y Christian Zlotniski

2000 “Comunidades transnacionales y migración en la era de la globalización”, ponencia presentada en el simposio sobre Migración internacional en las Américas, CEPAL-CELADE-OIM, San José de Costa Rica, Pp. 1–23.

Consultado en línea el 03 de agosto de 2016 en:

<http://webcache.googleusercontent.com/search?q=cache:2TJwhk38OM0J:www.cepal.org/celade/proyectos/migracion/Canales.doc+&cd=1&hl=es-419&ct=clnk&gl=mx>

CASTAÑEDA, Patricia

2006 “La antropología feminista hoy: algunos énfasis claves”, en *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 48(197), Pp. 35-47.

CASTRO NEIRA, Yerko

2005 “Teoría transnacional: revisitando la comunidad de los antropólogos”, en *Política y Cultura*, (23), Pp. 181–194.

CATÁLOGO DE PUEBLOS Y COMUNIDADES INDÍGENAS DEL ESTADO DE HIDALGO

2013 *Informe de resultados*. CDI-Congreso del Estado de Hidalgo-Estado de Hidalgo-Catálogo de Comunidades Indígenas del Estado de Hidalgo, México.

Consultado en línea el 10 de marzo de 2017 en:

https://www.uaeh.edu.mx/investigacion/productos/6952/catalogo_pueblos_y_comunidades_indigenas.pdf

CERVANTES GONZÁLEZ, Jesús, y Cindy Sánchez Ricardo

2016 “Mexicanos en Estados Unidos: Empleo y remesas”, en *Comercio Exterior. Bancomext*, Pp. 44–49.

COBO, Rosa

2011 *Hacia una nueva política sexual. Las mujeres ante la relación patriarcal*, Catarata, Madrid.

CORNELIUS, Wayne, David FitzGerald, Jorge Hernández-Díaz, y Scott Borges

2011 *Migración desde la mixteca una comunidad transnacional en Oaxaca y California*, Miguel Ángel Porrúa, México.

DÍAZ CASTAÑEDA, David

2006 *Migración indígena hidalguense*, Coordinación General de Apoyo al Hidalguense en el Estado y el Extranjero, Tijuana.

DOW, James

2000 “The otomian and purépechan cultures of Central Mexico”, en *Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, Victoria R. Bricker, (coords.), Ethnology- University of Texas Press, Estados Unidos, Pp. 65–82. Consultado en línea el 01 de abril de 2016:

https://www.academia.edu/4999082/The_Otom%C3%ADan_and_Pur%C3%A9pechan_Cultures_of_Central_Mexico

2002 *Historia y etnografía de los otomíes de La Sierra*, CIESAS, México.

- DURAND, Jorge, y Douglas S. Massey
2003 *Clandestinos: Migración México-Estados Unidos en los albores del Siglo XXI*, Universidad Autónoma de Zacatecas, México.
- DURIN, Séverine, María Eugenia De la O, y Santiago Bastos
2014 *Trabajadoras en la sombra. Dimensiones del servicio doméstico latinoamericano*, CIESAS-Escuela de Gobierno y Transformación Pública, México.
- FABRE PLATAS, Danú Alberto
2004 *Una mirada al Valle Del Mezquital desde los textos*, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, México.
- FAGETTI, Antonella
2012 "Migración transnacional y medicina tradicional otomíes de San Pablito Pahuatlán, Puebla, en Carolina Del Norte", en *Anales de Antropología*, 46, Pp. 203-224.
- FEDERICI, Silvia
2010 *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Traficante de sueños, Madrid.
- FEMENÍAS, María Luisa
2008 "Identidades esencializadas/violencias activadas", en *ISEGORÍA. Revista de filosofía moral y política*, (38) enero-julio, Pp. 15-38.
2011 "Violencias del mundo global: Inscripciones e identidades esencializadas", en *Feminismo, Género e Igualdad*, Marcela Lagarde y Amelia Valcárcel (coords.), Pensamiento Iberoamericano, Madrid, Pp. 85-108.
- FERRANDIZ, Francisco, y Carlos Feixa
2004 "Una mirada antropológica sobre las violencias", en *Alteridades* 14(27), Pp. 159-174.
- FORTUNY LORET DE MOLA, Patricia, y Elizabeth Juárez Cerdí
2007 "Espacios sagrados y seculares entre inmigrantes jornaleros en Immokalee, Florida", en *Nación, estado, comunidad: consolidación y emergencia de la emigración mexicana*, Agustín Escobar Latapí (coord.), CIESAS-Antropofagia, Buenos Aires, Pp. 227-250.
- FOX, Jonathan, y Gaspar Rivera-Salgado
2004 *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*, H. Cámara de diputados LIX Legislatura-Universidad de California-Universidad Autónoma de Zacatecas-Miguel Ángel Porrúa, México.
- FRANCO Pelletier, Víctor Manuel
1992 *Grupo doméstico y reproducción social: Parentesco, economía e ideología en una comunidad otomí del Valle del Mezquital*, CIESAS, México.

- GALINIER, Jacques
2012 *Pueblos de La Sierra Madre. Etnografía de la comunidad otomí*, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas, México.
- GAMIO, Manuel
1952 “Consideraciones sobre problemas del Valle Del Mezquital”, en *América Indígena*, 12(3), Pp. 217-223.
- GARCÍA, Martha
2008 “Nahuas en Estados Unidos. Capitales migratorios de una región indígena del sur de México”, en *La migración y los latinos en Estados Unidos: Visiones y conexiones*, Elaine Levine (coord.), CISAN-UNAM, México, Pp. 75–91.
- GARCÍA Y GRIEGO, Manuel, y Roberto Calderón
2013 *Más allá del Río Bravo. Breve historia mexicana del Norte de Texas*, Dirección General del Acervo Histórico Diplomático, México.
- GASCA ZAMORA, José, y César Pérez Marcial
2015 “Perspectiva global de las remesas en México”, en *Remesas, migración y comunidades indígenas en México*, Genoveva Roldán y Carolina Sánchez (coords.), UNAM-IIEc, México, Pp. 91–118.
- GENOVA, Nicholas P. De
2002 “Migrant ‘Illegality’ and Deportability in Everyday Life”, en *Annual Review of Anthropology*, (31), Pp. 419–447.
- GIMÉNEZ MONTIEL, Gilberto
2009 *Identidades Sociales*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Mexiquense de Cultura, México.
- GLICK SCHILLER, Nina, Linda Basch, y Cristina Blanc-Szanton
1992 “Towards a transnational perspective on migration: Race, Class, Ethnicity, and Nationalism Reconsidered”, en *Annals of the New York Academy of Sciences*, (645) julio, Pp. IX–XIV.
- GONZÁLEZ, Richard J.
2016 *Raza rising: chicanos in North Texas*, University of North Texas Press, Estados Unidos.
- GRANOVETTER, Mark
1983 “The strength of weak ties: a network theory revised”, en *Sociological Theory*, (1), Pp. 201-233.
- GUASCH, Óscar
2006 *Héroes, científicos, heterosexuales y gays*, Bellaterra, Barcelona.

HARDING, Sandra

1987 *¿Existe Un Método Feminista?*, Estados Unidos: Indiana University Press. Pp. 1–11.

HERRERA CARASSOU, Roberto

2006 *La perspectiva Teórica en el estudio de las migraciones*, Siglo XXI, México.

HONDEGNEU SOTELO, Pierrete

2007 “La incorporación del género a la migración: ‘No sólo para Feministas’- Ni sólo para la familia”, en *El país trasnacional. Migración mexicana y cambio social a través de la frontera*, Marina Ariza y Alejandro Portes (coords.), UNAM-IIS, México, Pp. 423–452.

INEGI

2010 *Diversidad. Hidalgo*. Consultado en línea el 02 de junio de 2016 en:

<http://cuentame.inegi.org.mx/monografias/informacion/hgo/poblacion/diversidad.aspx?tema=me&e=13>

2015 *Número de Habitantes. Hidalgo*. Consultado en línea el 14 de agosto de 2016 en:

<http://cuentame.inegi.org.mx/monografias/informacion/Hgo/Poblacion/default.aspx?tema=ME&e=13>

KORSBAEK, Leif

1996 *Introducción al sistema de cargos*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca.

LAGARDE, Marcela

1996 *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*, Horas y Horas, Madrid.

2005 *Los cautiverios de las mujeres: Madresposas, Monjas, Putas, Presas y Locas*, UNAM-CEIICH-PUEG, México.

2011 “Claves feministas en torno al feminicidio”, en *Feminicidio en América Latina*, Rosa Linda Fregoso, Cynthia Bejarano y Marcela Lagarde (coords.), UNAM-CEIICH, México, Pp. 11–41.

LECO, Casimiro

2009 *Migración indígena a Estados Unidos. Purépechas en Burnsville, Norte de Carolina*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Instituto de Investigaciones Económicas y Empresariales-Centro de Investigaciones México Estados Unidos-Coordinación de la Investigación Científica-Secretaría del Migrante de Michoacán-Facultad de Historia, Morelia.

LEVITT, Peggy, y Nina Glick Schiller

2004 "Perspectivas internacionales sobre migración: Conceptualizar la simultaneidad", en *Migración y Desarrollo*, segundo semestre, Pp. 60–91.

LOPES Pacheco, María Elena

2015 "Hidalgo: Remesas y migración indígena", en *Remesas, migración y comunidades indígenas de México*, Genoveva Roldán y Carolina Sánchez (coords.), UNAM-IIEc, México, Pp. 225–237.

MALDONADO ARANDA, Salvador

2013 "Desafíos etnográficos en el estudio de la violencia. Experiencias de una investigación", en *Avá. Revista de Antropología*, (22), Pp. 123–144.

MALGESINI, Graciela, y Carlos Giménez

2000 *Guía de conceptos sobre migraciones, racismo e interculturalidad*, Catarata, Madrid.

MARX, Karl

2010 *El capital. Crítica de la economía política. Libro primero*, Edición a cargo de Pedro Scaron, Siglo XXI, Madrid.

MASSEY, Douglas S., Karen A. Pren, y Jorge Durand

2009 "Nuevos escenarios de la migración México-Estados Unidos: Las consecuencias de la guerra antiinmigrante", en *Papeles de Población*, 15(61), Pp. 101–128.

MAZZEI, Claudia

2013 "Producción y reproducción: La mujer y la división socio-sexual del trabajo", en *RUMBOS TS*, año VII (8), Pp. 128–142.

MOCTEZUMA, Miguel

2008 "Transnacionalidad y transnacionalismo (prácticas, compromisos y sujetos migrantes)", en *Papeles de Población*, (57), Pp. 39–64.

MORENO ALCÁNTARA, Beatriz, María Garret Ríos, y Ulises Fierro Alonso

2006 *Otomíes del Valle del Mezquital. Pueblos indígenas del México contemporáneo*, CDI, México.

MUÑOZ, Héctor, Enrique Hamel, Víctor Franco Pellotier, Gerardo López, y María Teresa Sierra

1980 "Castellanización y conflicto lingüístico: El caso de los otomíes del Valle del Mezquital", *Boletín de Antropología Americana*, (2), Pp. 129–146.

ORTIZ LAZCANO, Assael, y Martín Castro Guzmán

2008 "Una revisión histórica de los niveles de bienestar en Hidalgo, a partir de los datos censales", en *Etnicidad, migración y bienestar en el estado de Hidalgo*,

Assael Ortiz Lazcano y María Félix Quezada (coords.), Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, México, Pp. 13–28.

PAZ ESCALANTE, Ambar Itzel

2012 *Conflictos en la comunidad transnacional de “El Espíritu”, Ixmiquilpan, Hidalgo: emigrantes, identidad y toma de decisiones (2005-2010)*, tesis de licenciatura, México: Escuela Nacional de Antropología e Historia.

PONCE, Patricia

2012 “Un acercamiento a la construcción social de la sexualidad para reflexionar la violencia sexual”, en *Diálogos interdisciplinarios sobre violencia sexual*, Héctor Domínguez y Patricia Ravelo (coords.), CONACULTA, México, Pp. 91–118.

PORTES, Alejandro

1999 Capital Social: sus orígenes y aplicaciones en la sociología moderna, en *De igual a igual. El desafío del estado ante los nuevos problemas sociales*, Jorge Carpio e Irene Novacovsky compiladores, FCE-SIEMPRO-FLACSO, Buenos Aires, Pp. 243–266.

QUEZADA RAMÍREZ, María Félix

2008 *La migración hñahñú del Valle del Mezquital, Estado de Hidalgo*, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, México.

2015 *Las comunidades indígenas de Hidalgo. Ixmiquilpan*, vol. 1, Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, México.

RELLO, Fernando y Fernando Saavedra

2013 “Diversificación productiva y transformación estructural en México: estudios de caso de tres regiones”, en *Investigación Económica* 72(284), Pp. 111–129.

RIVERA GARAY, María Guadalupe, y María Félix Quezada Ramírez

2011 “El Valle del Mezquital, estado de Hidalgo. Itinerario, balances y paradojas de la migración internacional de una región de México hacia Estados Unidos”, en *Travaux et recherches dans les Amériques du Centre*, (60), Pp. 85–101.

RIVERA SÁNCHEZ, Liliana

2004 “Transformaciones comunitarias y remesas socioculturales de los migrantes mixtecos poblanos”, en *Migración y Desarrollo*, abril, Pp. 62–81.

RIVERA SALGADO, Gaspar

2014 “Transnational indigenous communities the intellectual legacy of Michael Kearney”, en *Latin American Perspectives*, 41(3), Pp. 26–46.

RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, Olga Lucía

2003 “Migración y remesas en una comunidad indígena otomí del estado de Hidalgo”, ponencia en el Primer Coloquio Internacional Migración y Desarrollo: Transnacionalismo y Nuevas Perspectivas de Integración, Zacatecas, Pp. 1–14.

Consultado el 08 de Agosto de 2016 en:

http://meme.phpwebhosting.com/~migracion/primer_coloquio/8_4.pdf

ROLDÁN DÁVILA, Genoveva

2015 “Remesas y migración indígena”, en *Remesas, migración y comunidades indígenas de México*, Genoveva Roldán y Carolina Sánchez (coords.), UNAM-IIEc, México, Pp. 19–44.

ROLDÁN DÁVILA, Genoveva, y Carolina Sánchez García

2015 *Remesas, migración y comunidades indígenas de México*, UNAM-IIEc, México.

RUBIN, Gayle

1986 “El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo”, en *Nueva Antropología*, 8(30), Pp. 95–145.

RUIZ TREJO, Marisa

2016 *Estudios críticos feministas a las Ciencias Sociales en México y Centroamérica*, ponencia en Congreso de la Asociación de Estudios Latinoamericanos, Nueva York, Pp. 1–16.

SÁNCHEZ GARCÍA, Carolina

2015 “La migración indígena mexicana, interna e internacional”, en *Remesas, migración y comunidades indígenas de México*, Genoveva Roldán y Carolina Sánchez (coords.), UNAM-IIEc, México, Pp. 71–90

SÁNCHEZ, Martha Judith

2007 “La importancia del sistema de cargos en el entendimiento de los flujos migratorios indígenas”, en *El país transnacional*, Marina Ariza y Alejandro Portes (coords.), IIS-UNAM, México, Pp. 349–390.

SANDOVAL FORERO, Eduardo Andrés

1994 *Familia indígena y unidad doméstica: los otomíes del Estado de México*, Universidad Autónoma del Estado de México-Facultad de Ciencias Políticas y Administración Pública, México.

2003 *El temazcal otomí. ritual de purificación, sanación y refrescamiento*, Universidad Autónoma Indígena de México-UAEM, México.

SCHMIDT, Ella, y María Crummett

2004 “Herencias recreadas: capital social y cultural entre los hñahñú en Florida e Hidalgo”, en *Indígenas mexicanos migrantes en los Estados Unidos*, Jonathan Fox y Gaspar Rivera-Salgado (coords.), Miguel Ángel Porrúa-UAZ, México, Pp. 435–450.

SCOTT, Joan

1996 “El género: una categoría útil para el análisis histórico”, en *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*, PUEG-UNAM, México, Pp. 265–302.

SERRANO, Tomás

2006 “El municipio de Ixmiquilpan, corazón del Valle del Mezquital, lugar de origen que concentra el mayor volumen de migrantes internacionales y de receptores de remesas del estado de Hidalgo”, en *Viejos y nuevos problemas demográficos en el estado de Hidalgo*, Asael Ortiz Lazcano (coord.), Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo-Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Pachuca de Soto, Pp. 36–48.

SMITH, Robert C.

2006 *México en Nueva York: vidas transnacionales de los migrantes mexicanos entre Puebla y Nueva York*, Cámara de Diputados LIX Legislatura-Miguel Ángel Porrúa, México.

SOLÍS LIZAMA, Mirian, y Patricia Fortuny Loret de Mola

2006 “Solidaridades entre poblaciones móviles: campesinos, mestizos e indígenas mexicanos en el suroeste de La Florida”, en *Desacatos*, (20), Pp. 135–154.

2010 “Otomíes hidalguenses y mayas yucatecos: nuevas caras de la migración indígena y viejas formas de organización”, en *Migraciones Internacionales*, 5(4), Pp. 101–138.

SOUSTELLE, Jacques

1993 *La familia otomí-pame del centro de México*, Instituto Mexiquense de Cultura y Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca.

TORRES, Patricia

sin fecha, “La migración interna en el desierto sudcaliforniano. Adecuaciones de mujeres a mercados y condiciones laborales cambiantes, el Ejido Centenario, municipio de La Paz, Baja California Sur, México”, en mecanuscrito, México.

U.S. CENSUS BUREAU

2015 *Population Estimates, July 2015*. Consultado en línea el día 02 de junio de 2016 en: <http://www.census.gov/quickfacts/table/PST045215/48>

VELASCO ORTIZ, Laura

2007 “Migraciones indígenas a las ciudades de México y Tijuana”, en *Papeles de Población*, 13(52), Pp. 183–209.

WOOLF, Eric

1999 *Envisioning power: Ideologies of dominances and crisis*, University of California Press, Estados Unidos.